

**Esteban Salazar Chapela en su época:
Obra literaria y periodística
(1923-1939)**

6. El Frente Popular y la guerra civil

Un mes después de la firma del pacto constitutivo del Frente Popular, con cuyo programa, «más bien modesto», se pretendía «restaurar la legislación del primer bienio» republicano¹, se celebraron las elecciones generales. La coalición triunfó, pero sobre la «realidad de las cifras electorales y la no menos evidente de los entusiasmos multitudinarios, empezaron a proyectarse maniobras y a tramarse golpes de fuerza desde la

¹ Manuel Tuñón de Lara, «La Segunda República», en Manuel Tuñón de Lara (dir.), *Historia de España. Tomo IX. La crisis del Estado: Dictadura, República, Guerra (1923-1939)*. Barcelona, Editorial Labor, 1981, p. 211. Aunque el contenido del programa se hallaba muy «próximo al preconizado por Izquierda Republicana: moderado, y moderno, en sus propuestas de economía mixta, intervención prudente del Estado y distribución de la riqueza» (José María Marco, *Azaña*. Madrid, Mondadori España, 1990, p. 177), lo suscribieron, «a pesar de la oposición de Azaña» (*idem*), Izquierda Republicana, Unión Republicana, Esquerra Republicana, PSOE, UGT, PCE, el Partido Sindicalista de Ángel Pestaña y los trotskistas del POUM. Recordemos que «la crisis gubernamental de 1 de octubre de 1934 y la siguiente revuelta de los mineros asturianos pusieron en marcha casi exactamente la alianza de las fuerzas de la clase media y de la clase trabajadora que más tarde fue llamada Frente Popular» (Gabriel Jackson, «El Frente Popular español (1934-1937)», *Costa, Azaña, El Frente Popular y otros ensayos*. Madrid, Ediciones Turner, 1976, p. 130). Además, durante 1935, «la Internacional Comunista había lanzado el lema del Frente Popular para luchar contra el fascismo, y la idea había sido recibida entusiásticamente por casi todos los sectores de opinión antifascistas de Europa occidental y América» (*ibidem*, pp. 133-134).

noche del 16» de febrero de 1936². El 18 Manuel Azaña, jefe del Consejo de Ministros en funciones, nombraba un gabinete exclusivamente republicano³. Salazar Chapela reflexionó sobre la campaña electoral en un artículo que apareció publicado el mismo día en que las juntas provinciales refrendaron oficialmente los resultados. «Ahora que ha pasado el período electoral (y su estruendosa propaganda con él), y ahora que hemos visto el resultado de las elecciones (tan en contra de la propaganda que se ofrecía más aparatosa, pertinaz y eficaz), acaso sea oportuno un leve buceo por la esencia (también por la eficacia) propagandística»⁴. Muy comedido en su planteamiento, Salazar Chapela recurrió en esta ocasión, como ya lo había hecho muchas otras veces con anterioridad, a la literatura, en la que halló el origen de los discursos promocionales. «La técnica propagandística –mucho después practicada por los mercaderes, por las naciones como tales "empresas", por los partidos políticos– es en sus comienzos de índole espiritual», aseguró el escritor, según el cual «la propaganda comienza en el globo con la "repetición", forma retórica que emplearon y siguen empleando los oradores y los poetas, y cuyos resultados, cuando se trata de expresiones afortunadas, no es [*sic*] otro que fijar en la cabeza o el corazón del lector o del oyente una idea, una sensación, una fe». Pero en política, cuyos «planos [...] están trazados desde hace mucho tiempo», la propaganda es totalmente ineficaz: «las distintas políticas que se puedan aplicar en los países con las diferencias de matices que impongan las horas, los climas, etc., todos las conocemos». No hay, por tanto, influencia de la prensa sobre la opinión pública. Tampoco

² Manuel Tuñón de Lara, «La Segunda República», *art. cit.*, p. 212.

³ La oposición al Frente Popular se radicalizó al conocer las primeras medidas que adoptó el nuevo Ejecutivo, entre las que se hallaba una amplia amnistía, la reapertura del Parlamento catalán, la reanudación de la aplicación de la Ley de Reforma Agraria o la reintegración a sus puestos de trabajo de todos aquellos que habían sido despedidos por represalia política a partir de 1934 (*cfr. ibidem*, pp. 216-217).

⁴ E. Salazar y Chapela, «El valor de la propaganda», *La Voz*, Madrid (20 de febrero de 1935), p. 2.

sirve de nada «la propaganda netamente comercial, de que es símbolo el pasquín adherido a la esquina». «Nos dan la razón en este y otros aspectos», concluyó Salazar Chapela, «las elecciones españolas de estos días, con tanta propaganda comercial por un lado y tan poca por otro»⁵.

El escritor no quiso manifestar nada más por el momento. No expresó, como lo había hecho tras los comicios del 14 de abril de 1931, su entusiasmo. Sabía que el Gobierno del Frente Popular tendría que enfrentarse a numerosos problemas y a no pocas dificultades. Por ello, mientras otros compañeros de profesión decidían apoyarlo poniéndose al frente de los cargos públicos para los que fueron llamados⁶, Salazar Chapela se dispuso a colaborar desde las páginas de *La Voz*. Ignoraba entonces el alcance que llegarían a tener, tanto en la vida nacional, como en la suya propia, los resultados electorales de aquel histórico 16 de febrero de 1936.

6.1. Tiempo de reflexión

⁵ «La propaganda izquierdista ofrece la peculiaridad de ser la que, en el terreno de la pura ideología, se nos muestra como más moderada en esta contienda electoral. Aunque momentáneamente tan solo, la propaganda revolucionaria de los comunistas o de Largo Caballero, se hace mucho más suave, mientras que las izquierdas burguesas adoptan un tono estrictamente democrático, haciendo aparecer precisamente a las derechas como las partidarias de la violencia y el extremismo» (Javier Tusell Gómez, *La Segunda República en Madrid: Elecciones y partidos políticos*. Madrid, Editorial Tecnos (Semilla y Surco: Ciencia Política), 1970, p. 137).

⁶ Antonio Espina, «tras la victoria del Frente Popular, [...] se decide al fin a participar de forma directa en la política, lo que había rechazado en otras ocasiones. Primero se hace cargo del Gobierno Civil de Ávila, del que pasa al de Baleares unas semanas antes del 18 de julio de 1936» (Gloria Rey Faraldos, «Presentación», en Antonio Espina, *Poesía Completa*. Presentación y selección de Gloria Rey Faraldos. Madrid, Fundación BSCH (Obra Fundamental), 2000, p. XX). También Enrique Díez-Canedo –afiliado a Izquierda Republicana «cuando ya se vislumbraba la contienda armada» (José María Fernández Gutiérrez, «Relación de Enrique Díez-Canedo con los críticos contemporáneos», *Universitas Tarraconensis. Facultat de Filosofia i Lletres. Divisió de Geografia i Història*, Tarragona, II (1977-1980), p. 214)– acepta hacerse cargo de la Embajada de España en la Argentina, adonde viajó en mayo de 1936 tras ser despedido con un aperitivo por sus compañeros de *La Voz* (cfr. «Despedida a don Enrique Díez-Canedo», *La Voz*, Madrid (22 de mayo de 1936), p. 1).

Entre el 20 de febrero y el 8 de julio de 1936, Salazar Chapela publicó dieciocho artículos en el periódico vespertino. Del mismo modo que venía sucediendo desde julio de 1935, las columnas aparecieron insertadas, no en la primera página como hasta entonces, sino en la segunda, titulada «Comentarios, artículos, libros». En ella pudieron leerse también algunas noticias breves sobre cultura, anuncios publicitarios y la sección «Cuentos extranjeros», en la que colaboraron, entre otros asiduos de *La Voz*, Joaquín Arderius y Rodolfo Halffter. Este cambio de ubicación de las «Improntas» coincidió con una ligera disminución del número de textos que Salazar Chapela publicó en el citado diario, donde había llegado a ofrecer hasta siete entregas mensuales, una cifra muy alejada de las tres o cuatro que divulgó cada treinta días durante el primer semestre de 1936. Consagrado desde hacía casi dos años al articulismo de opinión, el entusiasmo con el que afrontó su nueva ocupación en un primer momento se había ido desvaneciendo. Con él desaparecieron de sus colaboraciones la pasión que venía imprimiendo a sus argumentos y la viveza a la que había acostumbrado a sus lectores. En los primeros y decisivos meses de vida del Frente Popular, sus escritos se volvieron prudentes, graves. Era, a su entender, la única actitud que podía adoptar en aquel tiempo de reflexión que Salazar Chapela vivió, por razón de las circunstancias, con esperanza y temor.

Diez días después de la celebración de las elecciones, el periodista ofreció por fin su opinión –medurada y, desde luego, cargada de intención– a los lectores. A su entender, había triunfado, «en beneficio de todos, en beneficio en primer lugar de los hombres que se llaman de orden, [...] la España integral, ganosa de libertad y convivencia»⁷. Iniciaba su andadura «un Gobierno de izquierda» y, con él, un ambiente general en el que Salazar Chapela vio «un equilibrio en las pasiones e intereses, como un centro o

⁷ E. Salazar y Chapela, «El libro y la cultura», *La Voz* (27 de febrero de 1936), p. 2.

centrismo (algo desacreditados [*sic*] están estas palabras, pero acaso sean oportunas...) liberales, respetuosos por ello para todos, abiertos a todos». El escritor celebraba así la decisión de los ciudadanos, a los que se refirió con estas elogiosas palabras: «¡Qué genialidad, qué instinto certero, qué vista de largo alcance no tiene este país, con todo lo malo que solemos decir de él!». También recibieron su reconocimiento José Castillejo, Américo Castro, Luis de Zulueta, el doctor Gustavo Pittaluga y José Moreno Villa, algunos de aquellos «contados intelectuales» que «pusieron serenidad de juicio en los *tiempos pasados*». Sus deseos, revelados «en tiempo[s] nada propicios [...] a este tipo de descubrimientos», se habían hecho realidad «por puro ímpetu genial del país, como una proeza sin palabras del pueblo». Esos «intelectuales de gran talento y excelente voluntad» habían demostrado con su actitud que es muy difícil ser intelectual. «Pero más difícil todavía es no dejar de serlo, poner una palabra inteligente, a riesgo de no ser oída, cuando las razones dejan paso a la violencia», advirtió Salazar Chapela antes de recordar que también él se había manifestado reiteradamente a favor del compromiso del intelectual con los problemas de su entorno:

Más de una vez hemos hablado, sin duda con escasa autoridad para ello, de la necesidad en el intelectual de sumirse, si quiere vivir su época, a la corriente humana que en España y fuera de España discurre, se ensancha por momentos. No se trata de afiliarse a un partido. Sí de abandonar las vías muertas, hoy mohosas y con hierbajos en el balasto, para situarse en aquellas que conducen a lo por venir. Lo que no está en el camino es letra baldía, está yerto; podrá la inteligencia trabajar con denuedo y en cierto modo fascinar por su gracia; pero siempre percibiremos, como si el aire nos faltase, la infecundidad del esfuerzo.

En efecto, «pocos momentos como estos, aunque otra cosa se crea», afirmó Salazar Chapela, estaban «tan necesitados de la palabra justa, humana», que podían y debían difundir los intelectuales conscientes, como decidió hacerlo él mismo desde su tribuna de *La Voz*. Por ello no consideró prudente manifestar, como hubiera deseado, el júbilo que sentía. La actualidad política

exigía ponderación. Tampoco el panorama literario invitaba a abandonar aquella deliberada cautela que el periodista adoptó al iniciarse 1936. Ambos ámbitos, en los que se inscriben la mayoría de sus artículos, se entremezclan de continuo, pues el periodista frecuentó en sus comentarios, según era su costumbre, las relaciones entre la literatura y la política.

En rigor, nada quedaba entonces al margen de esta última, por lo que a Salazar Chapela le resultó sumamente difícil soslayarla incluso cuando se propuso abordar temas que nada tenían que ver, *a priori*, con la cuestión pública. Fue entonces cuando regresó a asuntos sobre los que ya había escrito con anterioridad, como es el caso del cine —denominado entonces «"el espectáculo del día"»—, «el único deleite del público» en aquellos momentos⁸. El séptimo arte, aseguraba el periodista, poseía una «fuerza arrolladora, cada vez más enorme», que amenazaba «a buena parte de los espectáculos públicos». Era un arte equiparable a la arquitectura, pues requiere, además del artista, la colaboración de los operarios, los actores. Entre sus muchas virtudes, destacó Salazar Chapela «su calidad periodística»; esto es, su capacidad informativa, no sólo a través de los noticiarios, sino gracias «al juego constante de ideas y sentimientos, modos de vida, incluso modos de vestir, que el cine vuelca, desde su telón iluminado, sobre la sala en sombra, al modo del mejor periodismo». Era, como había asegurado en 1928, «la escuela mejor y la más barata que se conocía»⁹. Pero a diferencia de lo que había defendido tiempo atrás, cuando se manifestó en contra del cine sonoro, como lo hicieron la mayoría de los miembros de su generación, Salazar Chapela exaltaba ahora el enriquecimiento que había supuesto para esta forma de arte la incorporación del sonido. El cine se había convertido así en «un tragaldabas formidable», «un escenario sin fondo, donde cabe cuanto le echen: literatura, música, todo

⁸ E. Salazar y Chapela, «Cine y teatro», *La Voz*, Madrid (6 de marzo de 1936), p. 2.

lo que se quiera». Ahí radica, a juicio del escritor, «la gran fuerza del cine. También su peligro», por lo que advertía: «¡Ojo, pues, con este gran tiburón moderno!».

Tres semanas después de la publicación del artículo citado, aparecía «El tema Charlot», un comentario sobre la figura más destacada del cine hasta ese momento que el escritor redactó a propósito del estreno de *Tiempos modernos*. Charlot había sido muy elogiado por los compañeros de profesión de Salazar Chapela, y por él mismo, pero las cosas estaban cambiando, como el propio periodista advertía al iniciar su exposición:

Es observación general la del adulto que vuelve, al cabo de los años, a un lugar que no viera desde su niñez y encuentra el lugar que sea, un patio o una plaza, como disminuido de tamaño. La mirada infantil vio aquello desmesurado, y así lo conservó; la mirada adulta restituye las cosas a sus verdaderas dimensiones, roturando al primer golpe de vista una estampa que permaneció por los años incólume, grande. No es un descubrimiento que esta suplantación de una visión por otra no deja de tener lugar sin cierta ternura, sin cierta desilusión interior, ni es infrecuente que esta desilusión vaya acompañada de un vago remordimiento, como si hubiéramos mancillado algo que ya no nos pertenecía¹⁰.

Y es que, al salir de ver *Tiempos modernos*, película que atrajo especialmente a José Antonio Primo de Rivera¹¹ —encarcelado el 15 de marzo de 1936,

⁹ Véase 2.4.1.3.4. Encuesta sobre cine y literatura.

¹⁰ E. Salazar y Chapela, «El tema Charlot», *La Voz*, Madrid (28 de marzo de 1936), p. 2.

¹¹ «El nuevo "arte de masas" interesaba obviamente a los falangistas y se ha afirmado que José Antonio Primo de Rivera admiraba ciertas películas "sociales", como *El desertor*, de Pudovkin, y *Tiempos modernos*, de Chaplin. Eran dos buenos ejemplos de tratamiento de la "cuestión social" en el cine y no es raro que, tratando de atraer a la clientela obrera a sus filas, los centros cinematográficos falangistas se convirtieran en verdaderas caricaturas de los Cine-clubs Proletarios patrocinados por *Nuestro Cinema* dos años antes» (Román Gubern, *El cine sonoro en la II República (1929-1936)*. Barcelona, Editorial Lumen (Palabra en el tiempo: Cine, 125), 1977, pp. 214-215). El «vanguardista de camisa azul» Felipe Ximénez de Sandoval afirmó que José Antonio «estuvo en el cine Capitol en el estreno de la película de Charlot *Tiempos modernos*, sin dársele un ardite de que la propaganda comunista la consideraba como de pura ortodoxia marxista» (*José Antonio. Biografía apasionada*). Prólogo de Ramón Serrano Suñer. Barcelona, Editorial Juventud, 1941, p. 524).

fecha en la que Falange fue declarada ilegal¹², Salazar Chapela tuvo la sensación, según confesó, «de haber estropeado algo». La «imagen de ese artista, conservada desde su última producción, había sido sustituida por otra, buena desde luego, lo mismo de buena que la anterior, pero de menor tamaño». El Charlot de los primeros tiempos había suscitado su fascinación por «su espíritu angélico, delicado y cobarde, en duelo diario con las cosas inanimadas (entre ellas, las personas [...]) que pueblan este mundo». En *Tiempos modernos* Salazar Chapela había visto a Charlot más pequeño debido a dos factores. En primer lugar, el asunto de la cinta, «tan vivo que parece arrancado, y en buena parte lo está, de un panfleto de Erenburg, *Citröen 10 HP*», poco apropiado a la personalidad y al tipo del artista, según el escritor. «Porque Charlot no necesita complicar su problema individual con ningún problema colectivo», apuntaba el periodista. «El problema de Charlot [...] es el problema de una personalidad que choca, fracasando y levantándose a cada momento, con el mundo que le rodea». De hecho, aunque el mundo estuviera «estupendamente ordenado [...], Charlot chocaría lo mismo; es más: cuanto más ordenado esté el mundo en que se mueva Charlot, con más motivo se destacará éste, mejor habrá de evidenciar su inadaptación y más perfil cobrará entonces, por el contraste precisamente, lo que es fundamental en el tipo». El argumento de *Tiempos modernos*, afirmó Salazar Chapela, aminora a Charlot, diluye su tragedia personal «en la tragedia de los demás, y apenas se la ve». En segundo lugar, el personaje aparece disminuido «por fuerza de su mudez», que «hace de *Tiempos modernos* una película vieja». Por todo ello, «la imagen de Charlot, conservada desde sus *Luces de la ciudad*, había sido sustituida por otra,

¹² Cfr. Manuel Tuñón de Lara, «La Segunda República», *art. cit.*, pp 216-217. Pero, para entonces, Primo de Rivera «ya había pasado a la acción, puesto que el 10 de marzo sus hombres habían intentado asesinar al profesor Jiménez de Asúa y dado muerte al policía Gisbert, que lo escoltaba. Todavía el 4 de mayo José Antonio Primo de Rivera llamará al ejército a la rebelión» (*ibidem*, p. 217).

buena desde luego, pero menor». El escritor concluía su artículo de esta misteriosa forma: «Que me perdonen por ello el farsante político y el esteta farsante; los dos, que los dos existen».

La reciente conducta de jueces y magistrados¹³ le dictó el artículo «Profesión y comunidad», en el que Salazar Chapela aludió a un tema ya tratado anteriormente. No es rigurosamente cierto, por tanto, como el escritor afirmó al iniciar su comentario, que no hubiera meditado mucho sobre el asunto que pensaba desarrollar. Sí creía, sin embargo, en la validez de la afirmación que seguía a esta confidencia, una opinión que le sirvió para censurar el comportamiento de sus compatriotas. «La mitad de las veces», reconocía, «uno no medita absolutamente nada; lo que ocurre es que las cosas, éstas o aquéllas, sobre todo en España, nos saltan, como los gatos, a los ojos; después, acaso venga la meditación...»¹⁴. En este caso, condenaba Salazar Chapela el corporativismo —«muy mal color tiene la palabra, pero en este instante se ajusta perfectamente al concepto»— de los profesionales liberales y la consecuente consideración de su actividad como «el eje o el quicio», «el quicio de la sociedad, el quicio de la comunidad». No sucedía así entre el proletariado. «En éste, sea por el espíritu de clase, ese formidable aglutinante; sea porque no hay en él la vanidad que se apodera del hombre en cuanto sabe concretamente dónde está Antofagasta [...], es lo cierto que un obrero de gas no se siente más ombligo del mundo que un obrero de una fábrica eléctrica [...]. Y este espíritu de comunidad [...] falta precisamente en las profesiones liberales».

¹³ Salazar Chapela pudo escribir su artículo al conocer algunas declaraciones de miembros de este colectivo pronunciadas tras el asesinato del magistrado Pedregal, «al que la extrema derecha acusaba de haber condenado al asesino del policía Gisbert», antes citado (*ibidem*, p. 219).

¹⁴ E. Salazar y Chapela, «Profesión y comunidad», *La Voz*, Madrid (30 de mayo de 1936), p. 2.

A título de ejemplo se detenía el periodista en recordar el «proverbial [...] desdén con que algunos hombres de letras, no todos, por fortuna, arrojan a la cabeza de un ciudadano este vocablo: "profesor"». Ciertos profesores, por su parte, desprecian al escritor y al periodista. A muchos de los que se dedican a la ciencia les complace hacer desaires a quienes se ocupan en «todas aquellas actividades que necesitan cierta gracia, cierta imaginación». Y a la inversa, algunos artistas, «aunque lo sean de vía muy estrecha, tienen la pretensión de que el mundo sigue en marcha por ellos». No, declaró Salazar Chapela con contundencia, «no hay una profesión indispensable, lo que se dice cardinal: ni siquiera la profesión de dictador». Por lo que se refiere a los magistrados, «vamos a dejárselos al Gobierno y las Cortes», concluyó el periodista sin entrar en el verdadero motivo de su artículo, en el que se puso como ejemplo: «Si yo desaparezco como periodista, y conmigo desaparecen todos los periodistas del globo (no hay que asustarse, camaradas: sólo estoy llevando adelante un razonamiento), al desaparecer estos profesionales, y con ellos la profesión periodística, el mundo no se desquiciaba por ello. El mundo quedaría incompleto, falto de un órgano importante, pero no quedaba desquiciado. Viviría. Mal, incómodo, como ciego, como sordo, pero viviría». El problema, advertía una vez más Salazar Chapela, es un problema de educación que «germina en la primera enseñanza, sigue creciendo por la segunda y acaso culmine en la enseñanza superior, en la Universidad». Por ello, «hay que meter en la cabeza de la gente el sentido de comunidad. Se trabaja para la sociedad, para la comunidad; no hay poderes medicinales ni judiciales; hay médicos para curar a los enfermos, jueces para defender la justicia, para defender la comunidad».

En una nueva «Impronta», titulada «Primavera», Salazar Chapela saludó la llegada de la nueva estación y hasta se dejó llevar por una cierta nostalgia. «Con todas las imperfecciones con que la primavera, esta Santa Casilda de las estaciones, llega casi siempre a Madrid, lo cierto es que ha venido... Ha

venido, aunque nadie sepa cómo ha sido», afirmó recurriendo a la conocida expresión¹⁵. En la capital, la primavera «brota [...] por los árboles»; en el sur, «como en un bello cuento de lord Dunsany, la primavera entra [...], en forma deliciosa de atmósfera, por un extremo de las ciudades, y las recorre de punta a punta, sin dejar resquicio sin su aliento». Se refería el periodista al aire de su infancia y adolescencia, ya interiorizado en su memoria. Por ello, advirtió, sería capaz de prestarse «a que nos vendasen los ojos, nos dieran veinticuatro vueltas, siempre con los ojos vendados, por todas las latitudes y los climas del mundo, y si de pronto nos soltaran allí, sólo al contacto de nuestros poros con el ambiente, exclamaríamos sin titubeos: "Estamos en Sevilla, en Granada, en Málaga..."». La primavera, continuaba explicando el periodista, se nota asimismo en Madrid observando a las mujeres, que se liberan de «una dictadura de pieles, cálida si queréis, pero a todas luces severa [...]. La dictadura indumental». Llegados a este punto de su argumentación, Salazar Chapela descubrió el verdadero tema del artículo, bastante menos inane de lo que pudiera parecer en un principio. «Hemos pasado, Sr. Ossorio y Gallardo», respondía el periodista a alguna reciente declaración o actuación del conocido jurista, «de la zona fría de la dictadura, con todo lo que tiene de privación de libertades, a la bella, amable, culta zona templada liberal». Y añadía: «La mujer comienza a afirmar sus derechos, que son los mismos que los derechos del hombre, cosa ésta, también es verdad, que no deja de tener sus peligros, porque bien sabemos que este liberalismo templado de ahora, esta delicada apertura de las libertades individuales, lejos de detenerse en sí propia, camina fatalmente hacia un horizonte luminoso de sombrillas, lonas listadas, pies desnudos y espuma de mar. Acabo de nombrar el comunismo libertario de las playas», concluía.

¹⁵ E. Salazar y Chapela, «Primavera», *La Voz*, Madrid (16 de mayo de 1936), p. 2.

También le interesaba al articulista comentar las diferentes reacciones que suscita la primavera. Entre los artistas, seres extremadamente sensibles, hay, por un lado, quienes, «remueven [...] su naturaleza y ponen ésta, por virtud de un puro optimismo, al compás del mundo circundante»; por otro, aquéllos «para los cuales la primavera, antes que estimularlos, los apabulla y como amustia». Pero por lo común, «la primavera trae consigo [...] al ánimo individual, y al ánimo colectivo por ende, al ánimo público, una suerte de panglosismo que supone en determinados momentos un corte, con lo más bello de la Naturaleza, en el invierno diario...», un paréntesis, podemos añadir interpretando el símbolo que utilizó Salazar Chapela, en la escalada de violencia que había alcanzado sus máximas cotas en los meses de abril y de mayo de 1936¹⁶. Lamentablemente, concluyó el escritor, la primavera en Madrid «dura, cuando dura mucho, poco más que un relámpago. Mas por esta misma fugacidad, por este no entregarse del todo de la primavera madrileña, isla adorable y fugitiva, es tan graciosa en Madrid la primavera...».

6.1.1. La isla literaria

Aunque su labor periodística le obligó a centrarse en el comentario político, Salazar Chapela seguía sintiendo por la literatura una inclinación preferente, una pasión que, en aquellos difíciles momentos, constituyó, además, un *gustoso refugio que no dudó en recomendar a sus lectores*:

Cuando la realidad chille demasiado, tapemos el altavoz con un poema intemporal; al regreso, los nervios, antes quebrados o de punta, se mostrarán flexibles, como humedecidos por esa suerte de rocío que vierte sobre el espíritu todo poema de verdad; rocío de palabras y de formas, de ensañaciones o visiones, que viene a ser al alma lo que el rocío físico al verde haz de la hoja: una puntuación luminosa al amanecer, un don del cielo¹⁷.

¹⁶ Cfr. Manuel Tuñón de Lara, «La Segunda República», *art. cit.*, p. 219.

¹⁷ E. Salazar y Chapela, «Viejo Madrid», *La Voz*, Madrid (15 de junio de 1936), p. 2.

El escritor poseía sin duda lo que para él era la «gran virtud, además de gran beneficio, [de] poder apartarse de la actualidad palpitante para recluirse unas horas en los cercados felices, islas mejor, que fingen sin propósito en apariencia los sueños imaginativos». Pero esta evasión del confuso presente apenas le fue permitida en *La Voz*, donde el escritor publicó muy pocos artículos sobre temas literarios. El rotativo contaba para ello, como ha sido dicho en el capítulo anterior, con la firma de Juan José Domenchina, el polémico *Gerardo Rivera* con el que se enemistaron, en marzo de 1936, varios escritores de su generación por los juicios que había divulgado sobre Pedro Salinas¹⁸. Ésa es probablemente una de las razones por las que no fue

¹⁸ El 28 de marzo de 1936 Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, José Bergamín, Luis Cernuda, Federico García Lorca, Jorge Guillén, Pablo Neruda y Arturo Serrano Plaja remitieron una carta al director del *Heraldo de Madrid* en la que expresaban su deseo de «no continuar más en silencio ante los ataques que contra determinadas personalidades literarias, y con pretexto de su crítica, viene haciendo en *La Voz* su colaborador don J. J. Domenchina». La protesta, precisaron, no se refería «a un solo artículo de este señor, sino a muchos de ellos», aunque había «uno, más reciente, comentando una selección de San Juan de la Cruz hecha por el poeta Pedro Salinas, tan injusta y torpemente denostado en este comentario, a pesar de su manifiesta reconocida autoridad y competencia», que les había decidido a hacer pública su queja (texto reproducido en Luis Cernuda, *Epistolario, 1924-1963*. Edición de James Valender. Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes (Epístola, 2), 2003, pp. 192 y 193). Domenchina respondió a las acusaciones el 31 de marzo de 1936. Ambas cartas fueron publicadas, acompañadas de una nota, por el *Heraldo de Madrid* el 1 de abril de 1936 (p. 12), según la información que ofrece Valender (*ibidem*, p. 193, n. 273 y 274). Pedro Salinas se refirió al «triste episodio "Domenchina el nauseabundo"» en la carta que le remitió a Jorge Guillén el 9 de abril de 1936. «Es un bicho, a quien no debes tratar "cordialmente" ni en telegrama, más en tu vida», le recomendó (Pedro Salinas-Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*. Edición, introducción y notas de Andrés Soria Olmedo. Barcelona, Tusquets Editores (Marginales, 120), 1992, p. 174). En rigor, no fue ésta la primera vez que los juicios críticos del poeta dieron lugar a reproches públicos. El joven Enrique Azcoaga, animado por muchos de sus compañeros de letras a escribir estas líneas –según confesó–, arremetió contra el «resentido Domenchina», «el nispérico, honrudo, polidígita, catingo, alalo, botocudo, insumergible, perióstico, feticídico, anquético, efigiado, priapístico, ojiglaucó y borneadizo Domenchina» por creerse «obligado a censurar, y no impedido a escribir» como lo hacía en las páginas de *El Sol*. («Casos literarios», *Hoja Literaria*, Madrid (junio-julio de 1933), p. 11). La polémica que suscitó en 1936 no fue tampoco la última. «Uno comprende, porque a nadie le resulta fácil su propia mediocridad», ha escrito Luis García Montero, «que un poeta menor como Juan José Domenchina acabara convirtiéndose en Juan José Domeinquina. La aparición de su *Antología de la poesía española contemporánea* (1941), cargada de

publicado en el periódico el comentario que Salazar Chapela escribió sobre *Canción*, de Juan Ramón Jiménez, en junio de 1936¹⁹. Apartado de la crítica literaria de actualidad, los artículos sobre literatura firmados por Salazar Chapela que vieron la luz en estos meses versaron siempre sobre temas generales, a excepción de la reseña de *Poesías completas*, de Juan José Domenchina, que el autor de las «Improntas» inició de este elocuente modo:

Tomo el estoque y la muleta de manos de Juan José Domenchina, y me dispongo a lidiar, ante la expectación de su público, en su ruedo de todos los días, el toro bravo, caracoleante y pujante, que él no puede lidiar: su último libro, *Poesías completas*²⁰.

A renglón seguido, el escritor añadió:

Son éstas las faenas que nos gustan en lo literario, en lo taurino. A ellas nos entregamos siempre, no sé si con escuela o sin ella, pero, desde luego, con algo entusiasta, no del común de los mortales, que los aficionados llaman «corazón»....

Entusiasmado con este excepcional –por inhabitual– regreso a la crítica literaria, Salazar Chapela quiso expresar sus sensaciones –formuladas al amparo de un irónico y muy orteguiano símil taurino– antes de comenzar la descripción y la valoración de la obra:

¡Ruedo libre! Ni un compañero al quite. Ni una larga providencial en los momentos de peligro. Ni que me lo saquen del sol ni que me lo lleven a la sombra. Donde está. ¡Ah! Y por mi parte –advierto al respetable–, ni un bajonazo. ¡Música, maestro!

rencores y ajustes de cuentas, provocó verdadera indignación entre los poetas del exilio» («Los rencores de Luis Cernuda», *Revista de Occidente*, Madrid, 254-255 (julio-agosto de 2002), p. 24).

¹⁹ Cfr. Juan Guerrero Ruiz, *Juan Ramón de viva voz. (Texto completo). Volumen II (1932-1936)*. Prólogo y notas de Manuel Ruiz-Funes Fernández. Valencia, Editorial Pre-Textos (Hispanicas, 390), 1998, p. 378.

²⁰ E. Salazar y Chapela, «*Poesías completas*», *La Voz*, Madrid (28 de abril de 1936), p. 2.

El «bello volumen», cuya publicación fue auspiciada por Juan Ramón Jiménez, recoge la obra poética de Domenchina desde 1917 hasta 1934, agrupación que «permite abarcar de una ojeada lo que podríamos llamar la ciudad entera del poeta». Durante esos años, Domenchina había recorrido un «camino de ganancia, en cuanto camino de verdadero poeta, pero camino asimismo solitario, camino original». En sus versos, observó Salazar Chapela «la voluntad de ser del poeta», su «arrebato, exasperación, barroquismo». Esa «fibra sonora, ancha o delgada, afinada o con estridencias, pero siempre personal y profunda» de Domenchina, «su interesante patetismo, se muestre desbocado o con freno», llevaron al periodista a preguntarse finalmente si no sería el poeta un romántico²¹.

También constituye una excepción a la imposibilidad de comentar novedades literarias el artículo «Viejo Madrid», en el que el crítico enjuició *Viejos personajes*, la última novela de Ramón Ledesma Miranda, autor muy ensalzado en *Almanaque literario 1935*, como ha sido dicho. Con esta

²¹ «La obra acredita a Domenchina como poeta consolidado» (Amelia de Paz, «Juan José Domenchina: prosa de guerra», *Exils et migrations ibériques au XX^e. siècle*, Paris, Publications Université Paris 7, Denis Diderot, avec la collaboration du CERMI et de l'AEMIC, 6 (1999), p. 281), por lo que es agasajado en un banquete, con el que también intenta resarcirse de las descalificaciones que había cosechado como crítico literario. «Como es Domenchina así lo queremos. Como siente en crítica y como anhela en poesía es como marca su personalidad en el arte», afirmaron los amigos que habían decidido «festejarlo». Éstos eran, según podemos leer en «Banquete homenaje a Juan José Domenchina», la nota que se publicó en *La Voz* el 30 de abril de 1936 (p. 2), Azorín, Ricardo Baeza, Enrique Díez-Canedo, Antonio Espina, *Juan de la Encina*, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Manuel Machado, Gregorio Marañón y José Moreno Villa. El 7 de mayo, al día siguiente de la celebración del homenaje, el periódico en el que colaboraba publicó una crónica del acto, que estuvo presidido por Manuel Azaña y varios ministros de su Gabinete –Domenchina fue secretario de Azaña desde octubre de 1931 hasta su nombramiento, tres días después de este encuentro, como presidente de la República–. Entre los asistentes, se encontraban, además de los ya citados, Paulino Masip y Max Aub. No acudió Salazar Chapela, cuya relación con Domenchina hemos de suponer que no era, ya entonces, demasiado buena (cfr. «Banquete en honor de don Juan José Domenchina», *La Voz*, Madrid (7 de mayo de 1936), p. 2).

narración, «isla» literaria en la que Salazar Chapela encontró un momento de refugio, quedaba demostrado que no era cierto que –parafraseando el conocido verso de Bécquer–, «agotado su tesoro, falta de asuntos, enmudeció la novela»²². Porque, según advertía el periodista, «siempre que haya un temperamento que vea las personas en función del medio, o que vea, lo que es lo mismo, un medio cualquiera, por absurdo que nos parezca, en función de sus pobladores, habrá novelista, habrá poesía». *Viejos personajes* le pareció un libro interesante, en primer lugar, «por su ambiente, que tiene la gracia de ser añejo, pero la virtud a la vez de ser tratado por una sensibilidad actual»; también por sus personajes, «recortados a veces hasta lo caricaturesco»; por «la humanidad, por el bello sentido humano del tema». Pero, por encima de todas esas virtudes, destacó Salazar Chapela la esencia madrileña de la obra. *Viejos personajes* es «una novela "viejo Madrid" para nosotros, como lo son las novelas madrileñas de Galdós».

El criterio utilizado para enjuiciar la citada novela de Ledesma Miranda –«la más bella, la más perfecta novela de su autor»– contrasta con la opinión que le mereció el denominado «regionalismo poético», contra el que se había manifestado con anterioridad y al que regresó nuevamente en otra de sus «Improntas» tras la publicación de la *Antología parcial de poetas andaluces*, preparada por Álvaro Arauz²³. «El regionalismo poético, ni más ni menos que el regionalismo de otro orden», escribió, «es para la colectividad que sea, antes que nada, una fatalidad». Existe «una poesía regional catalana» y «una poesía regional gallega» «por razones idiomáticas, las únicas valederas en

²² E. Salazar y Chapela, «Viejo Madrid», *art. cit.*

²³ Citada inicialmente como *Antología de poetas andaluces* en «Regionalismo poético» (*La Voz*, Madrid (18 de marzo de 1936), p. 2), rectificó en una nota situada al final de su siguiente artículo, «El tema Charlot» (*art. cit.*): «*Fe de error.*– Poco sensible a las erratas (¡sé que se lee tan deprisa!), quiero, sin embargo, corregir hoy, con el permiso de este diario, una equivocación mía deslizada en mi artículo anterior, «Regionalismo poético». Deseo subsanar el error porque no se refiere a mí, sino a otro. A Álvaro Arauz, cuyo último libro, al cual aludí en mi artículo, no se titula como escribí equivocadamente, sino así: *Antología parcial de poetas andaluces*».

este caso, que de tal suerte ahondan las diferencias, conformando los sentimientos, y la sensibilidad artística con éstos, dentro de un molde propio, hasta cierto punto intraducible». Pero «no hay una poesía regional andaluza», pues ésta no es posible «como no sea a costa del pastiche, la superchería o la traición». Siguiendo la estela de Lorca y de Alberti, «dos buenos poetas (como buenos, corruptores también)», surgió en los últimos tiempos «algo que se asemejaba mucho, si no a una poesía típicamente regional, al menos a una poesía costumbrista». Ambos, pero especialmente el primero, «comenzaron por manipular con sentido, en su abrotoñar poético, lo típico de la región andaluza», algo que Salazar Chapela consideraba natural en un principio. El problema estriba en que, desde entonces, «brotaron a montones, como el culantrillo o el "poligono"», los poetas que practicaban «la explotación de un ambiente tomando a éste como motivo»; esto es, el costumbrismo, «la forma más parasitaria del arte, en cuanto el artista que lo cultiva vive a expensas de las costumbres».

Los dos poetas mencionados abandonaron muy pronto, «no obstante la perfección de sus obras primeras, las exterioridades de su tierra, para ascender a un plano superior, fuera de todo localismo, que en literatura se paga tan caro». Sus imitadores, sin embargo, dieron a conocer, «contra el genio universal de la tierra, unos poemitas pintados con toros, toreros, tricornios, "espontáneos"; con una Sevilla y una Córdoba de caramelo; con arroje de atardeceres; incluso con ingleses y gitanos más guapos... Y con un vocabulario –y esto es lo peor– que tendría gracia si fuese original: si no fuese de Lorca».

Por otra parte, advertía el escritor, Andalucía es «mala región [...] para que se la quiera dar alcance, como pretende el costumbrista, con cuatro colores de ocasión». Es precisamente ahí donde «radica el pecado del costumbrismo; también su penitencia, su fracaso». Porque Andalucía es muy diversa, «inapta para un sentimiento común de región», «escasamente gregaria»,

argüía Salazar Chapela. Mal se puede recoger su «alma», por consiguiente, «en píldoras de colorines, manoseadas hasta lo repugnante...», como pretendían quienes se dedicaban a ese «arte pestífero costumbrista». Para finalizar, el periodista añadió: «El poeta que nazca en Andalucía, si es poeta de veras, sabe que su destino poético es abrirse las venas con coraje, sin localismos, por encima de la Giralda, con ser ésta tan bella. Un gran poeta no cayó nunca, ni siquiera en sus momentos de exaltación de la patria chica, en la trampa regional. En esto se diferencian los poetas de los concejales». Respecto a la antología mencionada, Salazar Chapela prefirió no descubrir la identidad de los «andaluces poetas y poetas andaluces, verdaderos artistas y explotadores no más de la costumbre» cuyos versos habían sido seleccionados, según confesaba, «para ahorrarme disgustos, y asimismo ahorrarlos a unos cuantos»²⁴.

Salazar Chapela también se ocupó en esta nueva serie de artículos de la crisis del teatro, tema que había sido objeto de comentario en colaboraciones anteriores. En esta ocasión quiso analizar la situación de las artes escénicas en relación con el cine, cuyo auge, «en detrimento del teatro, lejos de ser un motivo de tristeza, supone para muchos, y no por legítimos estímulos, una oportunidad de contento. Al fin y al cabo, el teatro, bueno o malo, político o artístico, social o exquisito, es espíritu, es literatura, y la gente zafia no puede contemplar sin júbilo, aunque a veces lo disfrace de lamentos, el hundimiento de estas cosas»²⁵. En la España de los años treinta, constató el escritor, «el teatro se amustia y [...] muchos artistas de teatros [*sic*], autores

²⁴ Luis Cernuda, cuyos poemas habían sido seleccionados inicialmente por Arauz, no autorizó su inclusión en la antología. No estaba de acuerdo «con la visión que Arauz ofrece de dicha poesía en su prólogo, donde establece una jerarquía valorativa entre poetas consagrados como Alberti, Lorca y Villalón, y otros, como el propio Cernuda, que a su juicio llegan después, impulsados en gran medida por el ejemplo de los primeros». Así se lo hizo saber Pedro Pérez Clotet en la carta que le remitió el 20 de julio de 1935, en la que le pidió que le comunicara su decisión a Arauz (*cfr.* Luis Cernuda, *Epistolario, 1924-1936*, *ob. cit.*, p. 188 y n. 266).

y actores, pasan al cine», arte por el que se siente atraído todo el mundo. El género teatral, en cambio, se había convertido en «un baluarte espiritual o literario, pobre de fuerzas, pero abierto aun a cuantos quieran y puedan romper una lanza, a la luz de las candilejas, por la expresión dramática». Faltaban «media docena de Bernard Shaw de treinta años». De tenerlos en España, aseguró Salazar Chapela, «veríamos ahora mismo, no obstante el auge del cine, pimpantes las compañías teatrales y llenos los teatros». Pero, en verdad, continuó el escritor, «lo que más nos separa hoy del teatro, si salvamos las excepciones notorias, no es tanto su pobreza artística como su falta de actualidad. Tanto los resortes como las ideas, las palabras como las decoraciones, pertenecen en el teatro de hoy al mundo de ayer. Por eso nos repele, por eso no vamos al teatro». Confesó en primera persona del plural. Salazar Chapela no pensaba que éste hubiera llegado a su fin, como habían vaticinado algunos²⁶. «Eso de decretar la muerte de los géneros literarios», afirmó como ya lo había hecho en otras ocasiones, «es tarea que no corresponde a los mortales, sino al Destino. Los géneros literarios –poesía, novela, teatro, ensayos– suben o bajan en razón directa de las personalidades que los cultivan».

Los artículos sobre literatura más interesantes que publicó Salazar Chapela en estos meses son, sin lugar a dudas, «Villaespesa» y «El taco». De ellos se desprende su posición estética en esos momentos. El primero, escrito a raíz de la lectura de un artículo de Emilio Carrère en el que refería el «abandono doloroso» en el que se consumía el poeta Francisco Villaespesa, constituye

²⁵ E. Salazar y Chapela, «Cine y teatro», *art. cit.*

²⁶ En el destierro, Salazar Chapela confesó sus verdaderos temores: «Una de las características de ciertos inventos modernos es lo que podríamos llamar su efecto social negativo. Así se pensó podría ocurrir con el cine, cuyo imperio creímos todos iba a aniquilar al teatro. (Luego hemos visto que no. El teatro sigue funcionando a pesar del cine. Y si hoy el teatro no es mejor no es por culpa del cine, sino por culpa del teatro)» (Salazar Chapela, «Carta de Londres. La televisión y el libro» (*Información*, La Habana (13 de diciembre de 1953), p. C-4).

una reveladora revisión de su pasado estético, el pasado de la generación de la *nueva literatura*. Sobrecogido por la noticia, aunque no conocía personalmente a Villaespesa, Salazar Chapela confesó a sus lectores que tampoco poseía una idea precisa de lo que significaba su obra, a la que había accedido muy parcialmente en la niñez. «En este desconocimiento», advertía, «como en otros muchos, está complicada la formación de muchos jóvenes, encerrados por pura fuerza de los hechos literarios (los hechos literarios: que arrastran de igual modo que los políticos) en una campana celebérrima: la campana neumática de la "pureza"»²⁷, a la que él mismo se había referido en la encuesta sobre la vanguardia que publicó *La Gaceta Literaria* en 1930²⁸. A decir verdad, matizó el escritor, «la campana neumática, al revés de una campana neumática, hizo el vacío fuera de la campana». Así, «a través de su cristal, tan puro que no se lo veía a veces, columbrábamos fuera de su purísimo habitáculo unos murciélagos malditos, pájaros extraños y bohemios, glorificados o postergados, de cuya autenticidad poética ¡dudábamos tan en serio!». Era el caso de Marquina, Rueda, Carrère, Villaespesa, autores que no significaban absolutamente nada para los defensores del arte nuevo, pues para ellos nada era más importante que «el poema químicamente puro de D. José María Hinojosa». Esta visión intransigente, tal y como la calificó Salazar Chapela, «arrancaba de un fondo fuerte de creación; se ha visto después». Pero lo que no produjo después, y ya le parecía al escritor «hora de que se vea», fue la «rehabilitación de lo verdadero, por encima de las tendencias y las escuelas, para informar con cierto decoro a nuestro público».

No cabe duda de que existía mucha distancia entre Villaespesa y las «jóvenes generaciones poéticas» con las que Salazar Chapela se identificaba. El poeta almeriense se alejaba de ellas sobre todo «por la manera impremeditada,

²⁷ E. Salazar Chapela, «Villaespesa», *La Voz*, Madrid (9 de abril de 1936), p. 2.

improvisada, romántica, de dilapidar un caudal poético evidente, sin aquel cilicio de la norma, que constituye en muchos de los nuevos su presea principal». Villaespesa era un «manirroto lírico», actitud que «siempre conduce a la relajación de la tensión y el estilo, en todo arte indispensables, y más que en ninguno en la poesía». Porque la poesía, recordó el periodista en términos muy parecidos a los que había empleado en sus comienzos como crítico literario, «opera con quintaesencias (¡ay de quien pretenda en poesía, como si se tratase de una novela realista, darnos las cosas crudas!), opera con lo más delicado de las cosas, también con lo más escondido, y ello no se puede echar fuera, ni mucho menos hacerlo inteligible, si no es por un esfuerzo fantástico, heroico hasta el sacrificio, en la expresión». Pero también fue un «manirroto lírico» lord Byron y sabido es que produjo una obra poética «colosal». Por ello, Salazar Chapela esperaba de quienes tenían capacidad para hacerlo que dijeran «la verdad entera, sin mezcla de partidismo alguno», sobre Villaespesa «y otros murciélagos que revoloteaban malditos en torno a la celeberrima campana». Es más, el escritor exigía a todos los implicados, a todos sus «amigos: rompamos ya la campana. No me hallo libre de pecado, pero tiro la primera piedra».

Tras reconsiderar el pasado, Salazar Chapela quiso analizar también el presente, no menos preocupante para él, como comprobó una vez más al leer *Vivimos en una noche oscura*, de César M. Arconada, libro que el autor le había enviado. «Es fatal», escribió Salazar Chapela al iniciar su artículo. «Casi todos los amigos que se nos marchan, dando un portazo altivo, al ala izquierda del comunismo, lo primero que les ocurre es que cambian de manera de hablar. O de escribir»²⁹. Su nueva condición de escritores proletarios les lleva a adoptar una pretendida «habla popular» consistente en

²⁸ Véase 3.6.1. *El fin de la vanguardia*.

²⁹ E. Salazar y Chapela, «El taco», *La Voz*, Madrid (8 de julio de 1936), p. 2.

«rebañar la tinaja de las interjecciones castizas» y en utilizar «los tacos más sonoros».

En este punto, recordó Salazar Chapela que la historia recoge el uso literario del taco, bien «para herir la sensibilidad pacata de la burguesía», bien como «resorte artístico, colocándolo cuidadosamente para provocar un agudo». El primer modo —«una manera de apabullar al burgués, a la vez que una afirmación malsonante, pero contundente, de la individualidad del artista, su libertad, su anarquismo»— ha sido empleado sobre todo por los franceses, desde Mirabeau hasta los surrealistas. El segundo modo responde a «un deseo de provocar un efecto estético, que sólo se puede lograr con materiales tan despreciables cuando se posee [...], en grado sumo, el don de reflejar artísticamente el ambiente adecuado donde estalla —y por ello se justifica— el taco». Esa capacidad de elevar el taco a la categoría de arte la poseyó, según Salazar Chapela, «un gran escritor, Valle-Inclán, que hizo del taco, si se me permite la expresión, una piedra preciosa». Pero ninguno de los dos procedimientos mencionados estaban en el origen del uso del taco que venían realizando los escritores comunistas del día. Era éste una novedad que respondía, como ha sido dicho, a la pretensión de utilizar el mismo lenguaje que supuestamente empleaban los lectores. Ello le parecía a Salazar Chapela «una ofensa, la peor de todas, al pueblo». Por ello añadía: «y como pueblo que me siento, me rebelo contra ella». Porque

si de veras se quiere mi redención, si es verdad que se desea que yo llegue a ocupar, material y espiritualmente, un nivel reservado antes a unos pocos; si se me respeta en cuanto hombre y se anhela con ahínco que desarrolle, mediante el apoyo espiritual de esos escritores proletarios, lo que esa palabra significa, lo primero que tienen que hacer conmigo es hablarme «en otra lengua», educarme «en otra lengua». Yo quiero purgarme, si estoy enfermo de ello, de hábitos y maneras denigrantes; quiero ser más, quiero ser mejor.

Para finalizar su diatriba contra quienes practicaban esta costumbre, Salazar Chapela recordaba que «un escritor comunista se debe como ningún otro al

pueblo; es un intelectual que ha renunciado a todo, incluso al arte, por el pueblo; está en relación conmigo, o no es intelectual, como el maestro con el niño». En este último caso, el educador debe hablar bien, aunque su discípulo lo haga mal, para enseñarle. «¿Qué es eso de que para hablarme a mí, al escribir para mí, y con pretexto de mi redención espiritual y material, el escritor proletario busque los estercoleros del diccionario, se pertreche de los modos más soeces y abomine de antemano de lo más noble y espiritual inventado por el hombre, que es el bien decir? Noble trato, que soy un hombre y quiero serlo más...», reclamó el escritor. Tras su argumentación se dirigió directamente a Arconada. Su obra le había parecido «un buen libro (a pesar de sus "tacos", que no por ellos)». Tenía razón, afirmó al citar el título de la obra, «vivimos en una noche oscura», porque «hasta los espíritus más nobles, hasta los mejor intencionados, hasta los mejor dotados, parecen desconocer, tan oscura es la noche, su obligación...».

En el mismo artículo, Salazar Chapela estableció una comparación entre los escritores comunistas y «los amigos que se nos marchan al fascismo». Éstos «no cambian de manera de hablar; eso sí, se ponen muy tristes», como ya había mencionado en artículos anteriores. Pero lo que ahora nos interesa destacar, pues revela muy claramente a qué punto había llegado la fragmentación de los escritores españoles en aquellos momentos, es esta reflexión de Salazar Chapela:

Ésta es la época [...] de los amigos que se van, que huyen hacia el pasado o el futuro, que escapan del presente e ingresan en una doctrina con el mismo espíritu con que antes se ingresaba en un convento. Uno se queda en este mundo con el ánimo chasqueado que caracteriza a la familia de la profesora, y cuando encontramos, siempre por un acaso, en la calle o en el café, a una de estas monjas de americana, la miramos a los ojos y percibimos que no hay remedio. ¡Perdimos el amigo! Nos separa de él la celosía de la comunidad, un tanto umbría, a la vez que los odiosos barrotes del dogma.

6.1.2. Esperanza y temor

De poco parecía servir, al menos en el caso de los amigos de izquierda, que Salazar Chapela compartiera con ellos la satisfacción por la derrota de la derecha que se había decidido en las últimas elecciones generales. Veían de forma muy distinta el Frente Popular, una compleja iniciativa política que el escritor se aprestó a defender en sus primeros meses de vida de los embates de las fuerzas reaccionarias, sus únicos enemigos, según creía Salazar Chapela entonces. Persuadido de las virtudes de la democracia, resumió la historia de las Cortes españolas en un artículo publicado el 12 de mayo de 1936 en el que, tras glosar las virtudes de la poda en jardinería y también en literatura —donde distinguió la existencia de «escritores follajes y escritores cuidadosamente podados»³⁰—, defendió la necesidad de practicarla también, y de forma enérgica, en el Parlamento. Este ejercicio permitiría dinamizar la institución, aunque, apostilló con ironía, «nos duela mucho perder la rama florida del Sr. Goicoechea», fundador de Renovación Española —«de filiación netamente monárquica, con nostalgias tradicionalistas»³¹—, una delegación de la cual había participado, en marzo de 1934, en una entrevista con Mussolini. La poda que necesitaba el Parlamento, precisó Salazar Chapela, debería ser «enérgica, pero respetando lo substantivo; en realidad, para vigorizar lo substantivo. Aquella condición flexible, genial como pocas, siempre con posibles salidas, de *magnum concilium* popular, nacional».

El 22 de mayo, el periodista comentó un artículo recientemente publicado por Ángel Ossorio y Gallardo acerca de los conservadores, pues, a juicio de Salazar Chapela, «España está demostrando que es cosa difícil, sólo reservada a unos pocos, ser revolucionario con talento, y que es más difícil todavía, por no decir imposible, ser conservador español con talento»³². Ossorio y Gallardo había escrito «un artículo conservador [...] sin mezcla de

³⁰ E. Salazar y Chapela, «El Parlamento», *La Voz*, Madrid (12 de mayo de 1936), p. 2.

³¹ Manuel Tuñón de Lara, «La Segunda República», *art. cit.* p. 158.

³² E. Salazar y Chapela, «Conservadores», *La Voz*, Madrid (22 de mayo de 1936), p. 2.

intransigencia alguna», «un artículo talentado, por no decir de corazón». Pero, por regla general, «apartando las excepciones», «allí donde falla la bondad falla por lo común la inteligencia, y allí donde falla la inteligencia, falla la moral asimismo». No es de extrañar, por ello, que el periodista se planteara ante «ciertas actitudes que se dicen conservadoras —o que se dicen revolucionarias, ¿para qué vamos a esconder dolores?—» si sus protagonistas eran «malos», «tontos», «inmorales» o las tres cosas a un tiempo. Porque el «que se complace en el infortunio de otro y se restriega las manos, lleno por ello de satisfacción beatífica, no sólo es malo, es tonto». Y «ese otro que va de aquí para allá y hace un zigzag logrero, pero perfectamente estúpido de su conducta política, no sólo es tonto, es inmoral». Dejándose llevar por una estudiada ingenuidad, el periodista quería pensar que esto era así para que «el mundo [...] sea en último extremo alcanzado por los mejores, que son los inteligentes, que son los buenos», aunque la Historia demuestre en tantas ocasiones justamente lo contrario. «No seamos pesimistas por ello», añadió Salazar Chapela: «los criminales pagarán el tributo, serán ahorcados a su hora, y los sapos, a veces tan dulces o apostólicos que ni siquiera lo parecen, serán aplastados con el pie».

Si la izquierda se caracteriza por su espíritu revolucionario, los conservadores, continuó su argumentación el periodista, tienen como misión mantener, preservar lo establecido. «Ésta es la única labor creadora, muy importante por cierto, de las derechas de un país», y es precisamente todo lo contrario de lo que hicieron en España los radicales y la CEDA, durante cuyo mandato le quitaron al sillón —en alusión a la parábola empleada por Ossorio y Gallardo en el artículo citado— «lo poco nuevo que tenía, para substituirlo a toda costa por lo más viejo, carcomido y miserable». «El resultado a la vista está», concluyó concluyó Salazar Chapela, «Frente Popular a todo pasto. Ahora le van a cambiar al sillón, Sr. Gil Robles, hasta el gálibo; de aquí a tres años no lo conocerá ni su autor».

Otro ensayo, *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, de Karl Mannheim –recientemente traducido por Francisco Ayala–, estuvo también en el origen de la reflexión que realizó Salazar Chapela en este artículo. «Es dramática la situación del conservador», aseguró, «porque para serlo con talento, que es la única manera de ser algo, conservador o ebanista, ha de comenzar el conservador de hoy, no sé si de grado o por fuerza, por dejar de ser en mucho conservador», como lo demuestra el artículo de Ossorio y Gallardo, «excelente síntesis de corazón y de cabeza», en el que ofrece «como conservador un programa revolucionario en buena parte. ¿Qué significa esto? ¿Qué pasa?», se preguntaba el periodista. Por todo lo dicho, Salazar Chapela pensaba que «si las derechas, tan despistadas en los últimos tiempos, se penetran de la palabra sensata, otra será su suerte. Otra mejor la suerte de las izquierdas», añadió. «Y otra asimismo la situación (y esto es lo importante, lo que debe preocupar por encima de todo», advirtió antes de citar una afirmación de Unamuno que consideró genial: «Hombre antes que pueblo, antes que nación». Que el español entonces «piense como quiera».

A algunos de los lectores que podían estar aproximándose a las posiciones ideológicas defendidas por los partidos de derechas se dirigió también Salazar Chapela en «Clase media», artículo en el ofreció su opinión sobre el significado de una denominación que relacionó, por su imprecisión, con «su homólogo histórico conocido como Edad Media»³³. La frontera que separa la clase media de la proletaria no se encuentra, según creía, en «una corbata» y en «un cuello»; tampoco en el dinero, ni en la ambición social. La clase media «es, antes que ninguna otra cosa, y aunque tenga muchísimo de todo eso, un tipo de educación». En defensa de esta afirmación arguyó el periodista la procedencia de grandes políticos, grandes filósofos, grandes artistas y grandes hombres de ciencia. Así, «la clase media sostiene hoy en

³³ E. Salazar y Chapela, «Clase media», *La Voz*, Madrid (11 de junio de 1936), p. 2.

todas partes el haber de la cultura en el mundo; ella viene empujando [...] cuanto en el mundo representa investigación o creación; a ella se debe [...] la vacilante, mortecina luz liberal que nos alumbra todavía...».

Pero no todo es positivo en el retrato de la clase media que realizó Salazar Chapela. En ella vio también «dos hechos característicos que constituyen [...] una antinomia singular». De un lado, su «hambre con cuello y corbata; de otro, y contrastando con este estómago vacío, tan pudorosamente oculto, un reaccionarismo tan recalcitrante, un deseo tan grande en la mayoría de que no pierdan nada los que tienen muchísimo, que no parece otra cosa sino que muchos de los miembros de la clase media esperan recibir el día de mañana [...] la propia fortuna del conde de Romanones». Así, «todo lo que en España se llama fascismo es clase media chafadilla..., clase media transida por la idea putrefacta del "descender" y el "ascender", y que está deseosa de sostener todavía, a costa de la justicia, y muchas veces con el estómago vacío, su rellano como tal clase, la escalera. O lo que es lo mismo: el sótano y el torreón...».

A pesar de todo, Salazar Chapela seguía pensando que era la clase del porvenir, si bien debían realizarse algunas mejoras: «Quítense a la actual dos o tres prejuicios, alguno muy grave; alójesele en el corazón la confianza en su gran destino [...]; que se le extraiga con cuidado, no sé si del hígado o los riñones, el cálculo posible de la cursilería inveterada, y tendremos una proyección futurista, tan legítima como noble, por cuyo cono de luz (liberal, porque el liberalismo está ahí, nos espera...) irán entrando todos...».

El periodista seguía confiando en Manuel Azaña como defensor de sus intereses ideológicos, incluido el concepto de liberalismo en el que creía. Por ello, cuando se inició un debate público sobre quién debía sustituir a Alcalá-Zamora –destituido de su cargo el 7 de abril de 1936– en la presidencia de la República, Salazar Chapela no dudó en apostar por el hasta entonces jefe del

Consejo de Ministros³⁴. «¿Quién será Presidente?», se preguntó en un artículo publicado el 22 de abril. Antes de abordar el tema, el escritor aludió veladamente al atentado contra la tribuna presidencial que tuvo lugar durante el desfile conmemorativo realizado el 14 de abril. «Pasados los siniestros de estos últimos días, que no vamos a calificar, porque habríamos de emplear una terminología no aceptada todavía, que yo sepa, por la Academia de la Lengua, vuelve el ánimo público a preocuparse de la elección presidencial», escribió³⁵. El periodista concedía una gran importancia a esa decisión:

Todo lo que se haga en obsequio de ese puesto, todo lo que se vuelque abundante sobre ese cargo, en honores y emolumentos, en dignidades y distinciones, nos parecerá indicadísimo. Como que la Presidencia de la República es el remate del edificio del Estado republicano. Algo así como su cimborrio, que debe contemplarse siempre a distancia, enhiesto, elevado, con una fisonomía representativa, por ello muy republicana, y con sus puntas y ribetes de operante e inoperante.

En la elección, aseguraba Salazar Chapela, «nos jugamos, si no el régimen propiamente dicho, al menos, la buena representación de este régimen». Esto es, «su corona sin ella», concluía con una paradójica expresión.

La opinión pública se encontraba dividida. Algunos pensaban que era conveniente «elegir a una figura menor, pero buena, que sea una garantía por su bondad e inocuidad»; otros creían que era preferible apostar «por una figura de gran tamaño, que llene con su fuerte personalidad política la

³⁴ Azaña era, en rigor, «el único candidato aceptable para la mayor parte de la izquierda», pero acceder a la presidencia de la República significaba «la pérdida del poder político efectivo, por lo que los principales líderes de su partido, como Marcelino Domingo o Casares Quiroga, intentaron disuadirlo. Incluso los 4000 asistentes a la asamblea de la Agrupación de Izquierda Republicana en Madrid votaron por aclamación en contra de su candidatura a la Presidencia, y numerosas agrupaciones de provincias se manifestaron también en contra. Pese a todo, Azaña decidió aceptar la Presidencia de la República, quizá porque en esos momentos no había otro hombre capaz de asumirla» (María Ruipérez, «Manuel Azaña: Memoria viva de España», *Tiempo de Historia*, Madrid, año VI, 65 (abril de 1980), p. 24).

³⁵ E. Salazar y Chapela, «¿Quién será Presidente?», *La Voz*, Madrid (22 de abril de 1936), p. 2.

amplísima hornacina del puesto». Junto a estos últimos se situaba el periodista, porque a su entender, «una personalidad fuerte, una figura tan fuerte como buena, siempre valdrá el doble, para éste y para otros cargos, que una figura buena, pero débil. Además», añadía, «el régimen, aun con su enorme raigambre popular, carece de tradición todavía, y posiblemente no le convenga colocar a la cabeza del Estado a otra figura que no represente, antes que nada, precisamente eso: una cabeza». Apostaba por tanto Salazar Chapela por «una buena cabeza republicana. Nacional. Que ello ha de significar un verdadero sacrificio, y claro está que un dolor, para el partido político que se prive de la cabeza, ¡qué duda cabe! Pero ésta es una de las pruebas a que deben someterse, y de muy buen grado por cierto, los partidos que amen a España sobre todo. Obras son amores». Así se evitaría que sucediera lo mismo que había acontecido en el pasado. «Los cimborrios», los presidentes, «que cayeron, si cayeron fue porque le fallaron los cimientos; si le fallaron los cimientos fue por algo». Pese a todo, no había que olvidar, advertía el periodista siguiendo con la metáfora arquitectónica, que «estos levantados remates [...] por sí solos tampoco pueden sostenerse; no basta erigirlos —o elegirlos— de la mejor calidad; también hay que apoyarlos. Es más: cuanto mejor sea la calidad del material político y arquitectónico que empleemos en ese levantado remate arquitectural y político, con más motivo quedaremos obligados a apoyarlo, a sostenerlo». «¡Por seis años!», concluía después de citar un consejo de Emilio Castelar.

Salazar Chapela así lo hizo a partir del 10 de mayo, fecha en la que Manuel Azaña fue elegido Presidente de la República³⁶. Dos días después ocupaba el

³⁶ Para Francisco Ayala, que, según afirma, había sido amigo de Azaña, y se había inscrito en su partido, el político «huyó de unas responsabilidades que ciertamente no había buscado, que había temido, pero que el destino echó sobre sus hombros, y fue a esconderse en el cargo de presidente de la República, muy dispuesto a mostrar, de espaldas a la realidad tremenda del país, cómo debe comportarse un presidente constitucional: manteniendo el decoro y dando lustre al protocolo, y desentendido, aún más de la cuenta, de los problemas políticos del día» (*Recuerdos y olvidos*. Madrid, Alianza Editorial

cargo de Presidente del Consejo de Ministros Casares Quiroga, tras rechazarlo Prieto, cuyo grupo parlamentario se había negado a aceptar la propuesta³⁷. Pasado un mes, el periodista escribía en *La Voz*:

Últimamente en una reunión de escritores, se comentaba la trayectoria originalísima, tan lenta en un principio, tan vertiginosa después, de la primera figura política, sin discusión posible, de la República. Las exclamaciones se sucedían de esta guisa: «¡Qué hombre tan extraño!». «¡Qué original!». «¡Qué revelación!». A lo que hubimos de contestar nosotros que por parte del hombre no había cosa extraña, que nada más claro y evidente, cuando se tiene en abundancia, que el talento, y que donde había que investigar para explicarnos el «misterio» era en el país... «Una tal biografía –creo que concluí por decirles– es un paradigma maravilloso, no tanto en un hombre, con ser éste tan ejemplar, como en un sistema verdaderamente divino, literario o político, artístico o científico, de la vida española». Y a renglón seguido les pedí –en broma, naturalmente– que se quitaran los calcetines y me mostraran la espinilla. Y resultó –¡oh profeta!– que todos, incluso el tonto –¡quién lo diría!– las tenían amoratadas...³⁸.

Algunos compañeros de profesión de Salazar Chapela parecían más preocupados por entender la fulgurante carrera política de Azaña que por analizar la imparable escalada de violencia que se estaba viviendo en España. El periodista se refirió a mediados de junio –días después de que Calvo Sotelo y Gil Robles intervinieran en el Parlamento para enumerar los

(Alianza Universidad, 87), 1982, p. 186). En opinión de Ángel Ossorio y Gallardo, la designación de Azaña fue «el mayor disparate que pudo concebirse, porque Azaña, durante la anterior etapa izquierdista, había demostrado ser el único hombre de Gobierno con que contaba la República. El bienio lo dejó bien a las claras. De modo que al encerrar a Azaña en la jaula de oro, la República se privó del único elemento de acción con que contaba». Él mismo «contribuyó a este enorme error prestándose a tan inconveniente combinación» (*Mis memorias*. Prólogo de Fausto Vicente Gella. Madrid, Tebas (Recuerdos y memorias, 3), 1975, p. 193).

³⁷ «Al apartarse de la dirección de la actividad política cotidiana, la esperanza del nuevo Presidente estaba puesta en la formación de un Gobierno encabezado por Indalecio Prieto y apoyado por los republicanos y por el sector moderado del PSOE. Pero la izquierda caballerista, que dominaba en estos momentos la Ejecutiva del Partido Socialista, se opuso a este proyecto, y Prieto tuvo que renunciar» (María Ruipérez, «Manuel Azaña: Memoria viva de España», *art. cit.*, p. 24).

³⁸ E. Salazar y Chapela, «Cargos políticos», *La Voz*, Madrid (29 de junio de 1936), p. 2.

desórdenes producidos desde el triunfo del Frente Popular³⁹— «a los sucesos españoles de estos días»: «el caso inusitado de Écija»⁴⁰, «la tristeza de Málaga»⁴¹ y «la pena de Yeste»⁴². Tras el título y el subtítulo —«Parar. Divagación clásica contra un gobierno de fuerza»—, Salazar Chapela reprodujo el pareado con el que se cierra un conocido «ejemplo» de Don Juan Manuel: «Si al comienzo non muestrás quién eres/ nunca podrás después cuando lo quisieres»⁴³. Pero su argumentación tomaba como punto de partida otra sentencia, tan instructiva como la anteriormente citada, que Salazar Chapela había leído en la biografía *Juan Belmonte, matador de toros, su vida y sus hazañas*, del periodista Manuel Chaves Nogales, publicada por entregas semanales en la revista madrileña *Estampa* desde el 28 de junio de

³⁹ «Gil Robles dijo en las cortes, el 16 de junio, que en cuatro meses se habían quemado 170 iglesias, se habían cometido 269 homicidios y se habían declarado 133 huelgas generales y 216 parciales (podría replicarse que sólo en Barcelona y en 1921 se habían producido 228 asesinatos en las calles sin contar los heridos). La manipulación era cierta, pero la violencia también lo era. Sin embargo, y pese a ese clima, los campos andaluces habían conocido una situación mucho más tensa en 1919 y 1920» (Manuel Tuñón de Lara, «La Segunda República», *art. cit.*, p. 219).

⁴⁰ «En un tumultuoso mitin celebrado en Écija, Prieto fue amenazado físicamente por las juventudes socialistas y otros largocaballeristas» (Hugh Thomas, *La guerra civil española*. Barcelona, Grijalbo Mondadori (Libro de Mano, 9), 1995, vol. I p. 201).

⁴¹ «En Málaga se produjeron reyertas entre la CNT y la UGT, con algunos muertos» (*ibidem*, p. 208).

⁴² E. Salazar y Chapela, «Parar. Divagación clásica contra un gobierno de fuerza», *La Voz*, Madrid (19 de junio de 1936), p. 2. En Yeste, el 29 de mayo, «un enfrentamiento entre la Guardia Civil y una muchedumbre de campesinos produjo la muerte de un guardia y de diecisiete campesinos» (Juan Avilés Farré, «Izquierda Republicana en el Gobierno, febrero a julio de 1936», en Ángeles Egido León y Matilde Eiroa San Francisco (eds), *Los Grandes olvidados. Los republicanos de izquierda en el exilio*, Madrid, Centro de Investigaciones y Estudios Republicanos, 2004, p. 110). Sobre estos luctuosos hechos puede verse el libro de Manuel Requena Gallego *Los sucesos de Yeste. Mayo 1936* (Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 1983).

⁴³ Se trata del cuento XXXV, «El mancebo que casó con mujer brava», texto en el que se basó Alejandro Casona para componer su *Entremés del mancebo que casó con mujer brava* (*Retablo jovial*. Madrid, Espasa Calpe (Colección Austral, 1358), 1986, 8ª ed., pp. 134-146). La enseñanza que encierra el citado «ejemplo» determina también el tema de *La fierecilla domada*, de Shakespeare.

1935. El torero, pensaba el periodista, tenía razón al afirmar que «el que sabe parar, domina», tanto en el arte de la lidia como en cualquier otra situación⁴⁴. La de España exigía aplicar, sin mayor dilación, la misma «técnica del parón» que, según los críticos, caracterizaba a Belmonte en los ruedos. Había que evitar un Gobierno de fuerza, porque éste «representaría de antemano un fracaso, la confesión tristísima, tácita o expresa, de que no se supo parar a tiempo; representaría la locura, ese salto desesperado que da el hombre cuando se encuentra, por culpa propia o del destino, entre la espada y la pared. Hay que evitar la espada: preciso no arrimarse a la pared tampoco...». Ante semejante convicción, cabía preguntarse: «¿Sabrán parar?». Salazar Chapela se sentía, al menos públicamente, confiado, pues «en este Gobierno de ahora, si nos fijamos en su cabeza, hay facha. Hay facha y hábito de la "técnica del parón", única adecuada a determinados embistes». En apoyo de Santiago Casares Quiroga, que el 19 de mayo, en la presentación de su Gobierno ante las Cortes, lo había declarado «beligerante» en contra del fascismo, Salazar Chapela añadió: «Pero si hay un político español que nos recuerde un espada, un diestro en actitud de "parar" y "templar", este político no es otro que el presidente del Consejo». Dependían de su esperada actuación el honor del político y, sobre todo, «la tranquilidad del país»; estaba «en juego una obra, la airosa salida de España, por el mejor portillo posible, hacia el futuro...»⁴⁵.

⁴⁴ La cita procede del capítulo V de la citada biografía, en el que se incluye un epígrafe titulado precisamente «Parar» (cfr. Manuel Chaves Nogales, *Obra narrativa completa*. Introducción de María Isabel Cintas. Sevilla, Diputación de Sevilla-Fundación Luis Cernuda (Biblioteca de Autores Sevillanos, 1), 1993, tomo II, p.332).

⁴⁵ Salazar Chapela debía de conocer personalmente a Casares Quiroga, con quien coincidió en Gran Bretaña durante los primeros años de su exilio. Al publicar su novela *Perico en Londres*, el escritor le remitió un ejemplar al político gallego, que le contestó acusando recibo del envío y dándole las gracias «por todo». «Sabe V. con cuánto afecto le recuerda siempre su buen amigo», le decía al terminar (carta fechada en París el 4 de marzo de 1948; APESCH).

Con este artículo Salazar Chapela buscaba desesperadamente una solución a una radicalización política que ya parecía imparable. Sobre ella había reflexionado muy acertadamente unos meses antes, cuando la lucha de partidos había llegado en España, en su opinión, «a extremos insostenibles»⁴⁶. «Derechas e izquierdas», escribía, «se hallan ahora como salidas de madre, prontas a abandonar lo fundamental de sus principios por culpa de un elemento que se considera como la máxima debilidad; pero que puede ser a veces, si lo aleamos con cierta táctica, un elemento de máxima fortaleza. Aludo al miedo». Esta situación no se daba exclusivamente en España. «Basta mirar al resto del globo, singularmente a Europa, para ver esta lucha (entre nosotros pequeña, aunque para nosotros muy grande) desmesurada, llegada a proporciones tan enormes que significan nada menos que esto: la guerra», advirtió el periodista. Había un «pugilato sordo» entre Inglaterra e Italia, Francia y Alemania, Rusia y Japón, países en los que existían «intereses materiales, si se quiere de vida o muerte, en nombre de los cuales se mueven». Cada una de esas naciones representaba, además, una política, y, por tanto, una idea económica. Sin necesidad de mencionar nombres —«juzgue el lector por sí mismo, por su correspondiente barómetro de simpatía y antipatía»—, establecía Salazar Chapela dos direcciones: la de los que sentían «devoción por las dictaduras de viejo estilo (porque se trata del más viejo estilo), por el militarismo, por la proscripción del pensamiento independiente [...], por esas camisas de fuerza de las cuales sólo escapan los pueblos con la peor de las locuras, la de la guerra»; y la de quienes «con más o menos pureza viene[n] salvando, a cambio de las transacciones que impone la hora, la comodidad espiritual, que no es otra cosa que el respeto al hombre». En resumen, que en el mundo «vemos agrandadas, cobrando el tamaño de países enteros, las luchas que aquí tienen el tamaño de los

⁴⁶ E. Salazar y Chapela, «Ejemplo del mundo», *La Voz*, Madrid (11 de marzo de 1936),

partidos»; esto es, «el mundo de fuera reproduce nuestro mundo interior, si bien en proporciones formidables, incluso a punto, en estos días inquietantes, de un choque». España era, por tanto, «ejemplo del mundo». Sabido lo cual, Salazar Chapela se preguntaba: «¿pero este terrible ejemplo, en manera alguna ejemplar, no ha de servirnos de nada?». Quería pensar que sí, quería dar la razón a quienes creían que «"España se salva siempre"». Quería imaginar que «este caliente país, tan recortado peninsularmente a un extremo de Europa» se reservaba «la palabra llana. Esa palabra, que no se atreven a proferir aún, sin duda alguna porque no se ha creado todavía, ni los países que se precian de liberales, que tendrá cualidad de invención, la sorpresa y la festinación del descubrimiento...». No fue así. «El triunfo electoral de febrero de 1936 fue», en palabras de Gabriel Jackson, «la gran recompensa de su unidad antifascista, pero sus conflictos internos impidieron mayormente a Azaña, y después a Casares Quiroga, gobernar eficazmente entre febrero y julio»⁴⁷. A partir del día 18 se «reconstruyó automáticamente la unidad del Frente Popular, y esta unidad desempeñó un papel significativo en salvar a las grandes ciudades, en proporcionar las primeras milicias para defender a la República en el campo de batalla, y más tarde en aportar hombres de elevada moral y conciencia política al nuevo ejército republicano»⁴⁸, pero no se mantendría durante todo el conflicto.

6.2. La tragedia española

Nada más producirse la sublevación militar el 18 de julio de 1936, un buen número de intelectuales españoles afirmó públicamente su compromiso con la República a través de manifiestos y escritos colectivos que fueron

p. 2.

⁴⁷ Gabriel Jackson, «El Frente Popular español (1934-1937)», *art. cit.*, p. 146.

⁴⁸ *Idem.*

divulgados por la prensa diaria⁴⁹. A finales de aquel decisivo mes se constituía la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, organización cuyo «carácter frentepopular [...] no podía soslayar la impronta comunista en su iniciativa cultural»⁵⁰. Salazar Chapela no se integró en ella, ni tampoco nos consta que suscribiera ningún documento de apoyo a la causa democrática. Seguramente no lo consideró necesario. Su republicanismo estaba fuera de toda duda, y no se resintió en ningún momento, ni en los tres años que duró la contienda ni durante el resto de su vida. El escritor no llegó a comprender nunca cómo pudo haber españoles neutrales entonces. «Si no somos neutrales en una guerra internacional ¿cómo podemos ser neutrales en una guerra civil?», se preguntó veinticinco años después de que finalizara el conflicto armado, cuando señaló a Ortega y Gasset como «el más representativo –por su magnitud intelectual–»⁵¹. Se equivocaron quienes decidieron formar parte de la llamada «tercera España»⁵². En su opinión,

⁴⁹ «En el ABC del 31 de julio de 1936 podía leerse una escueta nota suscrita por la inteligencia liberal-burguesa española, cuya fidelidad republicana se vería en entredicho en casos tan conocidos como los de Marañón, Ortega o Pérez de Ayala» (Manuel Aznar Soler, *II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937). Volumen II. Literatura española y antifascismo (1927-1939)*. Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana (Col·lecció Homenatges), 1987, p. 109). El escrito lo firmaron también Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Teófilo Hernando, Gustavo Pittaluga, Juan de la Encina, Gonzalo R. Lafora, Pío del Río Ortega, Juan Ramón Jiménez y Antonio Marichalar. El citado manifiesto puede leerse en Juan Ramón Jiménez, *Guerra en España* (Introducción, organización y notas de Ángel Crespo. Barcelona, Editorial Seix Barral (Biblioteca Breve), 1985, p. 116). El mismo escrito apareció publicado, con el título «Los intelectuales españoles expresan su adhesión al Gobierno», en *Ahora* (Madrid (31 de julio de 1936), p. 8).

⁵⁰ Manuel Aznar Soler, *II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937). Volumen II. Literatura española y antifascismo (1927-1939)*, *ob. cit.*, p. 109. «Ricardo Baeza, azafista de cierto prestigio como periodista y crítico literario, fue el primer presidente de la organización, para sucederle José Bergamín en agosto de 1936. Rafael Alberti fue nombrado secretario» (*ibidem*, p. 114).

⁵¹ Esteban Salazar Chapela, «Carta de Londres. Los neutrales en la guerra civil española»; artículo reproducido en Apéndice I.

⁵² *Idem*. Porque, «aunque sea especular sobre supuestos (en historia no tiene mucho sentido "hipotetizar" sobre lo que habría ocurrido si no hubiera ocurrido lo que ha

también cometieron errores imperdonables los dirigentes republicanos, algunas de cuyas actuaciones no contaron con la aprobación de Salazar Chapela. Para expresar sus discrepancias, el escritor hubo de esperar algunos años, cuando, ya en el exilio, reflexionó una y otra vez sobre la tragedia española⁵³. Por lo que se refiere a su obra narrativa, su «último desahogo

ocurrido), creo que en el lado republicano había más posibilidad que en el lado fascista de que al acabar la guerra cuajase un régimen válido para todos los españoles» (*idem*). Salazar Chapela incluyó en este grupo a José Castillejo, secretario de la Junta para Ampliación de Estudios; a Salvador de Madariaga, y a Alberto Jiménez Fraud, director de la Residencia de Estudiantes de Madrid. Marañón y Pérez de Ayala nada tenían que ver, en su opinión, con «la tercera España», «porque los dos se pusieron desde el primer momento del lado fascista». El periodista rechazó la postura adoptada por estos intelectuales, del mismo modo en que lo hizo Azaña. El político republicano «sentía un marcado desprecio por los hombres de esa "tercera España" (incluyendo también a los que se habían situado públicamente en el lado republicano, pero que habían abandonado el territorio nacional, porque veía en ellos a los desertores de la causa que ellos mismos habían fomentado con sus prédicas» (Juan Marichal, *La vocación de Manuel Azaña*. Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo (Libros de Bolsillo. Divulgación Universitaria: Cuestiones españolas, 13), 1968, p. 257). «Es cierto que las circunstancias explican que muchos intelectuales "liberales" hayan optado por la tercera España, aquella que no podía encarnarse en ninguno de los dos bandos», escribe Paul Aubert. «Pero Azaña nunca perdonará lo que se le antojó una traición en los tiempos de la guerra al comprobar que casi todos los intelectuales que le habían adulado se parapetaban detrás de una comisión de servicio o una misión cultural para abandonar el país», como fue «el caso de Eduardo Ortega y Gasset, de quien no pareció fiarse nunca» (Paul Aubert, «El intelectual según Manuel Azaña», en Alicia Alted, Ángeles Egido y M. Fernanda Mancebo (eds.), *Manuel Azaña: pensamiento y acción*. Prólogo, selección y comentario de las ilustraciones de Enrique de Rivas. Madrid, Alianza Editorial (Alianza Universidad, 859), 1996, p. 72).

⁵³ Aunque no hubiera querido pensar en ello, la guerra mundial trajo a su mente constantes imágenes de la contienda española, a la que se refirió cuando escribió sobre el conflicto internacional. Así se observa en dos de las colaboraciones que publicó en la revista del exilio republicano *Romance*, donde al describir la londinense plaza de Piccadilly el escritor confiesa: «¿Qué es esto? ¿Madrid? ¿La Cibeles? El Eros —la estatuilla que se alzaba en el centro de este triángulo irregular— ha sido cubierto, y cubierto del mismo modo que los españoles cubrieron a su diosa imperecedera. Sólo una diferencia, tan delatora de ambos pueblos: los españoles dejaron a la Cibeles visiblemente tapada —era como una tumba egipcia—; los ingleses han disimulado la pirámide revistiéndola con anuncios» (E. Salazar y Chapela, «Correo de Londres. Un día de guerra», *Romance*, México DF, 4 (15 de marzo de 1940), p. 12). Un mes después, Salazar Chapela reconoció que desde que vio en Inglaterra, dos años atrás, las primeras muchachas que llevaban pantalones de hombre tuvo «la certeza de la inevitabilidad de la guerra». A este propósito, el periodista recordó a los lectores que esta moda «era hija de la guerra española (los historiadores y los sociólogos todavía no han tenido valor —ni tiempo tampoco, también es cierto— para mirar cara a cara las consecuencias de todos los órdenes de aquella contienda), puesto que fue en la guerra española, en el lado de la República, donde la mujer salió por primera vez a la calle con

sobre nuestra guerra, sobre nuestras tristes cosas», le confesó a Max Aub⁵⁴, fue *En aquella Valencia*⁵⁵, novela que consideró una suerte de *memorias*⁵⁶ en la que relató su experiencia a través de un narrador —«un señorito liberal (mi *alter ego*)»⁵⁷— que cuenta en primera persona las vicisitudes que vivió el escritor en la capital provisional de la República. Aunque algunas de las informaciones que contiene la narración deben ser tomadas con extrema prudencia —no olvidemos que se trata, en definitiva, de una obra de ficción⁵⁸—, otras adquieren un valor testimonial de primer orden⁵⁹, razón por la que habremos de referirnos a ellas en más de una ocasión en las páginas siguientes.

Como a Azaña, a Salazar Chapela le dolió, desde el primer momento, «la sangre de España, la leal y la otra»⁶⁰, pero no era precisamente lo que se esperaba que el periodista escribiera en sus artículos. A partir del 18 de julio de 1936, «el mundo de la información [...] iba a ponerse al servicio de la

pantalones de hombre» (E. Salazar y Chapela, «Correo de Londres. La mujer inglesa en la guerra», *Romance*, México DF, 6 (15 de abril de 1940), p. 12).

⁵⁴ Carta de Esteban Salazar Chapela a Max Aub fechada en Londres el 27 de agosto de 1963 (ABMA).

⁵⁵ E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, edición, introducción y notas de Francisca Montiel Rayo. Sevilla, Renacimiento (Biblioteca del exilio, 4), 2001), p. 92. La novela, compuesta a principios de la década de los sesenta, permaneció inédita más de treinta años. En 1995 apareció una modesta edición (E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia*. Edición, introducción y notas de Francisca Montiel Rayo. Sant Cugat del Vallés, Associació d'Idees-GEXEL (Ipanema, 1), 1995), que ha sido revisada de nuevo pocos años después. Todas las citas de la obra que se incluyen en estas páginas corresponden a esta segunda edición.

⁵⁶ *Cfr.* carta de Esteban Salazar Chapela a Max Aub fechada en Londres el 25 de septiembre de 1963 (ABMA).

⁵⁷ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Londres el 26 de mayo de 1963 (ms. 22830-14 (87), BN).

⁵⁸ En pleno proceso de escritura, Salazar Chapela comentó algunos datos con Max Aub, quien detectó en sus recuerdos cierta confusión, sobre todo por lo que se refiere a las calles de la ciudad, por lo que le recomendó que utilizara la guía de Valencia de la Editorial Noguer, de Barcelona (*cfr.* carta de Max Aub a Esteban Salazar Chapela fechada en México DF el 30 de octubre de 1961; ABMA).

⁵⁹ Así lo ha considerado también Ignacio Martínez de Pisón, quien se sirve de algunos de los datos vertidos por Salazar Chapela en *En aquella Valencia* para reconstruir el trágico final de José Robles Pazos, amigo y traductor al español de John Dos Passos, en *Enterrar a los muertos* (Barcelona, Editorial Seix Barral (Biblioteca Breve), 2005).

victoria militar», tanto en un bando como en otro. En la zona republicana no hubo, como al otro lado del frente, «libertad de expresión, aunque sí se conservó un cierto pluralismo que, naturalmente, excluía por completo a la derecha»⁶¹. Como Azaña, Salazar Chapela «desde el primer momento comprende que la República perderá la guerra, y desde el primer momento también desea la paz; no sólo porque intuyera la victoria final del bando insurgente sino, sobre todo, porque la matanza entre españoles constituye para él algo insoportable»⁶².

El 18 de julio de 1936 la vida y la trayectoria profesional de Salazar Chapela, como las de todos los españoles, quedaron a merced de la guerra. En Madrid, primero, y en Valencia, después, el escritor luchó con su mejor arma, la palabra. Poco después de mayo de 1937, mes que «puede ser razonablemente considerad[o] como la fecha final de la significativa existencia del Frente Popular»⁶³, salió de España para desempeñar un cargo diplomático, una labor que, como las que había realizado con anterioridad desde el estallido de la guerra, lo alejó de la literatura y le obligó a renunciar a la independencia intelectual que siempre había defendido.

6.2.1. En la «capital de la gloria»

⁶⁰ E. Salazar y Chapela, «Los culpables», *La Voz*, Madrid (31 de julio de 1936), p. 3.

⁶¹ Alejandro Pizarroso Quintero, «La batalla de la propaganda en la guerra civil española», *Historia de la propaganda*. Madrid, EUDEMA (Eudema Universidad: Textos de apoyo), 1990, pp. 356-357. «La zona republicana mantuvo la pluralidad de sus voces y junto a la propaganda oficial llegaba al combatiente la de otras fuentes, incluso órganos de partidos y sindicatos». Dicha «heterogeneidad» exigió «una estructura más compleja en el ámbito propagandístico» y «mayores necesidades de coordinación» (Mirta Núñez Díaz-Balart, «Las palabras como armas: la propaganda en la guerra civil», en Jesús Timoteo Álvarez (ed.), *Historia de los medios de comunicación. Periodismo, imagen y publicidad (1900-1990)*. Barcelona, Editorial Ariel (Ariel Comunicación), 1989, pp. 187-188).

⁶² Manuel Aragón, «Estudio preliminar», en Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diario de la guerra de España*. Edición de Manuel Aragón. Madrid, Editorial Castalia (Biblioteca de Pensamiento), 1981, pp. 36-37.

⁶³ Gabriel Jackson, «El Frente Popular español (1934-1937)», *art. cit.*, p. 145.

Desde el inicio de la sublevación, Salazar Chapela publicó diecinueve colaboraciones en *La Voz*, artículos que aparecieron, de acuerdo con la actualidad, en distintas páginas, incluida la primera, donde había comenzado, a principios de 1934, la divulgación de las «Improntas». En estas nuevas y dramáticas circunstancias, todas ellas versaron, lógicamente, sobre un único tema: la guerra⁶⁴. Su transcurso entre julio y noviembre de 1936 y la difícil situación que vivió Madrid, «la capital de la gloria» —apelativo que popularizó Rafael Alberti y que a Salazar Chapela le gustaba utilizar⁶⁵—, se reflejan en estas doloridas colaboraciones, las últimas que escribió el periodista en una ciudad que se fue transformando al ritmo de los acontecimientos. Los problemas de abastecimiento, planteados a los pocos días de la sublevación, serán cada vez más graves⁶⁶. Madrid es en ese tiempo un continuo ir y venir de personas: ciudadanos que huyen, soldados que acuden desde otros puntos de España a reforzar la defensa de la capital, refugiados de zonas bombardeadas y, transcurridos los primeros meses de guerra, evacuados hacia zonas más seguras. Es necesario que la población perciba una sensación de normalidad —a principios de agosto, UGT y CNT

⁶⁴ «La guerra había propalado el tuteo hasta relaciones y desniveles de edad que lo hacían a veces muy cargante», podemos leer en *En aquella Valencia* (ob. cit., p. 69). También Salazar Chapela, a pesar de no gustarle la costumbre, creyó conveniente adoptarla en sus artículos periodísticos, en los que hasta entonces siempre se había dirigido a los lectores en tercera persona. «Queridos lectores, ¿comprendéis ahora su crueldad?»; «no lo habéis visto»; «todos sabéis que en Inglaterra...»; «lo recordaréis» son algunos de los momentos en los que el periodista utilizó el tuteo en sus «Improntas».

⁶⁵ El poeta gaditano utilizó este célebre apelativo de Madrid en la revista *Hora de España*, donde publicó dos series de poemas dedicados a la ciudad (II, Valencia (febrero de 1937), pp. 29-34, y V, Valencia (mayo de 1937), pp. 35-38). También lo incluyó en el título de la última serie de su libro *De un momento a otro* (*Poesía e historia*) (Madrid, Ediciones Europa-América, 1937).

⁶⁶ El inevitable acaparamiento, las colas y la escasez de algunos productos de primera necesidad —primero fue el azúcar; después, el pescado, los huevos, las patatas; la carne y la leche condensada acabarían dispensándose con receta médica— obligaron a las autoridades a idear distintos sistemas de aprovisionamiento que no resultaron totalmente eficaces (cfr. Matilde Vázquez y Javier Valero, *La guerra civil en Madrid*. Madrid, Tebas (Colección Historia Política), 1978, pp. 120, 123, 159, 161 y 181).

ordenan «la vuelta al trabajo en todas las industrias y oficios»⁶⁷; se mantienen abiertos los locales de ocio⁶⁸—, pero todo se ha trastocado. También varía la actividad artística y literaria, cuyos representantes se escinden definitivamente en bandos enemigos —«los escritores reaccionaron de manera análoga al resto de la población, conforme a su propia situación personal»⁶⁹—. *Revista de Occidente* es «de inmediato asaltada por quienes parecían no poder soportar la superioridad intelectual de Ortega», ha afirmado Vicente Cacho Viu⁷⁰; algunos escritores son cesados de sus puestos⁷¹; otros procuran localizar cualquier documento que les pueda comprometer⁷². Las delaciones y los paseos están a la orden del día.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 125.

⁶⁸ «Los espectáculos no sólo funcionaban con regularidad, sino que incluso, estimada la propaganda por el Ministerio de Instrucción Pública, al considerarlos como elemento válido para preparar la ideología y la moral de la población, fueron relanzados de manera perfectamente planificada» (*ibidem*, p. 183). Aunque la mayoría de los teatros de Madrid estaban ya cerrados al estallar la guerra por haber finalizado la temporada, «aviat comencen a multiplicar-se les sessions de tarda o de nit (festivals), organitzades per centrals sindicals y per seccions dels partits polítics a benefici dels hospitals militars, de les famílies dels combatents o d'obres de beneficència» (Robert Marrast, *El teatre durante la guerra civil espanyola. Assaig d'història i documents*. Barcelona, Publicacions de l'institut del Teatre-Edicions 62 (Monografies de Teatre, 8), 1978).

⁶⁹ Andrés Trapiello, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*. Barcelona, Editorial Planeta (Espejo de España, 166), 1994, p. 63. Trapiello establece en Madrid «tres grandes grupos de escritores, según la postura que adoptaron desde el primer momento del alzamiento de la facción»: los que estaban abiertamente a favor de la República, la España leal; «aquellos que de una manera habilidosa lograron soslayar compromisos políticos directos, y evitaron significarse», y «los que tuvieron que refugiarse en embajadas o evadirse del Madrid republicano, ya que su pública adscripción al bando de los sublevados o su oposición al de los republicanos (que no tenían por qué coincidir) les habría llevado a la cárcel o a la checa y al eventual paseo» (*idem*).

⁷⁰ Vicente Cacho Viu, *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*. Prólogo de José Varela Ortega e introducción y edición al cuidado de Octavio Ruiz-Manjón. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2000, p. 199.

⁷¹ Melchor Fernández Almagro y Ramiro Ledesma Ramos, por citar sólo dos casos, fueron depurados como funcionarios de Correos en el verano de 1936 (*cf.* Matilde Vázquez y Javier Valero, *La guerra civil en Madrid, ob. cit.*, p. 108).

⁷² Jaime Salinas reproduce la conversación que mantuvieron, a los pocos días de empezar la guerra, Lorenza —la mujer que crió a Pedro Salinas— y Félix, el portero de la finca en la que se hallaba el piso familiar, entonces cerrado. «Hace unos días vino por aquí un señor amigo de Don Pedro con otro. Me pidieron que les abriera la puerta. "Ni hablar", les dije. Pero se empeñaron. "Mire, Félix", me dijo el que más he visto venir de visita,

6.2.1.1. El período miliciano

El 26 de julio, tras varias semanas de silencio, la firma de Salazar Chapela reapareció en el periódico vespertino. Atrás quedaban «las confusas luchas del 19 al 24 de julio [que] fijaron la frontera militar de la guerra civil y pusieron fin al plan del alzamiento concebido como un rápido golpe de mano militar»⁷³. El día 20 se había formado el primer Gobierno de guerra, presidido por el diputado de Izquierda Republicana José Giral, amigo incondicional de Azaña. Para ese día, «la resistencia de la clase obrera había convertido un pronunciamiento frustrado en una guerra civil revolucionaria»⁷⁴. Obreros y campesinos se convertían en milicianos, y el Gobierno, obligado por las circunstancias –los trabajadores se apoderaron en aquellos primeros días de cinco mil fusiles⁷⁵–, decidió armar al pueblo. Se iniciaba así «lo que se ha llamado la etapa bohemia de la revolución, con sus

"puede usted subir con nosotros", que si no tardarían, que si sólo querían coger unas cartas, que si dos o tres nada más. Cartas que dicen cosas que nos podrían comprometer a todos..., "también a Don Pedro, y si cayeran en manos de los incontrolados...". ¿Qué podía hacer yo! Yo sé que Don Pedro no es un facha, pero, si lo que decía ese señor, don Dámaso creo que se llama, fuera verdad, si algo le pasara a Don Pedro, para mí sería un cargo de conciencia. No me lo perdonaría nunca. No sé si hice bien, pero les acompañé y abrí la puerta. Todo estaba como lo habían dejado los señores. Nada más entrar, fueron directamente al escritorio de Don Pedro. Sabían dónde buscar. Abrieron uno de los cajones, sacaron un mazo de sobres, fueron mirándolos uno a uno y acabaron por quedarse, no estoy seguro, con tres o cuatro. Los demás los volvieron a meter en el cajón, y, nada más cerrarlo, el que creo que se llama don Dámaso me dijo: "Muchas gracias, Félix. No sabe usted el favor que nos ha hecho". Les acompañé hasta la puerta y volví a cerrar el piso con llave. "Que Dios se lo pague", me dijeron los dos a la vez y me sonó raro. Antes de que pudiera abrir la boca, el otro señor me puso en la mano cuatro duros» (Jaime Salinas, *Travesías. Memorias (1925-1955)*. Barcelona, Tusquets Editores (Tiempo de memoria, 32), 2003, p. 91).

⁷³ Raymond Carr, *España 1808-1975*. Edición española corregida y aumentada por el autor. Barcelona, Editorial Ariel (Ariel Historia), 1984, p. 627.

⁷⁴ Gabriel Jackson, *Entre la reforma y la revolución. La República y la guerra civil, 1931-1939*. Barcelona, Editorial Crítica (Temas hispánicos. Guías de Historia Contemporánea de España, 6), 1980, p. 21.

⁷⁵ Cfr. Raymond Carr, *España 1808-1975*, *ob. cit.*, p. 626.

patrullas armadas, sus automóviles requisados, sus enormes carteles y sus camiones llenos de entusiastas con los puños en alto»⁷⁶.

Éste fue, precisamente, el primer tema que Salazar Chapela abordó en sus artículos. Se trataba de animar a la población a continuar en la lucha, y para ello nada mejor que ensalzar su reacción ante la sublevación, una respuesta que, según el periodista, era inherente a la naturaleza de los ciudadanos de este país. Porque «siempre que al español se le colocó entre la humillación y el heroísmo optó por esto último con decisión inquebrantable»⁷⁷. En ese sentido, los ciudadanos de la amenazada República⁷⁸ no habían hecho sino seguir «la línea constante de nuestra historia: la sangre de España», o, en palabras de Rubén Darío, «La sangre de Hispania fecunda». El miliciano de 1936, «alma del pueblo», rechazaba «la revolución del señorito» con la misma naturalidad, con el mismo «heroísmo sin aspavientos» con los que el español del pasado se había batido en Europa y América. «Ayer se trataba de levantar ciudades; pueblos; recientemente, de conquistar su independencia; hoy se trata de levantar a España», recordó Salazar Chapela.

Esta encomiable respuesta de la sociedad civil se produjo tras la alocución que Dolores Ibárruri dirigió a la población por la radio del Ministerio de Gobernación. «Desde aquel momento», recordó «Pasionaria», «el "No pasarán" se hizo carne en la resistencia del pueblo»⁷⁹, como señaló también el periodista, que aludió entonces al «levantamiento heroico del pueblo, su capacidad de entusiasmo y de resistencia, la fuerza de la sangre de siempre, e igualmente ese pozo de circunstancias, abierto a los pies de todo período

⁷⁶ *Ibidem*, p. 628.

⁷⁷ E. Salazar y Chapela, «Sangre de España», *La Voz*, Madrid (26 de julio de 1936), p. 2.

⁷⁸ El artículo se inicia con esta cita de Cervantes: «... y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua y sacado otra de la que pusieron» (*idem*).

⁷⁹ *Memorias de Dolores Ibárruri. Pasionaria. La lucha y la vida (El único camino. Me faltaba España)*. Barcelona, Editorial Planeta (Documento, 178), 1985, p. 273.

histórico, por cuya boca van cayendo modos inservibles y exhaustos, gritos desesperados del pasado, ropas vacías, leña muerta, escombros...»⁸⁰. Por ello, «el historiador de mañana habrá de partir en su relato, si se precia de exactitud, de esa voz elevada en aquella noche, brotada en ella como en un surtidor decidido cuyo chorro cayó provechosamente sobre la zozobra y la pena», aseguró Salazar Chapela, quien confesó que esa primera audición de «Pasionaria» y una segunda, emitida por Unión Radio la noche del 29 de julio⁸¹, habían bastado para descubrir «el gran talento político de su voz», una «encantadora humanidad» que había podido confirmar posteriormente al contemplar la imagen de Dolores Ibárruri en unas fotografías tomadas en el frente de Somosierra. Y es que la radio se había revelado como «un poderoso invento para conocer a los políticos». A nadie podían engañar con su voz y con sus palabras. No lo estaba haciendo Dolores Ibarruri; tampoco podía confundir a los oyentes, por mucho que lo intentara, Queipo de Llano, a quien el periodista se refirió sin mencionar su nombre como «el otro político, hecho a las multitudes, a la frase obesa (él obeso también), al trémolo adecuado para el espinazo de las masas» que «decantó en la radio su verdadero porte espiritual: magro, buido, de largo alcance, templado el freno hasta la heroica diplomacia».

Salazar Chapela aprovechó la ocasión para elogiar el comportamiento político del Partido Comunista, «su alto espíritu de estos días». Según afirmó, no había en sus militantes engreimiento, a pesar de haber «pasado en un momento de la sombra a la luz», sino «acomodación inteligentísima a las circunstancias, holgura y naturalidad». El escritor ensalzaba así públicamente

⁸⁰ E. Salazar y Chapela, «La voz de "Pasionaria"», *La Voz*, Madrid (5 de agosto de 1936), p. 3.

⁸¹ Una transcripción de la misma fue publicada en *La Voz* el 30 de julio de 1936 (p. 2). Aunque el texto se titula «El Partido Comunista español, por boca de la diputada Dolores Ibarruri, habla al pueblo», Salazar Chapela afirmó que, más que al pueblo, «Pasionaria» se dirigió «no tanto a nosotros como a los otros, al Extranjero» (E. Salazar y Chapela, «La voz de "Pasionaria"», *art. cit.*).

la actitud adoptada en aquellas difíciles circunstancias por una formación política que estaba luchando por salvar la República, aunque no era ése su único objetivo, como Salazar Chapela no tardaría en descubrir.

En aquellos momentos, lo único importante era que «centenares, millares de vidas –no le miremos ahora su cartilla de filiación–» habían sido «segadas en la brecha»; que algunos «monumentos gloriosos» habían quedado «perforados por el fuego de los cañones, por las bombas de los aeroplanos»; que los «campos ayer propicios a las faenas de la siega o la trilla» se habían convertido «en tierras chamuscadas por la metralla; que «en los hogares –no le miremos ahora tampoco su color–» se había instalado «el dolor silencioso, el llanto de la ausencia por siempre»⁸². Era, en suma, una tragedia, una de esas pruebas que da la vida «a modo de purificaciones por las cuales el individuo o los pueblos templan su ánimo y se disponen a seguir, haciendo de tripas corazón, hacia una constelación donde en modo alguno sea posible una segunda edición del mal». Era, recordó Salazar Chapela a los lectores, un sufrimiento obligado y «preñado de porvenir, encinta de futuro justiciero» que los republicanos debían estar dispuestos a soportar. Había que ir «a la salud por el dolor, a la vida por el dolor».

Había que resistir a los sublevados, cuya crueldad había sido puesta de manifiesto suficientemente. «Ese Alcázar de pesadilla en Toledo, ¿no es un ejemplo de ella para con las mujeres y los niños secuestrados en él?», se preguntaba retóricamente Salazar Chapela. «¿No es crueldad el asesinato sistemático de mujeres y niños? ¿No se llama crueldad asimismo los fusilamientos en fila, codo con codo, de nobilísimos españoles, por el solo hecho de pertenecer a organizaciones de izquierda?»⁸³. En todos los casos no se trataba de otra cosa que de «la complacencia en un daño que no tiene ni

⁸² E. Salazar y Chapela, «A la salud por el dolor», *La Voz*, Madrid (12 de agosto de 1936), p. 1.

⁸³ E. Salazar y Chapela, «Crueldad», *La Voz*, Madrid (25 de agosto de 1936), p. 3.

asomo de necesario, que es gratuito». Los causantes de tanto sufrimiento, esos «energúmenos» con los que habían convivido los republicanos poco tiempo atrás, a los que –recordaba el periodista– «hemos tenido al lado», con «los que hemos departido [...], acaso les hayamos dado la mano, hecho un favor, etc., como si realmente se tratase de personas», les había bastado «lo que ellos han creído la coyuntura para que se lanzaran al cultivo del dolor por el dolor, que en ello consiste la crueldad». Este tipo de comportamientos, aseguró el escritor, se da siempre en personas cuyo poder está pendiente de un hilo, sean éstas «padre de familia, crítico literario o de arte, tirano Banderas», apuntó aludiendo al conocido personaje de Valle-Inclán. La crueldad se manifiesta siempre en seres inferiores. La de tipo espiritual, advertía Salazar Chapela en un paréntesis, «donde más se observa, por razón de su naturaleza, es en las actividades espirituales –arte, ciencia, literatura, etc.–, y por este motivo los ataques más desconsiderados, los más duros, provienen siempre de los impotentes mentales, o sea los imbéciles, que son los únicos que pueden ser crueles...».

En cuanto a la política, es la debilidad del tirano la que le lleva a la crueldad, porque es consciente de que usurpa el poder y de que puede perderlo en cualquier momento. Por el contrario, «un Gobierno emanado del pueblo, y por ello con robustez legítima –al modo de una persona sana, saludable, o de un individuo con riqueza espiritual–, no puede ser cruel. Esto es lo que va de la tiranía a la democracia». Así había sucedido en España, recordó el periodista. Aquí se había querido imponer «la más antipopular, inmunda y repugnante de las tiranías; por eso ha comenzado de manera tan cruel».

Pero el análisis de las causas de la sublevación que Salazar Chapela se propuso transmitir a sus lectores no se detuvo ahí, porque, según confesó, «a nosotros nos cumple proferir la verdad, o lo que estimamos por cierto, con relación a la pena que es hoy España, sin que de esa certeza se desprenda la

necesidad de que se ajusticie a un hombre más»⁸⁴. Los responsables del alzamiento habían sido, como todos sabían, los generales. «Los fascistas paisanos que se les agregaron son los ejecutores». Pero, en verdad, «la contribución, la culpabilidad del movimiento monárquico-fascista-señoril se extiende, abarca a muchos», denunció el periodista. «Va del general insurrecto a eso que se llama la sociedad conservadora, penetrando invisiblemente en hogares que se estiman honestos, cultivados y delicados». Salazar Chapela estaba convencido de que había muchos españoles cuyas manos estaban manchadas de sangre, la sangre de España, aunque nunca hubieran empuñado un arma. Eran los inductores, entre los que cabía señalar a los políticos conservadores «que se llenaban la boca con los vocablos "anti-España", "antipatria", necias palabras que hoy deben tener para esos hombres, entre otros sabores menos gratos, el pastoso de los venenos». «Gil Robles, como tantos otros políticos de derecha, aunque no supiera nada del movimiento ni estuviera por ello complicado en su preparación y explosión, es culpable», como lo era también la prensa, cuya labor durante cinco años había conducido al estallido del conflicto. No se refería Salazar Chapela al tratar ese asunto «delicado, en cuanto se complica el compañerismo», a los periodistas de oficio, sino a los colaboradores que, como él mismo, son responsables de lo que escriben, por eso firman. Muchos de los que publicaban sus artículos en la prensa monárquica, ahora suprimida «con un gran sentido de su responsabilidad» por el Gobierno de la República⁸⁵, habían predicado «la buena nueva. El fascio. Esto tan bonito que estamos

⁸⁴ E. Salazar y Chapela, «Los culpables», *art. cit.*

⁸⁵ Ante «la pasiva colaboración con la subversión» de algunos periódicos, «a las dos de la tarde del 20 [de julio de 1936], el Gobierno transmitió la nota de incautación de los periódicos *Ya*, *El Debate*, *Informaciones*, *La Época*, *El Siglo Futuro* y *ABC*, que pasaban a ser propiedad del Estado [...]. A partir del 24, el órgano del Partido Comunista, *Mundo Obrero* y el de Izquierda Republicana, *Política*, se instalaron en los edificios y talleres de *Ya* y *El Debate*, respectivamente» (Matilde Vázquez y Javier Valero, *La guerra civil en Madrid*, *ob. cit.*, p. 80).

viviendo ahora», afirmó con amarga ironía. «A uno se le revolvían las tripas desde el punto de vista literario», confesó, «porque aquello era la cursilería y la pedantería más tonta que se hayan visto nunca, pero no podíamos pensar que pudiera desembocar en esta tragedia».

Con esta nueva perspectiva, el periodista podía comprender al fin que «la República trajo la guerra civil», que «la llevaba consigo»⁸⁶. Tras la sublevación se podía entender por qué «la vida de España ha sido triste desde que vino la República», desde el 14 de abril. «La República española, este régimen que los dibujantes representan, con peor o mejor acierto, por una niña regordita, ha vivido con un tumor desde que el pueblo la parió». Porque «la parió el pueblo sin dolor, y ello fue milagro, pero también monstruosidad; la República la parimos monstruosa, y la Historia no lo perdona». Tuvo un advenimiento antinatural, pues «no aparece en el mundo una nueva vida sin que antes se distienda horrendamente la matriz de la patria para dar paso a la criatura...»⁸⁷. O dicho en palabras de Quevedo, frecuentemente citadas Salazar Chapela: «Ninguna cosa que no sea confeccionada con el padecer tiene estimación».

El nuevo régimen no triunfó como consecuencia de «la lucha de una España con otra». Por esta razón «la República se planteaba esa misma lucha», como pudo comprobarse en su transcurso. «Primero se pensó en la política de generosidad, en transigir en cierto modo con el enemigo (primer bienio, amable y generoso bienio, que así debe calificarse)», aseguró Salazar Chapela en el inicio de esta breve historia del período republicano. «Después

⁸⁶ E. Salazar y Chapela, «A la salud por el dolor», *art. cit.*

⁸⁷ Esta alegoría es utilizada también por José Sanchis Sinisterra en *¡Ay, Carmela!*. En el diálogo arrevistado que representan los personajes al final de la obra, Carmela, personificación de la República, se siente mal. «La cosa me viene... de nacimiento... [...]. Yo nací de un mal paso, ya me entiende, de un descuido», afirma antes de que el doctor Toquemetoda la ultraje con sus palabras y con sus gestos. Es entonces cuando Carmela se niega a proseguir con el escarnio y es fusilada en el escenario (*cfr. Ñaque. ¡Ay, Carmela!* Edición de Manuel Aznar Soler. Madrid, Editorial Cátedra (Letras Hispánicas, 341), 1991, pp. 249-252).

alguien imaginó que lo mejor para evitarse complicaciones era dar la República al enemigo y derramar el contenido del tumor desde la cúspide del Estado (bienio del robo, pero también de los traidores)»; esto es, el «bienio negro». «Por último, se ingenió lo peregrino: un centro, un nexo entre los dos mundos». Sin embargo, «se había olvidado que la República no era precisamente una entelequia, una ficción; que si el juego andaba entre bobos, por en medio estaba el pueblo». Llegó entonces el 16 de febrero de 1936, «que replegó al enemigo a sus trincheras, que aisló el tumor y delimitó su perímetro. Ya no había escapatoria. El régimen volvía a las manos de quienes le votaron de corazón, y cualquiera fuera el comportamiento de los votantes, blando o duro (y ha sido otra vez blando) con el enemigo, quedaba garantizado el paso de la nueva vida española».

Salazar Chapela reprochaba así a los políticos republicanos la indulgencia con la que habían tratado a los enemigos de la democracia. «Acontecía que el señoritismo, el privilegio para todo, particularmente para el ocio y la juerga, venía de capa caída; no tanto como debiera, también es verdad, porque la República, demasiado juricista, habría jurado ir por sus pasos contados, por ver si de esta suerte daba tiempo para que se educasen los cerriles, los señoritos»⁸⁸. Éstos se aprovecharon de esa decisión: «¡Cuán poco han

⁸⁸ E. Salazar y Chapela, «Sangre de España», *art. cit.* Ya en el exilio, el escritor ofrecería otra visión de aquellos años: «Todavía no se ha fijado nadie que la República pereció por las mismas –por las mismísimas– causas que la Monarquía, aunque ésta muriera en unas elecciones y aquella en una guerra horrible. La Monarquía murió porque actuó como si no existiera una mitad de España, desde los liberales de don Melquiades hasta los socialistas, todos los cuales –socialistas, liberales– habrían colaborado encantados con la Monarquía si ésta les hubiera reconocido su existencia. La República cometió la misma estupidez. Desde el principio actuó como si la otra mitad de España hubiera desaparecido del mapa el 14 de abril del 31. Azaña –talento el más grande del régimen– expresó esa posición (suicida) de la República al decir en pleno Parlamento, delante del Nuncio de Su Santidad, que "España había dejado de ser católica". Los socialistas –partido el más grande que apoyaba al régimen– expresaron con las armas en la mano la misma posición (suicida) de la República al sublevarse en Asturias sin más propósito que oponerse a que la otra mitad de España, que había ganado las elecciones, ocupara el poder constitucionalmente. Algunos creen todavía que la República habría asegurado su vida si hubiese sido más radical desde el principio. Pero esto es pintar como querer. Aparte que la

agradecido esta lentitud de la República, estos plazos prorrogados de continuo en obsequio de una convivencia por lo visto imposible!», se lamentó Salazar Chapela. Cuando el Frente Popular se alzó con el triunfo en las urnas, la República «puso el pie –¡y con qué suavidad, por cierto!– en el acelerador». Entonces «los señoritos se juramentaron acabar con el pueblo». Por ello, añadió,

todo eso que se ha levantado en estos días, salvo el soldado engañado, emborrachado (el soldado que vomita, a la hora del fracaso, como ha referido el señor Companys, el aguardiente y el coñac que le dieran para entrar en guerra con el pueblo), es señoritismo exasperado, la España de los privilegios, del ocio y la juerga, la terraza del gran casino, la vida regalada a costa de la incultura del pueblo (y también, no lo olvidemos, de los jornales de hambre); es el frenesí de unos señoritos que no se resignan a trabajar ni a que trabajen los demás.

En otra de sus «Improntas», el periodista escribía:

Lector: ¿has visto un herido? ¿Nada más que un herido? A la puerta de un hospital de sangre, en un camión aderezado por el caso colocan a dos hombres. A uno apenas si se le ve; va tendido, postrado, bajo una manta que le cubre desde los pies hasta la boca; sólo le vemos los ojos, iluminados por la fiebre, y el pelo, enmarañado y mojado. El otro herido ha subido al camión por sus propios pies. Se sienta en una banqueta. Desnudo de cintura para arriba, le cruza el pecho y un brazo el blanco patético de un vendaje. Es joven, muy joven. Alrededor del camión, mujeres, niños y milicianos. Alguien se acerca a uno de los bardales del coche y le pregunta al herido: «¿Cómo estás?» El herido contesta: «Ya no me duele». Como tardan algunos momentos en partir, queda este herido inmóvil, contemplando con naturalidad a los que le miran. Es un héroe que parece ignorar su propia virtud, su propia heroicidad. Y uno no puede por menos, ante este espectáculo tan sencillo, que pensar en la madre, en la España madre abiertas como tiene las venas, hasta morir como si fuera preciso; en la terrible distensión

República vino como régimen burgués y nada revolucionario por cierto (su representante principal fue a su advenimiento don Niceto Alcalá Zamora, un terrateniente católico), mayor radicalismo en el régimen sólo habría variado las fechas de la Historia: la guerra civil habría venido el 33 o el 32 en vez del 36. Ya con los radicalismos que hubo la otra mitad de España, tan torpe como la nuestra –los españoles somos todos lo mismo–, tenía mucho miedo. Este miedo subió de punto cuando el partido socialista se puso decididamente en plan revolucionario social y ni siquiera quiso hacerse cargo del gobierno –pues este gobierno era ya poco para sus ambiciones– después de su gran triunfo electoral con el Frente Popular en 1936. El "Lenin español", como llamaban a Largo Caballero, no hizo otra cosa desde aquel triunfo que atizar la revolución social en las calles» (Esteban Salazar Chapela, «Los neutrales en la guerra civil española», *art. cit.*).

de la patria que de tal modo se contrae dolorosamente. Es un caso penosísimo, pero ennoblecedor de veras, como lo es siempre la fatalidad vital de todo parto...⁸⁹.

Sólo un mes después del alzamiento, el Gobierno de Giral impulsó las primeras iniciativas para organizar el ejército republicano. Se iniciaba así la militarización de las milicias, una decisión que fue bien acogida por el Partido Comunista, formación política que consideraba «indispensable para vencer definitivamente a los sublevados»⁹⁰ la creación de un Ejército Popular, misión de la que no llegaría a hacerse cargo el entonces presidente del Consejo de Ministros.

6.2.1.2. Primer Gobierno de Largo Caballero

El 4 de septiembre de 1936, aceptada la dimisión de Giral, Azaña encargó la formación de un nuevo Gobierno a Largo Caballero, quien presidió a partir de entonces un Gabinete compuesto por ministros republicanos, socialistas y comunistas. Durante este primer mandato del líder del PSOE, Salazar Chapela publicó en *La Voz* once artículos en los que apoyó a los dirigentes de la República y condenó la actuación internacional respecto de la guerra. El 5 de septiembre, el periodista saludó «con júbilo, como corresponde a un hecho tan venturoso»⁹¹, al nuevo Gobierno, un Gabinete que, según afirmó, nadie hubiera imaginado, allá por el 16 de febrero, que llegaría a formarse nunca, tanto por la presidencia de Largo Caballero como por la adjudicación de varias carteras ministeriales a miembros del PCE. La razón de su existencia no había que atribuirle únicamente a la guerra civil, porque ésta no era solamente eso, aseguró. La guerra civil española era también una «guerra

⁸⁹ E. Salazar y Chapela, «A la salud por el dolor», *art. cit.*

⁹⁰ Matilde Vázquez y Javier Valero, *La guerra civil en Madrid, ob. cit.*, p. 96.

⁹¹ E. Salazar y Chapela, «El nuevo Gobierno», *La Voz*, Madrid (5 de septiembre de 1936), p. 1.

social», y a ésta le correspondía un «Gobierno nacional», tal y como habían titulado la noticia en *Mundo obrero*⁹². Ahora, confesó Salazar Chapela, podía proclamar, «sin que se nos tache de sentimentales, el orgullo por nuestra patria». Atrás quedaba un sentimiento experimentado durante mucho tiempo, «una sensación muy distinta, que se tramaba por lo común de enojo, desesperanza, agrura...». La insatisfacción, concretó el periodista, procedía de la existencia de «un enemigo que monopolizaba la patria y la hacía a imagen y semejanza suya». De este modo no podía sino sentirse «distinto, oriundo de otros valores sin circulación ni homenaje, a cuya fuerza indomable, aunque detenida de continuo, iban a dar siempre nuestros mejores entusiasmos». La guerra civil había acabado con la representación nacional tradicional del país: «la mitra del obispo, la jaca del terrateniente, el plumero del militar. Todo ello con su cortejo correspondiente: zánganos, parásitos, que por serlo estaban constituidos en enemigos del trabajo». La contienda había «unido de pronto a los trabajadores todos –obreros, clase media, pequeña burguesía, intelectuales–, provocando por esto un alzamiento eminentemente nacional». En resumidas cuentas, afirmaba el periodista, «lucha [...], de un lado, la patria que trabaja –la única que hace la Historia–, y luchan de otro los ociosos, los traidores a la sangre viva de España, a la nación». La nueva nacionalidad española, concluía, partía «del sentimiento de justicia». Era «una España articulada por la justicia. Una ruptura definitiva con todo lo que veje al trabajo. Un amor reverencial a la entraña del país, a su vientre fecundo, a todo el que produzca. Ello es la guerra y ello ha salido de la guerra. El Gobierno, este Gobierno, precisamente es su cabal

⁹² Al iniciar, el 2 de enero de 1936, la cuarta época de su trayectoria, *Mundo obrero* ya no será «una hoja informativa de partido sino [...] un periódico con aspiraciones de alcanzar un amplio sector de la opinión pública con un contenido variado y extensivo» (Christopher H. Cobb, «*Mundo obrero* y la elaboración de una política de cultura popular (1931-38)», en Carmelo Garitaonandía (ed.), *La prensa de los siglos XIX y XX. Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos*. Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1986, p. 281).

representación», afirmó. Ese mismo día en que se publicaba este artículo, fecha también de la primera reunión que celebraba el nuevo Gobierno, Salazar Chapela visitó el Ministerio de Estado, a cuyo titular, el socialista Julio Álvarez del Vayo –viejo conocido de las redacciones y de las tertulias madrileñas–, dejó esta nota con su enhorabuena. «Le felicito de veras», escribió, «congratulándome a la vez que un hombre de sus dotes, tan conocedor además del mundo internacional y tan probadamente de izquierda, ocupe en estos momentos uno de los ministerios más importantes del país»⁹³. El 9 de septiembre regresó de nuevo a aquellas dependencias ministeriales para procurar una entrevista con Álvarez del Vayo en la que deseaba expresarle «sus deseos con relación a la reorganización del Cuerpo Diplomático y Consular»⁹⁴. El escritor abrigaba la esperanza de ser nombrado para desempeñar un cargo en alguna legación en el extranjero, lo que le permitiría reunirse con su esposa, que se había ido a Inglaterra al iniciarse el conflicto. Desde su marcha, Salazar Chapela había abandonado el edificio familiar para residir en una colonia del Retiro denominada «Sánchez Barcaiztegui» en homenaje a la actuación de Azaña durante el Bienio negro⁹⁵. Las gestiones emprendidas no obtuvieron el resultado que el escritor esperaba, aunque, según afirmó a Guillermo de Torre, le hicieron varias propuestas de destino que no llegó a aceptar⁹⁶.

Poco más de un mes después de la llegada de Largo Caballero al poder, Salazar Chapela enjuició la actuación del Presidente del Consejo de Ministros. Éste había demostrado ser capaz de proceder con «pasión fría»,

⁹³ Carta de Esteban Salazar Chapela a Julio Álvarez del Vayo fechada en Madrid el 5 de septiembre de 1936 (RE 142-145; AMAAEE).

⁹⁴ Carta de Esteban Salazar Chapela a Julio Álvarez del Vayo fechada en Madrid el 9 de septiembre de 1936 (RE 142-145, AMAAEE).

⁹⁵ Azaña estuvo detenido en los buques «Ciudad de Cádiz», «Alcalá Galiana» y «Sánchez Barcaiztegui», anclados en el puerto de Barcelona, durante los meses de octubre a diciembre de 1934.

«una rara antinomia», contraria al arrebató, que el periodista consideraba inexcusable «para las obras de larga duración y que exigen por ello un esfuerzo continuo, sostenido», como lo era ya, a esas alturas, una guerra que «se presentaba larga –bastante tarde se han dado cuenta algunos–»⁹⁷. Largo había proporcionado disciplina, «pasión fría» al transcurso de la guerra, algo que le estaba haciendo mucha falta últimamente, pues ya era tiempo de superar los primeros impulsos, «el arrebató del pueblo, su heroico impulso primero, para vencer a los facciosos»⁹⁸. Pero «Madrid, España, su República democrática, nuestra ilusión de porvenir, de justicia, nuestra propia vida..., no se defienden con arrebatos; se defienden, así en el frente como en la retaguardia, con pasión fría». Convencido de que el período miliciano había concluido, Salazar Chapela defendía esta nueva etapa, impulsada por Largo Caballero.

Días antes de publicar este artículo, el escritor había censurado públicamente unas palabras de Indalecio Prieto, líder del ala moderada del PSOE y eterno rival de Largo Caballero, con cuyas ideas coincidía, en realidad, Salazar Chapela mucho más que con las del presidente del Consejo⁹⁹. A punto de perder Oviedo, el periodista recordó el primer discurso radiofónico que pronunció el político desde la sublevación militar. En él «hubo un elogio al

⁹⁶ Cfr. carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 21 de noviembre de 1937 (ms. 22830-10 (20), BN).

⁹⁷ E. Salazar y Chapela, «Pasión fría», *La Voz*, Madrid (17 de octubre de 1936), p. 3.

⁹⁸ El periodista recordó en ese momento lo sucedido en el cuartel de la Montaña. «Aquí, lectores», escribió, «hay que descubrirse, hay que rendir homenaje al pueblo madrileño, cuyo heroico impulso de aquellos días (ya se verá ello en toda su magnitud más adelante) salvó a Madrid, salvó a España» (*idem*). Más adelante, añade: «En las charlas de café (todavía hay cafés), en las conversaciones de tertulias (todavía hay tertulias), en la frivolidad y la incontinencia (¡a estas alturas, todavía, existen!) hemos oído alguna vez una expresión de descontento, cuando no de censura, con respecto a la actuación de éstas o aquéllas tropas. Esto es vil (sobre todo, proferido desde la mesa de un café). Un pueblo que engruesa todo él (salvo las cuatro personas que hemos quedado aquí escribiendo o en oficinas) un ejército voluntario, es un pueblo como pocos arrebatado, un pueblo de pasión».

militar (descarguemos hoy, como descargamos entonces, cuanto había en ello de diplomacia), por el cual resultaba Aranda uno de los mejores militares españoles, un militar español con talento»¹⁰⁰. Tras el 18 de julio de 1936, el citado coronel había logrado convencer a los republicanos de que la ciudad estaba segura, por lo que «cuatro mil mineros salieron en tren para Madrid. Y, entonces, a las cinco de la tarde, después de hablar con Mola por teléfono, Aranda declaró que estaba con los rebeldes»¹⁰¹. «No podemos creer que un hombre pueda secundar», escribía Salazar Chapela después de reflexionar sobre la inteligencia, «esta bestialidad política (no hablemos ahora de las otras), este trágico disparate, esta monstruosidad contra los españoles, y que al propio tiempo sea un hombre de talento en su oficio. Cuando se es ciego ante la realidad de un país, se es ciego para todo [...]. No. Cuando se nos hable del talento de un sublevado —y aunque sea el Sr. Prieto, un hombre de tan positivo talento, quien nos hable— habrá que decir lo que dijo un literato español, de gratísima memoria, cuando le pidieron opinión sobre un político monárquico que acababan de presentarle: "No es ni una mula del Renacimiento"»

El apoyo que desde las páginas de *La Voz* quiso dar Salazar Chapela al Gobierno no se circunscribió a su presidente. También se detuvo a analizar la labor de sus ministros, los de vanguardia —carteras de Guerra, Marina y Estado— y todos los demás, encargados del trabajo de retaguardia. El Gabinete contaba, afirmó el escritor al recordar el célebre discurso del *Quijote*, con ministros de armas —«las armas propiamente dichas y las armas

⁹⁹ «Prieto es otra cosa», afirma Sebastián Escobedo al finalizar la conversación que mantiene sobre Largo Caballero con Evaristo Segovia (Esteban Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, ob. cit., p. 118).

¹⁰⁰ E. Salazar y Chapela, «El talento de Aranda», *La Voz*, Madrid (8 de octubre de 1936), p. 4. Así lo demostró, pero al otro lado de la línea de fuego, pues, como señala Raymond Carr, Aranda fue «acaso el militar más capaz del bando nacionalista» (*España 1808-1975*, ob. cit., p. 647).

¹⁰¹ Hugh Thomas, *La guerra civil española*, ob. cit., vol. I pp. 261-262.

de la diplomacia»— y ministros de letras —«las leyes, las cuales consolidan lo defendido»¹⁰². Este «pedante preámbulo» le sirvió al periodista para reflexionar sobre la función que desempeñaba entonces «el ministro más de retaguardia de todos, y no por culpa suya, sino por culpa de la guerra»: el responsable de Instrucción Pública. El comunista Jesús Hernández había precisado recientemente, según recordó Salazar Chapela, que «aquí no se batalla sólo por un mejoramiento material; se lucha también por la distribución equitativa de los bienes espirituales, los cuales no son otros que la instrucción y la cultura». Sus palabras habían producido en Salazar Chapela, defensor a ultranza de la educación, «satisfacción y esperanza». ¿Estaría próximo el día de la desaparición de un «prejuicio reaccionario, a veces sustentado incluso por intelectuales de alto porte», por el que se suponía «que la cultura y la instrucción se abarataban, perdían su perfume y en cierto modo se esterilizaban en cuanto pasaban del número reducido de personas que solían aprovecharlas o adquirirlas?». Salazar Chapela esperaba que así fuera, que hubiera pronto «instrucción para todos», «cultura para todos». Le parecía «verdaderamente peregrino que algunos intelectuales sustentaran lo contrario. ¿Acaso creían que el intelectual tiene, a semejanza de los reyes, un origen divino?», se preguntó. «No se es intelectual o artista», aseguró el periodista, «más que en la medida en que un hombre reproduce en su obra, sublimándolos por la sensibilidad o el talento, los rasgos geniales de su pueblo». No es menos cierto, añadió, «que se es más grande o más chico, a través de la obra, por la sensibilidad o el talento, como intelectual o como artista, según la riqueza de aquellos rasgos, según su proyección nacional». «¿Pudo pensar algún escritor o artista que hubieran sido lo que fueron si por debajo de ellos, y asimismo por los costados y la cabeza, no hubiera habido una fuerza popular que los estuvo esculpiendo hora tras hora, al modo de

¹⁰² E. Salazar y Chapela, «Ministro de retaguardia», *La Voz*, Madrid (18 de septiembre de 1936), p. 2.

esos sillares curvados, casi redondos, pulidos por el beso del agua, que encontramos en los más viejos malecones?, se preguntó antes de advertir que era ello «materia de ensayo», inadecuado por tanto para este «modestísimo artículo». Volviendo al tema, Salazar Chapela reiteró su complacencia por las palabras y los primeros actos del titular de Instrucción Pública, un «buen ministro de retaguardia», quien, «victoriosas las armas», habría de ser un ministro de vanguardia. Entonces, «en la primera línea de fuego, en el sitio de más peligro –amparado, eso siempre, por un trimotor de Hacienda–, ha de hallarse el Sr. Hernández; quiere decirse la instrucción pública, la cultura española».

Retomando la argumentación con la que había iniciado la «Impronta» anteriormente citada, el periodista rectificó sus propias palabras: «¿Qué es eso de que un ministro de Estado, tal como decíamos en el artículo aludido, sea un ministro en armas, un ministro de guerra? ¿Acaso no corresponde a este ministro, como a la constelación diplomática que gira en torno suyo, aquellas relaciones amables que hacen alto en la cortesía?»¹⁰³, se preguntó. La respuesta a estas cuestiones había que hallarla en la misma naturaleza de la guerra civil española, ante la que las potencias extranjeras se apresuraron, nada más declararse, a manifestarse neutrales. En cambio, recordó Salazar Chapela, «no hay un habitante europeo, ni americano tampoco, que no sea beligerante en esta guerra. Con su dinero unos, y con el corazón los demás, pero todos beligerantes». España estaba luchando contra el fascismo español y contra el fascismo europeo. Y éste lo estaba haciendo aquí, «a través de la carne de nuestros hombres y mujeres [...], para herir después a las demás democracias europeas». En esas terribles circunstancias, las potencias extranjeras habían dejado que la República se batiera «con la heroica soledad del espárrago», mientras los sublevados, a pesar de la supuesta neutralidad,

¹⁰³ E. Salazar y Chapela, «Ginebra», *La Voz*, Madrid (22 de septiembre de 1936), p. 2.

obtenían ayuda. Esa situación, motivo de «merecidísimo asco», escribió Salazar Chapela, «no se puede tolerar». Por ello el ministro de Estado, «en cierto aspecto ministro de guerra», debía combatir en Ginebra, «que es como si dijéramos el otro frente de la lucha». Para terminar, el periodista expresó su deseo de que Álvarez del Vayo acabara en Ginebra con «tanto tartufismo y cobardía miserables [...]». Aunque ello represente el diluvio. Aunque ello represente para mañana mismo, no precisamente el diluvio, sino la hoguera de Europa [...]. Aunque arda el globo entero. ¿No arde ya España? ¡Ay!», finalizó Salazar Chapela.

A la posición internacional con respecto a la guerra y más concretamente en relación con la República –el gobierno legalmente constituido contra el que se habían alzado los sublevados– dedicó Salazar Chapela otros cuatro artículos más. En uno de ellos se detuvo a analizar la posición de Portugal, país demasiado desconocido para España a pesar de su proximidad y de los lazos que lo unen a él. Las deficiencias de la enseñanza, complacida durante siglos «en ocultarnos a Portugal», habían fomentado «nuestra indiferencia, por no escribir otro vocablo, ante la bella nación hermana»¹⁰⁴. El país vecino, por su parte, había vuelto la espalda a todo lo español a causa de su «nacionalismo recalcitrante, siempre a la defensiva», un sentimiento «cuya última cifra es la que sigue: defensa de la dictadura, a costa de lo nacional (y no digamos a costa de la justicia y el progreso), para defender a los grandes capitalistas. En obsequio de éstos se han inventado en Portugal –como en Alemania, por ejemplo– las "teorías espirituales" que justifiquen mejor la barbarie de la dictadura»¹⁰⁵. Pero «una cosa es Oliveira Salazar, con su

¹⁰⁴ E. Salazar y Chapela, «Portugal», *La Voz*, Madrid (2 de octubre de 1936), p. 2.

¹⁰⁵ «De esta suerte», prosiguió Salazar Chapela, «encontramos en el país vecino librepensamientos ridículos, verdaderos engendros del desvarío "nacionalista", como uno que cayó en nuestras manos no hace mucho, prologado por Teófilo Braga, y cuyo solo título haría sonreír a las grandes personalidades portuguesas de siempre. Decía así: *Portugal nao e ibérico*» (*idem*). Véase 4.4. *El comentario político*.

voluntad de sostenerse a costa de lo que sea, en primer lugar de la justicia que merece su patria, y cosa distinta el alma portuguesa propiamente, que ahora comienza a manifestar su impaciencia», señaló Salazar Chapela. No había que confundir por tanto al dictador con su pueblo. «El dictador ayuda todo lo que puede –se trata de sus hermanos– a los traidores; pero Portugal está con nosotros y desea, como tantos pueblos del Mundo, el triunfo de la República. Acaso lo desee con más efusión que ningún otro», apuntó. Para concluir, escribió con optimismo: «Pero todo esto puede acabar muy pronto. Con todas sus variedades, honor de la fecundidad y de la gracia, la Península no es más que una. Además, uno es el pueblo, o los dos pueblos, por lo que atañe a su deseo de justicia, y una la voluntad universal de destronar a los traidores». Y añadió componiendo una esperanzada imagen de la victoria que iba a llegar muy pronto: «El incendio ha comenzado ya. Esperemos. Los portugueses saben [...] que –contra todos los nacionalismos estúpidos– el sol salió siempre en Portugal por España...».

También se mostró confiado, pese a tratarse de un problema gravísimo, cuando reflexionó sobre la actitud que mantenían Francia e Inglaterra, países decisivos en el seno del Comité de No Intervención, con respecto al conflicto español¹⁰⁶. Hubiera sido «muy confortador», afirmó, que ambas naciones se hubieran puesto del lado de la República, pero no había sido así. A pesar de todo, eso no iba a impedir al gobierno legalmente constituido ganar la guerra. «Lo que ahora aparece como dificultades, o como dolores morales simplemente», advirtió Salazar Chapela, «mañana duplicará nuestra gloria. No hay heroísmo sin soledad. No hay gloria sin soledad»¹⁰⁷. En apoyo de sus palabras, recordó el escritor «¡cómo contrastaban en la Prensa de

¹⁰⁶ Sobre las reacciones diplomáticas de las principales potencias internacionales en relación con la contienda puede verse el estudio de Michael Alpert *Aguas peligrosas. Nueva historia internacional de la guerra civil española, 1936-1939*. Madrid, Ediciones Akal (Akal Universitaria. Serie Historia Contemporánea, 192), 1998.

anoche, al lado de las conclusiones del Comité de no intervención, los titulares del avance de nuestras tropas!»). Por ello el periodista quería animar a la población, a la que le recomendaba que hiciera como él: «Frente a algunas actitudes, que estimamos inferiores, lejos de deprimirnos, sentimos muchas veces en ocasiones un robustecimiento interior, una ola cálida que nos sube de los pies a la cabeza y que nos hace proferir "in mente": "somos mejores". ¡Españoles! ¡Somos mejores!»).

Este Salazar Chapela optimista a la fuerza no pudo ocultar totalmente al hombre reflexivo que había analizado desde todos los puntos de vista posibles la situación internacional. Inglaterra, el país que tanto admiraba políticamente, se estaba comportando «de manera torpísima». De hecho, «la política tradicional inglesa, hecha de astucia y decisión ("prudencia y valor", decían los griegos), se quebró hace muy poco, por culpa de míster Eden, en la Sociedad de Naciones», con ocasión de Abisinia¹⁰⁸. En el caso de la guerra de España, era para Salazar Chapela «desesperante», «e irritante a veces, sobre todo cuando se oculta la ineptitud política, la falta de decisión y de arrojo, la ceguera ante la "conveniencia"»¹⁰⁹ de Inglaterra y de Francia, países en los que existía la misma radicalización política que enfrentaba a las dos Españas, «no como nosotros, trágicamente precisadas en una línea de fuego, sino mordiéndose en silencio, sordas». Ante esta realidad, «en vano les hacemos señas, se les señala la ruta decisiva cuya dirección habrán de tomar después, si ahora no la toman; en vano se les habla, no ya en nombre de estas o aquellas ideas comunes, que representan el plasma de muertos [*sic*, por nuestros] idearios respectivos, sino tan sólo en nombre del interés, o más brutal aún, en nombre de su comodidad, su riqueza...»).

¹⁰⁷ E. Salazar y Chapela, «De Londres al Tajo», *La Voz*, Madrid (30 de octubre de 1936), p. 1.

¹⁰⁸ Salazar Chapela se había referido en su momento a este asunto (véase 5.1.3.1.1 *La Europa fascista*).

¹⁰⁹ E. Salazar y Chapela, «Injerencia», *La Voz*, Madrid (16 de octubre de 1936), p. 3.

Para mayor desesperación, hasta el Papa, tradicionalmente neutral en todos los conflictos armados —«si vencen los güelfos, el Papa está con los güelfos, pero también con los pobrecitos gibelinos; si vencen los gibelinos, el Papa está a la vera de los gibelinos, pero no olvida que todavía quedan vivos, a pesar de la matanza, algunos güelfos»¹¹⁰—, había tomado posición, por primera vez, con motivo de la guerra civil española. Incluso había hablado de «"fuerzas subversivas"» para referirse «no a los verdaderamente subversos, sino al pueblo que se defiende». Sin duda, afirmó Salazar Chapela, los tiempos habían cambiado. La guerra civil española «no es una lucha entre estados, con un complejo de intereses semejantes, sino una lucha entre hombres, por cosas demasiado concretas; lucha planteada también en Francia; lucha que la tiene Alemania e Italia asimismo a pesar de las dictaduras de estos países; que igualmente la disfruta Inglaterra, no obstante el aglutinante del patriotismo inglés; lucha de todo el mundo en todo el Mundo». En el caso de España la contienda estaba muy clara; era «la contienda entablada entre el hombre de Vallecas, o el pobrecito campesino andaluz o extremeño, o el minero asturiano, con el Sr. March y... el cardenal Segura. Con los dos». Salazar Chapela veía claro de qué lado estaba la Iglesia. Y sin «dar a entender ninguna falta de respeto para con la religión, ni mucho menos para con el sentimiento religioso», porque «una cosa es éste [...] y el hontanar en donde abreva», y otra muy distinta la Iglesia, no había que olvidar que el Papa había «dicho que los gibelinos son güelfos», uniendo «su suerte, por lo que a España se refiere, a esos güelfos que nosotros tomábamos por gibelinos. A luchar, pues».

La guerra civil estaba demostrando, consideraba Salazar Chapela, que «el juego internacional ofrece sorpresas tan insospechadas como un tablero de

¹¹⁰ E. Salazar y Chapela, «El Papa», *La Voz*, Madrid (15 de septiembre de 1936), p. 3.

ajedrez»¹¹¹. Cuando lo más lógico era esperar que fueran los países próximos, afines a España, los que dieran su apoyo a la democracia amenazada, el «brazo amigo», la «mano extendida, sin timidez», había surgido del «fondo de Europa», del «extremo de la vida propiamente "europea", casi en el propio rincón de un símbolo (la hoz y el martillo, la liberación del trabajo, la aplicación a rajatabla de "los derechos del hombre", etc., etc.)». La URSS estaba ayudando a la República, aunque tuviera «sus intereses», recordó Salazar Chapela al comentar la noticia de la llegada al puerto de Barcelona del buque Zyrianin, el primer barco ruso que venía a España. Las 3.500 toneladas de víveres que llevaba en sus bodegas, concluyó el periodista, «si hace[n] bien al estómago, va[n] mejor aún al espíritu del pueblo heroico, personaje único de valentía sobre un fondo de cobardía universal»¹¹².

El historiador de mañana, escribió en otra colaboración, podrá «reconstruir en lo espiritual y en lo físico al español del 36» gracias a las fotografías en las que se aparecen «mujeres y hombres; edificios desmochados por los cañones; pinares en llamas; caravanas de automóviles bélicos; el momento de clavar en el torreón, en lo más levantado del pueblo, la bandera de España...»¹¹³: «el alma revolucionaria, y por ello justiciera de veras, con que los españoles del 36 se lanzaron a defender la República». Pero esa revolución que estaba en marcha no podía implicar la «degradación

¹¹¹ E. Salazar y Chapela, «Injerencia», *art. cit.*

¹¹² Jaume Miravittles, responsable del Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya, animó al pueblo de Barcelona a acudir en masa al puerto. «Es deia –oficialment–», recordó Miravittles, «que el vaixell portava "queviures". Però s'acompanyava l'afirmació d'un somriure ben maliciós. Tots sabíem de quins "queviures" es tractava...». *La leche condensada para los niños y la carne en conserva que guardaban sus bodegas fueron descargadas, «enmig del més hermètic secret», por «estibadors de la CNT» y por los «mariners russos, protegits per un cordó de milicians» (Episodis de la guerra civil espanyola. Notes dels meus arxius/2. Barcelona, Editorial Pòrtic (Col.lecció Pòrtic 71, 4), 1972, pp. 200 y 202).*

¹¹³ E. Salazar y Chapela, «Fotos eternas», *La Voz*, Madrid (8 de septiembre de 1936), p. 2.

individual y colectiva», afirmó Salazar Chapela tras leer sendos artículos publicados en *La Voz* y en *Solidaridad Obrera*. Significaba todo lo contrario, «ascensión»¹¹⁴. Por ello, «puesto que estamos en revolución, hay que hacer las cosas "mejor que antes" y justificar con nuestros actos, ante los ojos de los timoratos, la sangre generosa que se derrama». La mujer debía cuidarse, «incluso en el ornato», más que nunca, y no abandonar el sombrero, prenda que «amenaza desaparecer de la calle»¹¹⁵. El trabajador tenía que procurar «que el trabajo salga como nunca perfecto». El artista, el intelectual o el poeta debía realizar un «esfuerzo como nunca fecundo, para que lo que salga de tus manos, como jamás, tenaces y delicadas», escribió Salazar Chapela, «tenga el relumbrar heroico, el brillo universal de estos días»

6.2.1.3. Días de asedio

El 4 de noviembre, el presidente remodeló su Gobierno e incorporó varios ministros anarquistas al Consejo. El líder socialista «fue, por tanto, el único que presidió un gabinete que representaba todos los elementos del Frente Popular: clase media, regionalismo, marxistas y anarquistas»¹¹⁶. Al día siguiente, en la primera reunión del Consejo de Ministros, se decidió el traslado del Gobierno de la República a Valencia, ante el inminente asalto a Madrid por parte de las tropas sublevadas. El día 6 el Ejecutivo abandonaba la ciudad y se constituía la Junta de Defensa de Madrid. Durante estas decisivas fechas Salazar Chapela no publicó sus habituales «Improntas». Ya el día 10, detenido el avance enemigo con la ayuda de las Brigadas Internacionales, la firma del periodista reapareció en *La Voz* para defender una vez más la idea de que la guerra «es purificadora porque representa

¹¹⁴ E. Salazar y Chapela, «El sombrero y otras cosas», *La Voz*, Madrid (9 de octubre de 1936), p. 4.

¹¹⁵ Símbolo hasta entonces de la clase media, llevar sombrero se consideraba imprudente en algunas ciudades republicanas, por lo que se evitó usarlo como medida de prudencia.

dolor», «porque [...] lleva al espíritu una comprensión mayor del hombre», porque «agrega conocimiento»¹¹⁷. Los meses transcurridos y sobre todo las últimas actuaciones sobre la capital habían permitido conocer hasta dónde llegaba el odio del adversario, cuyo «encono, cuyo deseo de aniquilamiento, sentido con una violencia feroz, ha llevado la lucha política al punto monstruoso [...] en que nos encontramos ahora». Ese presente no era otro que «disparos de cañón [...], bombardeos al corazón de España», «mujeres y [...] niños mutilados o despedazados en las propias aceras de Madrid por los aviones enemigos». La guerra también era purificadora, en opinión de Salazar Chapela, en relación con «el correligionario o el amigo». Porque «todo lo que sitúe a las personas en su verdadero lugar y nos dé de las mismas su verdadera imagen, arroja claridad sobre la vida individual y colectiva y nos permitirá en lo porvenir, sin duda heridos, pero con la mente clarísima, caminar con una seguridad mayor por las crujías de todo orden». Entretanto, concluía el periodista, «—¿no habéis oído?— cae una bomba ardiente sobre el recio corazón de España».

El 16 de noviembre de 1936, cuando la situación en Madrid era realmente crítica, Salazar Chapela quiso mostrar su apoyo —y solicitarlo también a sus lectores— para los militares, en cuyas manos estaba, precisamente, la ciudad. En artículos anteriores había reconocido la valentía del pueblo, había reflexionado sobre la capacidad de los políticos para afrontar la situación, había aludido al arrojo del ejército republicano, pero «todo cuanto se diga de esta creación maravillosa que habla tan bien del pueblo como de quienes lo han dirigido, será injustamente incompleto [...] si no se agrega a su conjunto la aportación de los militares adictos»¹¹⁸. Éstos representaban la lealtad y

¹¹⁶ Gabriel Jackson, «El Frente Popular español (1934-1937)», *art. cit.*, p. 143.

¹¹⁷ E. Salazar y Chapela, «La purificación en la guerra», *La Voz*, Madrid (10 de noviembre de 1936), p. 4.

¹¹⁸ E. Salazar y Chapela, «Los militares leales», *La Voz*, Madrid (16 de noviembre de 1936), p. 2.

también la profesionalidad, defendida siempre por el periodista. Se trataba, además, de «la profesión que más falta nos hace ahora y la que de un modo o de otro, improvisada o como sea, ha de concedernos la victoria». Por ello, recordó el periodista, no había que hablar mal de los profesionales. Eso es «muy cómodo». Convenía recordar que «nada se improvisa, ni siquiera esta tarea facilísima de escribir artículos». A los militares leales había que «obedecerlos y respetarlos». Sabían lo que hacían. No había que olvidar a este respecto que «no pocas veces sufrimos derrotas porque se carecía de la técnica elemental de la profesión de soldado, que es la disciplina». Su lealtad les situaba lejos de toda sospecha —«están probados», aseguró Salazar Chapela—, no sólo en el momento de la sublevación, sino también después, cuando tuvieron que ponerse al frente de «la masa en armas», del «pueblo en armas». «Heridos en los cimientos de su dignidad profesional», tuvieron que soportar, en un principio, la falta de obediencia. Tuvieron que esperar «a que el pueblo se educase militarmente y se convirtiese por sí mismo en "profesionales de la guerra"».

El 20 de noviembre, el mismo día en que era ejecutado en Alicante José Antonio Primo de Rivera, apareció la última colaboración firmada de Salazar Chapela en *La Voz*. Dos días antes se suspendía el asalto a la capital, y Alemania e Italia reconocían al Gobierno de Burgos. El artículo, titulado «Escombros de Madrid», había sido censurado en su primera línea¹¹⁹,

¹¹⁹ Una de las dificultades a las que se enfrentaron los periódicos desde el inicio de la guerra fue la lucha con lo que Eduardo de Guzmán ha considerado «una censura tan estúpida como contraproducente, que no sólo les impide con frecuencia reflejar con absoluta sinceridad toda la gravedad de la situación bélica, sino atacar la confusión imperante, la ineficacia gubernamental, los imperdonables crímenes de quienes pretenden tomarse la justicia por su mano y los supuestos milicianos que pululan por la ciudad sin haber pisado un frente de combate». Además, los periódicos, «sea por buscar solución a sus apuros económicos o por la tendencia predominante entre quienes trabajan en sus talleres y redacción, caen en la órbita de un grupo político o una organización sindical [...]. En *El Sol* y *La Voz* se acentúa considerablemente la hegemonía comunista» («Periódicos y periodistas del Madrid en guerra», *Tiempo de Historia*, Madrid, año V, 55 (junio de 1979, pp. 13 y 17).

inmediatamente antes de que el periodista expresara su desconcierto ante la actuación de los sublevados. No podía entender qué es lo que pretendían: «¿Demoler Madrid, incendiar Madrid, que desaparezca Madrid?»¹²⁰. No alcanzaba a explicarse cómo iban a tomar posesión de algo que habían destruido previamente. «¿Qué victoria sería ésa, caso de poner el pie en lo destruido? ¿Qué éxito militar sería ése, que de tal suerte se considera, y con sus bombardeos se confiesa, fracasado?». Porque los fascistas habían fracasado, proclamó Salazar Chapela. Llevaban cuatro meses sembrando «sangre y [...] destrucción». Habían fracasado aunque estuvieran a las puertas de Madrid, porque «no es un ejército triunfante (no digamos una política triunfante) el que apela a destruir para conquistar». ¿Su gloria eran «las bombas en los tejados de Madrid?», «la bala de un cañón [que] atraviesa los tabiques de las casas honestas», «los incendios [que] claman por la justicia en la noche»? No, expresó rotundamente Salazar Chapela. «Ésta es la gloria de Madrid, su resistencia genial de cuatro meses, escrita con sangre de martirio, escombros, cristales y cenizas».

La denominada «batalla de Madrid» finalizó pocos días después de la publicación de este último artículo¹²¹. A partir de entonces la firma de Salazar Chapela desapareció del periódico —que, dado el papel disponible, contaba, desde el 18 de noviembre de 1936, sólo con dos páginas—, del mismo modo que sucedió con las de los demás periodistas y colaboradores del diario. «La marcha del Gobierno a Valencia había acrecentado las necesidades informativas de la nueva capital de la República», por lo que

¹²⁰ E. Salazar y Chapela, «Escombros de Madrid», *La Voz*, Madrid (20 de noviembre de 1936), p. 1.

¹²¹ «El asalto directo acaba el 24 de noviembre. Pero aún se producen algunas maniobras que conservan el estilo de ese asalto. Una vez intentado el corte de comunicaciones de Madrid con la Sierra, durante el mes de enero, comienza otro tipo de guerra. Una guerra de grandes ejércitos y movimientos amplios. Se produce un cambio de naturaleza en el conflicto. Las batallas del Jarama y Guadalajara también pretenden

«los diferentes Ministerios reclamaron la colaboración de un amplio número de periodistas», y «los sindicatos y partidos políticos, preparando el lanzamiento de nuevos órganos de expresión en la capital levantina, atrajeron a los redactores que creyeron necesarios»¹²². Pero el traslado de muchos periodistas a Valencia «no siempre respondió a la solicitud de sus respectivos diarios y organizaciones». Un buen número de ellos abandonó Madrid por propia iniciativa y sin permiso de nadie, decisión que les valió la destitución de sus cargos¹²³. Salazar Chapela siguió «escribiendo, machacando en *La Voz*»¹²⁴, aunque no podamos saber cuál fue su misión en el periódico desde finales del mes de noviembre de 1936. El 9 de enero de 1937, cuando se decretó la evacuación obligatoria para toda la población civil¹²⁵, el escritor

liquidar la resistencia de la capital» (Jorge M. Reverte, *La batalla de Madrid*. Barcelona, Círculo de Lectores, 2004, p. XI).

¹²² Juan Carlos Mateos Fernández, «Periodistas de Madrid en guerra», en Mirta Núñez Díaz-Balart, Agustín Martínez de las Heras y Rosa Cal Martínez (coords.), *José Altabella. Libro Homenaje*. Madrid, Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, 1997, p. 452.

¹²³ «En la Sociedad Editora Universal las deserciones fueron más amplias que en cualquier otro medio escrito. Manuel Fontdevila y Francisco Villanueva, directores de *Heraldo de Madrid* y *El Liberal*, fueron despedidos por abandonar Madrid sin antes haber recabado ninguna autorización. Lo mismo sucedió en los diarios de la Compañía Editorial Española y en la Editorial Estampa, en la que los directores de sus respectivas publicaciones (los diarios *El Sol* y *La Voz*, por una parte, y el diario *Ahora* y el semanario *Estampa*, por la otra) abandonaron precipitadamente el servicio» (*ibidem*, pp. 452-453). Entre los sancionados, menciona Mateos a Paulino Masip (*La Voz*) y a Manuel Chaves Nogales (*Ahora*) (*ibidem*, p. 453). Otros periodistas se trasladaron a los distintos frentes para enviar desde allí sus crónicas de guerra. Es el caso de Jesús Izcaray, cuyos artículos vieron la luz en *Estampa*, *Ahora* y *Mundo Obrero*, entre otras publicaciones. Algunos de ellos fueron reeditados, en *La guerra que yo viví. Crónicas de los frentes españoles (1936-1939)* (Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1978).

¹²⁴ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 21 de noviembre de 1937 (*art. cit.*).

¹²⁵ La salida de los madrileños de la ciudad –sobre todo mujeres y niños– se había iniciado a mediados de octubre de 1936. A partir de entonces, «la idea de que la mejor defensa de Madrid podría ser acrecentada con la salida de la capital de los habitantes no combatientes seguía siendo una constante de la propaganda de organismos oficiales, organizaciones políticas y sindicales, prensa, etc. Todos los sectores, unánimemente, pedían que la evacuación civil continuara el impulso de los primeros días de noviembre, e incluso se superara» (Matilde Vázquez y Javier Valero, *La guerra civil en Madrid*, *ob. cit.*, p. 246). El decreto de la Junta de Defensa, fechado el 9 de enero de 1937, advirtió de la retirada de la cartilla de abastecimientos «a quienes se negaran a secundar la medida», de la

preparó su marcha. Pocos días después abandonó Madrid «—literalmente— con lágrimas en los ojos»¹²⁶. Atrás quedaban más de diez años de residencia en la ciudad, el tiempo en el que se desarrolló la primera etapa de su trayectoria literaria.

6.2.2. «En aquella Valencia»

Cuando Salazar Chapela llegó a la capital provisional de la República hacía algo más de dos meses que el Gobierno había trasladado allí su sede. En Valencia se encontraba también Arturo Soria y Espinosa, dirigente desde su creación en 1926 de la Federación Universitaria Escolar, fundador a principios de 1932 de los Comités de Cooperación Intelectual¹²⁷ y coeditor de la efímera revista *Diablo mundo* (1934). Al producirse la sublevación

que «quedaban excluidos los varones mayores de veinte años y menores de cuarenta y cinco, las personas con cargos relacionados con la guerra, sanidad o carácter público, así como las esposas, padres e hijos de los comprendidos en las excepciones anteriores» (*ibidem*, p. 270).

¹²⁶ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 21 de noviembre de 1937 (*art. cit.*).

¹²⁷ «Dichos Comités intentaron fecundar la vida cultural provinciana y organizaron en numerosas ciudades sonadas conferencias de escritores como García Lorca y Gómez de la Serna, conciertos de músicos como Nicanor Zabaleta y Regino Sainz de la Maza, veladas de teatro con La Barraca [...] o de cine con las últimas películas de Eisenstein. Con los Comités pretendía desarrollar una política al servicio de la cultura y de la República en general, no una cultura al servicio de unos políticos republicanos determinados. Pero, al no ser fácilmente capitalizable esa política por partido o grupo de presión alguno, republicano o no, no encontró el más mínimo apoyo oficial, y los Comités de Cooperación Intelectual, tras una actividad de casi un año, se vinieron abajo por falta de recursos económicos» (Arturo Soria y Puig, «Un hombre de palabra», en Arturo Soria y Espinosa, *Labrador del aire*. Madrid, Ediciones Turner (Colección Minucia), 1983, pp. 15-16). «A pesar de su breve existencia, es evidente que los comités tuvieron una notable resonancia en la vida cultural española de aquel momento, especialmente en las provincias», ha asegurado Nigel Dennis, quien, a la vista de los papeles de Arturo Soria que ha podido consultar, recuerda que José Bergamín, Gerardo Diego, Rodolfo Halffter, Gustavo Pittaluga y Ángel Grande fueron algunos de los conferenciantes vinculados al proyecto («Cinco cartas inéditas de Gómez de la Serna (El alma en pena de Ramón)», *Revista de Occidente*, Madrid, 80 (enero de 1988), pp. 10 y 13). Por lo que se refiere a Ramón Gómez de la Serna, Dennis analiza a través de la correspondencia exhumada cómo Soria logró convencerlo de que participara en la iniciativa. Ramón dictó varias «conferencias maleta», tal como él las denominó, y, al parecer, «tuvieron cierto éxito», por lo que «el conferenciante terminó entusiasmándose con los preparativos de sus futuras actuaciones» (*ibidem*, p. 19).

militar, Soria creó «con un grupo de amigos [...] el Servicio Español de Información», con el que pretendía «informar lo más verídicamente posible al extranjero (Einstein y Thomas Mann, entre otros, acusaron recibo de la información que se les hizo llegar y se pronunciaron públicamente en contra de la sublevación franquista) y preparar material de propaganda»¹²⁸. En enero de 1937, Soria reclamó a Salazar Chapela para que trabajara con él, ya en Valencia¹²⁹, aunque oficialmente fueron los ministerios de Gobernación y de Propaganda –al frente de los cuales se encontraban el socialista Ángel Galarza¹³⁰ y el republicano Carlos Esplá¹³¹– los que realizaron los trámites

¹²⁸ Arturo Soria y Puig, «Un hombre de palabra», *art. cit.*, pp. 17-18. Uno de aquellos amigos que le secundaron en los momentos iniciales del Servicio Español de Información fue Álvaro Custodio, como él mismo ha señalado. Muchos años después de aquel segundo semestre de 1936, el dramaturgo sevillano recordó que a él aquella República no le gustaba porque era «una república burguesa, absurda, gobernada por una minoría que no tenían ni mayoría en el Parlamento [...]». Yo estaba en esa incertidumbre. Hasta que vino un día a mi casa, este, Salazar Chapela. Salazar Chapela es un escritor andaluz, malagueño, muy buen escritor, que era muy amigo de casa, y vino con mi cuñado, el que fue después mi cuñado, Gustavo Pittaluga, el hijo de, el que se casó con mi hermana Ana María. Y vinieron a casa. Y entonces comenzamos a comentar los acontecimientos. Y entonces yo dije: "Bueno, pero es que esta República...". Y me dijeron: "Sí, sí, todo lo que tú quieras, ¿pero es posible estar con los curas y los militares y con los... y todo lo que significa?" Dije: "No". "¿Entonces qué vas a hacer". Dije: "Defender la República aunque no me guste". Total que entonces, por no sé qué cosas y coincidencias, me fui con Arturo Soria a empezar, trabajando. Es decir, no fui, desde luego, de los que cogieron un fusil y me fui a pegar tiros a... No, desde luego que no. Me fui a trabajar en la, en la nueva secretaría esta, ¡hombre!, ¿cómo se llamaba?, no sé cómo se llama, Oficina de Propaganda de la República, que improvisó Arturo Soria» (transcripción literal de la entrevista realizada por Elena Aub a Álvaro Custodio entre el 12 de febrero de 1980 y el 22 de enero de 1982, pp. 65-66; Fuentes orales, México-29, AGGCE).

¹²⁹ *Cfr.* carta de Esteban Salazar Chapela a Max Aub fechada en Londres el 25 de septiembre de 1963 (*art. cit.*).

¹³⁰ Ángel Galarza (Zamora, 1892-París, 1966) fue diputado por el Partido Radical Socialista antes de afiliarse al PSOE en 1933. En los últimos años había sido cronista judicial en *La Voz*, donde coincidió con Salazar Chapela, tal y como éste recordó en *En aquella Valencia*, novela en la que el escritor se refiere a él con un «seudónimo transparente», Pedro Gabarza (*cfr. ob. cit.*, p. 228).

¹³¹ La trayectoria del periodista alicantino –fundador en 1935, junto con Luis Bello, de *Política*, semanario, primero, y periódico diario, después– ha sido estudiada por Pedro Luis Angosto Vélez en *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá: una biografía política* (Madrid, Editorial Biblioteca Nueva-Universidad de Alicante y Asociación Manuel Azaña (Historia Biblioteca Nueva), 2001). Salazar Chapela coincidió con él en Ginebra, donde trabajó como traductor, según le comentó en una de sus cartas a

pertinentes¹³². El escritor, que pudo aceptar esta ocupación como una actividad transitoria¹³³, se convertía así en «comentarista oficial de la zona republicana», según recordó en *En aquella Valencia*¹³⁴, donde describe la labor que desarrolló allí y refiere el trato que recibió en una ciudad en la que fue considerado un periodista sin nombre. Ajeno al ambiente intelectual de la denominada «capital cultural de la República»¹³⁵, Salazar Chapela desarrolló el trabajo que le fue encomendado mientras se producían acontecimientos tan relevantes para la marcha de la guerra como la toma de Málaga por parte de las tropas sublevadas y las batallas del Jarama y de Guadalajara.

6.2.2.1. «Plomo contra plomo»: la propaganda republicana

Transcurridos los primeros meses de guerra, resultó ineludible la puesta en marcha de iniciativas gubernamentales que dieran fin a la inoperante

Guillermo de Torre: «Otro español de nota, éste de plantilla, en el Palais [des Nations], es Carlos Esplá, antiguo gobernador de Barcelona y ex subsecretario de Gobernación y de Estado, quien convivió mucho en París con Unamuno» (carta fechada en Londres el 26 de mayo de 1963, *art. cit.*). Es curioso que en aquellos momentos, cuando acababa de recibir la impresión que le había causado a De Torre la lectura del manuscrito de *En aquella Valencia*, no recordara que Esplá había sido ministro de Propaganda.

¹³² Cfr. carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 21 de noviembre de 1937 (*art. cit.*).

¹³³ Tal vez imaginaba, como realmente sucedió después, que a través de ella podría acceder más fácilmente al puesto diplomático que ya había solicitado, sin éxito, con anterioridad. Al menos así había pasado en el caso de Álvaro Custodio, quien recordó de este modo cómo abandonó la oficina creada por Soria: «Como yo había hecho mis estudios de diplomacia, pues, naturalmente, inmediatamente, me, me llamaron; mis amigos me dijeron: "Tú tienes que ingresar en el Ministerio de Estado inmediatamente". "Entonces habla con el ministro". Que era Barcia Trelles todavía, que se llamaba, luego vino Álvarez del Vayo. Y Barcia Trelles: "Ah, sí, por supuesto"» (transcripción literal de la entrevista realizada por Elena Aub a Álvaro Custodio, *art. cit.*, p. 66).

¹³⁴ Esteban Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, *ob. cit.*, p. 92.

¹³⁵ En 1986, al cumplirse el cincuenta aniversario de la designación de Valencia como capital provisional de la República, se celebró en esa ciudad una exposición conmemorativa en cuyo catálogo (*València, capital de la República*. València, Excm. Ajuntament de València, 1986) se recuerdan las circunstancias que se vivieron durante 1936 y 1937. El equipo que preparó la citada exposición llevó a cabo también un trabajo colectivo de investigación hemerográfica que fue publicado en *València, capital cultural de la República (1936-1937)*. *Antologia de textos i documents* (València, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana (Col.lecció Homenatges), 1986).

disgregación de los instrumentos de propaganda que había existido hasta entonces. Con este propósito fue creado el 4 de noviembre de 1936 el Ministerio de Propaganda, un nuevo departamento al que Largo Caballero encomendó, durante su segundo mandato, la unificación y la dinamización de los esfuerzos que se estaban realizando en ese sentido, hasta entonces asumidos en gran medida por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, donde existía una Sección de Propaganda Cultural. Aunque inicialmente no se determinaron sus funciones, el recién nacido Ministerio de Propaganda debería trabajar en estrecha colaboración con el Ministerio de Estado –responsable de la propaganda en el exterior–, y con el Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya –institución que tenía plenas competencias en la materia–, reservando a la Subcomisaría de Propaganda de la Comisaría General de Guerra todos los asuntos relacionados con la marcha de la contienda¹³⁶.

Pero antes de emprender su labor, el Ministerio de Propaganda tuvo que resolver no pocos problemas de organización, demorándose así la ejecución de las imprecisas funciones para las que había sido creado. De las dificultades que hubo para instalar definitivamente su sede dio cuenta *El Mercantil Valenciano* en su sección «El Gobierno en Valencia», publicada en primera página los días 6 y 11 de noviembre. Provisionalmente, el Ministerio de Propaganda ocupó las oficinas del Patronato de Turismo y las de la Delegación de la División Hidrográfica del Júcar, para pasar después al edificio de la Caja de Ahorros, situado en la actual calle del General Tovar, esquina con la calle del Mar, aunque la dirección oficial del departamento se

¹³⁶ Dicha comisaría general, adscrita al Ministerio de la Guerra, fue creada el 15 de octubre de 1936. «Su desarrollo legislativo le conferirá la dirección del aparato propagandístico militar para la producción de material impreso, radiofónico, teatral, cultural y recreativo durante la mayor parte de la guerra» (Mirta Núñez Díaz-Balart, *La prensa de guerra en la zona republicana durante la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid, Ediciones de la Torre (Nuestro Mundo: Historia, 27), 1992, tomo I, p. 19).

hallaba en la parte posterior del inmueble, en el número 2 de la antigua calle de María Carbonell, hoy Pouet de Sant Vicent.

Sin dotación presupuestaria y sin funcionarios propios, el nuevo Ministerio de Propaganda inició su andadura con el personal y la dotación económica del Patronato Nacional de Turismo, «organismo [que] había quedado sin funciones y disponía de una infraestructura adecuada dentro y fuera de España»¹³⁷. Su peculiar estructura interna quedó determinada el 22 de noviembre con el nombramiento del periodista Federico Martínez Miñana —hasta entonces director general de Carreteras y Caminos— como Subsecretario de Propaganda. Según Angosto Vélez, completaron la cúpula del departamento, además de los delegados en la Generalitat de Catalunya y en la Junta de Defensa de Madrid, Miguel Benavides Shelly, secretario particular de Carlos Esplá —«su auténtico hombre de confianza»— y agregado al Ministerio de Propaganda, y un secretario general cuya identidad no revela¹³⁸. Dicho cargo fue desempeñado por Arturo Soria y Espinosa, según el testimonio aportado por su hijo:

Al constituirse el Ministerio de Propaganda de la República [...], le nombraron secretario general de aquél. Sin embargo, no consta, porque se negó a que su nombramiento apareciera en el «Boletín Oficial», que es la enciclopedia del Estado. Le parecía indigno hacer méritos para futuras pensiones o jubilaciones mientras otros morían en el frente y ridículo el tratamiento de ilustrísimo que el cargo llevaba consigo¹³⁹.

Salazar Chapela, por su parte, añade otros motivos a esta sorprendente decisión. Al parecer, Soria propuso a Largo Caballero, todavía en Madrid

¹³⁷ Pedro Luis Angosto Vélez, *Sueño y pesadilla del republicanismo español*. Carlos Esplá: una biografía política, ob. cit., p. 287.

¹³⁸ Cfr. *ibidem*, p. 288.

¹³⁹ Arturo Soria y Puig, «Un hombre de palabra», *art. cit.* p. 18. Arturo Soria fue, durante la guerra civil, jefe del Servicio de Prensa del Ministerio de Estado. Este cargo pudo ser el que ostentó oficialmente mientras trabajó en el Ministerio de Propaganda, aunque también es posible que el nombramiento se produjera tras su marcha del departamento dirigido por Esplá.

—durante su primer gobierno, por tanto—, la creación de un departamento de Propaganda, idea que fue rechazada por el presidente del Consejo¹⁴⁰. Unos meses después nacía el citado ministerio, departamento que, según afirma Angosto Vélez, fue pensado para Carlos Esplá¹⁴¹, y se materializaba el proyecto presentado por Arturo Soria, el Servicio Español de Información¹⁴². Mientras se planificaban los servicios que se encargarían de editar aquella «publicación que tanto hizo por la causa de la República internacionalmente con sus informaciones y sus prestigiosas firmas»¹⁴³ y de organizar otras actividades promovidas por el ministerio, sus máximos responsables participaron en diversos actos públicos, con los que el departamento se fue dando a conocer. El primero tuvo lugar en el Teatro Olympia de Valencia el jueves 19 de noviembre de 1936 a las seis de la tarde. Se trataba de un mitin

¹⁴⁰ «"¿Propaganda? ¿Un Ministerio o una Subsecretaría de Propaganda? Esas cosas son cosas de Stalin, de Hitler y de Mussolini, de países totalitarios. Aquí no queremos nada de eso"», contestó Largo Caballero, según recuerda Evaristo Segovia —transunto de Arturo Soria— en la conversación que mantiene con Sebastián Escobedo (E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia, ob. cit.*, p. 118).

¹⁴¹ «Respondía al deseo y voluntad de Carlos Esplá, persona para la que fue creado, quien en febrero de 1936 había manifestado al Presidente de la República su disposición para trabajar en algún servicio de este tipo» (Pedro Luis Angosto Vélez, *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá: una biografía política, ob. cit.*, p. 285). Esa idea la encontramos, en efecto, en la anotación que hizo Manuel Azaña el 20 de febrero de 1936: Le ofrecí ayer la subsecretaría de la presidencia a Esplá, que me haría buen servicio en este puesto, porque tiene experiencia política y es muy mañoso; pero no aceptó: quiere seguir en el periódico (aunque, como se lo advertí hace tiempo, no tendría público) y emplearse en la propaganda si el Gobierno organiza algo para ese servicio» (Manuel Azaña, *Memorias de guerra (1936-1939)*. Barcelona, Crítica (Libro de mano, 53), 1996, p. 18).

¹⁴² Según el hijo de Arturo Soria, el Ministerio de Propaganda se constituyó «sobre la base del Servicio Español de Información» (Arturo Soria y Puig, «Un hombre de palabra», *art. cit.* p. 18). En *En aquella Valencia*, Salazar Chapela adscribe los servicios para los que trabaja el protagonista a una supuesta Subsecretaría de Propaganda del Ministerio de Estado. Se trata, como en el caso de los nombres, de una de las pequeñas modificaciones de la realidad que introduce en la ficción. Pero no inventa nada cuando Sebastián Escobedo, protagonista y narrador de la obra, afirma al referirse a su fundación: «Todas aquellas oficinas propagandísticas eran una improvisación de mi excelentísimo amigo Evaristo Segovia, hombre inteligente, organizador y sumamente activo» (E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia, ob. cit.*, p. 66).

¹⁴³ Enrique Montero, «Recuerdo y semblanza de Arturo Soria y Espinosa», *El País*, Madrid (sábado, 6 de septiembre de 1980), «Artes», p. 2.

internacional, presidido por Carlos Esplá, al que asistieron Ilya Ehrenburg, René Pleth, Tristan Tzara, Ángel Gaos, Manuel Altolaguirre y Juan Gil-Albert¹⁴⁴. El mismo día en que se hacía oficial el nombramiento de Martínez Miñana tenía lugar un encuentro entre el subsecretario de Propaganda, que acudió en nombre de Esplá, y José Bergamín, presidente de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, «quien le expresó su contento por la colaboración que esta entidad está encontrando por parte de los servicios de propaganda afectos al ministerio»¹⁴⁵.

El 23 de enero de 1937 se publicaba en la *Gaceta de la República* –nombre que adoptó la *Gaceta de Madrid* desde que se produjo el cambio de capitalidad de la España republicana– un decreto en el que se determinaban finalmente las funciones del Ministerio de Propaganda. En el preámbulo se recordaba que «la propaganda, basada en una información verídica, es hoy una arma más –y un arma muy poderosa– en la lucha contra el fascismo», por lo que había de ser empleada, tanto en España como en el exterior, «de modo eficaz al servicio de la República y del pueblo que la defiende heroicamente»¹⁴⁶. La disposición gubernamental resumía así los objetivos del nuevo departamento:

¹⁴⁴ El anuncio del acto fue publicado en *El Mercantil Valenciano* el mismo jueves, 19 de noviembre de 1936 (p. 1). Al día siguiente, se insertó una breve reseña del encuentro («El mitin internacional de ayer en Olympia», *El Mercantil Valenciano*, Valencia (viernes, 20 de noviembre de 1936), p. 2). Este tipo de iniciativas menudearon desde entonces en la ciudad de Valencia. A título de ejemplo, valga recordar que el Ministerio de Propaganda y el Ministerio de Instrucción Pública celebraron el domingo 21 de febrero de 1937 una fiesta en los Viveros Municipales a la que asistieron varios ministros y representantes de partidos políticos y otras entidades sociales (cfr. «En Valencia, el domingo. Una fiesta de homenaje al pueblo de Madrid», *La Vanguardia*, Barcelona (martes, 23 de febrero de 1937), p. 8).

¹⁴⁵ «El Gobierno en Valencia», *El Mercantil Valenciano*, Valencia (domingo, 22 de noviembre de 1936), p. 1.

¹⁴⁶ «Presidencia del Consejo de Ministros. Decretos», *Gaceta de la República*, Valencia, 23 (23 de enero de 1937), pp. 464-465. El citado decreto ha sido reproducido por Miguel Ángel Gamonal Torres en *Arte y política en la guerra civil española. El caso republicano* (Granada, Diputación Provincial de Granada (Biblioteca de Ensayo, 13), 1987, pp. 75-76).

Ilustrar a los españoles sobre la dramática realidad de la guerra y sus consecuencias políticas y sociales, dar respuesta adecuada a las falsedades que propalan los facciosos, informar a la opinión internacional del gigantesco esfuerzo que realiza el pueblo español representado por su Gobierno legítimo, para defender su libertad, es la misión urgente e inmediata del Ministerio de Propaganda, que habrá de emplear igualmente su actividad en exaltar la obra de la República y de las fuerzas populares que le dan vida con su adhesión, crear un estado de opinión que facilite y encauce el progreso político y social del país y preparar a éste para la tarea inmensa de reedificar la nueva España¹⁴⁷.

El Ministerio de Propaganda tendría a partir de entonces competencias plenas en «Prensa, Radio, Cinematógrafo, Ediciones, Publicaciones, Actos Públicos, Exposiciones, etc.»¹⁴⁸, por lo que eran traspasados a ese departamento todos los servicios que hasta el momento dependían de otros ministerios, así como sus dotaciones presupuestarias. En consecuencia, durante el mes de enero, la *Gaceta de la República* recogió el pase de un buen número de funcionarios de otras administraciones a Propaganda. El ministerio contaba también con la inestimable ayuda de numerosos intelectuales y artistas que ya habían cooperado con el Ministerio de Instrucción Pública. Dicha colaboración, establecida oficialmente en el decreto anteriormente citado¹⁴⁹, resultó crucial en el desarrollo de las actividades propagandísticas durante toda la contienda. Preparado para su misión el nuevo ministerio, Federico Martínez Miñana concedió una entrevista a *Política* en la que reconoció la dificultades iniciales que había tenido el departamento. Pese a ello, se habían realizado ya varias exposiciones, organizadas en colaboración con la Embajada de la República en París¹⁵⁰. En Valencia, afirmó Martínez Miñana, el ministerio contaba «con un grupo de pintores y escritores fijos. Entre los primeros estaban: Bernal, Lozano, Morales y Julián Marías; entre los segundos:

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 465.

¹⁴⁸ *Idem*.

¹⁴⁹ «Al traspasar los servicios de propaganda creados por el Ministerio de Instrucción Pública, el Ministro de dicho ramo y el de Propaganda cuidarán de asegurar la continuación de la obra iniciada y la colaboración de quienes la han realizado» (*idem*).

Salazar Chapela, Matilde Goulard, Fernando Puig y Stuyck, encargados del teatro y de las lecturas de propaganda»¹⁵¹. La sección de radio, dirigida por Benigne Sellés, «transmitía diariamente a todo el país cinco ediciones del diario hablado *La Palabra*, contando para ello con la colaboración de Unión Radio de Valencia, Radio-Torrente, el Sindicato de Comunicaciones y, en general, todas las emisoras de los sindicatos y organizaciones antifascistas»¹⁵². En cuanto al cine, «en el que tenían depositadas muchas esperanzas»¹⁵³, Propaganda había asumido las competencias que en este ámbito tenía Instrucción Pública y Bellas Artes y había llegado a acuerdos de colaboración con los ministerios de Estado y de Guerra, lo que se traduciría en un incremento considerable de la producción cinematográfica gubernamental a partir de entonces¹⁵⁴. Por lo que se refiere a la edición de libros, Martínez Miñana expresaba el propósito del ministerio de apoyar «todas aquellas publicaciones antifascistas que aportasen ideas nuevas y, sobre todo, las que fuesen "continuidad espiritual de la democracia anterior", para lo que se contaba con la colaboración de escritores como Alberti, María Teresa León, Bergamín y otros»¹⁵⁵, miembros, como los citados, de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura. Por el momento, el subsecretario anunciaba la publicación de *Madrid, la ciudad heroica*, de Eduardo Zamacois, un cancionero de guerra, un libro de fotografías de María Teresa León, un tomo de dibujos de Castelao y la puesta en escena, en el Teatro Principal de Valencia, de la obra *El triunfo de las Germanías*, original

¹⁵⁰ Cfr. Pedro Luis Angosto Vélez, *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá: una biografía política*, ob. cit., p. 292.

¹⁵¹ *Idem*.

¹⁵² *Idem*.

¹⁵³ *Ibidem*, p. 293.

¹⁵⁴ Sobre el tema puede verse el capítulo «Los servicios cinematográficos del aparato estatal republicano» del libro de Ramón Sala Noguera *El cine en la España republicana durante la guerra civil* (Bilbao, Ediciones Mensajero (Colección Cine-Reseña, 35), 1993, pp. 153-220).

de Bergamín y Altolaguirre¹⁵⁶. Como es sabido, en el mes de enero de 1937 vio la luz el primer número de la revista *Hora de España*, sin duda la iniciativa de mayor altura intelectual a la que el Ministerio de Propaganda dio su apoyo, «sin que hubiéramos de quejarnos de presión alguna que menguara la libertad de que disponíamos», aseguró Juan Gil-Albert¹⁵⁷, cofundador y miembro de la redacción de la revista¹⁵⁸. Sin duda eran muchos los republicanos que creían firmemente que la palabra podía y debía ser un arma para la lucha. En expresión de Quevedo –recordada por Salazar

¹⁵⁵ Cfr. Pedro Luis Angosto Vélez, *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá: una biografía política*, ob. cit., p. 293.

¹⁵⁶ Cfr. *idem*. De todos los proyectos mencionados sólo tenemos noticia de que llegara a ver la luz el de Castelao, un folleto de diez páginas titulado *Galicia mártir* (Valencia, Ministerio de Propaganda, 1937). El Servicio Español de Información publicó numerosos folletos, algunos de los cuales reproducen discursos políticos. También editó, entre otras obras, la experiencia de André Chamson (*Al volver de España. Un testimonio*. Barcelona, Servicio Español de Información, Ediciones Españolas, 1937) y *Situación de la zona rebelde. Relato de un antiguo afiliado de Falange* (Madrid, Servicio Español de Información, 1937). El jefe de ediciones, publicaciones y artes plásticas del Ministerio de Propaganda fue Miguel González. Por lo que se refiere a la obra dramática citada, estrenada el 29 de enero de 1937, Altolaguirre recordó después que obtuvo «un verdadero éxito» (*Obras Completas, I. El caballo griego*. Edición crítica de James Valender. Madrid, Ediciones Istmo (Bella Bellatrix), 1986).

¹⁵⁷ Juan Gil-Albert, *Memorabilia*. Barcelona, Tusquets Editor (Cuadernos Marginales, 43), 1975, p. 214. Ahora bien, añadió el escritor, «entre bastidores» se produjeron «las irremediables pugnas partidistas, nos tacharon de esto y aquello, y así si unos nos tenían por estetas, otros por comunistas, aunque los propios comunistas, si tomaban partido en la cuestión, lo hacían colocándonos el marchamo del trotskismo que servía entonces para designar algo vago, heterodoxo y condenable» (*idem*).

¹⁵⁸ La redacción de la revista la componían Manuel Altolaguirre, responsable de la edición; Rafael Dieste, de quien partió la idea; Antonio Sánchez Barbudo, el citado Juan Gil-Albert y Ramón Gaya, cuyas viñetas ilustraron todos los números. Este grupo fundador contó con la colaboración de José Moreno Villa y de José Bergamín para que la revista fuera financiada por el Ministerio de Propaganda. Actuaba como secretario Antonio Sánchez Barbudo, y contaba además con un consejo de colaboración meramente representativo. Se compusieron un total de 23 números, editados a partir del XIII en Barcelona, adonde se trasladó la redacción en enero de 1938. De *Hora de España. Revista mensual. Ensayos. Poesía. Crítica. Al Servicio de la Causa Popular*, bien conocida actualmente, han sido publicadas una antología con selección y prólogo de Francisco Caudet (Madrid, Ediciones Turner, 1975) y una edición facsímil (Vaduz-Lietchtenstein-Barcelona, Verlag AG-Editorial Laia (Biblioteca del 36. Revistas de la Segunda República Española), 1977, 5 vols.).

Chapela un año después del inicio de la guerra— había que utilizar «plomo contra plomo»; esto es, «la imprenta contra la artillería»¹⁵⁹.

6.2.2.1.1. El Servicio Español de Información

En la entrevista citada, Martínez Miñana anunciaba la próxima aparición del boletín «*Servicio Español de Información*, en el que se incluiría un noticiario y se ofrecerían datos sobre "la labor más destacada de cada ministerio y el punto de vista de las figuras más sobresalientes"»¹⁶⁰. En realidad, la citada publicación había iniciado su andadura, de forma un tanto precaria, en noviembre de 1936¹⁶¹. Dos meses después, los responsables del Ministerio de Propaganda decidieron mejorarla eliminando secciones innecesarias¹⁶² e

¹⁵⁹ S. Ch., «Quevedo y nuestra guerra», *El Mono Azul*, Madrid (jueves, 26 de agosto de 1937), p. 1.

¹⁶⁰ Pedro Luis Angosto Vélez, *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá: una biografía política*, ob. cit., p. 293.

¹⁶¹ La colección consultada, conservada en la Biblioteca del Monasterio de Montserrat (Monistrol, Barcelona), se inicia el día 17 de noviembre de 1936. Reunidos en volúmenes, los boletines fueron encuadernados, en ocasiones, sin ordenar y con una numeración incorrecta o inexistente, tanto por lo que se refiere a las entregas diarias como en el caso de las páginas de cada número. Hasta la fecha, la publicación no ha suscitado la atención de los investigadores, que se han limitado, en algunos casos, a describir el boletín a partir de la localización de algunos números sueltos. María Campillo y Esther Centelles consideran por ello que *Servicio Español de Información* y *Servicio de Información* —título abreviado que se utilizó en los ejemplares destinados a España— son dos publicaciones diferentes (cfr. *La prensa a Barcelona, 1936-1939*. Barcelona, Centre d'Estudis d'Història Contemporània-La Gaya Ciencia, 1979, pp. 206-207). Es de suponer que, dadas las dificultades que entraña la consulta de la publicación, no se realizará un estudio completo y riguroso de la misma hasta que no se prepare una edición facsímil de estos boletines de información diaria, parte de los cuales fueron divulgados en lengua no castellana (inglés, francés, alemán e italiano) para su difusión fuera de España.

¹⁶² En la entrega del 28 de enero de 1937 puede leerse la siguiente nota: «Desde que comenzaron a funcionar, los "Servicios de Información" de este Ministerio de Propaganda, han dedicado especial atención a la reseña de todos los actos políticos y sociales organizados por los diferentes sectores antifascistas. Se debía la atención preferente, que a este aspecto de los "Servicios de Información" se ha dedicado, al hecho de que en Valencia no habían establecido aún su sede y su organización las agencias informativas, nacionales y extranjeras. Ya en pleno funcionamiento éstas, para lo sucesivo, suprimimos de nuestros servicios las reseñas de actos públicos, sociales y políticos. Únicamente se dará amplia referencia de los estrictamente oficiales. Lo que comunicamos para su conocimiento a cuantos reciben los "Servicios de Información"». El trabajo que se realizaba en el Ministerio de Propaganda se incrementó tanto a partir de 1937 que tuvieron que limitarse

incorporando a sus páginas las firmas de escritores conocidos. En ellas se pudo ver, en un primer momento, sólo la de José Díaz Fernández. A partir de enero se incluyeron también las de Matilde de la Torre, Eduardo Zamacois, Magda Donato, Antonio Porras, Ilya Ehrenburg, Álvaro de Albornoz y Juan José Domenchina, responsable de esta sección, titulada «Colaboraciones», y no de toda la publicación, como en ocasiones se da ha dado a entender¹⁶³. Esta parte del boletín, editada con mayor esmero que el resto¹⁶⁴, permitió

las entrevistas que concedía Martínez Miñana, por lo que se publicó en el *Servicio Español de Información. Textos y Documentos* este aviso: «Por exigencias del trabajo, el Sr. Subsecretario del Ministerio de Propaganda se ve en la necesidad de hacer público que recibirá sus visitas, de 12 a 2 de la tarde, los días lunes, miércoles y viernes de cada semana. Los periodistas y comisiones extranjeras y las visitas oficiales, los recibirá diariamente de 12 a 2 de la tarde y de 7 a 9 de la noche, domingos inclusive» (8 de febrero de 1937).

¹⁶³ Así sucede cuando Amelia de Paz afirma: «Domenchina es Jefe del Servicio Español de Información, órgano de la Subsecretaría de Propaganda» («Juan José Domenchina: prosa de guerra», *art. cit.*, p. 285). Manuel Andújar alude al cargo que ocupó Domenchina en Valencia en estos términos, también proclives a la confusión: «tuvo la sobresaliente misión de dirigir el *Boletín del Servicio de Información del Ministerio de Propaganda*, publicación que por sus desvelos difundiera, al extranjero cursados, suplementos en varios idiomas: eran páginas que reunían muestras originales de nuestras mejores letras, en esa tesitura exponentes de virtudes artísticas y compromiso cívico» («El exilio y Madrid en la poesía de Juan José Domenchina», *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 331 (enero de 1978), pp. 8-9). Sólo José Machado distinguió la sección de la publicación a la que aludimos al referirse al «suplemento literario del *Servicio Español de Información*, que se publicaba por aquel entonces bajo la advocación del Ministerio de Propaganda, en Valencia. Desgraciadamente, estas publicaciones se han perdido» (*Últimas soledades del poeta Antonio Machado. Recuerdos de su hermano José*. Madrid, Ediciones de la Torre (Nuestro Mundo, 49), 1999, p.126). Arturo del Villar, influido sin duda por las informaciones contradictorias que existen sobre esta publicación, aporta, sin cuestionarlos, los dos datos que venimos comentando: «Se le nombró jefe del Servicio Español de Información, en la Secretaría Técnica del Ministerio de Propaganda [...]. Por su parte, dirigió unos suplementos literarios, de los que muchos se han perdido» («Un entendimiento ejemplar: Azaña y Domenchina», en Ángeles Egido, *Cuadernos republicanos. Azaña y los otros*, Madrid, CIERE, número especial monográfico (noviembre de 2000), p. 186).

¹⁶⁴ En sus primeros meses de vida, el *Servicio Español de Información. Textos y documentos* se difundió mecanografiado. Sin embargo, la correspondencia que Antonio Machado, colaborador habitual de la publicación, dirigió a Domenchina, primero en Valencia y después en Barcelona, demuestra que, con el tiempo, la edición se fue mejorando, pues el autor de *Campos de Castilla* solicitó habitualmente las pruebas de los textos que remitía para realizar su corrección, evitando así la difusión de erratas (*cf.* cartas reproducidas en Antonio Machado, *Poesía y prosa. Tomo IV. Prosas completas (1936-1939)*. Edición crítica de Oreste Macrí. Madrid, Espasa-Calpe y Fundación Antonio Machado (Clásicos Castellanos, 14), 1988, pp. 2192, 2197, 2212, 2213, 2214, 2231 y

mostrar fuera de España el apoyo que estaban ofreciendo los intelectuales a la República amenazada¹⁶⁵.

El innominado secretario general del departamento –esto es, Arturo Soria, a quien Salazar Chapela le otorga en *En aquella Valencia* el rango de director general¹⁶⁶– se encargó «de las cuestiones técnicas y de la dirección de algunas secciones, como la publicación *Textos y documentos*, folleto del que se hacían varias ediciones diarias para España, Europa y América; el Archivo, parte vital del ministerio, y Traducciones y Lecturas, sección en la que desempeñaban una enorme labor los voluntarios de la FUE»¹⁶⁷.

A este departamento, «tan semejante a la redacción de un periódico»¹⁶⁸, se incorporó Salazar Chapela al iniciarse esta nueva etapa de la publicación. La descripción de sus dependencias y funciones que podemos leer en *En aquella Valencia* coincide con los datos aportados por Angosto Vélez que han sido mencionados. Las oficinas se hallaban situadas en el cuarto piso del edificio

2232). En esta etapa de la publicación, colaboró también en ella Manuel Altolaguirre con un texto «escrito expresamente para el Servicio Español de Información» «El poeta García Lorca. Apunte biográfico» (*Servicio Español de Información*, Valencia (18 de octubre de 1937), p. 2; texto reproducido en *Obras Completas, I, ob. cit.*, pp. 211-214).

¹⁶⁵ Como muestra de ello puede tomarse el contenido de la carta que Homero Serís remitió desde Nueva York a Tomás Navarro Tomás, residente en Valencia, el 24 de julio de 1937: «Acabo de leer con fruición su alegato "A los hispanistas del mundo" publicado en el *Boletín del Servicio Español de Información*, de Valencia, en contestación a Artigas. Me envió el Boletín el "Spanish Information Bureau" de aquí de New York. Felicito a V. por tan justa y vibrante respuesta a las calumnias y embustes de Artigas [...]. El Sr. Domenchina me escribió anunciándome que se me enviaría diariamente el *Boletín del Servicio Español de Información: textos y documentos*. Como estoy seguro de que lo hace a instancias de V., le envío a V. las gracias más expresivas» (Archivo de la Junta de Ampliación de Estudios, CDRDE).

¹⁶⁶ Cfr. E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, ob. cit., p. 66.

¹⁶⁷ Pedro Luis Angosto Vélez, *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá: una biografía política*, ob. cit., p. 288. A Arturo Soria se debió también la idea que sirvió de base para la realización del «conocido y anónimo cartel "Los Nacionales", de cuya paternidad intelectual se ufanaba» (Arturo Soria y Puig, «Un hombre de palabra», *art. cit.*, p. 18). Nigel Glendinning, sin embargo, atribuye la autoría del cartel, cuya fecha probable de composición es el mes de agosto de 1936, a un caricaturista llamado Pedrero (cfr. «Art and the Spanish Civil War», en «¡No pasarán!». *Art, Literature and the Spanish Civil War*. Edited by Stephen M. Hart. London, Tamesis Books Limited (Támesis, serie A. Monografías, CXXXVI), 1988, pp. 27 y 28).

del ministerio. Allí tenían su despacho el jefe del Servicio Español de Información y las voluntarias de la FUE —reclutadas por Soria¹⁶⁹—, que se encargaban de los archivos de prensa y de las traducciones de editoriales sobre la guerra publicados en la prensa extranjera, de las que «se hacían numerosas copias, las cuales eran servidas cuidadosamente encuadernadas en cartulina a los ministros y subsecretarios»¹⁷⁰. En una habitación próxima se hallaba el despacho de Salazar Chapela, donde también trabajaban, aunque su labor nada tuviera que ver con la que realizaba el periodista malagueño, el escritor Máximo José Kahn y otro ciudadano alemán cuya identidad no se revela¹⁷¹. Allí acudía todas las tardes para documentarse en el archivo, «dar un repaso a los diarios de Madrid, Barcelona, París y Londres, y escribir con la documentación que fuera un artículo de propaganda» —a menudo más de uno al día¹⁷²—, «el cual, una vez copiado cuantiosamente en esta misma oficina, sería repartido para su publicación a todos los diarios de la zona republicana»¹⁷³; es decir, a la prensa de retaguardia. Según puede leerse también en *En aquella Valencia*, Arturo Soria le sugería a Salazar Chapela los temas que debía tratar en sus artículos y los enfoques que era conveniente darles. Al concluir su redacción, el periodista sometía los textos a la supervisión de Soria, quien en algunos casos hubo de tachar frases comprometidas o poco adecuadas para la labor propagandística que pretendían realizar¹⁷⁴. Las circunstancias habían obligado a Salazar Chapela a aceptar un trabajo en el que debía escribir contraviniendo uno de sus más

¹⁶⁸ Esteban Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, ob. cit., p. 183.

¹⁶⁹ Cfr. *ibidem*, p. 68.

¹⁷⁰ *Ibidem*, p. 76.

¹⁷¹ *Ibidem*, p. 73. Salazar Chapela le transmitió estos mismos datos a Max Aub en la carta que le remitió desde Londres el 25 de septiembre de 1963 (*art. cit.*).

¹⁷² Así se lo confesó a Guillermo de Torre en carta fechada en Glasgow el 21 de noviembre de 1937: «En Valencia me esperaba un trabajo al que tu padre asistió en varias ocasiones, constituido por dos, tres y a veces cuatro artículos diarios» (*art. cit.*).

¹⁷³ E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, ob. cit., pp. 66-67.

¹⁷⁴ Cfr. *ibidem*, p. 107-108.

firmes principios: la libertad. Por esta razón, la experiencia le resultó ciertamente molesta —«como ocurre siempre que fabricamos píldoras al dictado de otro»¹⁷⁵—, y sólo se sintió medianamente satisfecho cuando pudo disponer de cierta independencia de criterio. «Nada como escribir sin más dductor que uno mismo», afirmó en *En aquella Valencia*¹⁷⁶. Meses después de concluir su cometido, condicionado por la censura a la que estaba sometida la correspondencia, explicó así a Guillermo de Torre aquella experiencia valenciana. Había sido un «trabajo poco literario si quieres, pero confortador en la ocasión como acarrear municiones, zanzar una trinchera o zapar para colocar dinamita. (No te despavorices, que dice Mairena: Picasso, en París, está haciendo lo mismo. Y Machado. Y Juan Ramón. Y Macho. Y Alberti. Y Dámaso Alonso. Y Moreno Villa. Y muchísimos otros. Cada uno con su estilo y con su fuerza)»¹⁷⁷.

6.2.2.1.2. Artículos atribuidos

Pero, a diferencia de lo que sucedió con los intelectuales y artistas citados, así como con los que publicaron en el boletín a requerimiento de Juan José Domenchina, los artículos que escribió Salazar Chapela aparecieron sin su firma, en cuyo lugar se consignó siempre «Servicio Español de Información», según el acuerdo al que había llegado al tomar la decisión de realizar aquel trabajo¹⁷⁸. Sin embargo, desaparecidas las circunstancias en las que éste fue desarrollado, es justo restituir a su autor la propiedad intelectual de unos textos que, aunque fueros redactados pensando única y exclusivamente en la victoria republicana —a cuyo servicio rindió Salazar

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 108.

¹⁷⁶ *Ibidem*, p. 118.

¹⁷⁷ Carta de Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 21 de noviembre de 1937 (*art. cit.*).

¹⁷⁸ Así lo reconoció Salazar Chapela en *En aquella Valencia*, donde, tras explicar la labor para la que fue llamado a la capital provisional de la República, añadió: «Estos artículos irían siempre sin firma» (*ob. cit.* p. 67).

Chapela su individualidad de escritor, tan valorada por él—, forman parte de su trayectoria profesional, cuya determinación y cuyo estudio constituyen el objetivo principal de esta investigación.

Identificar los artículos que Salazar Chapela creó para el Servicio Español de Información entraña evidentes riesgos, y encierra no pocas dificultades, como sucede siempre en estos casos. Éstas últimas han resultado finalmente menos insalvables de lo esperado gracias al testimonio que el escritor nos dejó en *En aquella Valencia*¹⁷⁹ y, fundamentalmente, gracias a la labor periodística que llevó a cabo previamente en *La Voz*, cuyo conocimiento ha sido decisivo a la hora de atribuir a Salazar Chapela la autoría de cuarenta y seis de los artículos anónimos que contiene *Servicio Español de Información. Textos y documentos* entre el 14 de enero y el 18 de marzo de 1937; esto es, desde de su llegada a Valencia hasta el fin de la batalla de Guadalajara.

Obviamente, las colaboraciones seleccionadas no son todas las que escribió durante ese tiempo. Sin duda hubo muchas más, pero no todos los textos localizados se ajustan a los rigurosos criterios de identificación que hemos establecido, unas pautas en cuya determinación ha influido notablemente nuestra convicción de que en cometidos de esta índole es siempre preferible proceder por defecto que por exceso. Por ello, la búsqueda de las características propias de su quehacer periodístico que nos propusimos realizar —la localización de las señas de identidad que Salazar Chapela imprimió en sus artículos— se ha llevado a cabo sometiendo los textos susceptibles de haber sido escritos por él a tres niveles de análisis —tipología textual, estilo e ideario—, procedimiento que ha supuesto la desestimación de todas aquellas colaboraciones que contienen ciertos rasgos propios de su

¹⁷⁹ En la novela, Sebastián Escobedo se refiere al contenido de algunos de los artículos que escribió en Valencia, y menciona incluso unos títulos que, aunque no coincidan

forma de escribir pero que, por no ajustarse a alguno de los criterios señalados, no resultan plenamente compatibles con el sistema de identificación previamente fijado. Al aplicarlo, somos conscientes de que hemos negado cualquier posibilidad de que el periodista variara, siquiera parcialmente, sus métodos de trabajo; hemos ignorado así la probabilidad de que, modificadas las condiciones en las que debía escribir, recurriera a formas de expresión hasta entonces no cultivadas, empleara recursos nuevos o se planteara el uso de un vocabulario *ad hoc*. Sin embargo, cabe tener en cuenta que las circunstancias que presidieron la composición de sus artículos no le permitieron disponer de demasiado tiempo para elaborarlos. Por esta razón, lo más factible es que empleara en todo momento sus procedimientos de escritura habituales, cuya aceptación sabía segura, sin detenerse por tanto a ensayar nuevas maneras de exponer su pensamiento. De hecho, pese a la premura con la que fueron escritos, los artículos cuya autoría hemos atribuido a Salazar Chapela presentan una perfecta composición, derivada sin duda de su experiencia, y seguramente también de su creencia, tantas veces expresada a propósito de la literatura panfletaria, de que el escritor no debe descuidar la calidad de su producción en función del destino que ésta vaya a tener.

Los cuarenta y seis artículos seleccionados¹⁸⁰ son textos argumentativos, modalidad textual cultivada por Salazar Chapela en *La Voz* que fue, muy posiblemente, la que se le requirió cuando fue llamado para trabajar en el

exactamente con los que hemos podido localizar, sí guardan con ellos una relación de semejanza evidente.

¹⁸⁰ Se trata de textos mecanografiados, compuestos por una o dos páginas, que fueron incluidos en los diferentes boletines de *Servicio Español de Información. Textos y documentos* con una numeración propia o con la correspondiente al lugar en el que se insertaron, según los casos. Este extremo, unido al hecho de que contamos con unas fotocopias de poca calidad, nos obliga a omitir el número de página en las referencias a los artículos que citamos en el presente estudio. Tampoco podemos consignar, en ocasiones, el número del boletín en el que apareció el texto al que nos referimos, cuya identificación queda determinada por la fecha de publicación, a la que siempre nos referimos.

Servicio Español de Información. Sus comentarios –editoriales, en rigor– parten en la mayoría de los casos de una información previamente divulgada –habitualmente procedente de la prensa inglesa y francesa–, aunque su misión no es otra que mostrar el punto de vista del Gobierno Republicano con el fin contribuir a crear un estado de opinión favorable a su causa entre los lectores. La disposición de los razonamientos y la estructura del discurso, siempre tan personal, coincide con las prácticas a las que Salazar Chapela tenía acostumbrado al público madrileño. Introduce directamente los temas, evitando así enojosos preámbulos¹⁸¹, y, en numerosas ocasiones, incorpora inicios categóricos mediante la repetición, total o parcial, del título, o a través de la presentación de una palabra aislada del resto del texto, en la que se concentra todo su interés. El contenido, expuesto con impecable cohesión, se distribuye en tres o cuatro párrafos, en los que a menudo se insertan citas de autoridades con las que el periodista refuerza sus argumentos, y también inevitables muestras de una intertextualidad que contribuye asimismo al reconocimiento de su identidad. Consciente de la función que debían tener estas colaboraciones, Salazar Chapela eludió las divagaciones¹⁸², y se esforzó en realizar cierres de sentido inequívoco, en los que pueden reconocerse algunas de sus prácticas más habituales: el uso final de los puntos suspensivos; la frase breve, por lo común nominal, o la oración-resumen que adquiere mayor entidad al ser insertada en párrafo aparte. También el

¹⁸¹ Excepcionalmente, cuando no se conduce de este modo, advierte a sus lectores del sentido de la introducción realizada, como sucede en «Cortes de la República» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 65 (4 de febrero de 1937), s.p.), donde podemos leer: «Viene este preámbulo a cuento de la última sesión parlamentaria».

¹⁸² Así sucede, por ejemplo, en «Hora de España» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 72 (13 de febrero de 1937), s.p.), artículo en el que, ante la imposibilidad de revisar uno a uno los trabajos publicados en la revista, advierte que ésa «no es tarea que corresponda a esta nota». Por otra parte, resulta significativo también que el escritor se refiera a sus comentarios con el término «nota» –utilizado habitualmente en *La Voz*–, como podemos observar en «Bombas en Lisboa» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 59 (27 de enero de 1931), s.p.), donde afirma: «Esto es cabalmente lo que deseamos contestar en esta nota».

carácter circular de muchos de los artículos nos recuerda el buen hacer periodístico del que Salazar Chapela hizo gala durante años en *La Voz*. Por lo que se refiere a los títulos, los de estos comentarios propagandísticos comparten su brevedad con los que el autor situó al frente de sus «Improntas», síntesis con la que se consigue llamar la atención del lector, tal y como recomiendan las reglas periodísticas. Habitualmente compuestos por un nombre y su complemento¹⁸³, carecen siempre de verbo¹⁸⁴, y no se presentan acompañados de antetítulos ni de subtítulos¹⁸⁵. En otras ocasiones, contienen dos términos coordinados –con función copulativa o disyuntiva, según los casos¹⁸⁶–, a modo de pilares en los que se sustentará la exposición de su opinión.

¹⁸³ Es el caso, por ejemplo, de «Quema de libros» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 55 (19-20 de enero de 1937), s.p.), «La defensa de Madrid» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 56 (21 de enero de 1937), s.p.), o de «Las patrañas de los facciosos» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 64 (3 de febrero de 1937), s.p.).

¹⁸⁴ Esta característica ha contribuido a desestimar artículos como el titulado «Los facciosos reconocen que la España civil no está con ellos» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (28 de enero de 1937), s.p.). Como contraste, puede observarse el encabezamiento de otra colaboración, donde, a pesar de su inusual extensión, se ha realizado una elipsis del verbo: «Los grandes poetas españoles, al lado del pueblo» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 66 (5 de febrero de 1937), s.p.).

¹⁸⁵ Sólo hemos admitido una excepción: una serie de artículos cuyos títulos se corresponden con la habitual forma de rotular de Salazar Chapela a los que se les ha añadido un antetítulo cuya función resulta evidente. Se trata de «La obra del Ministerio de Sanidad. Los niños españoles» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (9 de marzo de 1937), s.p.), «Labor del Ministerio de Sanidad. Supresión de la mendicidad» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (10 de marzo de 1937), s.p.) y «La obra del Ministerio de Sanidad. Los ciegos y la Asistencia Social» (*Servicio Español de Información*, Valencia (11 de marzo de 1937), s.p.).

¹⁸⁶ Así sucede, por citar sólo algunos casos, en «Nacionalistas y patriotas» (*Servicio Español de Información*, Valencia, 67 (6 de febrero de 1937), s.p.), «Españoles y extranjeros» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (17 de marzo de 1937), s.p.), «Razonamientos y trucos de los facciosos» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (18 de marzo de 1937), s.p.), «La intervención y la paz europea» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 69 (10 de febrero de 1937), s.p.), o en «La instrucción y la educación durante la guerra» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 68 (9 de febrero de 1937), s.p.).

Las colaboraciones concuerdan también con el estilo del escritor. La sintaxis empleada incluye construcciones generalmente poco comunes que Salazar Chapela había empleado con profusión en años anteriores¹⁸⁷, unas coincidencias que afectan asimismo al uso de signos de puntuación, aspecto en el que destaca una utilización continuada de los paréntesis explicativos. Por lo que se refiere al léxico empleado, ámbito considerado decisivo en la determinación de un estilo, observamos que, además de la reiteración de *a fortiori*, locución latina muy común en los escritos de Salazar Chapela, los artículos incluyen palabras de uso muy restringido, previamente documentadas en nuestro escritor —*corcusir*, *adunando*, *adunar*, *emproada*, *dimana*—, como también se sirve de arcaísmos —«no *ha* mucho», «trátase», «que *frisa* en lo fabuloso»— y de neologismos —«*ineducación*», «*colonijaje*»—, presentes en su obra periodística anterior. Fiel a su estilo, empleó, junto a estos vocablos cultos, algunos coloquialismos y términos de uso familiar —*tontiloco*, *caletre*—, con los que consiguió crear, una vez más, esa mezcla de registros que caracteriza sus composiciones. Las preguntas retóricas que guían el curso de la argumentación —obligadas en este tipo de textos—; las reiteraciones —entre las que cabe señalar una muy personal y no siempre bien aceptada, la derivación («charlas y charlistas»)—, e incluso el humor y la ironía¹⁸⁸ —poco adecuados, si no resultan muy evidentes, para las funciones de propaganda— son algunos de los recursos de los que se sirvió el periodista,

¹⁸⁷ Nos referimos, por ejemplo, al uso de «sobre» por «además de» («...sobre representar sentimientos primarios, representa...», «...sobre elevar el nivel de todos, proporciona...»); al empleo innecesario del adverbio de modo («...han *como* perdido...»), o a la ausencia de conjunción completiva («...es natural fuera así...») que podemos observar en algunos textos.

¹⁸⁸ Ambos procedimientos están presentes en «Los niños en el campo faccioso» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 64 (3 de febrero de 1937), s.p.), donde comenta los estatutos de la recién creada Legión de los «Flechas». En otro artículo, «Lo cómico en nuestra guerra civil» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (12 de marzo de 1937), s.p.) alude a la prensa de la zona rebelde utilizando un punto de vista entre humorístico y patético.

como venía haciendo desde hacía tiempo, en los artículos que publicó *Servicio Español de Información*.

El análisis de su contenido revela, en primer lugar, que los textos seleccionados pertenecen a un mismo autor, quien frecuentemente incluye referencias a colaboraciones ya publicadas¹⁸⁹, o anuncia la composición de otros que de momento sólo existen *in mente*¹⁹⁰. Una lectura atenta de estos escritos demuestra también que en todos ellos subyace un mismo ideario político-social e idénticas concepciones estéticas, creencias que coinciden extraordinariamente –incluso en la forma de transmitir las– con las ya conocidas de Salazar Chapela. Porque el control al que lógicamente se vio sometido el periodista, como ha sido referido anteriormente, no impidió que éste expresara los principios fundamentales de su pensamiento –aquéllos que coincidían con la política gubernamental o no entraban en contradicción con ésta–, opiniones que difundió de manera consciente y reiterada cuando se refirió a las virtudes del liberalismo, cuando afirmó el valor que posee la educación para la libertad del individuo, cuando descubrió los valores espirituales que –según pensaba– posee la actividad política, cuando denunció el carácter personalista de los españoles, cuando mostró su admiración por el tradicional talento político de Inglaterra –aunque no lo estuviera demostrando precisamente con ocasión de la guerra civil–, cuando defendió la importancia de la institución parlamentaria en una sociedad

¹⁸⁹ Las relaciones que el periodista establece entre sus artículos son muy numerosas. Algunas de ellas están presentes en «El envío de voluntarios a España» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 55 (19-20 de enero de 1937), s.p.) y «España en la Cámara de los Comunes» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 57 (23 de enero de 1937), s.p.); en «La unidad nacional» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (1 de marzo de 1937), s.p.) y «La manifestación de Cataluña» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (2 de marzo de 1937), s.p.), o en «Bombas en Lisboa» (*art. cit.*) y «Política internacional fascista» (*Servicio Español de Información*, Valencia, 54 (18 de enero de 1937), s.p.).

democrática o cuando denunció la responsabilidad de una parte de la prensa española en la sublevación del 18 de julio de 1936: creencias todas que habían sido expuestas ya en *La Voz*. Por lo que se refiere a la literatura, objeto de no pocos artículos, el autor mostró un conocimiento profundo no sólo de la producción estética contemporánea, sino también de la vida literaria madrileña de preguerra. Sus juicios sobre grupos, figuras y obras –firmes y razonados– coinciden con los que Salazar Chapela emitió de forma pública y privada en aquellos años.

El periodista mostró, por tanto, su personalidad a los lectores, al tiempo que trató de cumplir satisfactoriamente con el cometido que le había sido encomendado, una tarea que no le resultó precisamente sencilla. Porque, como él mismo confesó en *En aquella Valencia*, si «el problema del articulista diario, la tragedia a veces del articulista que escribe *sub specie momenti* es el tema, o mejor dicho, la falta de tema», en aquellas circunstancias, su «problema era el extremo opuesto: la pluralidad de cuestiones a tratar perentoriamente, debida a la pluralidad continua de frentes y frentes»¹⁹¹. En semejante tesitura, «sólo un articulista que escribiera noche y día a dos manos podría cubrir tantos, tan distintos y tan activos frentes»¹⁹². Para hacer más eficaz éste y todos los esfuerzos que se estaban llevando a cabo, «desde el inicio de 1937 hay una línea propagandística que estará presente a lo largo de todo el período de ejército regular, reforzándose en sus últimos meses: el conflicto bélico amplía su carácter civil al de Guerra de Independencia Nacional contra la invasión extranjera»¹⁹³, como Salazar

¹⁹⁰ Es lo que podemos apreciar en el primer artículo de la serie sobre la labor del Ministerio de Sanidad ya mencionada, en el que comunica la próxima aparición de sendas colaboraciones sobre los mendigos y los ciegos.

¹⁹¹ E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, ob. cit., p. 103.

¹⁹² Idem.

¹⁹³ Mirta Núñez Díaz-Balart, *La prensa de guerra en la zona republicana durante la guerra civil española (1936-1939)*, ob. cit., tomo I, p. 26.

Chapela afirmó en uno de sus artículos¹⁹⁴. A esta consigna se sumó una segunda pauta propagandística, estrechamente vinculada a la anterior: la pretensión de «ganarse la confianza de las democracias europeas alejando el temor a una "sovietización" del país, esto es, al desmoronamiento de las instituciones republicanas desbordadas por las organizaciones populares; justamente lo que intentaba demostrar la propaganda de la zona nacionalista»¹⁹⁵. Éstos serán, en efecto, los dos grandes objetivos que persiguió Salazar Chapela con sus artículos, además de desprestigiar, como es de suponer, a los sublevados y a quienes les apoyaban.

6.2.2.1.2.1. Guerra de independencia

Consciente del alcance que podía tener en el curso de la guerra el apoyo que los rebeldes recibían de Italia y Alemania —e incluso de Portugal—, países integrantes del Comité de No Intervención —organismo creado en septiembre de 1936 con el fin de prohibir el suministro de material bélico a los dos bandos—, el Gobierno republicano intensificó, seis meses después del inicio de la contienda, la campaña propagandística destinada a desenmascarar las verdaderas intenciones del fascismo europeo, con la esperanza de que los países democráticos actuaran en consecuencia, lo que habría de resultar decisivo para la España leal. Este objetivo, presente en numerosos artículos, puede verse ya en «La intervención de Alemania en Marruecos», la primera colaboración de Salazar Chapela que hemos identificado. En ella, el periodista aprovechó la coyuntura favorable que le brindaba la prensa francesa —muy afectada, como lo estaba también el Gobierno de ese país— desde que tuvo conocimiento del desembarco en el Marruecos español de un

¹⁹⁴ «A medida que corren los días [...] nuestra guerra, en un principio guerra civil, y ahora guerra de independencia, se hace más clara en sus motivaciones y crueldades», escribía en «Los católicos en nuestra guerra civil» (*Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 63 (2 de febrero de 1937), s.p.).

nutrido contingente de tropas alemanas. Era el momento, por tanto, de recabar el apoyo de Francia, y también de Inglaterra, pues ambos países se veían ahora amenazados con la nueva situación. Alemania había violado el tratado franco-español de 1912 referente al protectorado marroquí, según el cual se prohibía la ayuda de potencia extranjera alguna; la ocupación suponía, además, la «fiscalización de la entrada del Mediterráneo», lo que afectaría sin duda a Gibraltar¹⁹⁶.

Aunque las explicaciones que Alemania dio a Francia sobre este asunto sirvieron para que se zanjara el incidente, Salazar Chapela no abandonó su propósito. Estaba claro que Italia y Alemania —«nacionalidades inferiores», hasta hacía bien poco «un conglomerado de Estadillos sin importancia»¹⁹⁷— pretendían imponerse a las «superiores»; esto es, a Inglaterra, Francia y España. Y «han empezado por la que es menos fuerte, porque han creído que la dominarían tan fácilmente como a sus pueblos, y luego podrían lanzar sus disciplinados rebaños contra las tierras francesas y las islas británicas», advirtió Salazar Chapela. Sin embargo, afirmó, «no es empresa fácil acabar con las democracias europeas», pues «la menor de ellas hace flaquear al fascismo, a pesar de la sorpresa, de la agresión brutal, unida a la traición militar de julio». Esta deseada victoria la anunció nuevamente el periodista en «La suerte del fascismo», donde recordó que «España es condición indispensable para embestidas de más ancho aliento, y por este motivo los países fascistas aprovechan la botatería de los militares rebeldes, instalándose de hecho en el territorio español»¹⁹⁸. Aquí pretendían Alemania e Italia «un

¹⁹⁵ Ramón Sala Noguera, *El cine en la España republicana durante la guerra civil (1936-1939)*, ob. cit., pp. 153-154.

¹⁹⁶ «La intervención de Alemania en Marruecos», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (14-15 de enero de 1937), s.p.

¹⁹⁷ «La subversión de las nacionalidades inferiores», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (15 de marzo de 1937), s.p.

¹⁹⁸ «La suerte del fascismo», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (18 de marzo de 1937), s.p.

gobierno español, o cosa semejante, por completo a sus órdenes; un suelo rico en materias indispensables para la guerra; unas bases navales [...] que ni pintadas para una guerra ventajosa con Francia». De este modo, «España quedaría como un instrumento, tan desgraciado como lo es ahora Portugal, en modo alguno dueña de sus actos, tiranizado en una dictadura atroz, pero como instrumento que sería aplicado para esfuerzos de más volumen, contra Inglaterra y contra Francia». Semejantes planes eran, insistía Salazar Chapela, sencillamente imposibles:

El fascismo tiene la cualidad, como todas las teorías angostas y simples, de reducirlo todo a matemática; no cuenta con el espíritu, con el alma de los pueblos. Esta simplicidad le oculta ver lo que hay detrás de las cosas materiales, y lo expone a irremediable fracaso. Fracasarán en España, precisamente por falta de visión y de alma. Y si Inglaterra y Francia, percibiendo el peligro del fascismo, salen ahora de su actitud dubitativa, fracasarán mucho antes...

De no ser así, confiaba el periodista en otra posibilidad —que se reveló tan poco factible como la primera—: la ruptura de los vínculos que unían a Alemania e Italia, unas «relaciones, verdaderamente monstruosas», que habían llevado a ambos países a practicar «una política internacional peregrina, una política internacional contra sus respectivos países, una política exterior antinatural», como no podía ser de otro modo tratándose de «regímenes desesperados, que viven sin asiento en el pueblo, sin base de sustentación; regímenes que quiere[n] sostenerse *a fortiori*»¹⁹⁹.

Entretanto, se acometían iniciativas tendentes a impedir la llegada a España de combatientes internacionales. El 19 de enero, Salazar Chapela informaba de la aprobación en la Cámara francesa de un proyecto de ley en ese sentido. A este propósito, diferenciaba el periodista entre «voluntarios y voluntarios»; esto es, entre «voluntarios que se allegan a España (como los españoles que iban a Francia durante la gran guerra, según recordó no ha mucho nuestro

¹⁹⁹ «Política internacional fascista», *art. cit.*

Embajador en París) [...], entusiasmados por una causa, sin otra presión que no sea la que arranque de las íntimas convicciones», y «otra suerte de voluntarios que sólo lo son de nombre y cuya característica es la obediencia, sin duda contra su propia voluntad, a las órdenes de un Estado»²⁰⁰. Los primeros, añadía Salazar Chapela, «no quebranta[n] la neutralidad de un país; los segundos constituyen por sí mismos, en cuanto obedientes a un Estado, un acto antineutral, un caso de parcialidad e interés». Eran precisamente estos últimos «*voluntarios*» –moros, alemanes e italianos– los que «viene[n] retardando la victoria de los republicanos, a la vez que viene[n] haciendo más duros, y más crueles por tanto, los episodios de la lucha». La prohibición planteada por Francia, injusta por cuanto no diferenciaba a unos de otros, fue calificada por Salazar Chapela como «acto de *buena voluntad*», aunque su «eficacia dependerá siempre de la actitud que asuman los países fascistas». En la iniciativa francesa veía también el periodista temor, preocupación por su propia seguridad, pues empezaba a resultar más que evidente que, «por cualquier lado que se mire nuestra guerra, y siempre que imaginamos un triunfo fascista, vemos al fondo, al otro lado de una España en ruinas, una Francia amenazada, una Inglaterra amenazada también».

En este país la Cámara de los Comunes se pronunciaba asimismo en contra de la intervención en España, condenando «los envíos de los llamados *voluntarios*», «el atropello alemán en Marruecos», «la codicia con que los alemanes y los italianos (más los primeros que los segundos) se allegan a las minas del territorio peninsular»²⁰¹. El reconocimiento por parte del «Parlamento en pleno, de la derecha a la izquierda (incluyendo al Gobierno, representado por Mr. Eden)», de las monstruosidades que el Gobierno legítimo venía denunciando constituía «un éxito moral de la República española». Las democracias europeas empezaban a creer, como así lo había

²⁰⁰ «El envío de voluntarios a España», *art. cit.*

manifestado en reiteradas ocasiones el ministro de Estado, Julio Álvarez del Vayo, que la España republicana no era comunista. «¿Qué harían Francia e Inglaterra después de descubrir "esta verdad española"?, se preguntaba el periodista. «Falta ver», escribía, «si los pasos que esos países han de dar en el futuro se ajustan con energía, sin vacilaciones de clase alguna, a esa realidad que han denunciado sin ambages».

Había que esperar también para comprobar cuál sería la reacción de Alemania e Italia, porque, aunque ambos países habían respondido a la iniciativa británica, sus contestaciones, «paralelas hasta en la forma, pueden ser leídas lo mismo de un modo que de otro, y pueden dejar en el ánimo de quien las lee, según los casos, desilusión o esperanza», advertía con recelo Salazar Chapela²⁰².

Con idéntica prudencia recibió poco después la noticia del establecimiento de un plan de control de zonas terrestres y marítimas impulsado por Gran Bretaña, en el que se limitó la intervención de Rusia para evitar el rechazo de Alemania y de Italia. La participación de nuestro país vecino –donde a finales de enero habían caído, como consecuencia «de la intervención de Portugal en España», algunas bombas²⁰³– constituía en esos momentos una incógnita. No confiaba el periodista demasiado en la efectividad del acuerdo, ya que era «mucha la experiencia dolorosa acumulada a este respecto por el Gobierno español»²⁰⁴. ¿Se trataría de nuevo de una maniobra de

²⁰¹ «España en la Cámara de los Comunes», *art. cit.*

²⁰² «Las respuestas de Alemania e Italia», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 61 (19 de enero de 1937), s.p.

²⁰³ «Bombas en Lisboa», *art. cit.* En este artículo, Salazar Chapela quiso recordar que la República española no tuvo nunca «el menor deseo de "exportar política", ni significó nada para ella en sus relaciones con los países extranjeros el hecho de que este o el otro estado extranjero estuviera estructurado de modo distinto al español». Pero «la actitud de Portugal, desde el triunfo del Frente Popular, fue completamente distinta [...]. Después, sublevados los militares españoles, la ayuda de Portugal a los facciosos ha sido como pocas constante y eficaz».

²⁰⁴ «El futuro plan de control», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 62 (1 de febrero de 1937), s.p.

distracción?, se preguntaba. De momento, sólo cabía recordar que «un plan de control verdadero, sincero, honrado ha de llenar estas condiciones: colaboración eficaz de todos y aplicación inmediata». «Lo contrario», advertía, «es la farsa, la hipocresía, el miedo. Farsa tanto más indignante cuanto ella vendría a prolongar la muerte, la destrucción y la ruina de un país».

Todas las atrocidades de la guerra, llevadas a extremos hasta entonces inimaginables, se hicieron realidad en la ciudad de Málaga, cuya ocupación comentó Salazar Chapela en varios artículos. La redacción de estas colaboraciones debió de ser muy fluida, si para él, como para el protagonista de *En aquella Valencia*, «escribir un artículo cuando se está de mal humor es una operación fácil y además muy conveniente para los nervios»²⁰⁵. Porque este suceso fue para el periodista el más doloroso de cuantos analizó en el Servicio Español de Información. No se trataba únicamente del pesar que le producía ver en manos de los fascistas a su patria chica, ni tampoco del hecho de que la ocupación se hubiera realizado con extrema dureza. Salazar Chapela se indignó también por la actitud del Gobierno republicano respecto a la defensa de la ciudad, tal y como dejó escrito en *En aquella Valencia*. Pero, en aquel momento, sometido a las directrices que le señaló el Ministerio de Propaganda, el único punto de vista que utilizó fue, lógicamente, el de la participación extranjera en la campaña.

En la primera nota, Salazar Chapela optó, con el fin de evitar contratiempos, por reproducir las declaraciones emitidas por el Comisario General de Guerra y por el Consejo de Ministros. Las de Álvarez del Vayo eran «una exhortación a la unidad, a la disciplina, a la resistencia, a la acometividad»²⁰⁶. El Gobierno denunciaba «la actitud de los buques italianos en nuestras aguas», pues, «mientras dos buques italianos, haciéndose pasar

²⁰⁵ Esteban Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, ob. cit., p. 234.

por facciosos, distraían la atención y la marcha de los destructores leales, otros buques apoyaban con su fuego la ocupación de Málaga. Esta vil añagaza impidió que nuestros barcos acudieran a la costa malagueña». Salazar Chapela se limitó a advertir nuevamente –esta vez de forma más explícita que nunca–

del peligro que supone para la paz europea la intervención por mar, tierra y aire de los países fascistas en la guerra civil de España. Esa intervención es un peligro de guerra general pendiente de un hilo. Pudo romperse éste en la tarde del día 7 del actual; se ha podido romper otras veces; acaso se rompa mañana... España no quiere provocar, no está en su propósito, una guerra europea [...]. España, pues, la España leal a la República, no desea la guerra europea, como no deseó tampoco (fuimos agredidos) la guerra civil. ¿Pero bastará este deseo de la España leal para que el hecho no se produzca? ¿Está en sus manos evitar un hecho que no depende de su voluntad?

Un día después, el periodista resumía, abundando en los mismos argumentos, la reacción de la prensa extranjera sobre la toma de Málaga:

Hay quienes afirman que la toma de Málaga se debe a los alemanes y es por ello una victoria alemana; hay quienes atribuyen esta victoria a Italia, a las tropas italianas enviadas últimamente por Mussolini; hay quienes hablan de una victoria mixta, o sea de una operación militar llevada a cabo por italianos y alemanes. En lo que coinciden todos los autores, todos los periódicos extranjeros, es en descartar de la toma de Málaga a los facciosos españoles. Ninguna palma, pues, para Franco. Aparte la traición a su patria, que ya es bastante, ni la más leve colaboración militar. La caída de Málaga se debe a Alemania solamente, o a Italia solamente, o a Italia y Alemania a un tiempo, sin que los españoles facciosos hayan realizado otra cosa en aquel hecho de armas que facilitar el portillo²⁰⁷.

No deseaba detenerse el escritor en analizar la conducta de los rebeldes. «Las palabras duras, los más enojosos apóstrofes, el impropio más violento se nos antojan insuficientes al calificar y condenar tamaña traición», aseguró antes de preguntarse «¿a qué degradación, a qué bajeza han descendido los

²⁰⁶ «La intervención y la paz europea», *art. cit.*

facciosos cuando no paran mientes en entregar a extranjeros *una de las ciudades más bellas y más importantes de España?*»²⁰⁸.

Sí quería informar de lo que había supuesto la caída de la ciudad en Inglaterra y Francia. Según la prensa de esos dos países, la toma de Málaga había servido para descubrir «el último velo, si aún quedaba alguno», de los ojos de la Europa democrática. Ahora bien, se aprestó a precisar, «no hablamos sobre hechos consumados. No ha triunfado –ni mucho menos– el fascismo en España. La suerte de Málaga», añadió,

es un episodio penoso, pero nada decide. La lucha está en pie; el Gobierno de la República se siente más asistido que nunca del apoyo del pueblo. Ello quiere decir que la España leal se siente con fuerza y coraje suficientes para hacer la guerra hasta lograr la victoria; pero quiere decir igualmente que aún es tiempo para que los países amenazados por un triunfo de Alemania e Italia en España rectifiquen conductas, se apresten a tomar decisiones de acuerdo con la situación.

En efecto, el Subcomité de No Intervención –cómplice de Alemania e Italia, recordó en «De Londres a Málaga»²⁰⁹– se reunió inmediatamente. Salazar Chapela comentó las decisiones que habían tomado el 12 de febrero, dos días después de la toma de Málaga y en plena represión de la población. Rusia colaboraría a partir de entonces en el control marítimo. Se trataba, afirmó el periodista, de una determinación tan justa como inoperante, pues Portugal «se niega, como antes, adiestrada por Alemania e Italia, a revisar la vigilancia en su frontera terrestre con España». Éste es «el medio de que se valen Italia y Alemania para obstruir las deliberaciones del Comité». Si todas las dificultades fueran resueltas, se planteaba Salazar Chapela –«razonando con una ingenuidad absoluta»–, todavía quedaba pendiente qué decidiría el

²⁰⁷ «La toma de Málaga», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 70 (11 de febrero de 1937), s.p.

²⁰⁸ El subrayado es nuestro.

Gobierno legítimo de España, pues, aunque no se había opuesto al control, no hay duda de que le asiste el derecho de proveerse de armas «para restablecer la paz en su territorio».

Para forzar la situación, el Consejo de Ministros decidió, a principios del mes de marzo, aceptar la salida de los extranjeros que luchaban al lado de la República, si se procedía de igual forma en el bando contrario. La lucha debía realizarse definitivamente con igualdad²¹⁰. Pero dos días después de la publicación de ese artículo se iniciaba la batalla de Guadalajara, donde se demostraría, una vez más, la participación de tropas extranjeras en el lado faccioso. Salazar Chapea esperó al 15 de marzo, cuando la campaña ya estaba decidida a favor de la República, para comentar, en varios artículos, lo sucedido. El primero de ellos aludía a la huida de los italianos traídos por Mussolini, «a la fuerza [...], a pelear por una causa que desde luego no entienden»²¹¹. Nada tenían que hacer aquí. Aquellos «soldados de alquiler» no poseían el «ardor guerrero» que tuvo Italia en tiempos. Habían topado con «los españoles, los cuales [...] luchan esta vez —otra vez— por su independencia», por lo que no les cupo «otro recurso que huir». En «Españoles y extranjeros» el periodista continuó refiriéndose a estos acontecimientos en los mismos términos. «La lucha que se ventila en España y que cobra su máxima violencia, como conoce todo el mundo en el frente de Guadalajara», escribió, «es una lucha esencialmente española. Españoles contra extranjeros»²¹². Por ello, entonces más que nunca había que hablar de «guerra de independencia», una expresión que pudo parecer hiperbólica en

²⁰⁹ Cfr. «De Londres a Málaga», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 71 (12 de febrero de 1937), s.p.

²¹⁰ Cfr. «Una nota del Gobierno de la República», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (6 de marzo de 1937), s.p.

²¹¹ «Divisiones italianas en fuga», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (15 de marzo de 1937), s.p.

²¹² «Españoles y extranjeros», *art. cit.*

un principio, pero que no respondía sino a la verdad²¹³. La presencia de cuatro divisiones italianas demostraba «el espíritu de conquista con que los fascistas de Mussolini llegan a nuestro país»²¹⁴. Su comportamiento lo confirmaba: «los italianos se mueven en el espacio rebelde como por un país conquistado». Se refería Salazar Chapela a los saqueos que los combatientes venían realizando, tal y como se había podido comprobar al revisar las mochilas de los prisioneros italianos. En ellas se hallaron «objetos de arte, robados en las iglesias y palacios españoles»²¹⁵. ¿Qué encontrará la República cuando «reconquistemos el campo rebelde»? se preguntó el periodista. Sin duda hallarían, «aparte el destrozo que trae consigo la guerra, el espectáculo de los templos saqueados, los palacios despojados de sus tesoros, los manuscritos, los libros y las joyas desaparecidos»²¹⁶.

6.2.2.1.2.2. La zona rebelde

A la intervención extranjera en la guerra atribuía también Salazar Chapela un fenómeno que, según afirmaba, se estaba produciendo últimamente en la zona rebelde, «una insignificante fracción de España», según la calificó el 6 de marzo de 1937²¹⁷: la desertión de jefes y oficiales. Se unían éstos, «en número considerabilísimo», a los soldados que «desde el comienzo de la lucha» se venían pasando a las filas republicanas. Estos hombres daban «al llegar a nosotros, la sensación de escapar del tormento» —«el trato ultrajante, la violencia de palabras y obras, el escaso alimento»²¹⁸—. Pero con el paso de

²¹³ Cfr. *ibidem*.

²¹⁴ «Los saqueos de los italianos en España», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (17 de marzo de 1937), s.p.

²¹⁵ El inventario de las propiedades del patrimonio cultural que fueron recuperadas por el ejército republicano se hizo público en *La agresión italiana. Documentos ocupados a las unidades italianas en la acción de Guadajajara* (Valencia, Ministerio de Estado, 1937).

²¹⁶ «Los saqueos de los italianos en España», *art. cit.*

²¹⁷ «Una nota del Gobierno de la República», *art. cit.*

²¹⁸ «Deserciones en el campo enemigo», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 58 (26 de enero de 1937), s.p.

los meses, «ciudades como Sevilla, Granada, Córdoba, Burgos, Salamanca, Coruña, han como perdido su fisonomía castiza española y se han convertido en feudos de las huestes [...] fascistas». Ante esta nueva situación, se preguntaba el periodista, «¿qué español, que lo sea de verdad, por muy [...] derechista que sea, no huye del campo rebelde para unirse a sus hermanos de nacionalidad y luchar junto a ellos?». Y añadía: «Hoy son los facciosos del 18 de julio, pero al fin y al cabo españoles, quienes huyen de un territorio español germanizado. Son jefes y oficiales, son militares españoles, son rebeldes de ayer que huyen hoy avergonzados, aterrorizados de su obra...». En efecto, Franco había traicionado a la patria, y como evidencia indiscutible de esta afirmación comentaba el periodista el contenido de un telegrama que el ex general, como se le denomina en todos estos artículos, había enviado a Hitler. En el escrito, Franco aludía al «"signo glorioso de la cruz gamada"», le aplicaba «al fuhrrer el calificativo genial» y se despedía con un «"Heil Hitler"»²¹⁹. La noticia le sirvió para reflexionar acerca de una aparente paradoja de esta guerra: que los que dicen ser «nacionales», término con el que «se llenan la boca», hayan vendido la patria y estén facilitando su destrucción; que los llamados «internacionalistas, los hombres que preconizan la abolición de las fronteras», sean «quienes en esta ocasión se alcen ante la traición de los "nacionales"». En realidad, no había contradicción alguna. Los «nacionalistas», escribió Salazar Chapela, no pretenden sino beneficiarse personalmente, cueste lo que cueste, pues son «mercaderes de su propio país». Ahí radica «todo su patriotismo». En la misma línea se sitúa un breve artículo en el que Salazar Chapela informó del nombramiento del nuevo embajador de Alemania en Burgos. Se trataba de Faupel, cuya trayectoria describió someramente. «Faupel viene a la España ocupada por los facciosos no tanto en diplomático como en militar y en

²¹⁹ «Nacionalistas y patriotas», *art. cit.*

colonizador. Viene en cierto modo a dirigir las operaciones militares y a ver de paso qué mina, qué ferrocarril o que red aérea le pudieran convenir a los alemanes»²²⁰.

La influencia extranjera en la zona rebelde se podía constatar más allá de los asuntos bélicos, incluso en la población civil. Falange había fundado la Legión de los «Flechas», cuyo reglamento, escribía Salazar Chapela, revelaba «hasta dónde llega la extranjerización de los que se llaman "nacionales"»²²¹. Pensada para niños desde su nacimiento hasta los 17 años, la organización determina las actividades que realizarán los mayores de seis años, sometidos desde entonces a una disciplina feroz. Sin duda, «se trata de convertir a España en un enorme cuartel, desde la cuna a la sepultura» —como hubiera dicho Quevedo—, a imagen y semejanza del fascismo italiano, aunque también los estatutos incluyen un «homenaje al nacional-socialismo» al aludir a la «orientación racial de la Legión nacional de flechas». A propósito de este artículo del reglamento, el 23 concretamente, el periodista añadía con dolorosa ironía: «Seguramente, los niños españoles tendrán que presentar certificado de no tener mezcla de sangre marroquí, alemana, italiana, portuguesa. O, a la inversa, de tenerlas todas ellas bien mezcladas». Pero la mayoría de artículos en los que Salazar Chapela se refirió a la zona rebelde fueron pensados para contrarrestar la propaganda que, desde el otro bando, pretendía desacreditar a la España leal con una profusión de medios realmente destructiva. Hasta el ex general Mola, «fracasado en la ya célebre toma de Madrid», donde pretendía tomar café con el corresponsal del *Daily Express*²²², «se dedica ahora a lanzar mensajes», escribía Salazar Chapela²²³.

²²⁰ «Otro embajador para Burgos», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 74 (16 de febrero de 1937), s.p.

²²¹ «Los niños en el campo faccioso», *art. cit.*

²²² Cfr. Paul Preston, *Franco «Caudillo de España»*. Barcelona, Grijalbo Mondadori (Mitos bolsillo), 1998, pp. 255-256. «EL 7 de noviembre Franco anunció que asistiría a misa en Madrid al día siguiente» (*idem*, p. 258).

Seguía así el ejemplo de Queipo de Llano, «aquel charlista unas veces ordinario hasta lo soez, otras chismero y chirigotero»²²⁴. En su deseo de probar fortuna en la literatura, en la que ya fracasó «con unas memorias de su paso por la Dirección de Seguridad», había dirigido una ambiciosa primera comunicación «a los combatientes gubernamentales, a los católicos de todos los países y al mundo entero», prometiendo a todos ellos «una España unida, fuerte, sin marxismo, "semejante a ciertas potencias extranjeras"»; esto es, precisó el periodista, a Italia y Alemania.

En otro artículo, «1921-1937», Salazar Chapela imaginó «el ambiente que los facciosos quieren imponer en España», «un trasunto exacto del que tenía la nación en el año 21», durante la campaña de *Annual*²²⁵. En la prensa rebelde podían leerse los mismos nombres que entonces –Franco, Millán Astray–; «las rifas y las cuestaciones "benéficas", firmadas por marquesas, condesas y duquesas»: «un júbilo cursi y demencial [...] destacado, lo mismo que entonces [...], sobre un fondo espantoso de desgracia, sangre y muerte. Una frivolidad inconcebible convierte en heroicidad lo salvaje, y confunde con la patria, o con el amor a la misma, lo que propiamente es ruina». La diferencia, continuó el periodista, es que «esta vez el Tercio no corta cabezas de moros para enviarlas [...] a las duquesas; corta cabezas españolas. Franco y Millán Astray no operan sobre el cuerpo de Marruecos, sino sobre el cuerpo de España, utilizando para ello al Tercio, a los moros, a los alemanes, a los italianos... La situación es mucho peor, es mil veces peor que la de entonces, porque representa la traición al pueblo, a España».

²²³ «Un mensaje de Mola», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 68 (9 de febrero de 1937), s.p.

²²⁴ Esteban Salazar Chapela, *En aquella Valencia, ob. cit.*, p. 131. Sobre el controvertido general y las charlas nocturnas que emitió desde Unión Radio de Sevilla puede verse el libro de Ian Gibson *Queipo de Llano. Sevilla, verano de 1936 (Con las charlas radiofónicas completas)* (Barcelona, Ediciones Grijalbo (Colección/80), 1986).

²²⁵ «1921-1937», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (15 de marzo de 1937), s.p.

Salazar Chapela cumplió también con una de sus más importantes misiones: desmetir las informaciones falsas que se difundían tanto en la prensa española como en la extranjera. Una de ellas, el incendio y la destrucción de la Biblioteca Nacional, del Museo del Prado, del Palacio de Liria y del Palacio del duque de Medinaceli, le sirvió para redactar un artículo en el que el periodista explicó por lo menudo lo que el Gobierno legítimo había hecho para que las bombas caídas sobre esos emblemáticos edificios, «fascistas, claro es», no destruyeran una parte tan importante del patrimonio cultural del país²²⁶.

«Como, ni los extranjeros que están invadiendo España, ni los españoles que les abrieron las puertas, tienen el menor fundamento en esta guerra, todos sus razonamientos conducen al absurdo y al disparate», escribió Salazar Chapela²²⁷. Le parecía que «el razonamiento que hacen los fascistas, lo mismo en España que fuera de ella [...], da muestra cierta, o de una cabeza de tontiloco o de un cinismo y una desvergüenza como no se han conocido nunca. De este cinismo participa buena parte de la prensa francesa», como había quedado demostrado con la noticia de la caída de Madrid dada en sus columnas por un rotativo parisino «de esos que están tan *interesados*, a juzgar por sus aspavientos, como Hitler y Mussolini, en que triunfen los ejércitos italianos y alemanes en España». «Mala intención y estupidez» era lo que movía también a «un antiguo colaborador del ABC monárquico», José María Salaverría, al escribir en una revista bonaerense que «el general Franco ha sido nombrado jefe de la Nación con la unánime aquiescencia de todos los españoles, y en la forma electoral que vale más que todas: la tácita y fervorosa adhesión de las almas y corazones de España entera».

²²⁶ Cfr. «Las patrañas de los facciosos», *art. cit.* Las obras de arte evacuadas del Palacio de Liria fueron expuestas en Valencia (cfr. Vicente Vidal Corella, «Crónica en Valencia», *Crónica*, Madrid (3 de enero de 1937); artículo reproducido por Miguel Ángel Gamonal Torres en *Arte y política en la guerra civil española. El caso republicano*, *ob. cit.*, pp. 120-121)

En «Muestrario de mentiras», artículo que se aparta de la estructura habitual de las colaboraciones que atribuimos a Salazar Chapela pero que anuncia el modo de proceder que seguirá en algunas de las «Cartas de Londres» que publicó en el exilio, reconoció el periodista que «estas insignes patrañas» servían para «levantar el ánimo de los decaídos, calmar a los que desesperan [...], consolar a los que rabian ante la heroica resistencia de Madrid, y en resumidas cuentas, hurtar a los ojos de la España dominada por los rebeldes que frente a éstos hay todo un pueblo, un Gobierno legítimo de una indestructible homogeneidad en ambos sellada en todo momento por la voluntad, por la decisión de vencer»²²⁸. Sin embargo, y pese a todo, «los hechos vienen cada instante a demostrar su falsedad». Sin dramatizar, tomándoselas en broma, el periodista reprodujo algunas mentiras facciosas, «todas muy recientes», «para recreo de nuestros lectores». Se trata, en todos los casos, de noticias con las que se pretendía dar a entender la desunión que había entre las distintas fuerzas republicanas, la cobardía de los soldados, los supuestos sangrientos planes de ataque del Gobierno o los problemas de orden público. A la comicidad con la que podía observarse la actuación de la prensa fascista se refirió también en «Lo cómico en nuestra guerra civil», porque, es «casi una regla general en las situaciones dramáticas» que, «de pronto, como empujado por un resorte», surja «lo cómico o lo ridículo, y no obstante lo penoso de la situación, por fuerza hemos de reír»²²⁹. Para ello, nada como revisar la prensa fascista, pues la derecha española se ha caracterizado por caer «siempre del lado del más cursi periodismo, de la peor literatura, de lo más malo y despreciable del arte». En sus páginas descubrió siempre Salazar Chapela «pinceladas de humorismo involuntario». Los autores de los artículos «son miserables –se podría decir– porque quieren;

²²⁷ «Razonamientos y trucos de los facciosos», *art. cit.*

²²⁸ «Muestrario de mentiras», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (25 de febrero de 1937), s.p.

pero son cómicos o ridículos sin proponérselo». Entre otros ejemplos, el periodista recordó un texto publicado en *ABC*, de Sevilla, el 13 de febrero de 1937, titulado «Franco, en los altares», y otro aparecido en *Diario de Burgos* el 5 de marzo de ese mismo año en el que se identificaba al militar con el Cid. En la radio, García Sanchiz, «émulo de Queipo», había ofrecido una charla titulada «La Virgen del Pilar dice...» que habían escuchado en Burgos los alcaldes de Huesca, Zaragoza y Teruel. «Con esta mentalidad ridícula, que logra lo cómico sin proponérselo», concluyó en esta ocasión Salazar Chapela, «están tramados todos los periódicos españoles facciosos. Es una bocanada inaguantable de estulticia, un espectáculo depresivo, cuando no repulsivo». Y añadió sin reparar demasiado en lo que escribía: «Por esa imbecilidad imaginamos el entontecimiento general del país que sería el triunfo de los facciosos. Más por esa misma imbecilidad, por su incapacidad de colocar dos ideas en fila con cierto decoro», rectificó rápidamente, «vemos también que no pueden triunfar».

6.2.2.1.2.3. La España leal

Si lo hicieran, advirtió Salazar Chapela, se acabaría el respeto que la República había tenido a «las regiones españolas, sobre todo con las de personalidad muy acusada, aquel minimun [*sic*] de consideración a su manera de ser propia»²³⁰, y Cataluña perdería su Estatuto. Idéntico tratamiento recibirían el País Vasco e incluso Galicia. Así lo había anunciado Franco, amparado en una de «las muchas falsas banderas que emplean los facciosos para legitimar su traición»: la unidad nacional. Sin embargo, la autonomía concedida por la República a algunas regiones españolas no había quebrantado la unidad nacional, sino todo lo contrario. «Ha bastado el levantamiento de los facciosos, el atentado a la República, y sobre todo la

²²⁹ «Lo cómico en nuestra guerra civil», *art. cit.*

traición a la nación [...], para que todas las regiones españolas se levantaran unidas, empujadas por un mismo sentimiento: el sentimiento nacional», afirmaba el periodista, quien se enorgullecía de comprobar, como nunca lo había hecho hasta entonces, el grado de compenetración y solidaridad que estaban teniendo con el resto del país los pueblos de España. Ahí estaba la multitudinaria manifestación celebrada recientemente en Barcelona, cuya importancia destacó Salazar Chapela en otro artículo, con el que deseaba contrarrestar las torcidas informaciones ofrecidas por algunas radios fascistas, cuya visión del acto, en el que se hizo público un lema de unidad —«un Gobierno, un Ejército popular regular, un mando, un uniforme, una bandera, una voluntad»²³¹—, nada tenía que ver con la realidad, de la que quiso dar cuenta el periodista. Para él Cataluña, «organizándose en un frente unido, otorgando al Gobierno de la República todos los hombres aptos para la guerra, deponiendo las diferencias que pudiera haber entre partido y partido, dejando atrás, en una palabra, cuanto supone un obstáculo a la voluntad de vencer», renovaba así su deseo de defender la legalidad republicana.

Para ello era indispensable la unión de todos los partidos republicanos, había proclamado en Las Cortes su presidente, Diego Martínez Barrio —fundador de Unión Republicana—, de quien podemos leer un encendido elogio en *Servicio Español de Información. Textos y documentos*²³². El parlamento continuaba funcionando a pesar de la guerra. Era para la República —«intacta en absoluto»— «su piedra angular»²³³, según dijera en su día Manuel Azaña. En la última sesión celebrada, de la que dio cuenta Salazar Chapela el 4 de febrero, la cámara había concedido su apoyo incondicional al presidente del

²³⁰ «La unidad nacional», *art. cit.*

²³¹ «La manifestación de Cataluña», *art. cit.*

²³² *Cfr.* «El discurso del presidente de las Cortes», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 63 (2 de febrero de 1937), s.p.

²³³ «Cortes de la República», *art. cit.*

Consejo. El periodista reconoció «el valor indiscutible de la personalidad de Largo Caballero, tan venerada por las masas obreras», pero no quiso detenerse en todo el alcance de su discurso, «con todo cuanto ha tenido de valioso, y de provechoso también, ya en la cuestión internacional, ya en la política interior de España». Salazar Chapela prefirió en esta ocasión recoger «únicamente su significación parlamentaria y constitucional». Los aplausos unánimes que se oyeron al acabar la citada intervención tenían, al decir del escritor, «una significación doble: aplauden el tono ponderado, hecho de experiencia y talento, del Presidente del Consejo; pero a su vez aplauden al Parlamento mismo, a la legalidad republicana»²³⁴.

El 16 de febrero Salazar Chapela no olvidó conmemorar el primer aniversario del triunfo del Frente Popular, «fecha importantísima, que explica, aunque no justifica, la provocación de la guerra»²³⁵. El triunfo del Frente Popular –escribía Salazar Chapela– «significó desde el primer momento vía franca hacia el porvenir». Y fue precisamente «esta puerta abierta a la regeneración integral de España, esta posibilidad de ennoblecimiento y engrandecimiento de la Patria, lo que provocó la traición y la rebelión». Transcurrido un año, el Frente Popular significaba exactamente lo mismo: «la unión de los republicanos y de los partidos obreros emproada a salvar la República democrática», tal y como se recordó

²³⁴ Salazar Chapela resolvió de esta forma una situación comprometida para él, pues no podía expresar lo que realmente pensaba de Largo Caballero. Sí lo hizo en el exilio, donde escribió: «Extraño parece que un hombre que se llamaba Largo Caballero fuera un caballero tan corto. Tan corto de vista». El periodista se refería una vez más al error político que cometió, en su opinión, cuando, «teniendo 70 diputados de su partido en el Parlamento y una mayoría abrumadora con las demás fuerzas de izquierda no socialistas, en vez de aceptar el poder que se le ofrecía constitucionalmente, paseaba España en rebeldía, con el puño en alto, pidiendo un Gobierno de obreros y campesinos y estimulando con ello a los obreros socialistas que le seguían, a acabar a tiros con la otra zona socialista (zona Prieto) que no comulgaba con "un programa" tan destructor del partido y de la República» (Esteban Salazar Chapela, «Carta de Londres. ¿Una largocaballerada?», *Información*, La Habana (28 de mayo de 1954), p. B-2).

²³⁵ «Significado de una fecha», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 74 (16 de febrero de 1937), s.p.

recientemente en Valencia, donde se congregaron más de medio millón de manifestantes. El presidente Azaña, «portavoz encendido, que pudo y supo reunir en torno suyo cuantos partidos habían [*sic*] en España con simiente de porvenir», continuaba aglutinando en torno a sí a republicanos y trabajadores a favor de «la dignificación del obrero y del campesino, la enseñanza del Estado, el engrandecimiento nacional, a la República en suma. A lo cual, se agrega hoy, por culpa de los españoles traidores, otro estímulo de más vigor todavía: la independencia del país».

Para conseguirla era fundamental lavar la imagen de la República, mancillada en parte por los problemas internos y también por la propaganda contraria del enemigo, cuyas campañas en el extranjero incidían en los aspectos que mejor podían ayudar a condenarla al fracaso, como lo era el tema de la religión. Por mucho que se dijera, los católicos no tenían por qué sentirse a disgusto con la República, pues desde su advenimiento fue respetuosa con los creyentes «y jamás cometió acto alguno que fuera una herida a la conciencia religiosa»²³⁶. No, repitió Salazar Chapela. «Ni la República ni el Frente Popular fueron nunca un perjuicio para la conciencia religiosa; por el contrario, la segregación de la Iglesia del Estado antes vino a favorecer que a perjudicar [...]; la favoreció en libertad desde el momento que la restituyó a sus fines espirituales». Lo mismo sucedería cuando acabara la guerra, pues ya lo había dicho Manuel Azaña y también Álvarez del Vayo: «No se combate, pues [...], por la religión; se combate por el fascismo, cosa bien distinta [...]. Ello explica el clamor indignado de los católicos de veras. Están viendo pisoteado lo más hermoso de los principios de la doctrina a la par que ven en peligro los intereses espirituales de la Iglesia Católica en España». Para demostrarlo, el Ministerio de Propaganda publicó un libro en el que se incluyó información sobre los sacerdotes que se hallaban del lado

²³⁶ «Los católicos en nuestra guerra civil», *art. cit.*

de la República; se reprodujeron las declaraciones de diferentes personalidades de la España leal, todas ellas católicas, como el ministro vasco de Justicia, Manuel de Irujo, el embajador Ángel Ossorio y Gallardo, el escritor José Bergamín y el profesor de español en Gran Bretaña Enrique Moreno, y se difundieron algunas opiniones vertidas por la intelectualidad cristiana extranjera, entre otros contenidos relacionados con el tema²³⁷.

También era necesario desmentir «una propaganda sistemática, tramada de mentiras enormes», por la que se «presenta al territorio leal a la República como entregado de continuo al desorden [...], a pesar de la visita a nuestro territorio de numerosos extranjeros imparciales, los cuales han proclamado siempre nuestro orden, nuestra paz»²³⁸. Estos valores eran considerados por el periodista logros extraordinarios, habida cuenta de todo lo sucedido desde el 18 de julio de 1936. Lo había recordado ya Manuel Azaña, cuando reconoció que «la mayor parte de los elementos defensivos del Estado de que pudiera disponer el gobierno, o estaban con la rebelión, o habían sido secuestrados por ella o estaban disueltos o aminorados en su eficacia por consecuencia de la rebelión misma». El pueblo sustituyó entonces a los cuerpos de seguridad del Estado, hasta que éstos estuvieron reorganizados. Desde entonces, el Gobierno no había dejado de velar por la eficacia de los distintos organismos afectados. Recientemente, el ministro de Gobernación había prohibido la sindicación o la asociación de carácter político de las fuerzas armadas dependientes de ese Ministerio, con el fin de «dar eficacia a estos organismos del Estado al hacerlos depender directamente del propio Estado que los organizó, los sostiene y los utiliza. Eficacia que revierte, como es natural que así sea, en el orden de las ciudades, en la paz del campo leal». En la España republicana «no hay violencia en parte alguna. Aparte

²³⁷ Cfr. *El catolicismo en la España leal y en la zona facciosa*. Madrid-Valencia, Servicio Español de Información, 1937.

las líneas de fuego, la población española leal al Gobierno trabaja en paz. El orden es perfecto, sencillamente porque dimana de la propia República democrática, de veras asentada en el pueblo, y de sus leyes, ahora observadas como nunca». Por lo que se refiere a Valencia, Salazar Chapela informó de la depuración de la quinta columna, una labor que debía realizar el Gobierno y sus autoridades. «Por nuestra parte», aconsejaba el periodista, «la prudencia más rigurosa en hechos y palabras» serviría para facilitar «con la propia pureza de su actitud, la labor del ministro de la Gobernación»²³⁹.

Para contrarrestar las noticias que se difundían sobre la situación de la población civil en la España republicana, Salazar Chapela redactó algunos artículos en los que refirió la labor realizada por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social. Desde la sublevación, este organismo se había ocupado preferentemente de la evacuación de niños «de los lugares amenazados por los rebeldes», para «hurtar a sus ojos el espectáculo y la zozobra de la guerra»; «cuidar de que nada les falte y atender a su educación»²⁴⁰. Nada de cierto había en la abyecta propaganda publicada en un periódico de Estrasburgo, en cuyas páginas se aseguraba que «"50.000 niños vagan harapientos por las provincias españolas"». La España leal atendía debidamente a los menores e incluso se habían realizado ya varias expediciones al extranjero, un procedimiento de evacuación rigurosamente controlado por el Estado con el que se pretendía «"situar a los niños

²³⁸ «El orden en la España leal», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 68 (9 de febrero de 1937), s.p.

²³⁹ «La quinta columna», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia (4 de marzo de 1937), s.p. Unos días después, y en vista de los sucesos ocurridos en la provincia de Valencia, «donde la fuerza pública hubo de actuar para impedir que por procedimientos violentos una minoría tratara de imponerse a una gran parte del pueblo», el Ministerio de Gobernación dictaba nuevas medidas para asegurar el orden en la zona republicana, entre otras la entrega de armas largas por parte de los ciudadanos que las poseyeran (*cf.* «La depuración de la retaguardia. Nota de Gobernación referente a sucesos acaecidos en la provincia de Valencia», *La Vanguardia*, Barcelona (13 de marzo de 1937), p. 7).

²⁴⁰ «La obra del Ministerio de Sanidad. Los niños españoles», *art. cit.*

españoles en un ambiente de paz, alegría y cariño que permita conservar y cultivar en toda su ingenua delicadeza la sensibilidad, la ternura y los afectos infantiles, cuya deformación provocaría un deplorable descenso moral de esta generación"».

El viejo problema de la mendicidad, al que Salazar Chapela había aludido en diversas ocasiones en tiempo de paz, también había sido acometido por el Gobierno republicano, que no quería resolverlo con medidas coercitivas, —ello sería «una injusticia, una impiedad atroz, si antes no se piensa lo que se ha de hacer con los indigentes»²⁴¹—. Por el bien de los afectados —de su dignidad—, y por el del Estado, cuya economía no podría soportar «la carga muerta que esto representa», el Ministerio distinguía por un lado a los hombres y mujeres útiles para el trabajo, que dispondrían de un medio de vida para subsistir, y «los viejos y los inútiles en general, que han menester de asistencia y ayuda». Los responsables de asuntos sociales aplicaron el mismo criterio para determinar la legislación que sería de aplicación a los ciegos. El Consejo Nacional de Asistencia Social consideraba que, siempre que fuera posible, el invidente debería prestar un servicio o realizar un trabajo útil, que sería desarrollado en centros y talleres especiales. Además, pretendía unificar la venta de boletos, hasta ahora en manos de cinco sociedades en Valencia, haciéndola extensiva a todas las provincias²⁴².

Pero de lo que más orgullosa se sentía la España republicana, y lo que la diferenciaba de la zona facciosa, era la labor que realizaba el Ministerio de Instrucción Pública, cuya actuación ponía de manifiesto su «voluntad decidida de llevar la instrucción a todos los españoles»²⁴³. Ello se consideraba fundamental para una República democrática, puesto que «sobre elevar el nivel de todos, proporciona al español la conciencia de sus

²⁴¹ «Labor del Ministerio de Sanidad. Supresión de la mendicidad», *art. cit.*

²⁴² *Cfr.* «La obra del Ministerio de Sanidad. Los ciegos y la asistencia social», *art. cit.*

²⁴³ «La instrucción y la educación durante la guerra», *art. cit.*

deberes». Una de las últimas iniciativas, el Instituto para Obreros de Valencia, inaugurado el 1 de febrero de 1937²⁴⁴, era calificada de «medida esencialmente revolucionaria», en tanto «rompe con un privilegio [...] y abre a un mayor número de personas la puerta de la libertad. Que no es otra, digamos otra vez, que la instrucción, la educación»²⁴⁵.

6.2.2.1.2.3.1. La cultura y el pueblo

La importancia que la República concedía a la cultura tuvo su correspondencia en el apoyo que recibió por parte de los intelectuales y de los artistas. «Ningún escritor, ningún artista, ningún poeta ha permanecido indiferente ante la guerra civil, ni ha dejado de prestar ayuda —con su obra o personalmente— al pueblo que lucha por su libertad y su independencia», escribió Salazar Chapela a principios de febrero de 1937²⁴⁶. Dicho compromiso le parecía algo natural porque «el artista o el escritor que lo es realmente jamás nació de las malvas; nació de la roca viva de su país, de su pueblo, y la mayor o menor amplitud de sus obras está en razón directa de su proyección nacional». En este sentido, como en otros, la guerra había trazado «una significativa divisoria», de suerte que «ninguna personalidad de valía mira con simpatía a los rebeldes», mientras que «no hay poeta, que lo sea de verdad, que no esté con el pueblo». Junto a él se encontraba, desde el primer

²⁴⁴ Juan Manuel Fernández Soria ha estudiado el citado proyecto en *El Instituto para Obreros de Valencia* (València, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat (Col.lecció Homenatges, 5), 1987).

²⁴⁵ Unos días antes el Consejo de Ministros aprobaba la creación de las Milicias de la Cultura, una campaña de alfabetización dirigida a los integrantes del ejército republicano. En esta iniciativa se distinguen, por un lado, «los ideales humanistas heredados de los institucionistas, el acceso a la cultura considerado como derecho humano facilitando [*sic*] la participación cívica, derecho que se iba a defender contra los que siempre habían frustrado esa aspiración. Pero, del otro, se reconoce ahora que las campañas de alfabetización siempre han sido acompañadas de una fuerte carga ideológica en el contenido de los textos utilizados que buscaban establecer una identidad nacional» (Christopher H. Cobb, *Los milicianos de la cultura*. Bilbao, Servicio de Publicaciones de la Universidad del País Vasco, 1994, p. 165).

²⁴⁶ «Los grandes poetas españoles, al lado del pueblo», *art. cit.*

momento, Antonio Machado, «uno de los poetas más extraordinarios que registra la historia literaria española»²⁴⁷. «La otra gran figura de la poesía española contemporánea», Juan Ramón Jiménez, trabajaba fuera de España y recaudaba fondos para los niños españoles. A Rafael Alberti le correspondía «por derecho propio la denominación "poeta del pueblo"», pues desde el primer momento se situó «en la primera línea intelectual de combate». Lo mismo sucedía con Moreno Villa y Juan José Domenchina, de quien destacó, además de su condición de poeta, su carácter de «recio prosador», medio éste que había elegido para su propaganda por considerarlo más adecuado para la ocasión. Aunque la lista sería interminable, no olvidaba citar el periodista a, entre otros, León Felipe, Altolaguirre, Emilio Prados, Herrera Petere, Antonio Aparicio, Bergamín, «todos hombres de fina sensibilidad que están con el pueblo, laboran con sus medios por la España leal [...] y contribuyen desde su puesto a la victoria final», defendiendo una «atmósfera imprescindible, la vida espiritual, la cultura».

Con la República estuvo también Unamuno, tal y como pretendió demostrar Salazar Chapela en «Unamuno nuestro», uno de los artículos más interesantes de cuantos escribió el periodista para *Servicio Español de Información*. El rector de Salamanca, afirmaba en su inicio, había tenido «la muerte que le correspondía, la muerte del héroe»²⁴⁸. Había fallecido en zona rebelde, «rodeado de la hostilidad de los facciosos», «los mismos que le deportaron a Fuerteventura», aquéllos que quisieron utilizarlo a raíz de la sublevación militar. Ellos fueron los que le llevaron a la tumba, aunque no

²⁴⁷ Muchos años después, Salazar Chapela valoró así la personalidad de Antonio Machado: «Para nadie creo que ofrezca lugar a dudas: si hay una personalidad del 98 realmente leal consigo misma, libre de polvo y paja, sin trampa ni cartón (a la retórica aludimos), esa no es otra que la de Antonio Machado [...]. En Machado era oro todo cuanto relucía» («Carta de Londres. Calle de la Triste Alcuza», *Información*, La Habana (6 de diciembre de 1953), p. C-4).

²⁴⁸ «Unamuno nuestro», *Servicio Español de Información. Textos y documentos*, Valencia, 73-74 (15-16 de febrero de 1937), s.p.

hubieran «necesitado para ello piedra ni palo». Utilizaron el aislamiento, y lo hicieron inmediatamente después de su protesta en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca. Unamuno había muerto, como afirmó Ortega y Gasset, «"de mal de España"». Había muerto solo, porque «los suyos estaban al lado de acá [...]. Los suyos eran el pueblo, la dignidad humana, la cultura. Él era estas tres cosas españolas en grado magnífico. Por eso le pertenecen, por eso es nuestro», concluía Salazar Chapela. Unos días después el periodista publicaba otra nota con un título deliberadamente sorprendente, «Unamuno en el frente republicano». Se refería a Ramón de Unamuno, hijo del filósofo, quien acababa de ser herido en el Jarama. La noticia cobraba para el periodista una significación especial, que explicaba así: «Unamuno vivió con dos angustias, mejor dicho, con una que se le desdoblaba en dos: la preocupación de la muerte y la de la inmortalidad»²⁴⁹. Unamuno quiso «perpetuarse en los hijos [...]. Y por eso tiene un sentido esa lucha armada de Ramón, la misma que, sin armas visibles y estruendosas, libró siempre su padre: la misma lucha, contra las mismas cosas, contra las mismas gentes». Bien es cierto que «a Don Miguel, la guerra le sorprendió de vencida. Su vida declinante no podía esperar a que pasaran tantas cosas. Y, por otra parte, no podía prescindir en el tiempo que le quedaba en el mundo de lo que para él era lo primero; su vida ya casi hecha le instaba a no renunciar a lo que siempre había apetecido. Y no pudo encontrar en sí fuerzas para adherir[se] plenamente a algo cuyos frutos de humanidad y libertad no podía esperar, seguramente». Pero «los hijos [...] podían aguardar por él. La vida les podía dar esa paciencia de esperar lo que puede llegar antes que se haya ido uno. Y este es el sentido de esa lucha de los dos hijos de Unamuno, con las armas. Una contribución a apresurar en España el día en [que] su padre pudiera estar a gusto y sentirse en su patria como en casa paterna. Uno ha sido herido

²⁴⁹ «Unamuno en el frente republicano», *Servicio Español de Información. Textos y*

ahora, y su herida es una pervivencia de la acción apasionada de su padre, a quien la guerra sorprendió ya viejo, sin tiempo de esperar».

Muy diferente fue la postura adoptada por otros intelectuales cuyos hijos «se enrolarán inmediata y voluntariamente en el ejército de Franco»²⁵⁰. Es el caso de Ortega, ya mencionado, cuya actitud no logró perdonarle Salazar Chapela²⁵¹, y también el del doctor Marañón. Desde España, los intelectuales leales a la República replicaron a las declaraciones que el famoso endocrinólogo realizó en *Le petit parisien* con «serenidad. Ni una palabra donde la pasión ceda la vez a lo razonable y lo medido; ni un dicitario, ni una falta de consideración ni de respeto para el hombre; ni siquiera una ironía para el científico o el escritor; todo en esa réplica es tranquilo, incluso benévolo»²⁵². Y ello, a pesar de que los firmantes, «hombres de ciencia y escritores ilustres» tal vez no habían podido todavía superar «el disgusto de ver al amigo pasarse al enemigo». En realidad, afirmó Salazar Chapela, Marañón se caracterizó por querer ser amigo de todos, consciente de la importancia que la amistad tenía en un país personalista como España. «Era amigo de las derechas y de las izquierdas; también era amigo del centro». El ilustre doctor remitía cartas a todo el mundo²⁵³. «Si por acaso salía un

documentos, Valencia (25 de febrero de 1937), s.p.

²⁵⁰ Gregorio Morán, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*. Barcelona, Tusquets Editores (Andanzas, 324), 1998, p. 57.

²⁵¹ Al comentar el ensayo sobre el filósofo que acababa de publicar el hispanista J. B. Trend, Salazar Chapela aseguró que «Ortega es el escritor que ha provocado personal y literariamente más fêrvidos entusiasmos y a la vez más antipatías. En Madrid», recordó, «estábamos divididos todos –¡gracioso tiempos de Primo de Rivera!– en orteguistas y antiorteguistas. En *El Liberal* había una sección casi consagrada a censurar a Ortega todos los días. En la redacción de *El Sol* hubo un día bofetadas por Ortega». Finalmente, confesó: «Yo fui orteguista siempre, aunauq muchas veces, como es natural, no estuviera conforme con lo que Ortega dijera, ni dejara de lamentar después su silencio durante la guerra civil» (Esteban Salazar Chapela, «Carta de Londres. Ortega visto por Trend», *Información*, La Habana (28 de septiembre de 1957), p. B-2). .)

²⁵² «El caso Marañón», *Servicio Español de información. Textos y documentos*, Valencia (6 de marzo de 1937), s.p.

²⁵³ «¿Quién no guarda una cariñosa carta –¡tan amable!– de Marañón», se preguntó Salazar Chapela (*idem*). Sin duda el escritor malagueño había recibido alguna de las

disparo de la columna de un periódico, allí acudía Marañón "sereno" [...], tapaba el arcabuz con una cartita y ganaba un amigo». De hecho, «tan enorme era su red amical, que últimamente hubiera sido imposible enjuiciar un libro de Marañón, en cualquier periódico de Madrid, con otras palabras que no fueran elogios bobos». Durante la República, «aquellos enjambres enormes de amigos empezaron a pelearse por cuestiones de España»; sobrevino «la tragedia de hoy», y con ella el descubrimiento de los farsantes, «entre ellos, Marañón». Porque él, como todos, «tenía que decidirse por los "suyos", por sus auténticos amigos. Ahora era inoperante la cartita. No podía hablar a la vez por las radios de Madrid y de Burgos. Tenía que decidirse, y se decidió». Éste y otros descubrimientos, concluyó Salazar Chapela, no eran «pequeña ganancia para España». Ahora se podía ver a Marañón «—amigo de verdad esta vez, sincero por tanto— aposentado por voluntad propia entre los suyos y de su altura: entre Sanchiz y Pemán».

La República no debía sino alegrarse de no contar con los escritores citados. Se sentía orgullosa y agradecida por el trabajo intelectual que se estaba llevando a cabo en la España leal. Una de esas iniciativas, *Hora de España*, fue anunciada en *Servicio Español de Información. Textos y documentos* con una nota en la que se informaba del éxito alcanzado por su primer número, por lo que la revista ocupaba ya «un lugar destacado en la obra que la

muchas misivas que escribió el ilustre doctor, pero no se conservan en su archivo personal. Tampoco hay rastro alguno de ellas en la Fundación Gregorio Marañón, de Madrid, donde se halla depositado su extenso epistolario, una correspondencia cuya publicación serviría, en opinión de Marino Gómez Santos, «para el mejor conocimiento de algunos episodios de la historia del siglo XX» (*Gregorio Marañón*. Barcelona, Plaza & Janés Editores, 2001, p. 117). Sobre uno singularmente ilustrativo de la abyecta persecución a la que fueron sometidos los vencidos de la guerra civil, el que se refiere al secuestro en Francia y al posterior enjuiciamiento en Madrid de Cipriano de Rivas Cherif, Miguel Salvador, Carlos Montilla, Teodomiro Menéndez, Francisco Cruz Salido y Julián Zugazagoitia, un grupo de destacados republicanos para los que fue requerida la ayuda del doctor Marañón, versa nuestro artículo «Cartas para la vida, cartas para la historia: peticiones de ayuda para presos republicanos en las cárceles franquistas» (en J. Sobrequés, C. Molinero y M. Sala (eds.), *Congreso «Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la*

intelectualidad española está realizando en favor de la causa del pueblo que se bate heroicamente contra el fascismo internacional que ha encendido la guerra en nuestra Patria»²⁵⁴. Cuando estaba a punto de aparecer la segunda entrega, Salazar Chapela se ocupó de ella en una de sus habituales colaboraciones. La revista era, escribió el periodista, «el registro intelectual o poético de la España de ahora»; una «continuidad feliz, ya que no de la cultura entera española», sí de un «hábito mental pulquérismo, cuya línea no ha podido quebrarse»²⁵⁵. Tras citar algunos de los nombres de los vinculados al proyecto, Salazar Chapela recordó la doble significación de la publicación. Por una parte, «el elogio que supone para la zona de la República la posibilidad del juego desembarazoso de la mente» que se observaba «en las bellas páginas de *Hora de España*». En segundo lugar, situó el escritor «el servicio que estos intelectuales [...] prestan a la causa de la República y del pueblo [...] con los medios delicados de suyo de que un intelectual dispone: con [...] su ideario y su sensibilidad». El escritor malagueño no publicó en sus páginas, aunque, de ser cierta la confesión que le hizo a Guillermo de Torre, los responsables de *Hora de España* contaban con su colaboración desde el inicio del proyecto²⁵⁶.

«En los trances apurados y en los compases temerosos de espera», recordó Sebastián Escobedo, «solía yo remitir a mis lectores a Madrid, a contemplar el espectáculo de Madrid», porque «Madrid era mi tónico periodístico para todas las amenazas y tribulaciones que la guerra traía consigo», «mi guerrero

guerra civil y el franquismo». Barcelona, Editorial Crítica-Museu d'Història de Catalunya, 2003, pp. 773-782).

²⁵⁴ «Hora de España», Servicio Español de Información. Textos y documentos, Valencia, 56 (24 de enero de 1937), s.p.

²⁵⁵ [E.S.Ch.], «Hora de España», art. cit.

²⁵⁶ «Yo estoy en deuda –en deuda de prosa, que son las únicas deudas cómodas, o casi cómodas– con *Hora de España* desde que se fundó, y nunca encuentro tiempo para abonarla» (carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 9 de enero de 1939; ms. 22830-10 (25), BN).

favorito tema»²⁵⁷. Así debió de ser también para Salazar Chapela, según podemos observar en los artículos que publicó en *Servicio Español de Información. Textos y documentos*. «Madrid fue desde los primeros días de la guerra un ejemplo, el más fuerte de todos, que había de continuar sin tropiezos, tal como correspondía a su rango, para escuela de la España leal», afirmó seis meses después de iniciado el conflicto²⁵⁸. En ese tiempo, «Madrid opuso a las fuerzas rebeldes una resistencia admirable». El escritor recordaba «el heroísmo de la capital de la República» justo el día en que «las tropas leales de los frentes madrileños, superando el estadio de resistencia se lanzan al ataque, hacen sinnúmero de prisioneros alemanes y avanzan valerosas». Éste era «el premio que merece Madrid. No pide Madrid una condecoración menor que la victoria total», escribió el periodista. «La pide la sangre de sus mujeres, la sangre de sus niños, la sangre de sus ancianos. La pide y la tendrá».

6.2.2.2. Un Levante poco feliz

En Valencia, Salazar Chapela no tardó en descubrir que las bombas enemigas no eran la única causa de dolor en aquella guerra. A su llegada a la ciudad se le negó el alojamiento y el trato que él pensaba que le correspondían. El responsable de la decisión fue un militante comunista cuya verdadera identidad no le quiso revelar a Max Aub, a quien confesó, concluida la redacción de *En aquella Valencia*, que todo lo relatado en ella sobre ese asunto, salvo el detalle de la filiación política, era rigurosamente cierto²⁵⁹. En la novela, es el socialista Puga, director general de Bellas Artes –puesto del que, en realidad, era titular, desde septiembre de 1936, Josep Renau,

²⁵⁷ Esteban Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, ob. cit., pp. 182-183.

²⁵⁸ «La defensa de Madrid», art. cit.

²⁵⁹ «El detalle de que se me negara alojamiento con los intelectuales también es verdad. (Un día te diré quién fue. No fue socialista sino comunista)» (carta de Esteban Salazar Chapela a Max Aub fechada en Londres el 25 de septiembre de 1963, art. cit.).

cartelista, diseñador gráfico y principal animador de la revista valenciana *Nueva Cultura*—, quien se opone a que el periodista se hospede en alguna de las residencias destinadas a los intelectuales y artistas llegados a la ciudad de las que disponía el Ministerio de Instrucción Pública, organismo que trabajaba, como ha sido dicho, en estrecha colaboración con el Ministerio de Propaganda. Pero todo parece indicar que no fue Renau, sino Wenceslao Roces, subsecretario de Instrucción Pública, quien le negó la residencia que Salazar Chapela requería, como lo hizo también con Juan José Domenchina, según confesó el poeta al finalizar la contienda. Domenchina llegó a Valencia a principios de diciembre de 1936, en la segunda expedición de intelectuales evacuados por el Quinto Regimiento. Allí le aguardaba «una sorpresa del peor gusto». En la Casa de la Cultura, el editor Rafael Giménez Siles —con quien Roces había colaborado estrechamente antes de la guerra²⁶⁰— y un escritor cuyo nombre no reveló le comunicaron que, a pesar de la invitación que se le había hecho, ni él ni su familia podrían alojarse allí. «El desaire procedía del señor Roces», escribió Domenchina²⁶¹. Lo mismo le sucedió, al parecer, a León Felipe²⁶².

²⁶⁰ Wenceslao Roces participó, como ha sido dicho, en el proyecto de *El Estudiante*, al que también estuvo vinculado Salazar Chapela (véase 1.3.1. *El Estudiante*). A finales de la década de los veinte, cuando Giménez Siles creó la Editorial Cénit, Roces, que acabaría dirigiendo la colección Biblioteca Carlos Marx, realizó para ese sello algunas traducciones, entre las que se cuenta la de *El capital*.

²⁶¹ Juan José Domenchina, *Pasión y muerte de la República española*, memorias aparecidas en la prensa mexicana durante 1940 y 1941. Agradecemos aquí la consulta del original mecanografiado del libro que, preparado por Amelia de Paz, va a publicar la sevillana Editorial Renacimiento en la colección Biblioteca del Exilio. Los fragmentos citados corresponden a las páginas 141 y 142 del citado texto.

²⁶² Así lo refiere Elena Garro en *Memorias de España, 1937*, donde, según cuenta Ignacio Martínez de Pisón, la esposa de Octavio Paz afirma que «primero le expulsó de la vivienda que le habían asignado en Valencia y más tarde llegó a amenazarle de muerte» (*Enterrar a los muertos*, ob. cit., pp. 206-207). En el caso de José Robles Pazos, cuya muerte ha investigado Martínez de Pisón en el libro citado, el asesinato llegó a materializarse a finales de 1936, a pesar de la buena relación que Robles había mantenido con Roces y Giménez Siles en Madrid, donde compartieron horas de tertulia con otros amigos, como Rafael Alberti (cfr. *ibidem*, pp. 19-20).

La «estercórea conducta»²⁶³ que, según el protagonista de *En aquella Valencia*, tuvo con él Puga –nombre que el personaje relaciona en ocasiones con pulga²⁶⁴–, no podía atribuirse, en su opinión, más que a su sectarismo²⁶⁵, pues Escobedo no lo conocía y no entendía por ello qué podía tener contra él²⁶⁶. Salazar Chapela se sintió así menospreciado por el departamento que presidía el comunista Jesús Hernández, artífice de la creación de la Casa de la Cultura, edificio situado en el número 42 de la calle de la Paz que era conocido popularmente como «el casal dels sabuts de tota mena»²⁶⁷. El que fuera Hotel Palace desde su inauguración para la Exposición Regional y Nacional de 1909 y 1910 se convirtió de este modo en residencia y lugar de trabajo de los integrantes de las dos expediciones que, a instancias de la Junta de Defensa de Madrid, se había encargado de organizar el Comité de Evacuación de Intelectuales, vinculado al Quinto Regimiento²⁶⁸. Un año

²⁶³ Esteban Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, *ob. cit.*, p. 96.

²⁶⁴ «Este Puga no debiera llamarse Puga sino Pulga» (*ibidem*, p. 82).

²⁶⁵ «Este Puga, como todos los del mismo corro, debía sentir mucho aborrecimiento por los intelectuales liberales y desinteresados de mi cuerda» (*idem*).

²⁶⁶ *Cfr. ibidem*, p. 75. Salazar Chapela no había coincidido con Wenceslao Rocés, pero sí conocía muy bien a Giménez Siles –tan próximo, por lo que se ve, al subsecretario de Instrucción Pública–, del que el escritor malagueño se hallaba muy distanciado desde hacía años. La verdadera identidad de Puga permite comprender que el autor de *En aquella Valencia* no le revelara a Max Aub su nombre, porque el creador de *El laberinto mágico* se veía habitualmente con él en la ciudad de México desde su llegada allí en 1942 (*cfr.* Max Aub, *Diarios (1939-1972)*. Edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler. Barcelona, Alba Editorial (Alba Literaria, 34), 1998, p. 170). Cuando Salazar Chapela intentó publicar *En aquella Valencia* recurrió a él, y éste, al no poder ayudarle, le remitió el original a Juan Rejano, quien, curiosamente, le pidió a José Carlos Rocés, hijo de Wenceslao, que se encargara de recoger el original (*cfr.* carta de Esteban Salazar Chapela a Max Aub fechada en Londres el 1 de noviembre de 1963, ABMA).

²⁶⁷ Así lo recordó uno de sus residentes, José Moreno Villa (*Vida en claro. Autobiografía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 1ª reimpr., p. 227). José Gutiérrez Solana, otro ilustre huésped de la Casa de la Cultura, la denominaba, «de un modo desdeñoso y carpetovetónico», «la fonda», según el testimonio que nos dejó Antonio Sánchez Barbudo (*Ensayos y recuerdos*. Barcelona, Editorial Laia (Laia B, 4), 1980, p. 10).

²⁶⁸ El primer grupo llegó a la nueva capital de la República el 25 de noviembre; el segundo salió de Madrid el 1 de diciembre. En la primera expedición viajaron, en algunos casos acompañados de sus respectivas familias, Antonio Machado, Pío del Río Hortega, Enrique Moles Ormella, Isidro Sánchez Covisa, Antonio Madinaveitia, José María Sacristán, José Moreno Villa, Miguel Prados Such y Arturo Duperier. La segunda estaba

después, Salazar Chapela le aseguró a Guillermo de Torre que él «había eludido salir con las expediciones de intelectuales»²⁶⁹, pero no podemos saber si tuvo, en efecto, la posibilidad de abandonar Madrid, como lo hicieron otros, en aquellas ventajosas circunstancias²⁷⁰.

integrada por Ángel Llorca, José Capuz, José Gutiérrez Solana, Pedro Carrasco, Bartolomé Pérez Casas, Aurelio Arteta, Ricardo Gutiérrez Abascal –*Juan de la Encina*–, Alberto Chalmeta, Cristóbal Ruiz, Ricardo Orueta, José Ramón Zaragoza, Justa Freire y Juan José Domenchina, que viajó acompañado de Ernestina de Champourcín, con la que había contraído matrimonio recientemente. Los discursos de despedida y recepción, y las noticias aparecidas en la prensa sobre la evacuación, han sido reproducidos por Manuel Aznar Soler en «L'Aliança d'Intel.lectuals per a la Defensa de la Cultura de València i la creació de la Casa de la Cultura» (*València, capital cultural de la República (1936-1937). Antologia de textos i documents, ob. cit.*, pp. 99-116 y textos XXVIII a XXXVII, pp. 159-185).

²⁶⁹ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 21 de noviembre de 1937 (*art. cit.*).

²⁷⁰ La impresión que recibimos al leer *En aquella Valencia* es muy otra. En la novela, el protagonista ve en la calle a Juan José Domenchina, al que denomina de forma despectiva «Dochimino», al poco de llegar a la ciudad. Salazar Chapela escribe entonces: «Mi encuentro con este vate me reveló lo que habían de ser después mis encuentros con los demás amigos de Madrid que estaban en Valencia. Todos me preguntaban por la capital con la misma ansiedad con que lo harían por un miembro querido de su familia que se encontrase en grave estado [...]. Todos también –unos más, otros menos– me saludaban al principio con cierto mal disimulado azoramiento –el mismo azoramiento que embargaría a un señor respetable a quien sorprendieran en una casa llana, como Cervantes llamaba a la casa de mancebía. Era que sentíanse ruborosos de haber abandonado Madrid en sus peores momentos novembrinos. Era que tenían en mi presencia –un recién llegado de la cabecera del enfermo...– el remordiente de haber venido a paso de marcha a este paraíso levantino y haber traicionado con ello a algo, a alguien...» (*ob. cit.*, p. 72). Según Amelia de Paz, en Valencia, Domenchina vivía atormentado por los padecimientos del pueblo madrileño; se sentía «extrañado, escamoteado de su "destino matritense"» («Introducción», en Juan José Domenchina, *Obra poética*. Edición de Amelia de Paz. Madrid, Editorial Castalia (Clásicos Madrileños, 8), 1995, vol. I, p. 37). Por lo que se refiere a la relación que mantuvieron Salazar Chapela y el poeta, al que, como ha sido dicho, ridiculiza en *En aquella Valencia*, el escritor le confesó a Max Aub cuando le llegó la noticia de su muerte: «Lo siento. No nos queríamos nada mutuamente. Pero lo siento de veras. Yo no comprendo cómo pueda llevar nadie las antipatías personales hasta después del terrible paso. La famosa frase de Bonafoux "me alegro de la muerte de Clarín" está por encima –por debajo– de mi corazón» (carta fechada en Londres el 30 de noviembre de 1959, ABMA). A pesar de ello, Salazar Chapela, secretario del Instituto Español de Londres, quiso publicarle una antología de cuentos y leyendas, como se desprende del contenido de las cartas que le remitió desde esa ciudad el 18 de marzo de 1947 (ms. 22269-272, BN) y el 26 de enero de 1948 (ms. 22269-273, BN). El libro de Domenchina no llegó a ver la luz, como tampoco aparecieron los encargados a Luis Cernuda y Antonio Espina, algunos de los autores con los contó Salazar Chapela para impulsar una colección dirigida por el Instituto Español que iba a editar la londinense Harrap, casa que contaba con una filial en Estados Unidos. Finalmente, sólo vieron la luz el *Cancionero musical español* (1948), de Eduardo Martínez Torner, y

En la Casa de la Cultura todos los residentes prosiguieron con sus trabajos habituales, pues habían sido trasladados a sus dependencias incluso los equipos de laboratorio con los que los científicos investigaban en Madrid. Para agradecerle el interés que el Gobierno les había demostrado, visitaron el día 4 de enero de 1937 a Largo Caballero, a quien informaron de la preparación de una revista que supondría la continuación en Valencia de sus actividades literarias e intelectuales, y cuya dirección y edición correría a cargo de la Casa de la Cultura²⁷¹. El primer número de *Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura* vio la luz en febrero de 1937²⁷². La revista era, por tanto, coetánea de *Hora de España* –cuya segunda entrega apareció en ese mismo mes–, aunque «no tiene ni el mismo carácter fundamentalmente "literario", ni la constante calidad, al filo de sus páginas»²⁷³ que poseía la publicación auspiciada por el Ministerio de Propaganda. A pesar de ello, sorprende que Salazar Chapela, siempre atento a las novedades editoriales, guardara absoluto silencio, tanto en sus comentarios para el Servicio Español de Información como en sus memorias, en torno a la citada revista, en cuyo número inaugural se dieron a conocer textos de, entre otros, Antonio Machado, José Moreno Villa, León Felipe y Juan José Domenchina, quien

Lecturas clásicas españolas (Ordenadas y anotadas por Esteban Salazar Chapela. London, George G. Harrap & Co. Ltd. (Publicaciones dirigidas por el Instituto Español de Londres), 1949). Dos años después, desaparecido ya el centro republicano, Salazar Chapela publicó *Advanced Modern Spanish Proses* (Selected by E. Salazar Chapela. London, George Harrap & Co. Ltd., 1951).

²⁷¹ Cfr. «El Gobierno de la República. Un grupo de intelectuales visita al Presidente del Consejo», *La Vanguardia*, Barcelona (5 de enero de 1937), p. 6.

²⁷² En el editorial, sus responsables confesaron haber sido alentados por el Gobierno de la República «a publicar una revista en la que cada cual siguiese la línea normal de su tarea madrileña, científica o artística». De ese propósito nació su título, pues «si de Madrid arranca nuestra labor, a ella y en homenaje a ella han de ir dirigidos todos los trabajos que aquí se publiquen». «Madrid es lo que nos une a todos» (*Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura*, Valencia, 1 (febrero de 1937), s.p.). Existe edición facsímil de la publicación, con introducción de Robert Marrast (Glashütten im Taunus, Nendeln-Liechtenstein, Verlag Detlev Auvermann KG-Kraus Reprint (Biblioteca del 36, 5), 1974).

²⁷³ Robert Marrast, «Introducción», en *Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura*, ob. cit., p. 16.

también colaboró en la segunda entrega, aparecida en Valencia en mayo de 1937. La publicación del tercer número se demoró un año. En ese tiempo la Casa de la Cultura fue objeto de un polémico debate que ocasionó su cierre temporal²⁷⁴. Poco después de su reapertura, el Gobierno de la República se trasladó a Barcelona, donde, en mayo de 1938, vio la luz la última entrega de *Madrid*, dirigida en esta ocasión por Enrique Díez-Canedo, primero, y, cuando el escritor se marchó a México, por María Zambrano²⁷⁵.

Pero las actividades en las que colaboraron los intelectuales albergados en la Casa de la Cultura no se circunscribieron a la edición de *Madrid*. Conscientes del valor de su participación, los dirigentes gubernamentales contaron con ellos para la celebración de numerosos actos públicos²⁷⁶ y para

²⁷⁴ Los escritos de la anarquista Lucía Sánchez Saornil y del doctor Gonzalo R. Lafora, en los que denunciaban el comportamiento supuestamente sectario del Ministerio de Instrucción Pública, las respuestas de dicho departamento, de Antonio Machado, de la Alianza valenciana, del diario comunista *Frente Rojo* y el manifiesto firmado por Manuel Márquez, Victorio Macho y Tomás Navarro Tomás han sido reproducidos por Manuel Aznar Soler en «L'Aliança d'Intel.lectuals per a la Defensa de la Cultura de València i la creació de la Casa de la Cultura» (*art. cit.*, textos LXVI a LXXII, pp. 267-276).

²⁷⁵ Un mes después de la aparición del tercer y último número de *Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura* —el cuarto, que, al parecer, se estaba preparando en diciembre de 1938, no llegó a ver la luz—, María Zambrano le exponía a Rosa Chacel su postura respecto de la guerra: «Ya ves que mi actitud sigue siendo extremadamente dispar con la tuya, lo cual quiere decir que *las mismas razones en mí* son un cosa distinta que en ti, pues las he descubierto aquí, bajo estas bombas, sintiéndome *beligerante*, enemiga de Giménez Caballero, al que considero un miserable traidor, al que jamás daría la mano. Enemiga *hasta la muerte* de todos los que han vendido a España, a quien jamás llamaré *mía* porque soy yo *de ella*, y ésta es la diferencia de amor» (carta de María Zambrano a Rosa Chacel fechada en Barcelona el 26 de junio de 1938, *Cartas a Rosa Chacel*. Edición, introducción y notas de Ana Rodríguez-Fischer. Barcelona, Ediciones Cátedra-Versal (Travesías: Epistolarios), 1992, pp. 36-37; texto incluido en María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*. Presentación de Jesús Moreno Sanz. Valladolid, Editorial Trotta (Colección Estructuras y procesos. Serie Filosofía), 1998, p. 211).

²⁷⁶ Es el caso, por ejemplo, de la exposición de guerra que se inauguró, a las 5,30 de la tarde, el domingo 3 de enero de 1937. Ese día estuvo presente en el local de la calle Ribera, 3, Victorio Macho, que exponía «por primera vez en Valencia "Impresiones plásticas de la lucha en Madrid", apuntes inéditos, y una "Galería de cabezas campesinas» (*El Mercantil Valenciano*, Valencia (viernes, 1 de enero de 1937), p. 3). A algunos de estos actos se refirió Moreno Villa, residente en la ciudad hasta el mes de febrero de 1937, posteriormente: «En Valencia intervine en dos actos públicos. El primero, organizado por el Ministerio de Instrucción Pública, tuvo lugar en la plaza mayor de la ciudad, donde

la difusión de manifiestos y circulares, textos que suscribieron asimismo intelectuales y artistas que no vivían en el edificio de la calle de la Paz²⁷⁷. La firma de Salazar Chapela sólo pudo verse en el mensaje dirigido «A la conciencia del mundo», texto, promovido tal vez por el Servicio Español de Información, que fue publicado en su boletín el 21 de febrero de 1937²⁷⁸. Lo

levantaron una tribuna bastante flaca e incómoda, sin un mal banco para sentarse, ni escalera para subir. Recuerdo los apuros de Machado para trepar por unas vigas o tabloncillos estando tan torpe de movimientos como estaba. El Ministro explayó su discurso, Machado leyó su poema a la muerte de García Lorca, León Felipe un romance, y yo no sé si intervine aquella tarde u otra, leyendo algunos de los poemas de guerra ya transcritos. El segundo acto público tuvo lugar en un inmenso teatro abarrotado de gente. Creo que éramos once los participantes en aquel mitin monstruo por las víctimas del Consomol [*sic*], barco ruso hundido en nuestras costas, del cual no se salvó un solo hombre. Allí hablaron los representantes de todas las fuerzas del Frente Popular y de instituciones culturales. Yo fui elegido por la Casa de la Cultura para leer lo que escribiese. Y tuvo un éxito de silencio como no he visto otro. Mis palabras no llegaron al gran público, caían fuera del estilo usado en los mítines» (*Vida en claro, ob. cit.*, p. 230).

²⁷⁷ Entre otros, pueden citarse los siguientes: «Lo que el fascismo está destruyendo en Madrid afecta a todos los hombres. Llamamiento a los intelectuales del mundo, de los hombres de ciencia y artistas de la Casa de la Cultura de Valencia», publicado en *Verdad*, Valencia, 27 de diciembre de 1936, p. 2 (reproducido por Manuel Aznar Soler en *II Congreso Internacional de escritores para la defensa de la cultura (1937). Literatura española y antifascismo (1927-1939)*, *ob. cit.*, pp. 314-315); y «Los más notables representantes de la cultura responden a las manifestaciones de Marañón», aparecido en *Ahora* el 6 de marzo de 1937 (reproducido por Manuel Aznar Soler en «L'Aliança d'Intel.lectuals per a la Defensa de la Cultura de València i la creació de la Casa de la Cultura», *art. cit.*, pp. 198-200).

²⁷⁸ El texto se divulgó en diferentes medios. *Fragua social*, órgano de la CNT en Valencia, lo publicó el 23 de febrero de 1937 (p. 3) precedido del siguiente título: «Un grupo de escritores y hombres de ciencia se dirige a la conciencia del mundo condenando la guerra». «Los profesores y artistas españoles apelan a la conciencia del mundo» es el encabezamiento que se utilizó en *La voz de la inteligencia y la lucha del pueblo español. Antecedentes y Documentos* (Prólogo de Carles Pi i Sunyer. París, Association Hispanophile de France, 1937, pp. 63-65; reproducido por Manuel Aznar Soler en *II Congreso Internacional de escritores para la defensa de la cultura (1937). Literatura española y antifascismo (1927-1939)*, *ob. cit.*, pp. 355-356). Dicha publicación fue difundida asimismo en lengua catalana por el Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya (*Les veus de la intel.ligència i la lluita del poble espanyol. Antecedents i documents* (Pròleg de Carles Pi i Sunyer. Barcelona, Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya, 1937; edición facsímil: Barcelona, Lletra Viva (Antecedents i documents, 7), 1978). En dicho folleto, el manifiesto —titulado «Els professors i els artistes espanyols apellen a la consciència del món»— apareció encabezado por el siguiente texto, ausente en la versión divulgada por el Servicio Español de Información: «Les matances de Badajoz, l'èxode de Màlaga, els bombardeigs reiterats de Madrid portats després a diverses ciutats obertes, han donat a la guerra espanyola una crueltat i una ferotgia alarmants. Ultra

redactó «un grupo de intelectuales españoles, lo que vale tanto como decir de españoles consagrados por hábito y profesión a las tareas de la inteligencia, que son faenas de la paz»²⁷⁹. Dicho colectivo se sentía obligado a «gritar», pues «la guerra que hacen los rebeldes ha roto todos los diques de la moral, ha abierto todas sus esclusas, y es un torrente de iniquidad que amenaza anegar a España entera». Cumpliendo, por tanto, con lo que consideraban «un deber imperioso», los firmantes recordaban «a la conciencia del mundo la sañuda persecución aérea y artillera de que se ha hecho víctima a los no combatientes –ancianos, mujeres y niños– de toda la España leal, a los fugitivos no beligerantes de Málaga, y, en estos últimos días, a todos aquéllos que se refugiaron en las ciudades abiertas, alejadas de la guerra y consagradas al trabajo, como Valencia y Barcelona». Advertían además,

por si esta contienda que ensangrienta a España fuera, como alguien sospecha, un anticipo, un *ensayo* de la futura –acaso inevitable– guerra mundial [...], [que] la guerra tiende a perder toda sombra de dignidad humana, porque empieza a hacerse de una manera fría y sistemática contra los indefensos y los inofensivos. Si este ejemplo cunde, porque no despierta la indignada repulsa del mundo entero, en el futuro, no sólo combatirán los ejércitos entre sí, sino también, y sobre todo, el elemento armado de cada nación contra la población inerme de la nación adversaria; lo que quiere decir que no son ya los individuos, ni los pueblos, sino la especie humana en su totalidad lo que peligra.

la invasió de tropes estrangeres, el poble espanyol ha calgut que sofrís encara el càstig d'uns procediments inhumans. Aquest desenfrenament dels generals rebels clama la justícia i l'atenció de la consciència universal. A aquest estat d'esperit respon el següent manifest, protesta vibrant contra la follia d'aquesta darrera etapa de la guerra» (*ob. cit.*, p. 61).

²⁷⁹ Todas las citas del manifiesto han sido tomadas de la versión publicada en *Servicio Español de Información. Textos y documentos* («A la conciencia del mundo», Valencia (21 de febrero de 1937), s.p.). Además de Salazar Chapela, los firmantes, cuyos nombres aparecieron ordenados alfabéticamente, fueron Manuel Altolaguirre, Aurelio Arteta, Francisco Ayala, Ricardo Baeza, Jacinto Benavente, José Capuz, Pedro Carrasco, Roberto Castrovido, Rafael Dieste, Juan José Domenchina, Arturo Duperier, «Fabián Vidal», José Gutiérrez Solana, Rodolfo Halffter, «Juan de la Encina», León Felipe, José María López Mezquita, Antonio Machado, Victorio Macho, Antonio Madinaveitia, Dr. M. Márquez, Eduardo M. Torner, Enrique Moles, Tomás Navarro Tomás, Ricardo Orueta, José M. Ots y Capdequí, Federico Pascual, Bartolomé Pérez Casas, Timoteo Pérez Rubio, Juan Peset, Gustavo Pittaluga, Emilio Prados, Miguel Prados, Antonio Porras, Alardo Prats, José Puche Álvarez, Gonzalo R. Lafora, Antonio Robles, Cristóbal Ruiz, José Miguel Sacristán, Arturo Souto, Félix Urabayen y Antonio Zozaya.

El escrito finalizaba con la expresión de este sentido deseo:

Esperamos que la plena conciencia de cuanto decimos, y una experiencia demasiado cercana de los hechos que denunciarnos, den a nuestra voz la autenticidad suficiente para ser oída, más allá de nuestras fronteras, por todos los hombres capaces de reflexión a quienes interese el porvenir del mundo. Esta guerra de España –esta guerra en España– puede ser, en efecto, el prólogo sangriento de una guerra mundial de proporciones incalculables. Puede ser, también, si la conciencia universal no se duerme, el momento propicio para atajar con normas de derecho y de justicia la gran catástrofe moral que haría esa guerra inevitable.

Finalizado el trabajo diario, Salazar Chapela se separaba de sus compañeros para dirigirse a su domicilio. Inicialmente vivió, junto a unos amigos –dos jóvenes diputados a Cortes de Izquierda Republicana y un diplomático en espera de destino– en un piso situado en el número 16 de la calle Miguelete cuyos dueños ocupaban las dependencias superiores, según relató en *En aquella Valencia*²⁸⁰. Sus anfitriones fueron, de acuerdo con el testimonio de Carmen Antón –miembro de La Barraca y esposa del pintor, ilustrador y escenógrafo Gori Muñoz, quien también vivió en aquella casa una temporada, junto con Paquita García de la Bárcena–, Albino Laso y Fulgencio Díaz Pastor. En aquella «república» –nombre con el que se denominaron las casas en las que se albergaban funcionarios y otros colaboradores del Gobierno– se hospedó asimismo el músico Gustavo Pittaluga²⁸¹, gran amigo de Salazar Chapela, a quien pudo recurrir para resolver el problema de alojamiento con el que se encontró al llegar a la ciudad. De ahí se trasladó a una casa Gobernador Viejo, donde la propietaria

²⁸⁰ En la novela, la vivienda, «un piso muy grande y hasta cabe decir suntuoso», se sitúa en la calle Gobernador Viejo (*ob. cit.*, p. 64).

tenía escondido a su hijo, del mismo modo que se cuenta en *En aquella Valencia*²⁸². En sus ratos de ocio –muchos, según podemos leer en la novela²⁸³–, frecuentó la calle de la Paz –vía que le parecía a Cernuda, residente en Valencia entre abril y octubre de 1937, «una de las pocas calles, propiamente calles, que tenía España»²⁸⁴–. Allí, muy próximo a la Casa de la Cultura, se hallaba el café-restaurant Ideal Room, punto de encuentro de los intelectuales que residían o que viajaban circunstancialmente a Valencia, como han recordado posteriormente algunos de sus habituales²⁸⁵. Fue

²⁸¹ Cfr. Carmen Antón, *Visto al pasar. República, guerra y exilio*. A Coruña, Ediciós Do Castro (Documentos para a Historia Contemporánea de Galiza. Serie/Documentos, 179), 2002, p-107.

²⁸² En la novela, el escritor intercambió las direcciones de sus residencias valencianas, como se deduce de las afirmaciones que vertió en la carta que dirigió a Max Aub el 25 de septiembre de 1963 (*art. cit.*): «Mis amigos de Gobernador Viejo son los mismos –reales– con quienes viví en un gran piso de Miguelete, 16, cuyos dueños ricos se habían refugiado en el piso de arriba; allí nos servía Pepete a la mesa, allí dormía yo en una habitación –espléndida– de una criada [...]. De Miguelete pasé a vivir a una casa, también muy buena, de Gobernador Viejo. La dueña tenía escondido a su hijo, un Semo más joven que Semo, de magnífica planta, agradabilísimo chico. La señora sabía ruso, pues lo había aprendido de niña en Rusia (¡como mi marquesa!) cuando su padre estuvo allí unos años de embajador».

²⁸³ «Una guerra es un ocio», afirmó el protagonista tras explicar que muchos días no se levantaba sino media hora antes de salir a la calle para tomar el aperitivo (E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, *ob. cit.*, p. 106).

²⁸⁴ Juan Gil-Albert, *Memorabilia*, *ob. cit.*, p. 220. La misma impresión puede leerse en *Crónica General*, de Juan Gil-Albert (Valencia, Editorial Pre-Textos-Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1995, p. 116). Salazar Chapela recrea en *En aquella Valencia* el constante ir y venir de intelectuales y artistas por la calle de la Paz, razón por la que Max Aub le sugirió, cuando el novelista malagueño dudaba acerca del título que daría a su obra, que la llamara precisamente así, *La calle de la Paz*. Salazar Chapela rechazó la idea, pues el título propuesto «parecería un plagio de *Valverde Street*»; esto es, de *La calle de Valverde*, de Max Aub (carta de Esteban Salazar Chapela a Max Aub fechada en Londres el 12 de octubre de 1963, ABMA). En la citada vía valenciana, Sebastián Escobedo se encuentra con Jacinto Benavente, con el que conversa un momento. De sus palabras dedujo el protagonista que el dramaturgo «tenía su corazón entero con los facciosos» (*ob. cit.*, p. 168), como se comprobaría nada más acabar la contienda. «En mi encuentro con Benavente», escribió Salazar Chapela a Max Aub en la carta que le remitió desde Londres el 25 de septiembre de 1963 (*art. cit.*) «no hay añadido ni arreglado nada. Fue exactamente así».

²⁸⁵ Salazar Chapela también alude con frecuencia en *En aquella Valencia* «al Ideal Room, uno de los dos cafés más concurridos de la calle de la Paz» (*ob. cit.*, p. 89). Para Francisco Ayala, «en la Valencia de la guerra el Ideal Room constituía un centro de reunión intelectual sumamente vivo. Acudía allí Corpus Barga [...], León Felipe con su mujer Berta; [...] el pintor mexicano Siqueiros vestido de coronel, y tantos otros. Yo solía

probablemente en el Ideal Room –donde se ubicaría posteriormente la Casa de Cataluña–, o tal vez en el Vodka –situado en el número 14 de la misma calle de la Paz–, donde Salazar Chapela pudo conversar con José Bergamín, quien acudía de vez en cuando a Valencia; con Ricardo Baeza y su esposa; con Corpus Barga; con Francisco Ayala y con otros amigos y conocidos²⁸⁶ con los que había coincidido durante años en las tertulias y en las redacciones madrileñas, cuyos distintos ambientes se vieron unificados a causa de la guerra²⁸⁷.

En los primeros meses de 1937, la ciudad ofreció a los ciudadanos una oferta cultural y de ocio amplia y variada. Los empresarios del sector respondían así a la creciente demanda que se produjo con motivo del aumento de población experimentado, sobre todo del sector adinerado, entonces²⁸⁸. Permanecieron abiertas más de veinte salas cinematográficas²⁸⁹, y se

arrimarme a la tertulia de Rosa Chacel y Concha de Albornoz, donde concurrían asiduamente Máximo José Kahn con Trude, todos antiguos amigos míos. También se veían por allá los evacuados ilustres, sostenidos –y explotados con fines de propaganda– por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, en manos comunistas; o el grupo juvenil que editó la estupenda revista *Hora de España*, en cuyas páginas no quise yo colaborar...» (*Recuerdos y olvidos*, ob. cit., pp. 204-205). Juan Gil-Albert, por su parte, nos ha dejado sus recuerdos del citado local antes de la guerra, durante sus años universitarios, cuando, junto a sus compañeros, pasaban allí «insulsamente el tiempo, poniendo en solfa a los profesores» (*Crónica General*, ob. cit., pp. 125-129).

²⁸⁶ Salazar Chapela menciona en *En aquella Valencia* a más de cincuenta escritores, intelectuales y artistas que vivían en la ciudad o que estaban de paso allí.

²⁸⁷ «Entrar por la tarde en el Ideal Room no era como entrar en La Granja, en el Lyon o en el Regina, cafés literarios y artísticos madrileños; era como entrar en esos tres cafés a la vez, pues en el Ideal Room se encontraban siempre elementos de las peñas de todos ellos» (E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, ob. cit., p. 119). Esta transposición de las tertulias de Madrid a Valencia fue señalada también por Pablo de la Fuente en una de sus narraciones desterradas: «La Granja en aquellos días de fin del 36 estaba repleta del público más inesperado. Le fallaron los fieles, que ahora se encontraban en el Ideal Room o el Vodka de Valencia» (*Sobre tierra prestada*. Santiago de Chile, Nuestro Tiempo, 1944, p. 155).

²⁸⁸ Cfr. Agustín Safón Supervía y José D. Simón Riera, *Valencia 1936-1937. Una ciudad en guerra*. Valencia, Excmo. Ayuntamiento de Valencia, Delegación Municipal de Cultura, 1986, pp. 84-85.

²⁸⁹ «En algunas de ellas y casi siempre en sesiones matinales se organizaron en ocasiones proyecciones de cineclubs [*sic*] o de entidades políticas o sindicales, pero todas habitualmente seguían sus exhibiciones comerciales, aunque todas ellas controladas e

programaron espectáculos teatrales²⁹⁰ y musicales²⁹¹ de muy diverso signo. Los residentes en Valencia pudieron practicar numerosas modalidades deportivas, competiciones a las que también asistió el público interesado²⁹². Exposiciones de arte, charlas, conferencias y homenajes, ideados en no pocas ocasiones como instrumentos de propaganda²⁹³, fueron propuestas corrientes en la vida cotidiana de los valencianos. Pero mientras sólo algunos podían disfrutar de estas y otras formas de entretenimiento –entre las que se encontraban también los cabarets–, y se permitían saborear succulentos platos en restaurantes como La Marcelina²⁹⁴, la mayoría de la población veía con

incautadas por las dos centrales sindicales», ha escrito Ricardo Muñoz Suay, quien también da cuenta de la publicación de *Semáforo*, revista quincenal editada por el Comité Ejecutivo de Espectáculos Públicos de Valencia y provincia («El cine en Valencia durante la guerra», en *València, capital de la República. Catálogo de la exposición organizada por el Ayuntamiento de Valencia*. València, Excm. Ajuntament de València, 1986, pp. 86 y 88).

²⁹⁰ A pesar de las críticas que suscitó la oferta teatral que podía verse en la ciudad y de los esfuerzos frustrados por crear un repertorio revolucionario, se impuso «una concepció molt més pragmàtica que va fer que la vida teatral es regís fonamentalment pel binomi comercialitat/evasió» (Josep Lluís Sirera, «El teatre», *ibidem*, p. 92).

²⁹¹ Amparo Ranch nos ha ofrecido un resumen de la actividad musical valenciana en «Valencia, "faro cultural", octubre 1936-noviembre 1937» (*ibidem*, pp. 93-96).

²⁹² Sobre el tema puede verse «Deportes», de Juan A. Mestre Sancho (*ibidem*, pp. 97-99).

²⁹³ Muchos de ellos fueron promovidos por «Altavoz del Frente», organización del Partido Comunista que impulsó numerosas actividades –exposiciones, recitales, charlas, etc.– y que contó con una emisora de radio, inaugurada en Valencia el 20 de enero de 1937, que dedicó un programa semanal al «evacuado madrileño» (*cfr. El Mercantil Valenciano*, Valencia (jueves 21 de enero de 1937), p. 2). En el frente, el Partido Comunista, impulsó, a través del Quinto Regimiento, otra relevante iniciativa, *Milicia Popular*. *Diario del 5º Regimiento de Milicias Populares*, publicación que «tiene la identidad clásica del periódico militante», y cuyo «objetivo es servir de portavoz a la entidad miliciana más prestigiosa» (Mirta Núñez Díaz-Balart, «El Ejército de papel. Propaganda y medios de información en la República en guerra, 1936-1939», en José Esteban y Manuel Llusia (comp.), *Literatura y guerra civil. Madrid, 1936-1939*. Madrid, Talasa Ediciones (Talasa Literatura, 7), 1999, p. 84). Existe edición facsímil de *Milicia Popular*, publicada en Barcelona por Editorial Hacer en 1977.

²⁹⁴ Salazar Chapela menciona este conocido restaurante –todavía en funcionamiento en el actual Paseo de Neptuno, 8– cuando imagina que Semo pudo haber sido asesinado y posteriormente robado (*cfr. En aquella Valencia, ob. cit.*, p. 226). Símbolo del lujo y de la abundancia en 1937, La Marcelina fue objeto de agrios comentarios por parte de quienes denunciaban el intolerable ritmo de vida que llevaban unos pocos, frente a la austeridad a la que obligaba la guerra (*cfr. Ricard Blasco, «Vida cotidiana», en València, capital de la República, ob. cit.*, pp. 21-22).

impotencia y desesperación cómo se encarecían los precios, cómo escaseaban los artículos de primera necesidad y cómo se formaban las primeras colas para adquirir productos básicos. En estas difíciles circunstancias, muchos ciudadanos orientaron su malestar hacia los denominados «madrileños» —burócratas, periodistas, dirigentes políticos y sindicales, personal diplomático y otros integrantes de la «España oficial» que llegó a Valencia inmediatamente después del traslado de la capitalidad de la República—, «los más adictos al ocio y al regodeo, simplemente porque su número era mayor»²⁹⁵. Mientras crecía esta «vena xenófoba»²⁹⁶, los periódicos del «heroico Madrid» —«*La Voz* el primero»²⁹⁷— promovían una campaña contra el llamado «Levante feliz», un mito cuya creación partió en buena medida de la presencia inicial de «una serie de vividores ajenos a la guerra [...], individuos desestabilizadores que desde el momento de su llegada fueron sembrando la discordia con el complejo de superioridad fanfarrona de los habitantes de las grandes capitales»²⁹⁸.

Para distanciarse tal vez de ese colectivo, Salazar Chapela quiso dejar claro en *En aquella Valencia* que él había llegado a la ciudad casi con tres meses de retraso²⁹⁹. No había participado, por tanto, en «el proceso de madrileñización de la capital levantina»³⁰⁰ que igualmente denunció la prensa local. El protagonista de la novela también censura la vida que llevan

²⁹⁵ Agustín Safón Supervía y José D. Simón Riera, *Valencia 1936-1937. Una ciudad en guerra*, ob. cit., p. 85.

²⁹⁶ *Ibidem*, p. 77.

²⁹⁷ *Ibidem*, p. 84.

²⁹⁸ *Ibidem*, p. 76. Juan Gil-Albert se ha referido también «a los que se llamaba "los madrileños", impropriamente, ya que casi nadie de los que habían venido de la capital llevaba inscrito, en su cédula personal, nacido en Madrid —me refiero a los intelectuales e incluso a los políticos [...]. Eran los metecos; que sin ser madrileños, eran Madrid. Allí vivían, allí segregaban, y de allí les venía una configuración que se les notaba, sobre todo en provincias, por un como tufillo de superioridad que se percibe más que se demuestra» (*Memorabilia*, ob. cit., p. 240).

²⁹⁹ Cfr. E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, ob. cit., p. 64.

algunos residentes en la ciudad, a los que no considera únicos responsables de su actitud, pues son la propia guerra y las instituciones republicanas las que la propician³⁰¹. Sebastián Escobedo no se permite ningún exceso, pero puede comer y beber abundantemente en la casa donde se hospeda. Para él, acostumbrado al ayuno y al racionamiento, un café con leche era pura «ambrosía después del horrible sucedáneo que se tomaba en Madrid»³⁰².

Y es que, como afirma el personaje, «en la Valencia de enero de 1937 no se notaba mucho la guerra, al menos viniendo de Madrid»³⁰³. Pero la situación empezaría a cambiar muy pronto. A las acciones de los incontrolados y de la quinta columna, se sumaron los bombardeos que los facciosos realizaron desde el mar y desde el aire cada vez con mayor frecuencia. La noche del 12 enero, poco antes de que Salazar Chapela llegara a la ciudad, un buque pirata cañoneó el puerto, causando nueve muertos y doce heridos. Como sucediera en Barcelona durante esas fechas, la «ciudad abierta» recibía el 14 de febrero los obuses de la marina de guerra sublevada. Catorce muertos y sesenta heridos, entre ellos numerosas mujeres y niños, constituyeron el balance de la agresión. Días después, el 23 de febrero, un avión lanzaba a las tres de la

³⁰⁰ Agustín Safón Supervía y José D. Simón Riera, *Valencia 1936-1937. Una ciudad en guerra*, ob. cit., p. 74.

³⁰¹ La mejor representación de las costumbres que habían adquirido algunos funcionarios públicos durante su estancia en Valencia la constituyen sus amigos diputados, que ofrecen un whisky al protagonista cuando el ruido de un bombardeo le despierta de madrugada. «El whisky se había puesto de moda en la retaguardia republicana», escribe Salazar Chapela. «El whisky y los cigarrillos americanos Lucky Strike» (*En aquella Valencia*, ob. cit., p. 65). Carmen Antón ha recordado así el Ideal Room, café en el que, nada más entrar, «se percibía ese olor inconfundible mezcla del aroma del Dunhill fumado en pipa, y que aún se podía encontrar en esa Valencia protegida de los malos vientos de la guerra» (*Visto al pasar. República, guerra y exilio*, ob. cit., p. 108). El testimonio de Moreno Villa apunta en este mismo sentido: «En el café mejor de la ciudad tuve la grata sorpresa de encontrar botellas de rica cerveza alemana. Costaban caras, pero como no tenía en qué gastar mi sueldo de archivero, las fui consumiendo todas poco a poco» (*Vida en claro*, ob. cit., p. 231). Desde la perspectiva del ciudadano de Valencia, Gil-Albert aludió también a algunos lujos de la época. En algunos cafés o cremerías, «los "madrileños" podían pedir aún, sin dar fe de lo que veían, fresas con nata» (*Memorabilia*, ob. cit., p. 210).

³⁰² E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, ob. cit., p. 78.

madrugada bombas explosivas e incendiarias sobre los poblados marítimos. A las siete y media se repetía la incursión aérea sobre otros barrios de la ciudad³⁰⁴. En *En aquella Valencia*, Salazar Chapela retrata con fidelidad el paulatino incremento de los ataques del ejército sublevado a Valencia. Recordemos que la reconstrucción de su estancia allí se inicia con uno de ellos³⁰⁵; otro más brutal matará a Socorrito, víctima inocente de la guerra³⁰⁶. Valencia no estaba preparada para los ataques. Los refugios antiaéreos fueron construidos muy lentamente y no siempre resultaron eficaces³⁰⁷. Además, eran insuficientes para una población que había crecido de forma desmedida. La ciudad, que no contaba con la infraestructura adecuada, hubo de acoger en poco tiempo a las personas que llegaron, directa o indirectamente, con el traslado gubernamental. Posteriormente albergó también a la población madrileña y andaluza que huía de los bombardeos. Estas oleadas migratorias produjeron

³⁰³ *Ibidem*, p. 71.

³⁰⁴ Cfr. *La Vanguardia*, Barcelona (miércoles, 13 de enero de 1937), p. 5; (martes, 16 de febrero de 1937), p. 8; (miércoles, 24 de febrero de 1937), p. 8; (sábado, 28 de febrero de 1937), p. 4.

³⁰⁵ «Nos ha traído usted las bombas», le dice el diputado que reside en la casa donde Sebastián Escobedo pasa su primera noche. «Eso mismo me dijeron esta tarde en Requena», contesta el protagonista de *En aquella Valencia* (*ob. cit.*, p. 65).

³⁰⁶ «Tengo debilidad por Socorrito», le confesó Salazar Chapela a Max Aub en la carta que le envió el 25 de septiembre de 1963 (*art. cit.*) «porque representa la víctima inocente, como el niño». Por eso quería titular su novela *Socorrito y yo en aquella Valencia*, aunque no se le ocultaba la inconveniencia de su elección. Este personaje está inspirado en una empleada de la CIAP a la que conoció el escritor cuando trabajó en esa empresa editora. Uno de los diálogos que Sebastián Escobedo mantiene con ella en la novela se había producido, según le confesó el autor a Max Aub en la carta antes citada, en Madrid. Y es que, como afirma en esa misma misiva Salazar Chapela, «hay muchísimo detalle real, incluso en los diálogos».

³⁰⁷ Cfr. Agustín Safón Supervía y José D. Simón Riera, *Valencia 1936-1937. Una ciudad en guerra*, *ob. cit.*, p. 101. Sebastián Escobedo acude a uno de los tres que se prepararon en la calle de San Vicente. «En cuanto llegamos», relata el personaje, «me di cuenta de que no se trataba de un refugio sino de la planta baja —un gran almacén vacío— de una casa de tres o cuatro pisos. Aquello era todo lo más un refugio psicológico, como tal apto sólo para proteger del miedo a los inocentes, pero de ningún modo para amparar a nadie de las inclemencias de una bomba» (Esteban Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, *ob. cit.*, p. 153).

un índice demográfico que excedía la capacidad acogedora de la ciudad, convirtiéndola en una urbe promiscua en la que se codeaban los ministros con los milicianos, la gente de la huerta con los funcionarios madrileños, los desocupados con los excedidos por su labor, en medio de una flotante materia híbrida a la que, tanto o más que el parte de guerra, o que incluso las visitas de la aviación, la asediaba a diario el problema del dormir y del comer; de dónde dormir, de cómo comer³⁰⁸.

Y aunque la situación no era comparable con la que Salazar Chapela había vivido en Madrid, la experiencia le resultó humana y profesionalmente muy decepcionante. «¡Qué días, qué meses!», exclamó años después al recordar sus vivencias en aquel Levante que fue para él tan poco feliz³⁰⁹. Porque al aislamiento intelectual –y tal vez político también– que padeció, y al control al que estuvo sometido su trabajo hubo de añadir el escrupuloso silencio que se vio obligado a guardar sobre «el noventa y nueve y medio por ciento de cuanto [...] sabía»³¹⁰. Dicha información, a la que tuvo acceso en las dependencias de Propaganda, fue desvaneciendo su esperanza en la victoria republicana, como se infiere de algunos de los comentarios que vertió en sus artículos, rectificados siempre a renglón seguido, según hemos podido observar en páginas precedentes.

Con gran esfuerzo, Salazar Chapela intentó cumplir con su cometido, a pesar de lo molesto que le resultaba. Cuando Arturo Soria «chocó frontalmente con los comunistas»³¹¹ –confrontación que tal vez tuvo alguna relación con la estrecha colaboración que el Ministerio de Propaganda mantenía con la

³⁰⁸ Juan Gil-Albert, *Memorabilia*, *ob. cit.*, p. 204.

³⁰⁹ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Londres el 3 de abril de 1963 (ms. 22830-14 (85), BN).

³¹⁰ E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, *ob. cit.*, p. 92. En otro momento de la narración, el protagonista explica las razones de su conducta: «Como ya he dicho alguna vez mi puesto en la subsecretaría me imponía hablar en los cafés con cuidado sumo, parte porque no debía pregonar ninguna confidencia secreta que yo supiera, parte también porque sentíame en el deber de ser leal al buen amigo Segovia» (*ibidem*, p. 121).

³¹¹ Arturo Soria y Puig, «Un hombre de palabra», *art. cit.*, p. 19.

Alianza de Intelectuales Antifascistas y con el Ministerio de Instrucción Pública³¹², presentó su dimisión. En solidaridad con Soria, Salazar Chapela renunció a su puesto, como lo hicieron también todos los compañeros que habían sido llamados por él³¹³. De acuerdo con el testimonio contenido en *En aquella Valencia*, Salazar Chapela dio así por concluida una labor que, además de contar con los inconvenientes ya mencionados, no siempre fue bien recibida por sus superiores, pues muchos de los artículos que escribió no llegaron a publicarse en la prensa de Madrid y de Barcelona, incluso «el mismo *Mercantil Valenciano* no los publica[ba] todos»³¹⁴. Curiosamente, esta misma queja fue formulada durante el mes de marzo por varios periódicos de la capital, entre los que se encontraban *El Socialista* y *La Voz*. Ambos rotativos «achacaban a *Política* –órgano de IR [Izquierda Republicana]– disfrutar de los privilegios del Ministerio [de Propaganda] en

³¹² Las labores de propaganda impulsadas por ese departamento no fueron bien acogidas por otras instituciones, que se sintieron presionadas por el ministerio que dirigía Hernández. José Carreño España, consejero de Propaganda de la Junta Delegada de Defensa de Madrid, ya se había quejado a Carlos Esplá, el titular del Ministerio de Propaganda en la carta que le remitió el 8 de diciembre de 1936 (*cf.* texto conservado en el Archivo Histórico Nacional reproducido por Miguel Ángel Gamonal Torres en *Arte y política en la guerra civil española. El caso republicano, ob. cit.*, pp. 78-81).

³¹³ «Presentamos la dimisión todos en solidaridad con Soria», explicó Salazar Chapela a Max Aub en carta fechada en el 25 de septiembre de 1963 (*art. cit.*). En la novela, Segovia comunicó al protagonista que se iba a producir una renuncia colectiva con estas palabras: «Conmigo va a dimitir también todo el personal que yo traje de Madrid, desde Martillo hasta la última de las niñas» (E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia, ob. cit.*, p. 247). El personaje denominado Martillo es trasunto de Luis Gabriel Portillo, profesor ayudante de Derecho Civil en la Universidad de Salamanca, que, como ha sido mencionado, trabajaba en el Ministerio de Propaganda. Finalizada la guerra civil, Portillo vivió exiliado en Londres, donde compuso los poemas que han sido recogidos en el volumen *Ruiseñor del destierro. Poesías* (Barcelona, Anthropos (Memoria Rota. Exilios y Heterodoxias, 20), 1989).

³¹⁴ E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia, ob. cit.*, p. 247. El citado periódico fue, según consta en su primera página, «Diario político, independiente, literario, comercial y de anuncios» del 29 de julio al 25 de agosto de 1936; «Diario controlado por la Delegación de Propaganda y Prensa del Comité Ejecutivo Popular», entre el 26 de agosto de 1936 y el 26 de enero de 1937. Cuatro días después, y hasta el 30 de junio de 1937, se consignó que se trataba de un «Diario republicano de izquierdas», cuya «orientación» se hallaba «controlada por las sindicales gráficas de Valencia».

la recepción de las informaciones»³¹⁵. Y aunque «*Política* salió al paso de las denuncias, así como el Delegado de Propaganda Carreño –de IR, al igual que el ministro Esplá– [...], las susceptibilidades [...] estuvieron a la orden del día»³¹⁶.

Finalizada la campaña de Guadalajara –«desde el punto de vista estrictamente bélico, el éxito más notable del Ministerio de Propaganda»³¹⁷–, Arturo Soria y sus colaboradores abandonaron el departamento que dirigía Carlos Esplá. Para entonces, resultaba más que evidente que los trabajos de propaganda no habían logrado articularse de la forma debida. Durante el mes de marzo de aquel 1937, la *Gaceta de la República* publicó diversos ceses de funcionarios que dejaban de prestar servicios en ese ministerio para volver a desempeñar sus cargos anteriores en los departamentos, organismos e instituciones de los que habían sido traspasados. Quizá se preparaba ya su disolución, fin que se hizo efectivo en el mes de mayo, coincidiendo con la formación del primer Gobierno de Negrín. Las funciones que hasta entonces tenía asignadas el Ministerio de Propaganda pasaron a depender del Ministerio de Estado, donde se creó una Subsecretaría de la que se hizo cargo el arquitecto comunista Manuel Sánchez Arcas³¹⁸, miembro de la Alianza de Intelectuales Antifascistas y organizador, según el testimonio de Moreno Villa, de las evacuaciones de intelectuales de Madrid³¹⁹.

³¹⁵ Julio Aróstegui y Jesús A. Martínez, *La Junta de Defensa de Madrid. Noviembre 1936-abril 1937*. Madrid, Comunidad de Madrid, 1984, p. 223.

³¹⁶ *Idem*.

³¹⁷ Pedro Luis Angosto Vélez, *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá: una biografía política, ob. cit.*, p. 298.

³¹⁸ En ella trabajó también Constanza de la Mora, que desempeñó el cargo de jefe de la Sección de Prensa Extranjera (*cfr. Doble esplendor*. Barcelona, Editorial Crítica (Temas hispánicos, 27), 1977, p. 366 y ss).

³¹⁹ «El día 28 de noviembre leía en el *ABC* que el Ministerio de Instrucción Pública sacaría de Madrid a los intelectuales. Hablé por teléfono a Navarro Tomás y me dijo que me comunicase con Sánchez Arcas. Éste se sorprendió de que yo siguiese en Madrid y me dijo que preparase un pequeño equipaje y estuviese listo para salir a la mañana siguiente» (J. Moreno Villa, *Vida en claro, ob. cit.*, p. 222).

Salazar Chapela solicitó de nuevo –como ya lo había hecho en septiembre de 1936– un cargo diplomático. Con este motivo se entrevistó, poco antes de que cesara en la dirección del Ministerio de Estado, con Álvarez del Vayo. Por méritos propios o gracias a la intervención de Francisco Ayala³²⁰, Salazar Chapela fue propuesto para la legación de Glasgow, un destino que aceptó de buen grado³²¹. «Me decidió en parte mi mujer», le confesó a Guillermo de Torre, «que había regresado a Valencia y estaba asustada con los bombardeos, y sobre todo la presunción de que mis aptitudes serían más útiles fuera que dentro de España. No me equivoqué»³²².

Aludía el escritor a las mismas razones que, según Juan Ramón Jiménez, le había dado Azaña al poeta de Moguer en la entrevista que mantuvo con él el 19 de agosto de 1936. El presidente afirmó entonces que «quería proteger a los intelectuales y artistas y que no tenía inconveniente (e incluso lo consideraba bueno) que salieran de España aquellos artistas e intelectuales que apoyaban al Gobierno, pues creía que podían ser más útiles fuera que dentro»³²³.

Un decreto firmado por Álvarez del Vayo, que sería ratificado por el nuevo ministro de Estado, José Giral, le nombró oficialmente Secretario de Primera en el Consulado Español de Glasgow. Salazar Chapela pasaba a formar parte del nutrido grupo de escritores que desempeñaron durante la guerra, en virtud de un decreto por el que se autorizaban nombramientos por el procedimiento

³²⁰ En Valencia el autor de *La cabeza del cordero* era el encargado de la Sección de Europa del Servicio Diplomático del Ministerio de Estado. Según ha dejado escrito en sus memorias, aunque Salazar Chapela nunca ha aludido a él al referirse a su nombramiento, «durante la guerra civil conseguí que el gobierno de la República lo enviara de cónsul a Glasgow» (*Recuerdos y olvidos, ob. cit.*, p. 124).

³²¹ Es probable que éste fuera el puesto o el país de destino que Salazar Chapela estaba esperando, según se deduce de la información que incluyó en la carta que le envió a Guillermo de Torre, desde Glasgow, el 21 de noviembre de 1937: «Ya me habían hecho varias invitaciones para pasar a Estado, pero me había negado a todas ellas» (*art. cit.*).

³²² *Idem.*

de urgencia, cargos diplomáticos³²⁴. Cipriano de Rivas Cherif, Luis Jiménez de Asúa o Jacinto Grau fueron algunos de ellos. La misma suerte corrió su compañero de despacho Máximo José Kahn, nombrado cónsul en Salónica y, posteriormente, en Atenas. La salida oficial de estos y otros intelectuales fue censurada, con cierto resentimiento político, por quienes no accedieron a esos empleos, como sucedió en el caso de Max Aub, aspirante al ingreso en la carrera diplomática³²⁵.

En Valencia quedaron para Salazar Chapela las últimas imágenes de muchos compatriotas a los que no volvería a ver nunca más, como le sucedió con Moreno Villa, según recordó a la muerte de éste en 1955³²⁶. De su paso por Barcelona, desde donde emprendió el viaje que lo alejaría para siempre de España, guardó en su memoria algunas de las palabras que oyó allí, como la conversación que mantuvo con el funcionario y autor dramático Sindulfo de la Fuente –a la sazón administrador de la Presidencia de la República y, al

³²³ Eddy Chibás, «Entrevista a Juan Ramón Jiménez», *Bohemia*, La Habana (23 de mayo de 1937); texto reproducido en el volumen, preparado por Ángel Crespo, *Guerra en España (ob. cit.)*, pp. 159-167.

³²⁴ Manuel Azcárate, nombrado secretario de embajada de tercera por Álvarez del Vayo, recuerda que durante la guerra un decreto autorizaba al Gobierno a nombrar diplomáticos por un procedimiento de urgencia, sin que los nuevos cargos debieran reunir los requisitos exigidos en tiempos de paz para el desempeño de esos puestos (*Derrotas y esperanzas*. Barcelona, Tusquets Editores (Colección Andanzas, 223), 1994, p. 122).

³²⁵ Cfr. 001031-(1,3-24), Archivo Renovado. Ministerio de Estado. Personal, AMAAEE. Muchos años después, el autor de la serie narrativa «El Laberinto mágico» escribió en sus diarios: «A mí me conocían los mandamases, pero yo era socialista, lo que no llamaba la atención más que a Araquistáin y a Negrín. Si hubiese sido comunista hubiera sido otra cosa y sería famoso; si hubiese sido de Azaña, hubiera acabado como mis amigos Medina, Francisco Ayala, Salazar Chapela y otros por el estilo, de consejero en Praga o en Bruselas» (anotación exhumada de sus *Diarios -1970-* por Joaquina Rodríguez Plaza y Alejandra Herrera en «Conversación post-mortem», *Relatos y prosas breves de Max Aub*. México DF, Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Azcapotzalco, 42), 1993, p. 24).

³²⁶ «Mi última visión –personal– de Moreno Villa es de Valencia, año de 1937, durante la guerra española. Al entrar una tarde en el "Café de la Paz", sito en la calle del mismo nombre, veo que un señor con una luenga barba se levanta de su asiento y me tiende la mano. Yo no conocía a aquel señor ni mucho menos aquellas barbas. Las barbas y el señor sonrieron y me dijeron entonces: "Moreno Villa...". Le vi contento al comprarse

parecer, contendiente de Manuel Azaña en el juego del ajedrez³²⁷— sobre la actuación de éste ante la ejecución de José Antonio Primo de Rivera³²⁸.

6.2.3. «Huésped de las nieblas»

El 8 de junio de 1937 Salazar Chapela tomó posesión de su cargo en el Consulado de la República en Escocia, situado en el número 131 de la West Regent Street de Glasgow³²⁹. De su nuevo trabajo le habló en repetidas ocasiones a Guillermo de Torre, con quien reanudó la relación que había quedado interrumpida en julio de 1936 —cuando se vieron por última vez en Madrid³³⁰— de la única forma posible, a través de la correspondencia. Las

irreconocible y al observar mi sorpresa» (E. Salazar Chapela, «José Moreno Villa», *Caracola*, Málaga, año IV, 48 (10 de octubre de 1956), s.p.).

³²⁷ Cfr. Santos Martínez Saura, *Memorias del secretario de Azaña*. Edición y prólogo de Isabelo Herreros Martín-Maestro. Nota preliminar de Paloma Zubietta López. Barcelona, Planeta (La España Plural), 1999, p. 775, n. 1.

³²⁸ En 1961, al reseñar *The Spanish Civil War*, de Hugh Thomas —libro «excepcional por su abundante información e igualmente por su carácter integral, pues comprende los antecedentes de la guerra, la sublevación militar, los frentes y sus batallas, el bronco tejido de los partidos en ambas zonas, las reacciones e intervenciones extranjeras, los legionarios y voluntarios, las bajas, los crímenes», aunque el autor incurra en algunas «inexactitudes [...] debidas quizá a información deficiente»— recordó que De la Fuente le había explicado que «Azaña hizo cuanto pudo [...]. Más aún: como un subsecretario, bastante influyente aquellos días, le preguntara por qué tenía tanto interés en salvar a Primo de Rivera, cuando éste, de encontrarse en el otro lado, estaría fusilando a cuantos republicanos se le pusieran a tiro, Azaña contestó exasperado: "Deseo que no le maten, en primer lugar por humanidad; en segundo lugar, por ser hijo de un presidente del Consejo; en tercer lugar, por su repercusión en la otra zona". (La repercusión fue inmediata: en cuanto los nacionalistas se enteraron del fusilamiento de Primo de Rivera fusilaron al hijo de Largo Caballero, a quien habían tomado prisionero en la Sierra)» (Esteban Salazar Chapela, «Dos libros sobre la guerra civil española», *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, París, 52 (septiembre de 1961), p. 83).

³²⁹ La patente del título de funcionario interino fue expedida con fecha del 26 de julio de 1937 (cfr. Ana M. López Mancebo, *Esteban Salazar Chapela. Un español en Londres (Literatura del exilio: 1936-1965)*. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filología, Departamento de Filología Española II, Universidad Complutense de Madrid, 1994, p. 47). En el nombramiento se consignan los emolumentos que debería recibir el cónsul, cifrados en 12.000 pesetas anuales más 11.000 pesetas para gastos de representación, cantidades que, según López Mancebo, no siempre recibió en los plazos establecidos (cfr. *ibidem*, p. 48).

³³⁰ «No sé si recuerdas la última vez que nos vimos. Yo, sí: en el café "Lisboa", hoy desaparecido (Puerta del Sol), a fines de julio del 36...», le escribió Salazar Chapela a

cartas revelan la creciente desazón que sintió el escritor en el ejercicio de sus funciones, *aflicción que se vio obligado a ocultar a causa del estricto control al que estaban sometidas todas las actividades diplomáticas*. De este modo, si en un principio Salazar Chapela únicamente se lamentó de no tener tiempo ni para contestar a su interlocutor a vuelta de correo —*tantas eran las ocupaciones a las que le obligaba el puesto diplomático*³³¹—, conforme avanzó la contienda, sus preocupaciones resultaron bastante más graves. «No es abrumador mi trabajo, si te digo verdad», le escribió el 9 de enero de 1939; «pero está lleno de minucias, algunas de las cuales le socavan a uno el espíritu de muy mala manera. Agrega a ello que todo mi quehacer se asienta sobre la situación española, sobre el dolor de esa situación, y que no hay hora del día que no tenga que hablar o pensar para ella». «Esto no es quejarme, ni mucho menos», precisó; «es que deseo me justifiques el tiempo que he tardado en contestar tu carta»³³².

En rigor, lo que le resultaba verdaderamente penoso era tener que mostrarse públicamente convencido del triunfo republicano cuando hacía bastante tiempo que no creía en la victoria de las fuerzas democráticas. Para evitarse uno de esos desgarradores disimulos, dejó de escribir, en marzo de 1938, a Santos Martínez Saura, a quien «no era cosa de contarle el cuento de la resistencia a ultranza ni mucho menos el otro cuento, aunque alguna parte fuese cierta, del "ambiente" o el "apoyo internacional"», según le confesó unos meses después del fin de la guerra³³³. Salazar Chapela deseó durante

Guillermo de Torre —antes de que éste viajara a Inglaterra, donde se reencontrarian de nuevo— en carta fechada en Londres el 26 de agosto de 1962 (ms. 22830-13 (80), BN).

³³¹ «Tienes que perdonarme que no conteste hasta hoy tus cartas del 24 de julio y 23 de octubre», le escribió el 21 de noviembre de 1937 (*art. cit.*). «Hoy lo hago provisionalmente (en espera de un día de asueto, que acaso llegue, sin duda con el final de la guerra) para que veas que me acuerdo de ti».

³³² *Art. cit.*

³³³ Carta de Esteban Salazar Chapela a Santos Martínez Saura fechada en Londres el 31 de agosto de 1939 (AIR). «Todo ello, desde Glasgow, y en aquellos momentos, me parecía ofensivo para su clara visión de las cosas», continuó aclarando Salazar Chapela, quien

meses, tal vez años, que no se prolongara innecesariamente el sufrimiento de los españoles, habida cuenta de la imposibilidad de una solución militar favorable a la República. Coincidió, por tanto, con Azaña, cuya posición desde el inicio de la contienda se vio reflejada en el mensaje de «paz, piedad y perdón» que lanzó en el discurso pronunciado el 18 de julio de 1938³³⁴, unos meses después de que Negrín hiciera públicos los famosos trece puntos con los que justificó la continuación de la lucha³³⁵.

A la espera de que llegara por fin la paz, aunque ello significara también para él un exilio que sin duda presentía, el escritor intentó retomar sus actividades habituales, abandonadas desde que se produjera la sublevación militar. Deseaba dedicarse de nuevo a su verdadera profesión, para lo cual necesitaba, en primer lugar, actualizar sus conocimientos sobre la literatura del momento y contactar de nuevo con algunos de los protagonistas de la

confesó después: «Como lo que yo realmente pensaba, estando la censura de por medio, no se podía decir, opté por no contestar a su carta, aun a riesgo de quedar mal con V.».

³³⁴ Cfr. Manuel Azaña, «Discurso en el Ayuntamiento de Barcelona (Pronunciado el 18 de julio de 1938)», *Obras Completas. Volumen III*. México DF, Ediciones Oasis, 1967, p. 378. «El mensaje de Azaña –paz, piedad, perdón–, correspondía enteramente a todos sus esfuerzos desde principios de 1934 y cerraba con perenne patetismo el ciclo de su oratoria política: el presidente reflejaba perfilada para siempre la imagen de su dolor ante la guerra» (Juan Marichal, *La vocación de Manuel Azaña, ob. cit.*, pp. 269-270).

³³⁵ Salazar Chapela le manifestó a Manuel Azaña su conformidad con la posición que éste mantuvo durante el conflicto en la carta que le remitió al término del mismo, según se desprende de la respuesta de su interlocutor: «Me satisface que recuerde usted mi actitud durante la guerra. He sido el único español, dentro de España por lo menos, que ha hablado de paz, de piedad y de perdón. La guerra me ha parecido siempre una monstruosidad», escribió (cfr. carta de Manuel Azaña a Esteban Salazar Chapela fechada en La Prasle, Collonges-sous-Salève, el 24 de agosto de 1939; *Obras Completas. Volumen III, ob. cit.*, p. 556). Esta carta, cuyo original se conserva en el archivo personal de Esteban Salazar Chapela en Londres, no fue reproducida íntegramente por Juan Marichal en el volumen citado, donde se suprime, deliberadamente o por error, el siguiente párrafo, situado al final de la misma: «Las preferencias de Miss Jacobsen, a quien conozco, están mal colocadas; porque la acción de su "predilecto", mal calculada, ha servido solamente para quitarles de encima una carga terrible a quienes en plena justicia les correspondía afrontar los resultados de su obra» (texto reproducido en Apéndice II). Salazar Chapela volvió a dirigirse al ex presidente de la República cuando leyó *La velada en Benicarló*, obra sobre la que escribió, según se desprende de la respuesta conservada, encendidos elogios (cfr. carta de Manuel Azaña a Esteban Salazar Chapela fechada en Pyla sur mer el 26 de febrero de 1940; *Obras Completas. Volumen III, ob. cit.*, pp. 561-562).

vida intelectual española, escindidos irremediabilmente y en buena medida dispersos. En esa labor, Guillermo de Torre podía serle de gran ayuda, por lo que Salazar Chapela quiso dejarle claro, ya en sus primeras cartas, que su dedicación a la diplomacia no significaba que renunciara a su profesión de escritor³³⁶. Además, añadió con cierto orgullo, «estos puestos, de una tradición literaria que tú conoces mejor que yo (sin ir más lejos: Eça de Queiroz escribió sus mejores cosas desde Glasgow) me permitirá [sic] escribir mucho y a mi gusto el día de mañana. Pero ahora es imposible. No hago más que arrimar el hombro»³³⁷.

Su residencia en Glasgow contó con otros inconvenientes añadidos, no menos relevantes que los ya apuntados. Tuvo que resignarse a vivir en un país extraño, donde se redujeron drásticamente para él las relaciones con personas afines, con las que podría haber compartido buenos ratos de conversación, como lo había hecho siempre. Pero a lo que no llegó a acostumbrarse en todo el tiempo que permaneció en la ciudad escocesa, esto es, hasta febrero de 1939, fue a su endemoniado clima, al intenso frío del que se quejó a menudo³³⁸ y al que achacó, en un principio, algunos de los

³³⁶ «Mi labor en ésta (siento no poder hablarte de ella)», le escribió el 21 de noviembre de 1937 (*art. cit.*), «si bien no goza, al menos por el momento, de la publicidad del artículo, en cambio es más directa...».

³³⁷ *Idem.* En *En aquella Valencia*, Sebastián Escobedo recuerda así cómo recibió la noticia de su nombramiento como diplomático: «Me alegró infinito que Valle me enviara a Inglaterra, antes que nada por la satisfacción que ello iba a ser para mi mujer. Me alegró también mucho que fuera precisamente Newcastle por el dato erudito de que allí había sido cónsul varios años el gran escritor luso Eça de Queiroz, una de mis admiraciones literarias, sobre todo por su rareza de elegante» (*ob. cit.*, p. 256). También, como Eça de Queiroz, Salazar Chapela escribió después artículos periodísticos que fueron publicados en América, como el escritor recordó en uno de ellos: «En aquellas ciudades [Newcastel y Bristol] escribió Queiroz sus más interesantes novelas. Desde allí enviaba a un periódico brasileño sus estupendos despachos reunidos después bajo el título *Cartas de Inglaterra*, modelo de periodismo artístico, irónico y gracioso» (E. Salazar Chapela, «Carta de Londres. Eça de Queiroz en Inglés», *Información*, La Habana (27 de diciembre de 1953), p. C-4).

³³⁸ «La ciudad que me ha tocado en suerte, desde el punto de vista climatológico», leemos en la carta que remitió a Guillermo de Torre desde Glasgow el 8 de enero de 1938, «es mala: nieve, frío, lluvia, niebla; hemos pasado un verano que era propiamente un invierno» (ms. 22830-10 (21), BN). «Te escribo muy deprisa (y con mucho frío además: la

problemas de salud que padeció entonces³³⁹. Se preparaba así para convertirse por razón de las circunstancias en un «huésped de las nieblas», como él mismo reconoció años después en recuerdo de un conocido verso de Bécquer³⁴⁰.

6.2.3.1. «Representar a España...»

Salazar Chapela fue el representante diplomático más estable que tuvo, durante la guerra civil, el Consulado de Glasgow, donde le precedieron desde julio de 1936 Eduardo María Danís Navarro, Tomás Bordallo Cañizal y Francisco Durán. En atención a su probada lealtad a la República, a la eficacia de sus actuaciones y, tal vez también, a su matrimonio con una súbdita británica, el traslado a la representación española en China, que había

letra desigual que ves es un reflejo del fresquito que hace)», le dijo en carta fechada el 13 de febrero de 1938 (ms. 22830-10 (22), BN). Ya finalizada la contienda, Salazar Chapela se quejaba así de su estado de salud: «Realmente llevo tres años sin verano, pues los dos de Glasgow fueron verdaderos inviernos y éste de Londres, mucho mejor que los de Escocia, me ha alcanzado ya con el organismo terriblemente quebrantado» (carta a Guillermo de Torre fechada en Londres el 22 de septiembre de 1939; ms. 22830-10 (29), BN).

³³⁹ En Glasgow, le comunicó a Guillermo de Torre el 18 de agosto de 1939 (ms. 22830-10 (27), BN, Madrid), «pesqué para toda mi vida, si los médicos no disponen otra cosa, un reuma muscular de la peor especie». Un año después, el escritor informó a su amigo Gustavo Pittaluga de su verdadera dolencia: «Te escribo estas líneas en la cama, convaleciente de una operación horripilante, en la cual me extrajeron hace ahora doce días tres pedruscos tremendos (uno de ellos tamaño de nuez) del riñón derecho» (ms. 22830-10 (32), BN, Madrid). Cernuda aseguraba que había envejecido durante su «terrible estancia» en la ciudad escocesa (carta a Gregorio Prieto fechada el 29 de mayo de 1944; Luis Cernuda, *Epistolario, 1924-1963*. Edición de James Valender. Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes (Epístola, 2), 2003, p. 370).

³⁴⁰ *Cfr.* carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Brighton el 7 de septiembre de 1946 (ms. 22830-11 (45), BN) y carta de Esteban Salazar Chapela a Max Aub fechada en Londres el 13 de enero de 1960 (ABMA). El sintagma citado se incluye en la rima LXXV («¿Será verdad que cuando toca el sueño?». También Luis Cernuda lo tiene presente al componer «Gaviotas en los parques» (*Las nubes*, 1937-1940), donde se pregunta: «¿Por qué, teniendo alas, son huéspedes del humo./ El sucio arroyo, los puentes de madera de estos parques?» (*Poesía Completa*. Edición a cargo de Derek Harris y Luis Maristany. Barcelona, Barral Editoriales (Biblioteca Crítica), 1977. 2ª ed. rev., p. 268).

sido ordenado en el verano de 1938, no llegó a efectuarse, y el escritor continuó en su puesto en comisión de servicios³⁴¹.

Estos cambios del personal destinado en el extranjero constituyeron una práctica habitual como consecuencia de las numerosas desafecciones y sabotajes encubiertos que se habían producido en el seno del cuerpo diplomático durante los primeros meses del conflicto³⁴², deslealtades que resultaron especialmente graves en Francia y en Gran Bretaña. En este último país la mayoría de los diplomáticos destacados en la embajada de Londres y cuatro de los seis cónsules destinados en sendas ciudades británicas presentaron la dimisión de sus cargos en agosto de 1936 para pasar a actuar a favor de las autoridades insurgentes³⁴³.

Consciente de sus responsabilidades y del carácter especialmente comprometido de su destino, Salazar Chapela se apresuró desde el primer momento a reafirmar su republicanismo y a disipar cualquier atisbo de duda acerca de los motivos por los que había aceptado el nombramiento. Por ello, unos comentarios realizados por Guillermo de Torre al conocer su salida de España provocaron su airada protesta, pues debió de considerarlos no solamente inexactos sino también desafortunados. El madrileño lo calificó de

³⁴¹ Cesado como cónsul en Glasgow el 15 de agosto de 1938, fue nombrado al mes siguiente para la Legación de China (*cfr.* Ana M. López Mancebo, *Esteban Salazar Chapela. Un español en Londres (Literatura del exilio: 1936-1965)*, *ob. cit.*, p. 47), adonde debería haber ocupado el puesto de Secretario de Primera. Su situación en comisión de servicios consta en la relación de personal diplomático fechada el 21 de diciembre de 1938 (RE 116/4, AMAAEE).

³⁴² Sólo 62 diplomáticos de carrera, es decir, el 10 por ciento del total, se mantuvieron fieles a la República a lo largo de la guerra (*cfr.* Marina Casanova, *La diplomacia española durante la guerra civil*. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores (Biblioteca Diplomática Española: Estudios, 13), 1996, p. 31).

³⁴³ Ése fue el caso de Eduardo María Danís, cónsul de primera en Glasgow, quien, a pesar de haber firmado su adhesión a la República en respuesta a la circular enviada por el Ministerio de Estado a las representaciones diplomáticas en el extranjero el 26 de julio de 1936, dimitió de su puesto el 31 del mismo mes, por lo que fue separado del cuerpo por decreto publicado en la *Gaceta de Madrid* el 5 de septiembre. No abandonó, sin embargo, Gran Bretaña, donde, admitido en el cuerpo diplomático franquista, fue designado subagente faccioso en Cardiff (*cfr. ibidem*, pp. 219 y 246).

«escapado»³⁴⁴, sin reparar en el perjuicio que ello podía reportarle, por lo que Salazar Chapela solicitó a su interlocutor que retirara el adjetivo que le había aplicado:

Yo no estoy aquí en calidad de escapado: Estoy sirviendo a mi país, a nuestro país. Debías agradecermelo. Siento mucho que tu escepticismo sobre las patrias, que yo no comparto, te haga suponerme descreído de España. Para mí lo que está ocurriendo en nuestro país es cuestión de vida o muerte (incluyendo todo, absolutamente todo: la literatura, querido Guillermo, también...) y ningún español, por alto que se considere, ante lo que está pasando allí, puede sentirse por encima de las circunstancias... Eso, en el mejor de los casos, es la más frívola de las pedanterías.

Estoy muy satisfecho, aun dentro del dolor, de representar a España en ese momento de su historia, tan decisivo y tan fecundo³⁴⁵.

En rigor, el término que Torre había empleado para referirse al escritor malagueño le convenía mucho mejor a él mismo, como se desprende de estas duras palabras de Salazar Chapela:

Me gusta mucho saber que has resuelto allende el mar tu vida personal y literaria. No todos los fugitivos podrán decir lo mismo. Tú mismo habrás visto ahí y en París exilados por miedo, algunos de pluma, que penan su desentendimiento de España con algo muy semejante a la mendicidad. Ello aparte del resentimiento peculiarísimo, mucho peor que «el otro», que se precipita en todo corazón a la vuelta de las horas de pánico. En fin, el caso es que has resuelto tu vida a tu

³⁴⁴ También Pedro Salinas, que ejercía la docencia universitaria en Estados Unidos, fue objeto de este tipo de críticas. «Parece ser que mi actitud al venirme a América es bastante discutida por la gente de España y se interpreta, por lo que llamaríamos mis enemigos, como una huida o prueba de falta de adhesión al gobierno», le escribía a su esposa en la primavera de 1937. «Es decir, que estoy señalado como sospechoso, por los unos y por los otros. Y por consiguiente, que el día de mañana, aunque gane el gobierno, yo he estado en conciencia, como tú sabes, más a su lado que al otro, seré mirado con recelo. Naturalmente yo comprendo que a los que no hemos estado allí, pasando los sufrimientos y angustias que han puesto la barba blanca al pobre Moreno Villa, no se nos puede considerar lo mismo y no me quejo de eso. De lo que me quejo es de que se tome a todo el que está fuera de España como un desafecto o enemigo. Es decir, una división arbitraria y caprichosa más. Siempre creando diferencias, abriendo más y más separaciones» (carta citada por Jean Cross Newman en *Pedro Salinas y su circunstancia. Biografía*. Madrid, Páginas de Espuma (Voces/Ensayo, 24), 2004, p. 270).

³⁴⁵ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 21 de noviembre de 1937 (*art. cit.*).

gusto, o a la medida de tus sentimientos, y si lo que haces y como vives son cosas ambas que te compensan de no ayudar a tus compatriotas en la obra genial que están haciendo (y escribiendo, escribiendo con sangre) yo soy el primero en felicitarte³⁴⁶.

En sus puestos diplomáticos, los representantes de la España leal intentaron contribuir, en la medida de sus posibilidades, a esa «obra genial» a la que aludía Salazar Chapela. Pero no todos los destinos tuvieron la misma relevancia, lógicamente. En el contexto internacional, la importancia que adquirió Gran Bretaña para el desarrollo de la guerra determinó el nombramiento de Pablo de Azcárate, hasta entonces Secretario General Adjunto de la Sociedad de Naciones, como nuevo embajador en Londres. Su toma de posesión, que tuvo lugar el 13 de septiembre de 1936, coincidió con la primera protesta del Gobierno republicano ante su homólogo británico, por la que se señalaban los adversos efectos que tenía para la República el Comité de No Intervención, cuya primera reunión se había celebrado en Londres el día 9 de septiembre³⁴⁷. Azcárate y su nuevo equipo iniciaron, en consecuencia, una intensa labor política y diplomática, y, a la vez, desplegaron una amplia campaña propagandística destinada a conseguir el apoyo y la solidaridad de la sociedad británica³⁴⁸.

³⁴⁶ *Idem*.

³⁴⁷ «Las autoridades británicas [le] concedieron sin ninguna objeción el *Placet*, pero la fría acogida que le dispensó el Foreign Office presagiaba la difícil labor con la que el nuevo Embajador tendría que enfrentarse» (Marina Casanova, *La diplomacia española durante la guerra civil*, ob. cit., p. 60).

³⁴⁸ Pretendían «ganar para la República el mayor apoyo y comprensión posible entre las clases conservadoras inglesas, que eran las que en aquel momento gobernaban el país», y «extender todo lo posible, dentro del mundo político y social de Inglaterra, y particularmente de Londres, la simpatía y el apoyo moral hacia la causa de la República» (Pablo de Azcárate, *Mi embajada en Londres*. Barcelona, Editorial Ariel, 1976, pp. 27 y 29). Sobre el tema puede verse el estudio de Luis Monferrer Catalán «La literatura sobre la guerra civil española y la batalla propagandística en Gran Bretaña (1936-1939)» (*Literatura sobre la guerra civil. Anthropolos. Suplementos: Materiales de trabajo intelectual*, Barcelona (junio de 1993), pp. 169-192) y el de Christopher H. Cobb «La cruzada de la cultura: The British Experience of Propaganda from Spain during the Civil

Pero, pese a los esfuerzos realizados durante casi un año, cuando Salazar Chapela se hizo cargo del consulado –dependiente orgánicamente de Azcárate, con quien el malagueño compartía su talante liberal–, el embajador ya había constatado con suficiencia la inutilidad de sus gestiones y había animado «a sus superiores jerárquicos a volcar todos sus esfuerzos diplomáticos sobre las autoridades francesas, tanto por su mayor receptividad a las demandas republicanas como por el efecto potencial de su conducta en la situación política británica»³⁴⁹. El acercamiento del Gobierno de Londres a la España de Franco prosperó a partir de mayo de 1937, al ser nombrado el duque de Alba jefe de la delegación oficiosa del Gobierno de Burgos en Gran Bretaña, un cargo que le sería reconocido por el Foreign Office en noviembre³⁵⁰, el mismo mes en que destinaron a los principales puertos británicos, a excepción del de Glasgow, seis subagentes facciosos³⁵¹.

War» (*Tesserae. Journal of Iberian and Latin-American Studies*, Cardiff, University of Wales, School of European Studies, volume 2, number 2 (winter 1996), pp. 235-253).

³⁴⁹ Enrique Moradiellos, «Una misión casi imposible: la embajada de Pablo de Azcárate en Londres durante la guerra civil (1936-1939)», *Historia Contemporánea. Nombres propios para una diplomacia*. Bilbao, Servicio Editorial, Universidad del País Vasco, 15 (1996), p. 135.

³⁵⁰ El que fuera ministro del Gabinete Berenguer se hallaba en Inglaterra, donde pasaba todos los veranos, al estallar la guerra. Desde entonces formó parte de la Junta Nacional dirigida por Juan de la Cierva, cuyo objetivo principal fue contrarrestar las actividades de la diplomacia republicana. Su actuación como representante del Gobierno de Burgos en Gran Bretaña ha sido narrada encomiásticamente por Rafael Rodríguez-Moñino Soriano en *La misión diplomática del XVII Duque de Alba en la Embajada de España en Londres (1937-1945)* (Madrid, Editorial Castalia, 1971). Juan Avilés analiza dicha representación con mayor rigor científico en «Un Alba en Londres: la misión diplomática del XVII duque (1937-1945)», *Historia Contemporánea. Nombres propios para una diplomacia, ob. cit.*, pp. 163-177.

³⁵¹ La nota oficial en la que se realizaba la solicitud el 7 de septiembre de 1936 consignaba también la ciudad de Glasgow. Demoradas las gestiones a causa de la tensa coyuntura internacional, los nombramientos fueron defendidos por Eden en el Parlamento argumentando «la necesidad del intercambio de agentes sobre la base de la protección de los intereses económicos británicos y sin aludir a polémicas intenciones políticas». El 12 de noviembre fueron designados todos los cargos solicitados salvo el de Glasgow, una excepción cuyas causas desconocemos (Enrique Moradiellos, *La perfidia de Albión. El gobierno británico y la guerra civil española*. Madrid, Siglo XXI de España Editores (Historia), 1996, pp. 210, 213 y 214).

Comprobada la ineficacia de las actuaciones diplomáticas y políticas en el Reino Unido, buena parte de las actividades que Salazar Chapela hubo de desarrollar fueron de carácter propagandístico. En ese ámbito, realizó cuantos esfuerzos estuvieron en su mano para cobrar el favor de la población británica a la causa republicana, una labor que resultó exitosa en grado sumo, como lo venía siendo también la que desarrollaba el equipo de Azcárate en Londres. Las encuestas promovidas por el British Public Opinion Institute mostraron durante toda la guerra una posición favorable a la República por parte de la población británica, con independencia de su orientación política³⁵². Particularmente alentadora debió de resultar para Salazar Chapela como intelectual la realizada en julio de 1937 a escritores y ensayistas, en la que 126 encuestados —entre los que se encontraban firmas como las de Samuel Beckett, Aldous Huxley, Arthur Koestler o Stephen Spender— mostraron su apoyo al Gobierno; sólo cinco autores se manifestaron partidarios de Franco, y otros 16 se negaron a expresar su posición³⁵³. A través del consulado gestionó el envío a España de los donativos, suscripciones y otras ayudas humanitarias recaudadas por la sección del Aid

³⁵² «La última de dichas encuestas, publicada en octubre de 1938, revalidaba los resultados de otras dos encuestas previas con notable constancia en la proporción: el 58 por ciento de los entrevistados era favorable a la causa de la República, en tanto que sólo un 8 por ciento prefería al bando del general Franco y otro 34 por ciento no optaba o no contestaba» (Enrique Moradiellos, «Una misión casi imposible. La embajada de Pablo de Azcárate en Londres durante la guerra civil (1936-1939)», *art. cit.*, p. 141). También la prensa fue mayoritariamente favorable a la causa republicana. Su posición, «de franca hostilidad hacia la España rebelde», contrarió al duque de Alba en su actividad oficiosa (Rafael Rodríguez-Moñino Soriano, *La misión diplomática del XVII duque de Alba en la Embajada de España en Londres (1939-1945)*, *ob. cit.*, p. 38).

³⁵³ La encuesta fue publicada en *News Chronicle* el 28 de octubre de 1937 (*cf. ibidem*, pp. 141-142). Sobre la postura que mantuvieron los escritores ingleses e irlandeses en relación con la guerra española pueden verse los artículos de Murray A. Sperber y de William Tierney incluidos en Marc Hanrez (ed.), *Los escritores y la guerra de España* (Barcelona, Monte Ávila/José Batlló, editor (Libros de Monte Ávila), 1977, 1ª. ed. española, pp. 47-61 y 74-88). La contienda también «tuvo una importancia decisiva para la historia de la política italiana y para el destino del régimen», según afirma Aldo Garosci en «Los intelectuales italianos y la guerra civil en España» (*Los intelectuales y la Guerra de España*. Madrid, Ediciones Júcar (Crónica General de España, 33), 1981, pp. 376-411).

Spain Movement de Glasgow³⁵⁴, en el que se agrupaban numerosos «amigos de España». Coordinó asimismo la obtención y distribución de recursos destinados a sufragar la estancia y la formación de los niños vascos evacuados en la zona, en colaboración con la sección correspondiente del Basque Children's Committee. También informó puntualmente sobre los actos promovidos en la ciudad a favor de la causa republicana³⁵⁵. Él mismo organizó una exposición antifascista, que se inauguró a principios de mayo de 1938 con la presencia de Pablo de Azcárate, el agregado comercial y otros miembros de la embajada en Londres³⁵⁶. Salazar Chapela actuaba en todas estas actividades como representante oficial del Gobierno de la República, por lo que a menudo tuvo que pronunciar discursos oficiales en inglés cuyo contenido fue reproducido por la prensa escocesa³⁵⁷.

Como responsable de la representación diplomática hubo de atender también a los servicios de información del gobierno republicano, unos trabajos que fueron especialmente ordenados en atención al desconocimiento que tenía la mayoría de los encargados en el extranjero³⁵⁸. Periódicamente estuvo obligado a remitir información general y pública –contenida en periódicos,

³⁵⁴ Cfr. 000546-(6-19)-R, Archivo Renovado, Ministerio de Estado, Personal, AMAAEE. El archivo del Aid Spain Movement de Glasgow se conserva en la Marx Memorial Library, de Londres, parte de cuyos fondos han sido estudiados por Román Álvarez Rodríguez y Ramón López Ortega en «Análisis de *The International Brigade Association. Archive (Marx Memorial Library, Londres)*» (en Julio Aróstegui (coord.), *Historia y memoria de la guerra civil. Encuentro en Castilla y León: Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986*. Valladolid, Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Bienestar Social (Colección Estudios de Historia), 1988, tomo II, pp. 49-60).

³⁵⁵ Cfr. 000643-(1-6)-R, Archivo Renovado, Ministerio de Estado, Política, AMAAEE.

³⁵⁶ Cfr. 000894-(1-115)-R, Archivo Renovado, Ministerio de Estado, Política, AMAAEE, y carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 1 de mayo de 1938 (ms. 22830-10 (23), BN).

³⁵⁷ Cfr. carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 9 de enero de 1939 (*art. cit.*).

³⁵⁸ Para ello, los nuevos diplomáticos realizaron unos estudios preparatorios, de cuyo aprovechamiento dieron cuenta contestando a los cuestionarios que les remitió el Ministerio de Estado (cfr. 001021-(1-3)-R, Archivo Renovado, Ministerio de Estado, Personal, AMAAEE).

revistas y libros— e información confidencial³⁵⁹, que transmitió a través de «Notas R[eservadas]», escritas en papel sin membrete, por valija diplomática³⁶⁰. Estas funciones generales de información, coordinadas desde España, fueron reforzadas, en el caso de Gran Bretaña, con el establecimiento de un servicio especial dirigido desde Praga por Kulscar y Jiménez de Asúa, a cuya iniciativa personal se debió su creación y su reconocida calidad³⁶¹.

La correspondencia entre Glasgow y la sede del gobierno en Valencia, primero, y en Barcelona, después, fue, por tanto, constante³⁶². Allí remitió también información sobre las operaciones comerciales que tenían lugar en Glasgow, cuyo puerto había disminuido de forma considerable su actividad con la España republicana desde el inicio de la guerra. Informó y gestionó asuntos concernientes a súbditos británicos relacionados con España —repatriaciones, salvoconductos, etc.³⁶³—, y tuvo a su cargo el control de la población española, formada mayoritariamente por ciudadanos en tránsito

³⁵⁹ Una Orden de 11 de marzo de 1937, completada por una Circular del 10 de abril, establecía la forma y contenido de los informes que debían enviar las representaciones diplomáticas en el extranjero. Como mínimo, habían de responder a los siguientes puntos: «1. Actitud y conducta de los Estados y Gobiernos respecto del conflicto español y de la República española. 2. Actitud de los hombres representativos, partidos políticos, órganos de opinión, organizaciones e instituciones sociales y ambiente público respecto de nosotros y de nuestra guerra. 3. Actitud y conducta respecto de la guerra civil de los elementos españoles, individuales y colectivos, que residan en el país o lo visiten. 4. Acción en el país del gobierno rebelde o de los elementos facciosos. 5. Obra desarrollada en este aspecto por la Representación informante» (Marina Casanova, *La diplomacia española durante la guerra civil*, ob. cit., pp. 84-85).

³⁶⁰ *Ibidem*, p. 86. Cfr. 000547-(9)- R, Archivo Renovado, Ministerio de Estado, Personal, AMAAEE.

³⁶¹ Para más información al respecto véase «La labor diplomática del profesor Luis Jiménez de Asúa en Checoslovaquia» (Marina Casanova, *La diplomacia española durante la guerra civil*, ob. cit., pp. 133-203).

³⁶² Cfr. 000562-R, Archivo Renovado, Ministerio de Estado, Política, AMAAEE. Una buena parte de los informes que envió a España fueron de carácter económico (cfr. 000421-(1-33)- R y 000423-(1-25)- R, Archivo Renovado, Ministerio de Estado, Contabilidad, AMAAEE).

³⁶³ Cfr. 000895-(1-199)-R, Archivo Renovado, Ministerio de Estado, Política, AMAAEE.

que llegaban a la ciudad procedentes de España, entre los que se dieron numerosas deserciones³⁶⁴. El escaso número de compatriotas residentes en Glasgow aseguró la tranquilidad en la colonia, a la que Salazar Chapela dio un banquete el 14 de abril de 1938 en conmemoración del séptimo aniversario de la República. «Fue un verdadero éxito», según su promotor, pues asistieron «casi todos los españoles» y «algunas personalidades locales»³⁶⁵.

6.2.3.2. El eslabón perdido

Cuando tuvo la más mínima oportunidad, Salazar Chapela regresó a la literatura, sobre la que escribió para algunas revistas aparecidas durante la guerra civil. Por razones que ignoramos, aunque el hecho no deje de resultar significativo, su firma vio la luz por primera vez en algunas de las principales publicaciones periódicas republicanas más de un año después del inicio de la contienda. El 26 de agosto de 1937 se pudo leer en la primera página de *El Mono Azul*, «Hoja semanal de la Alianza de Intelectuales Antifascistas por la defensa de la cultura» cuyo principal promotor fue Rafael Alberti³⁶⁶; José

³⁶⁴ Cfr. 000547-(11)-R, Archivo Renovado, Ministerio de Estado, Personal, AMAAEE.

³⁶⁵ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 1 de mayo de 1938 (*art. cit.*). En ese escrito se lamentaba el cónsul de la actitud oficial: «Desde el otro punto de vista, el de la política inglesa, cosa distinta del sentimiento para con nosotros del pueblo inglés, qué voy a decirte que no imagines».

³⁶⁶ La edición facsímil de *El Mono Azul*, precedida de una presentación de Michel García, fue realizada en Glasshütten im Taunus por Verlag Detler Auverman K.G. (Biblioteca del 36) en 1975. La revista acogió en sus páginas artículos y documentos de naturaleza política, narraciones, artículos de crítica literaria y trabajos relacionados con la sección teatral de la Alianza. Ante la ingente llegada de poemas a la redacción, «Alberti [...] propuso que en *El Mono Azul* se dedicasen las dos planas centrales a publicar exclusivamente esta clase de composiciones. Y así surgió el *Romancero de la guerra Española*» (A. R. Rodríguez Moñino, «Origen y formación del Romancero de la Guerra de España», *Romancero General de la Guerra de España*. Madrid-Valencia, Ediciones Españolas, 1937, p. 10). Los poemas compuestos durante la contienda han sido recogidos posteriormente en «Romancero de la guerra de España», colección de la que han aparecido tres títulos, con presentación y recopilación de Serge Salaün: *Romancero libertario* (1: París, Ruedo Ibérico, 1971; 2: *Romancero de la defensa de Madrid*. A Coruña, Ibérica de Ediciones y Publicaciones-Ediciós do Castro, 1982, y 3: *Romancero de la tierra*. A

Bergamín se encargó de la edición de la revista, cuyo título alude al traje que, como él mismo, vestían los milicianos. El primer número había visto la luz el 27 de agosto de 1936. Desde esa fecha hasta febrero de 1939, *El Mono Azul*, en el que colaboraron más de ciento cincuenta escritores españoles y extranjeros³⁶⁷, vivió tres etapas diferenciadas. A la segunda de ellas –en la que el semanario se publica «llenando una página de *La Voz*», de Madrid, por lo que «la hoja pierde, sin duda, el calor de la primera etapa, para hacerse más reflexiva, y, también, más monolítica»³⁶⁸– pertenece «Quevedo y nuestra guerra», artículo al que nos hemos referido parcialmente en páginas precedentes³⁶⁹. En él, Salazar Chapela se propuso dar a conocer a los lectores de la publicación las autorizadas opiniones de un clásico de las letras españolas sobre la organización de los ejércitos y el comportamiento de los soldados, recomendaciones que resultaban muy necesarias para la buena marcha de la lucha. Los aforismos de Quevedo seleccionados por Salazar Chapela «parecen consignas de ahora», afirmaba el periodista³⁷⁰. Y, en verdad, lo eran, tanto para los soldados como para sus mandos. A los primeros convenía recordarles que debían ser disciplinados; a los segundos, que hicieran buen uso de su poder. Quevedo lo hizo «con un castellano que vibra y resplandece por preciso y por limpio», un estilo, podríamos añadir, basado en ingeniosos juegos de palabras, como observamos en estos dos casos: «Más quiere el soldado llevar los ojos en las espaldas de su capitán

Coruña, Ibérica de Ediciones y Publicaciones-Ediciós do Castro, 1982). Como *Hora de España*, *El Mono Azul* es una de las publicaciones periódicas de la época mejor estudiadas. Entre otros trabajos sobre la revista puede verse el realizado por Michel García («*El Mono Azul*», en Marc Hanrez (ed.) *Los escritores y la guerra de España*, ob. cit., pp. 221-233).

³⁶⁷ «María Teresa León, José Bergamín, Rafael Dieste, Lorenzo Varela, Rafael Alberti, Antonio Luna, Arturo Souto y Vicente Salas Viu» fueron «las firmas más repetidas». Junto a ellas aparecieron, «aparte de los trabajos firmados con iniciales», como es el caso de Salazar Chapela, «hasta 144 nombres responsabilizándose de los distintos artículos» (José Monleón, *El mono azul. Teatro de urgencia y romancero de la guerra civil*. Madrid, Ayuso (Endymion, 5), 1979, pp. 17 y 23).

³⁶⁸ *Ibidem*, p. 19.

³⁶⁹ Véase 6.2.2.1. «Plomo contra plomo»: la propaganda republicana.

que traer los ojos de su capitán a las espaldas»; «lo que se manda se oye, lo que se ve se imita. Quien ordena lo que no hace deshace lo que ordena». Para finalizar, Salazar Chapela se dirigía a los republicanos en estos términos: «Todos debemos recordar esos aforismos y tener la certeza de nuestra victoria si sabemos constantemente asegurarla con nuestra disciplina, nuestra convicción y nuestra perseverancia». Y es que «la seguridad en la victoria es, en efecto, un factor decisivo en la lucha», como ya había afirmado Quevedo, para quien resultaba evidente que «siempre combate aquel que cree que vencerá siempre; mas quien duda se defiende y no combate».

Salazar Chapela colaboró también en *Voz de Madrid*, «Semanao de información y orientación de la ayuda a la democracia española» que se publicó en París del 18 de julio de 1938 al 11 de febrero de 1939. El comité de redacción, integrado inicialmente por Antonio Machado, Victoria Kent, José Bergamín, Eugenio Imaz, Félix Pita Rodríguez, Luis Lacasa, Juan Larrea y Ramón Sender, se amplió posteriormente con la incorporación del escritor Ogier Preteceille, nombrado en mayo de 1936, junto a Isabel de Palencia, vicesecretario de la Sección Española de la Unión Universal por la Paz, que presidía Ossorio y Gallardo. En su primer editorial, los responsables de la revista —«denominación [...] con que se definen estas hojas, a pesar de que su contenido apunta mayoritariamente a publicística de prensa», con la que comparte el «mismo papel e impresión [...] de baja calidad»³⁷¹— afirmaron que no se trataba del «órgano de ningún partido, ni siquiera del

³⁷⁰ S. Ch., «Quevedo y nuestra guerra», *art. cit.*

³⁷¹ Rafael Osuna, «El periódico *La Voz de Madrid* [sic], 1938-39», *Quaderni Ibero-Americani*, Torino, 51-52 (junio-diciembre de 1978), p. 190. En este breve artículo, Osuna reconoce que se trata de una publicación «notoria, aunque olvidada», pero renuncia a continuar su estudio en «el próximo futuro» (*idem*). En él incluye «un índice esquemático de lo que a nosotros nos parece podrá abrir el apetito de los críticos y llamar más la atención sobre aquellas hojas parisinas de combate» (*ibidem*, p. 192), un adelanto que no

Frente Popular español en el sentido en que no ha recibido el encargo expreso de representar a nadie», aunque aspiraba «a actuar dentro de la órbita de la defensa de la República española haciendo suyas las consignas del Gobierno del Frente Popular»³⁷². Dirigida «especialmente a todos los españoles emigrados e instalados fuera de España», *Voz de Madrid* se publicó de forma ininterrumpida durante 31 semanas.

El nombre de Salazar Chapela no apareció en la lista de colaboradores³⁷³, ni tampoco junto a los textos que salieron de su pluma —se había acostumbrado al anonimato, o tal vez deseaba mantener su firma al margen de cualquier iniciativa de carácter político—, pero su autoría resulta inequívoca. Se trata de

ha servido, que sepamos, para animar a otros investigadores a estudiar como se merece la citada publicación.

³⁷² «*Voz de Madrid* a sus lectores en el 18 de julio», *Voz de Madrid*, París, 1 (18 de julio de 1938), p. 1.

³⁷³ La revista hizo pública una extensa nómina de colaboradores integrada por «Dámaso Alonso - José María Aguilar, decano de la Facultad de Letras de Madrid - Amado Alonso - Rafael Alberti - Manuel Altolaguirre - César Arconada - Vicente Aleixandre - L. Bagaría - A. Balbuena [sic] Prat - Manuel Benavides - Ricardo Castellote, del Comité Nacional de Defensa del Pueblo Español- Américo Castro - Roberto Castrovido - Corpus Barga - Alejandro Casona - Alfonso Castelao - Guillermo Díaz Plaja - E. Díez Canedo - Ricardo de Orueta - Juan de la Encina - Juan José Domenchina - León Felipe - César Falcón - Elena Fortún - José Gaos, rector de la Universidad de Madrid - Bosch Gimpera, rector de la Universidad de Barcelona - G. García Maroto - Pedro Garfias - Ventura Gassol - Nicolás Guillén - Raúl González Tuñón - Miguel Hernández - José Herrera Petere - Rodolfo Halffiter - María Teresa León - Ángel Lázaro - Agustín Millares - José F. Montesinos - Paulino Massip [sic] - Maruja Mallo - José Moreno Villa - Carlos Montilla - Juan Marinello - José Mancisidor - Pablo Neruda - Tomás Navarro Tomás - Lino Novás Calvo - Margarita Nelken - Andrés Ovejero - Ángel Ossorio y Gallardo - Juan Planelles - Pablo Picasso - Emilio Prados - Carlos Pellicer - B. Pérez Casas - Octavio Paz - J. Pérez Rubio - Wenceslao Roces - José Renau - Alfonso Reyes - Antonio Ruiz Vilaplana - José Serra Hunter, presidente de la Alianza de Intelectuales de Barcelona - M. Sánchez Arcas - José María Sbert - Arturo Serrano Plaja - Luis A. Satullano -Rafael Sánchez Ventura - Gabriel L. Trillo - Edmundo Torner - Eduardo Ugarte - Juan Vicens - Francisco Vera - Adolfo Vázquez Humasqué - Margarita Xirgu - Joaquín Xirau, decano de la Facultad de Letras de Barcelona - María Zambrano - Antonio Zozaya y otras personalidades que han sido consultadas y cuya contestación esperamos» («Colaboradores», *Voz de Madrid*, París, 4 (6 de agosto de 1938), p. 9; 10 (17 de septiembre de 1938), p. 7, y 12 (1 de octubre de 1938), p. 7). Probablemente algunos de los mencionados no llegaron a publicar ningún original en la revista. Sí lo hicieron, aunque sus nombres no figuren en el listado antes citado, Carmen Meana, Félix Gordón Ordás y Waldo Frank, aunque lo más probable es que

tres artículos publicados entre el 12 de noviembre y el 31 de diciembre de 1938. El primero, titulado «Escocia y la República española», es una colaboración muy parecida a las que el escritor había preparado en Valencia, aunque en esta ocasión la información que ofreció a los lectores la había obtenido directamente por su condición de cónsul de la España leal en Glasgow. En su inicio, Salazar Chapela recordó que, según las estadísticas, «un ochenta y cinco por ciento, por lo menos, del pueblo inglés, desea fervientemente el triunfo del pueblo español»³⁷⁴. «Ese movimiento de opinión a favor de la República española», prosiguió el escritor, «adopta ahora la única forma y el único medio que tiene a mano: el subsidio, la ayuda a España con artículos alimenticios y material sanitario». Por lo que se refiere a Escocia, «tanto Edimburgo como Glasgow, sus dos poblaciones más importantes, rivalizan en la tarea de enviar a nuestro pueblo comestibles, medicamentos y ambulancias». Las colectas en esas ciudades se venían realizando semanalmente, aprovechando para ello la proyección de una película española, la celebración de «un mitin dedicado al efecto, o bien por medio de la venta de banderitas españolas en las propias calles»³⁷⁵. Este último modo de recaudar fondos, muy habitual en Glasgow —«población esencialmente liberal»—, sirvió para apoyar a las Brigadas Internacionales, para ayudar a los niños vascos refugiados en Gran Bretaña, «o para enviar comestibles o material sanitario mediante la *Spanish Relief* o por medio del *Medical Aid Committee*». Los bailes y las aportaciones de «las numerosas personas adineradas que tienen en Glasgow y Edimburgo huchas en el hall de sus casas para que sus invitados dejen dinero para España» fueron otros de los medios utilizados para recabar la solidaridad de los escoceses, sin olvidar

se trate de textos aparecidos previamente en otras publicaciones que fueron reproducidos en *Voz de Madrid*.

³⁷⁴ «Escocia y la República española», *Voz de Madrid*, París, año 1, 18 (12 de noviembre de 1938), p. 3.

los esfuerzos realizados por «el Glasgow Trades and Labour Council», que llevó a cabo una suscripción con la que se pudo fletar un buque cargado de víveres, el «Stangate», con destino a Valencia. Denegada la petición de protección por parte de Chamberlain, el barco fue bombardeado frente a la ciudad del Turia, «aunque por fortuna sin graves consecuencias para su valerosa tripulación ni tampoco para su carga, que ya estaba en tierra a buen recaudo». El buque transportaba también material sanitario, una ambulancia y un coche, gracias «a la Ambulancia Escocesa, institución que viene operando en nuestros frentes desde septiembre del 36 bajo el mando de su comandante, miss Fernanda Jackobsen y bajo los auspicios en Glasgow del gran amigo de España sir Daniel M. Stevenson». Junto a ellos, numerosas personalidades escocesas se habían situado al lado de la República, aunque mencionarlas todas daría «demasiada extensión a esta nota. Baste decir», concluyó Salazar Chapela, «que las figuras cumbres de las Universidades de Glasgow y Edimburgo están a nuestro lado, sin contar las figuras políticas que como la duquesa de Atholl y sir Archibald Sinclair, vienen trabajando la opinión británica desde el comienzo de nuestra lucha»³⁷⁶.

³⁷⁵ Salazar Chapela describió uno de estos actos en su novela *Perico en Londres* (Buenos Aires, Editorial Losada (Novelistas de España y América), 1947, pp. 31-37).

³⁷⁶ En 1960, tras la muerte de «la primera mujer en Inglaterra que ocupara una cartera ministerial, Educación», Salazar Chapela recordó que, aunque fue siempre conservadora, «creyó desde el comienzo de la guerra española que a Inglaterra no le convenía que los dos repulsivos dictadores, Hitler y Mussolini, triunfaran en la península ibérica. Creyó además que los republicanos tenían razón. Creyó por tanto que la política de Chamberlain era mala por injusta y mala para Inglaterra. En 1937, a sus 63 años, la duquesa fue a España, visitó Barcelona, Valencia y Madrid, estuvo en los frentes, tomó nota de todo, y a su regreso a Inglaterra escribió un libro vibrante». Un año después, «renunció a su acta de diputado para protestar de este modo de la política de Chamberlain en España». Entonces se presentó a las elecciones como conservador independiente. Salazar Chapela rememoró años después que comió «dos veces [...] con ella durante el trajín de su campaña electoral». Fue derrotada, y allí acabó su carrera política, «pero no por ello dejó la animosa dama de trabajar por las cosas de España. Ella fue la fundadora, con otras personalidades inglesas, del Comité de Niños Vascos, entidad que atendió amorosamente a los muchos centenares de chicos y chicas llegados aquí de Bilbao a raíz del horror de Guernica» (Esteban Salazar Chapela, «La duquesa de Atholl»; artículo reproducido en Apéndice I).

Las otras dos colaboraciones versaron sobre asuntos literarios, por lo que se las envió a Guillermo de Torre en la carta que le remitió el 9 de enero de 1939. En «Hispanistas. Derechos de beligerancia intelectual», Salazar Chapela censuró la actitud adoptada por el profesor de la Universidad de Liverpool Allison Peers, director del *Bulletin of Spanish Studies*, publicación que fue calificada por el periodista como un «índice bastante interesante de libros y de "re literaria"»³⁷⁷ hasta el 18 de julio de 1936. Pero «en cuanto estalló la sublevación fascista española y se descubrió de la misma su urdimbre germánica e italiana», la revista de Allison Peers «vino a convertirse en una suerte de Comité de No Intervención. Ustedes entienden: en una suerte de "ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor"». Desde entonces, se incluyó en sus páginas «un diario esquelético de la guerra» que a juicio de Salazar Chapela nada tenía que ver «con los estudios hispánicos propiamente, y sobre todo con la continuación espiritual de España en letra impresa, en literatura». Personalmente, Allison Peers era «muy dueño de ser partidario del Sultán de Marruecos, de Hitler y de Mussolini sobre todo. Incluso de Franco», pero «el hispanista, el gran conocedor de nuestra habla, el fino catador de sus primores eternos y de su savia universal por eminentemente humana, no puede superar al Comité de No Intervención al otorgar a la zona invadida, tan raída espiritualmente, nada menos que derechos de beligerancia intelectual». Para concluir, Salazar Chapela añadía: «El ilustre profesor de Liverpool convendrá con nosotros que semejante despropósito no lo puede hacer jamás un verdadero hispanista, por

³⁷⁷ «Hispanistas. Derechos de beligerancia intelectual», *Voz de Madrid*, París, año 1, 22 (10 de diciembre de 1938), p. 2. La publicación había ofrecido en sus páginas puntual información sobre las actividades desarrolladas por Giménez Caballero y *La Gaceta Literaria* (cfr. *Bulletin of Spanish Studies*, Liverpool, V, 17 (enero de 1928), pp. 40-41; V, 20 (octubre de 1928), p. 166; VI, 21 (enero de 1929), p. 33, y VIII, 30 (abril de 1931), pp. 113-114), y anunció la aparición de algunos de los títulos editados por la CIAP (cfr. *Bulletin of Spanish Studies*, Liverpool, VII, 26 (abril de 1930), pp. 100-101).

reaccionario que sea, si no ha tomado un bebedizo [...] de las mismísimas manos de Hitler y Mussolini»³⁷⁸.

Para su última colaboración en *Voz de Madrid* Salazar Chapela seleccionó algunos fragmentos de la conferencia —«toda ella tramada de generalidades, ya que el público no hubiera soportado otra cosa»³⁷⁹— que pronunció en la Spanish Society of Scotland, de Glasgow, sociedad «completamente apolítica» de la que fue nombrado presidente honorario. El escritor «accedió a dar una lectura que no tocase para nada la situación española», pero «como [...] los valores más fuertes del pensamiento y del arte españoles, por pura gravitación de su ideología humana e independiente, caen del lado de la República», la charla «resultó al cabo un acto de afirmación de valores

³⁷⁸ Allison Peers «fue sin duda alguna el universitario más comprometido» con los sublevados (Christopher H. Cobb, «Lorenzo Luzuriaga: El camino del exilio, de Glasgow a Tucumán. La desilusión de un liberal», *Historia Contemporánea. El Estado en España*, Bilbao, Servicio Editorial, Universidad del País Vasco, 17 (1998), p. 463), razón por la que Salazar Chapela arremetió contra él y no lo hizo contra los editores de *Revista Hispánica Moderna*, publicación que inició, en octubre de 1937, una sección titulada «La guerra española y la vida literaria» que apareció insertada en las páginas correspondientes a «Noticias literarias». «*Revista Hispánica Moderna*, consciente de su finalidad, que es la de recoger objetivamente datos que puedan servir para conocer en la actualidad e historiar en el futuro la vida literaria de nuestro tiempo en el mundo hispánico, se ha abstenido hasta aquí de dar noticias sobre este asunto porque las que llegaban a nosotros eran casi todas inseguras. Con el tiempo algunas han sido confirmadas; otras, sin haber recibido una confirmación plena, son ya aceptadas como seguras. Por eso iniciamos en este número la publicación de todas aquellas noticias de las cuales tengamos alguna seguridad, siempre con la reserva de que el tiempo pueda confirmar o desmentir algunas de las que no se pueda tener certeza absoluta» (*Revista Hispánica Moderna*, New York, año IV, 1 (octubre de 1937), p. 43). En éste y en los siguientes números, la revista informó de las muertes y de los fusilamientos de escritores que se fueron produciendo en uno y otro bando; de las adhesiones y zonas de residencia de cada uno de ellos; de la estancia en el extranjero de algunos autores y de las publicaciones, de los proyectos en curso o de la celebración de actos en los que intervinieron. Al finalizar la contienda, la sección incluyó la siguiente noticia: «En Inglaterra se hallaban a fines del año pasado Luis Cernuda, con una misión especial del gobierno, y Esteban Salazar y Chapela, como cónsul de Glasgow» (*Revista Hispánica Moderna*, New York, año V, (abril de 1939), p. 131).

³⁷⁹ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow de 9 de enero de 1939 (*art. cit.*).

liberales y republicanos»³⁸⁰. En la citada alocución, titulada «Varias figuras españolas contemporáneas», Salazar Chapela trazó una breve semblanza de los siete escritores seleccionados³⁸¹, «que iluminó además con anécdotas de la vida literaria en Madrid», algunas de las cuales, sobre todo las referidas a Valle-Inclán, despertaron «en el auditorio vivo interés y gran curiosidad». Para *Voz de Madrid*, Salazar Chapela escogió la valoración que había hecho de la obra de Unamuno, producción que consideró, «en sí misma, en sus pensamientos y sentimientos, como una proyección del carácter y el temperamento españoles». También se refirió a Manuel Azaña, «a quien presentó el conferenciante desligado, hasta donde ello es posible, de todo carácter político». Contertulio habitual de Valle-Inclán, Azaña podía considerarse el polo opuesto al autor de las *Sonatas*³⁸², pues «si don Ramón era lo fantástico, en cierto modo lo caprichoso y lo arbitrario, Azaña representaba el aplomo y la firmeza del raciocinio. Si el primero era como un espectáculo, sólo en función de valorizar ante los demás su condición inconfundible de artista, el segundo mostraba un desdén manifiesto a todo cuanto representase el más leve asomo de histrionismo». Azaña era una figura sencilla como pocas, que inspiraba un profundo respeto «al primer

³⁸⁰ «Una conferencia sobre literatura española contemporánea. Semblanzas de Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Manuel Azaña y J.R. Jiménez», *Voz de Madrid*, París, año 1, 25 (31 de diciembre de 1938), p. 2.

³⁸¹ Además de a los autores mencionados en el título del artículo, Salazar Chapela se refirió también a Rafael Alberti y a Federico García Lorca.

³⁸² «Es curioso que estos dos hombres, tan diferentes entre sí, fuesen a la vez tan excelentes amigos. Valle-Inclán, que peleó con mucha gente, que rompió muchas veces por un gesto amistades de muchos años, jamás tuvo el más leve disgusto con Azaña, ni éste con aquél. La mejor página que se publicó a la muerte de Valle-Inclán, su retrato más acabado, lo firmó don Manuel Azaña» (*idem*). Salazar Chapela se refería a «En la muerte de don Ramón...», artículo publicado en *Política* (Madrid, 7 de enero de 1936); reproducido en *Obras Completas. Volumen I*. Edición de Juan Marichal. México DF, Ediciones Oasis, 1966, p. 1095). En él podemos leer estas acertadas palabras: «Vivió siempre en las nubes, como los buenos. A vueltas con lo ingrato y lo árido cotidiano, que él se jactaba de conocer a fondo, no obstante su increíble inexperiencia, hubiera querido someter el mundo al orden inestable de su fantasía poética, solamente para que fuese más bello y, de resultas, un poco

golpe de vista». Le parecía «uno de los escritores de más recio casticismo en España»; es decir, un intelectual capaz de incorporar «a su personalidad, por una como entrañable frecuencia con los clásicos españoles, [...] los jugos propios de nuestro idioma». Procedía así de forma tan natural, «como si dijésemos orgánica», que «una página de este gran escritor es siempre una bella lección de español, donde el pensador y el artista se sostienen a la misma altura». No olvidó referir Salazar Chapela sus cualidades oratorias, pues éstas eran tales que «no ha habido hasta ahora en España un orador de la altura y la precisión de don Manuel Azaña», ni siquiera Emilio Castelar. «Sus discursos», afirmó Salazar Chapela, «no tienen más palabras que las necesarias y la belleza que en ellos resplandece no procede de otra cosa que de la precisión del raciocinio. Azaña no habla más que a la razón, a nuestra capacidad de razonar, y sus oraciones son siempre un ejemplo soberbio de lógica y de bien decir».

Para finalizar, el escritor resumió las palabras que había pronunciado sobre Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. El primero «sería "el héroe intelectual de nuestra situación en España si no le acompañasen en su heroicidad otros muchos artistas meritísimos, los cuales, a semejanza de Machado, han vinculado su obra, su propia razón de ser y existir como españoles y poetas, a la independencia de España"». Por lo que se refiere a Juan de Mairena, señaló «la originalidad literaria que supone que un personaje literario se dibuje a fuerza de caracterizarlo filosóficamente:

Es todo lo contrario del procedimiento novelesco. Machado apenas si nos ha dado dos o tres rasgos personales de Mairena; nos dio sólo su pensamiento. Mas éste es tan fuerte, tan personal, tan imponente —no siendo dogmático de nada, ni siquiera de sí mismo— que Mairena hoy es ya tan sensible a nuestros ojos como Don Quijote o don Juan. La verdad más profunda sobre nuestra guerra la ha proferido este héroe poético, amable... e inventado....

más justo. Artista de raza, padecía la ansiedad exasperante de un "debe ser", según el dictado de la belleza. Es lo único, a mi juicio, que ha tomado profundamente en serio».

De Juan Ramón Jiménez destacó «su extraordinaria importancia en la historia de la poesía española», y subrayó «su influencia en la poesía joven contemporánea». A Federico García Lorca «le dedicó un recuerdo emocionado, aludiendo, como era inevitable, a su asesinato en Granada». Como puede verse, los trabajos literarios de Salazar Chapela estaban irremediamente unidos a la guerra. Política y literatura se enlazan en sus escritos a pesar de que siempre había querido evitarlo. Para mantener separados ambos mundos, el escritor necesitaba regresar a su vida anterior; era imprescindible para él relacionarse de nuevo con sus compañeros de letras, por los que se interesó a través de la correspondencia. La que estableció con Guillermo de Torre, a la que venimos refiriéndonos en estas páginas, constituyó una suerte de eslabón perdido entre los años previos al estallido de la guerra civil y la vida que habría de llegar después de ésta. «Arrastrado por la guerra y por el puesto éste», le confesó el 1 de mayo de 1938, «tus cartas, hablándome de libros, artículos, editoriales, me devuelven algo de mi verdadera alma»³⁸³. Gracias a él tuvo noticias de Ramón Gómez de la Serna, por quien, a despecho de su posición política, seguía sintiendo un especial aprecio. Menos cordial se mostró al enjuiciar a otros escritores desafectos a la República, entre los que mencionó «la reacción de poetillas jesuitas, infinitesimales, Diego y Guillén»³⁸⁴. La lectura de la prensa argentina le reveló la nueva postura ideológica de su ex compañero Miguel Pérez Ferrero, con quien se mostró especialmente duro³⁸⁵. En sus páginas observó también a Antonio de Marichalar «ya completamente imbecilizado», y al «muy palurdo Salaverría»³⁸⁶. A Guillermo de Torre le agradecía

³⁸³ Art. cit.

³⁸⁴ Idem.

³⁸⁵ Véase 5.2.1. Almanaque literario 1935.

³⁸⁶ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 9 de enero de 1939 (*art. cit.*).

el noticiario, el triste noticiario de los españoles fracasados moralmente, pues en verdad que existe el fracaso moral, tanto más visible cuanto más fuerte en otros órdenes sea el envilecimiento. Es curioso: pero no extraña apenas ni sorprende el hundimiento ético y patriótico de ninguno de ellos. Casi sorprendería lo contrario³⁸⁷.

Entre estos españoles fracasados se encontraba Ortega y Gasset, cuyo «Prólogo para franceses», incorporado a la edición de *La rebelión de las masas* publicada en el país vecino, le pareció a Salazar Chapela «una pieza maravillosa (la traducción al francés es espléndida), una pieza melancólica, incluso poética». «Lo más curioso», escribió el periodista, «es que, llevando razón, como sin duda lleva, desde su punto de vista, cabe una refutación incontrovertible: la que se puede hacer desde las calles ametralladas de Madrid, Valencia, Barcelona...»³⁸⁸.

Alejado de la producción intelectual en lengua castellana —en Glasgow sólo recibía publicaciones enviadas oficialmente; esto es, *Hora de España* y *Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura*³⁸⁹—, solicitó a Guillermo de Torre, vinculado a las editoriales argentinas Sur y Calpe, los libros que éstas iban publicando. Al iniciarse la andadura de Losada, a cuya dirección se

³⁸⁷ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 1 de mayo de 1938 (*art. cit.*).

³⁸⁸ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 13 de febrero de 1938 (*art. cit.*). El escritor tal vez se refería a la visión del liberalismo que Ortega ofrece en estas páginas. Sin duda estuvo de acuerdo con el filósofo cuando éste afirma que «todo el mundo se ha puesto de acuerdo para combatir y denostar al viejo liberalismo», pero no debía de ver tan claro ese «liberalismo que», según Ortega, estaba «germinando ya, próximo a florecer, en la línea misma del horizonte» (José Ortega y Gasset, «Prólogo para franceses» [1937], *La rebelión de las masas*. Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial (Obras de José Ortega y Gasset, 1), 1997, 13ª ed., pp. 22 y 28). El liberalismo no era el sistema político que podía resultar de la contienda que se libraba en España, como apuntó Salazar Chapela en la carta citada. Tampoco Europa caminaba en esa dirección.

³⁸⁹ «Hoy he recibido», le escribió a Guillermo de Torre, «además de una reproducción de "Guernika", el gran cuadro de Picasso en la Exposición de París, "Sueño y mentira de Franco", unos aguafuertes también de Picasso, maravillosos» (carta fechada en Glasgow el 8 de enero de 1938; *art. cit.*).

incorporó también Lorenzo Luzuriaga, el crítico madrileño, que había sido nombrado *attaché* cultural de la embajada republicana en Buenos Aires, invitó a Salazar Chapela a colaborar en ella. La propuesta no llegó a materializarse —el escritor apuntó la posibilidad de imprimir una segunda edición de *Pero sin hijos*, como ha sido dicho³⁹⁰, que no alcanzó a ver la luz—; pero la oferta le ayudó sin duda a abrigar alguna esperanza sobre su próximo futuro.

6.2.3.3. *Preexilio en Glasgow*

Algunos viajes oficiales le permitieron alejarse, aunque sólo fuera por unos días, de la ciudad en la que residía. Salazar Chapela visitó Dublín —sede de la legación española en Irlanda— y todos los consulados de Gran Bretaña —Southampton, Cardiff, Newcastle, Liverpool y Edimburgo—. A la capital de Escocia —«una población encantadora, poética, con un castillo de ensueño»³⁹¹— se trasladó en distintas ocasiones porque el vicecónsul destinado en esa ciudad dependía administrativamente de él.

Con estos esporádicos desplazamientos, tan del gusto de su espíritu viajero, consiguió mitigar parcialmente la soledad que sintió durante su estancia en Glasgow. Ayudado por su esposa, que colaboró con él en las tareas de representación exigidas por el cargo, mantuvo numerosas relaciones profesionales, pero careció de la sincera amistad de la que había disfrutado siempre. La colonia estable estaba constituida por «españoles bien acomodados, que llevan aquí veinte o veinticinco años»³⁹², con los que Salazar Chaepela tenía poco en común. Mayores coincidencias le unían a

³⁹⁰ Véase 4.2.6. «De la metáfora a la vida».

³⁹¹ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 8 de enero de 1938 (*art. cit.*). El escritor, como Cernuda, prefería Edimburgo a Glasgow (*cf.* carta de Luis Cernuda a Edward Sarmiento fechada en Glasgow el 16 de marzo de 1939; Luis Cernuda, *Epistolario, 1924-1963, ob. cit.*, p. 275).

³⁹² Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 8 de enero de 1938 (*art. cit.*).

Lorenzo Luzuriaga —«el más puro representante de la tradición de la Institución Libre de Enseñanza»³⁹³—, profesor ayudante de la cátedra de Literatura Española de la Universidad de Glasgow —de la que era titular William C. Atkinson— desde el 12 de enero de 1937³⁹⁴. Sin embargo, Luzuriaga se mantuvo aislado durante su «apacible existencia» en Glasgow, situándose al margen de los círculos republicanos de la ciudad³⁹⁵.

No hubo tiempo, y probablemente tampoco demasiado interés por parte de ambos, para frecuentar la relación con Luis Cernuda, que sustituyó al pedagogo a partir de enero de 1939, un mes antes de su salida del consulado³⁹⁶. Con sus conocidos escoceses, a los que calificó de «simpáticos,

³⁹³ Christopher H. Cobb, «Lorenzo Luzuriaga: el camino del exilio, de Glasgow a Tucumán. La desilusión de un liberal», *art. cit.*, p. 455.

³⁹⁴ «A poco de estallar la guerra varias universidades británicas habían ofrecido ayuda a sus colegas españoles que se habían refugiado en Gran Bretaña» (*ibidem*, p. 462). En otros casos, fueron los propios profesores los que intentaron ser contratados por los centros superiores británicos, como le sucedió a Jorge Guillén, quien escribió a Pedro Salinas acerca de sus intenciones: «Para mí no habrá más descanso dominical que el de un lectorado en el extranjero. Acabo de escribir a Trend —pero con muy poca esperanza—. Cambridge sería la mejor solución. Pero ¿qué número me corresponderá en la cola de postulantes?» (carta fechada en París el 14 de marzo de 1938, Pedro Salinas-Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*, *ob. cit.*, p. 187). «El profesor Trend, al terminar la guerra española», recordó Salazar Chapela en uno de sus artículos, «acarició la generosa idea de invitar a Machado a Cambridge, nombrándolo para ello lector de español de la famosa Universidad. Esto por desgracia no pudo ser porque el poeta falleció a poco de llegar a Francia. Más de una vez he pensado en las consecuencias líricas de tal invitación si don Antonio hubiese disfrutado de salud y hubiese venido a Inglaterra», confesó Salazar Chapela («Carta de Londres. Calle de la Triste Alcuza», *art. cit.*).

³⁹⁵ En Glasgow experimentó «la desilusión de un liberal en la tradición decimonónica ante el mundo de los años treinta» (Christopher H. Cobb, «Lorenzo Luzuriaga: El camino del exilio, de Glasgow a Tucumán. La desilusión de un liberal», *art. cit.*, p. 469). Desde la ciudad escocesa, Luzuriaga mantuvo correspondencia con algunos de sus compatriotas, entre los que se hallaba Ortega y Gasset. El 1 de febrero de 1938, el entonces profesor en la Universidad de Glasgow le preguntaba al autor de *La rebelión de las masas* si le habían llegado a París noticias de Fernando Vela y de los demás amigos de la *Revista de Occidente*. Del doctor Sacristán «tuve noticias indirectas», le comunicó, «por el que ha venido de Cónsul aquí, Salazar Chapela, que tiene por V. un gran afecto. Le vio en Valencia y al parecer estaba contento, más tranquilo que en Madrid, antes de venirmos» (Exilio español en la Argentina, Fondo Lorenzo Luzuriaga, AGGCE).

³⁹⁶ Salazar Chapela y Cernuda coincidirían años después en el Instituto Español de Londres, del que el primero era secretario y donde trabajó como profesor el poeta. «Han ocurrido demasiadas cosas desde que nos vimos en Glasgow hace varios años», le recordó

sencillos, menos biselados que los ingleses» –le parecían «seres muy de una pieza», «más que nuestros gallegos, con los cuales tienen semejanza racial, me recuerdan a nuestros vascos» le confesó a Guillermo de Torre³⁹⁷–, no pudo, en observación de las precauciones debidas, intimar en exceso. El escritor trató mucho más a los miembros del cuerpo diplomático de diversos países hispanoamericanos establecidos en Glasgow, entre los que se encontraba Muñiz Lavalle, canciller en el consulado argentino, y probablemente también al de Uruguay, que ofreció su colaboración al Gobierno de la República.

Pero nada ni nadie podían ayudarle a vencer el desánimo que le venía produciendo la evolución de la guerra. Porque, mientras crecía el predominio territorial franquista, en la zona republicana se dibujaban serias discrepancias sobre el futuro. Contra lo que defendía el presidente Negrín, Salazar Chapela creía –con Azaña– que era inútil el mantenimiento del conflicto mientras los países europeos siguieran siendo adversos a la República. A pesar de ello,

Cernuda en la carta que le remitió desde Cambridge, donde fue lector de español después de que Salazar Chapela ocupara ese mismo puesto, el 14 de abril de 1944, cuando se preparaba su contrato en el centro cultural republicano (Luis Cernuda, *Epistolario, 1924-1963*, ob. cit., p. 369). «Luis Cernuda y Esteban Salazar Chapela. Curioso contraste de dos andaluces», escribió Rafael Martínez Nadal. «El fino, a veces socarrón humor del escritor frente a la seriedad y lejanía del poeta; al señorito sevillano, acicalado y muy puesto que había en Cernuda, se oponía la carátula burlesca del malagueño; por un lado, gravedad y buen tono; por otro, risa maliciosa en ojos y boca; por último, frente al obsesionado por el amor de los adolescentes, el mujeriego obseso. Y, sin embargo, de una forma u otra los dos hombres convivieron durante dos años guardando cada uno para sí el juicio íntimo respecto al otro» (*Españoles en la Gran Bretaña*. Luis Cernuda. *El hombre y sus temas*. Madrid, Ediciones Hiperión (Libros Hiperión. Ensayo), 1983, p. 161). Para más información sobre el citado organismo puede verse nuestro artículo «El Instituto Español de Londres, un centro cultural republicano en el exilio» (en María Fernanda Mancebo, Marc Baldó y Cecilio Alonso (eds.), *L'exili cultural de 1939. Seixanta anys després*. Actas del I Congreso Internacional integrado en el Congreso Plural “Sesenta años después”, vol. IX. Valencia, Universitat de Valencia y Biblioteca Valenciana, 2001, vol. 1, pp. 343-362).

³⁹⁷ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 8 de enero de 1938 (*art. cit.*). «Galicia es la región española de que más me acuerdo en Irlanda. En Irlanda y también en Escocia, región gemela de Irlanda en tantas cosas –clima, idioma vernáculo, folklore–», escribió en «Paseo observante por Dublín» (*Cultura Universitaria*. Revista trimestral. Órgano de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, LXVIII-LXIX (julio-diciembre de 1959), p. 163).

mantuvo, como no podía ser menos, un entusiasmo público que le exigió considerables esfuerzos. La ocupación de Teruel por las tropas republicanas el 7 de enero de 1938 renovó sus menguadas esperanzas:

Oigo desde Glasgow perfectamente lo mismo las radios rebeldes q. [sic] las nuestras (Madrid, sobre todo, se oye como si estuviera en Madrid) y ya puedes imaginar la emoción con que escucho en estas noches los partes de guerra. En fin, yo conservo intacta mi ilusión –mi ilusión en el triunfo y en los resultados del mismo– pues ni en los momentos peores –7 de noviembre del 36– perdí la confianza en el Destino de nuestro pueblo³⁹⁸.

Pero esa puntual alegría iba a durar bien poco porque, aunque reiteraba que «la guerra va muy bien. En España no hay más solución que la República»³⁹⁹, Teruel acabaría en poder del ejército sublevado el día 22 de febrero. No es de extrañar, por tanto, que en los momentos de mayor desaliento no pudiera ocultar ya sus verdaderos pensamientos. Para no hacerlo, prefirió callar en ocasiones, como le sucedió con su amigo Santos Martínez Saura, a quien escribió acabada la guerra, después de haber interrumpido durante mucho tiempo el contacto epistolar:

Dejé por contestar una de V. escrita en marzo del 38, en momentos sin duda verdaderamente terribles, cuando el empuje de Lérida parecía decidir la lucha. No le contesté, bien lo recuerdo, porque no sabía qué decirle⁴⁰⁰.

Mediado el año 1938, Salazar Chapela estaba convencido ya de la victoria franquista, un hecho que le había llevado a pensar en el futuro de España. Al referirse a los intelectuales españoles que se habían alineado junto a los insurgentes, le escribió a Guillermo de Torre:

³⁹⁸ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 8 de enero de 1938 (*art. cit.*).

³⁹⁹ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 13 de febrero de 1938 (*art. cit.*)

Pero en el pecado llevan esos la penitencia, pues el día de mañana, incluso hoy mismo, tendrán que comenzar por convivir con los Pemanes, los García Sancélices [*sic*], los Ruanos y los Montes. ¿Cabe fusilamiento intelectual más innoble? Y todo por un plato de lentejas⁴⁰¹.

Aunque inmediatamente realizó la rectificación debida:

He dicho «el día de mañana», pero la verdad es que no creo en ello; sigo creyendo en nuestro triunfo, en el restablecimiento de la República en todo el territorio nacional. Contamos con un pueblo de hierro⁴⁰².

Las alusiones a la victoria republicana con las que intentaba disimular lo que podría ser tomado como derrotismo no resultaban demasiado creíbles. Sí se mostraba sincero al expresar el padecimiento que le causaba la tragedia de España:

Aquí continuó al pie de este modesto cañón, siguiendo con la ansiedad que puedes imaginar las vicisitudes de nuestra guerra. Que ésta se ha de decidir al cabo por España, o sea por la República, es cosa de la que nunca tuve duda, si

⁴⁰⁰ Carta de Esteban Salazar Chapela a Santos Martínez Saura fechada en Londres el 31 de agosto de 1939 (*art. cit.*).

⁴⁰¹ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 1 de mayo de 1938 (*art. cit.*). El escritor se refiere, además de a José M. Pemán, César González Ruano y Eugenio Montes, a Federico García Sanchiz, colaborador de *La Gaceta Literaria* y futuro miembro de la Real Academia Española, en la que ingresaría, y no por sus méritos literarios precisamente, en 1941. Durante el franquismo, Salazar Chapela comentaría con algunos de sus compañeros de profesión, también en el exilio, la situación que se vivía en España, una realidad no muy distinta a la que imaginó cuando estaba a punto de terminar la guerra. «Habiendo sido el profeta del fascismo», le escribió a Luis Amado Blanco, «el Caballero Giménez no ha prosperado allí nada. Esto parece ha terminado de entontecerle completamente. Ver desfilar delante de él, con cruces y entorchados, a los Montes, los Sánchez Mazas, los Alfaro, los Aznares..., gente por otra parte a quien él desprecia literalmente con justos o injustos motivos... [...]. ¿Recuerda usted la ilusión, el verdadero optimismo con que contemplábamos la dictadura de Primo de Rivera? Era que sabíamos que detrás de aquellas bambalinas había una España, había un futuro. Y lo había. Y lo hubo y lo tuvimos», recordó Salazar Chapela dando a entender que no podía compararse la realidad política de los años veinte con la postguerra (carta fechada en Londres el 19 de mayo de 1955, en Roger González Martell, «El epistolario de Luis Amado-Blanco», *Migraciones & Exilios. Cuadernos de la Asociación para el Estudio de los Exilios y Migraciones Ibéricos Contemporáneos*, Madrid, 2 (diciembre de 2001), p. 238).

⁴⁰² Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 1 de mayo de 1938 (*art. cit.*).

bien esta seguridad no aminora en nada mi dolor de ver a nuestro país sufrir un martirio como éste, tan terrible e injusto⁴⁰³.

Impaciente por conocer el fin definitivo de la contienda, Salazar Chapela se aferró a la correspondencia, como haría después durante décadas de destierro⁴⁰⁴. «Tus cartas me alegran, en primer lugar por ser tuyas», le escribía a Guillermo de Torre en la antes citada, «y después porque ellas me dan la ilusión de enlazarme con nuestro común pasado, como si hada hubiera ocurrido en estos dos últimos años... Escríbeme, pues...»⁴⁰⁵. En las cartas que él remitió a Argentina intentó disimular su abatimiento, desesperanza en la que influyó mucho el ambiente que le rodeaba. Glasgow, «como tal ciudad, abstracción hecha de sus temperaturas», escribió en enero de 1938,

es la segunda de Gran Bretaña –viene después de Londres–; es grande, tiene hermosos parques, un bello museo (con Velázquez, Riberas, etc.), espléndidos teatros y cines y un puerto fantástico. Eso sí, el ambiente de la ciudad es esencialmente industrial y mercantil y naviero, a despecho de su magnífica Universidad, una de las fábricas más bellas de Glasgow. En ella se explica –¿cómo no, Guillermo?– lengua y literatura españolas⁴⁰⁶.

Pero, como recordó Martínez Nadal, cuya amistad frecuentó durante su exilio londinense, Salazar Chapela no se cansaba de repetir que «la fealdad de aquella ciudad industrial, el exceso de lluvia todo el año y la falta de luz todo el invierno producen en el meridional [...] un efecto depresivo que aumenta

⁴⁰³ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 2 de agosto de 1938 (ms. 22830-10 (24), BN).

⁴⁰⁴ Hemos analizado el contenido de algunas de las cartas que escribió entonces en «Impresiones de destierro. La voz epistolar de Esteban Salazar Chapela» (*El maquinista de la generación. Revista de Cultura*, Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27, 3-4 (diciembre de 2001), pp. 36-43).

⁴⁰⁵ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 2 de agosto de 1938 (*art. cit.*).

⁴⁰⁶ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 8 de enero de 1938 (*art. cit.*).

en proporción geométrica cada mes que allí se malvive»⁴⁰⁷. Poco a poco, su estancia en Glasgow se fue convirtiendo en un doloroso *preexilio*⁴⁰⁸. Sentía nostalgia por el pasado, añoraba a sus amigos, necesitaba oír su lengua, como le estaba sucediendo también a Pedro Salinas⁴⁰⁹.

Decidido el final de la guerra y ante la inminencia del reconocimiento oficial de Franco por parte del Gobierno británico, que se haría efectivo el 27 de febrero –el mismo día que Azaña presentaba su dimisión–, Salazar Chapela escribía a Guillermo de Torre su última carta desde Glasgow para proporcionarle su dirección provisional en Londres. Allí pensaba hospedarse, junto a su esposa, en casa de su suegra, en tanto no hallara una ocupación que le permitiera establecerse en otra ciudad de Gran Bretaña. Así resumía sus sentimientos, mientras dejaba «para una ocasión de más reposo los comentarios oportunos»⁴¹⁰:

Dentro de la pena y la rabia, y saltando sobre el problema personal que esta situación me plantea, tengo el alivio de dejar este puesto, pesado en estos últimos meses a términos que no puedes imaginar⁴¹¹.

⁴⁰⁷ Rafael Martínez Nadal, *Espanoles en la Gran Bretaña*. Luis Cernuda. *El hombre y sus temas*, ob. cit., p. 67. Pocos días después de llegar a Glasgow, Cernuda le comunica a Edward Sarmiento sus impresiones sobre la ciudad: «Glasgow con poca luz natural, aunque el paisaje cercano es magnífico; pocas cosas como Loch Lomond, adonde me llevaron pronto; sin duda para parar el golpe anodino de la ciudad misma» (carta fechada el 22 de enero de 1939; Luis Cernuda, *Epistolario, 1924-1963*, ob. cit., p. 272). El 19 de septiembre de ese mismo año le dice a Rafael Martínez Nadal: «Glasgow es soporífero y a veces me faltan fuerzas para soportarlo» (*ibidem*, p. 282).

⁴⁰⁸ Para Cernuda, vivir en Glasgow sería «un doble destierro» (carta a Enrique Moreno Báez fechada en Oxford el 9 de agosto de 1941; *ibidem*, p. 302).

⁴⁰⁹ «He vuelto a tener la sensación del *emigrado*. ¡Palabra romántica, palabra nacida hace unos 150 años y que ahora se pone de moda otra vez! Yo la leía siempre con una sonrisa un poco irónica, como si fuese una palabra *literaria*. Y esta noche, hablando con Spitzer me vi, como en un espejo, en ella» (carta de Pedro Salinas a Margarita Bonmatí fechada en Baltimore el 27 de abril de [1937], Pedro Salinas, *Cartas de viaje (1912-1951)*. Edición, prólogo y notas de Enric Bou. Valencia, Editorial Pre-Textos (Hispanicas, 248), 1996, p. 92).

⁴¹⁰ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 26 de febrero de 1939 (ms. 22830-10 (26), BN).

⁴¹¹ *Idem*. Amelia Montero, secretaria de Esteban Salazar Chapela en Londres, insiste en recordar que la experiencia en el consulado de la República en Escocia fue, para el escritor,

En esos decisivos momentos no podía olvidar el dolor que sentía por sus *compatriotas exiliados*:

Tengo el corazón lleno con la situación de tanto refugiado en Francia, muchos de los cuales tendrán que regresar a territorio faccioso, seguros de recibir terribles penas, antes que sufrir la miseria a que los condena Francia –la Francia del Frente Popular–⁴¹².

Y por España, por cuya recuperación había que empezar a luchar:

Ahora a ver si alguna vez reconquistamos nuestra patria perdida. Aquello será una sacristía injerta en cuartel, asentada sobre un pueblo hambriento, tributario a la vez de Alemania e Italia –y Francia e Inglaterra–. Nos han vencido todas estas naciones, cada una a su modo⁴¹³.

Vencido, pero no convencido, a Salazar Chapela le dolía España, la patria perdida. «¡Qué pena [...] que fuera inútil nuestro tenaz esfuerzo!», se lamentó en la carta que le envió a Guillermo de Torre el 20 de noviembre de 1940, mientras los alemanes realizaban en Londres «las mismas bestialidades que hicieron [...] sobre algunos pueblecitos españoles»⁴¹⁴.

muy desagradable. El 8 de marzo de 1965, menos de un mes después de su fallecimiento, Montero contestó a la carta que le había remitido Juan Rejano, en la que le solicitaba detalles sobre su vida e información sobre su obra. «En 1937 vino a Inglaterra (fue nombrado cónsul en Glasgow por el gobierno de la República, pero le ruego no mencione este detalle de su vida porque Esteban no quería acordarse de este capítulo de su vida)», le rogó a Rejano (APESCH). El 20 de octubre de 1997, Amelia Montero al dar respuesta a algunas de las preguntas que le habíamos formulado previamente, escribió: «Hay dos cosas que le disgustaban: el haber escrito *Pero sin hijos* y haber sido cónsul en Glasgow» (carta reproducida en Apéndice III).

⁴¹² Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 26 de febrero de 1939 (*art. cit.*),

⁴¹³ *Idem.*

⁴¹⁴ Carta de Esteban Salazar Chapela a Guillermo de Torre fechada en Londres el 20 de noviembre de 1940 (ms. 22830-10 (33), BN).